

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA
Universidad Nacional Autónoma de México
Derechos Reservados

OBRAS DE PUBLIO VIRGILIO MARÓN
ENEIDA

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA
Universidad Nacional Autónoma de México
Derechos Reservados

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM
ET ROMANORVM MEXICANA

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
PROGRAMA EDITORIAL

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
CENTRO DE ESTUDIOS CLÁSICOS
Universidad Nacional Autónoma de México
Derechos Reservados

P. VERGILI MARONIS AENEIS

PUBLIO VIRGILIO MARÓN

ENEIDA

Introducción, versión rítmica y notas de

RUBÉN BONIFAZ NUÑO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRÆCORVM ET ROMANORVM MEXICANA
Universidad Nacional Autónoma de México
2016
Derechos Reservados

Virgilio, autor.

Eneida / Publio Virgilio Marón ; introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño = Aeneis / P. Vergili Maronis. -- Segunda edición.

DLXIV + 299 + 299 páginas. -- (Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana).

Texto en español y latín.

Reimpresiones: (3a, 2016).

ISBN 978-970-32-2924-6

I. Virgilio. Eneida. Español. II. Virgilio. Eneida. Latín. III. Bonifaz Nuño, Rubén, prologuista, traductor. IV. Título: Aeneis. V. Serie.

PA6815.A5.B64 2016

LIBRUNAM 1109624

Aeneis

Publio Virgilio Marón, *Eneida*. Versión rítmica de Rubén Bonifaz Nuño

Primera edición: 1972

Segunda edición: 2006

Tercera reimpresión de la segunda edición: 2016

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán, 04510 Ciudad de México

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

PROGRAMA EDITORIAL

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

CENTRO DE ESTUDIOS CLÁSICOS

ISBN 978-970-32-2924-6

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA

Universidad Nacional Autónoma de México

Derechos Reservados

INTRODUCCIÓN

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA
Universidad Nacional Autónoma de México
Derechos Reservados

I

Interpretación

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

“¿Por qué a tu hijo, cruel tú también, tantas veces con falsas imágenes burlas?”, pregunta el héroe a aquella en la cual, por el resplandor y el andar, ha reconocido a su madre.

Después de años de errar en tierras y mares, acosado por la fuerza de los dioses, perseguido del destino; tras haber escapado, casi contra su voluntad, a la tormenta suscitada por la ira divina, tormenta en donde piensa que perdió a sus compañeros y sus naves, Eneas explora las orillas del país desconocido a que lo han arrastrado el viento y las aguas.

Se le hace encontradiza, entonces, una joven en traje de cazadora, que le informa acerca de la naturaleza y las gentes y los peligros del suelo que pisa; después de hablar, ella gira sobre sí misma para marcharse, y camina yéndose, y al caminar se manifiesta diosa verdadera: la joven es Venus, que ha venido a proteger y guardar a su hijo. Y éste se queja de haber sido —otra vez— burlado con imágenes falsas.

¿Considera solamente los engaños de los cuales Venus, al revelársele, lo había hecho víctima en otras ocasiones? O al dirigirse a ella, ¿recuerda los engaños que siente que ha padecido anteriormente, en muchos momentos, por parte de hombres y dioses?

Dice: “cruel tú también”, y esto parece revelar que reprocha a su madre que, al mentirle, asuma incluso ella la falaz actitud de todos cuantos, de cerca o de lejos, lo rodean, lo empujan, y entretejen para él los hilos incomprensibles de los caminos en que se mueve.

Y con todo eso, si bien se mira, si se oye bien la narración que más tarde hará de las vicisitudes de su propia existencia, se advertirá que en realidad las visiones, las profecías, los sueños premonitorios, los avisos

INTRODUCCIÓN

divinos presenciados por él; en suma, las imágenes convocadas para dirigirlo, han representado siempre la verdad; sólo la verdad le han dicho, han querido siempre libertarlo de un engaño. Y no obstante, él, en medio de una desesperación de pesadilla, las llama falsas, y quiere negarlas.

¿Cuál, entonces, el fondo de sus vacilaciones? ¿De dónde se alimenta su pantanosa incertidumbre?

Prisionero de los afanes de su propio pasado, impedido para la comprensión esencial de lo que es, Eneas, como uno que duerme, se aferra al impulso de seguir soñando su mismo sueño humano, dolorido y dichoso en su deslumbrante contingencia; su sueño de héroe que combate y mata y ama y muere. Siempre, en cada instante, aparece dispuesto a soñarlo.

Por otra parte, en un nivel distinto, el hado, que pretende lo que ha de quedar ya definitivamente establecido más allá del tiempo, lo obliga en cada instante, siempre, como si aprovechara su estar dormido, a que sueñe otro sueño que él no alcanza a comprender; el sueño de la voluntad divina, el sueño del fundador de una ciudad que debe ser la ley y la paz, sin límites en el espacio ni en el tiempo. Un sueño que Eneas no quiere soñar, que no le pertenece, que se le impone.

Entonces, dudoso a causa de los estímulos opuestos que le señalan conductas contradictorias, el héroe juzga de acuerdo con sus solos deseos, y considera falsas las imágenes que le hablan de lo que él quiere considerar falso, y que en realidad es lo único verdadero: la decisión superior del hado; y piensa que lo verdadero es lo que tiene existencia transitoria; esto es, su vida humana y terrestre, sujeta al dominio de las pasiones, efímera y, por lo tanto, falsa. Es decir, que juzga prisión la libertad, y libertad la prisión.

En medio de esa inversión de juicio; arrastrado, en sus sueños, por las visiones de lo señalado por la voluntad divina; deslumbrado, en sus sueños, por la tentación de tomar por verdadero lo contingente, se fatiga Eneas, es hostigado, conducido, muerto, resucitado, en los episodios que se narran en los seis libros que componen la primera mitad de la

INTERPRETACIÓN

Eneida, mientras hace su viaje entre las ruinas de una ciudad que ya no existe, y los cimientos, que no se ponen todavía, de una ciudad que va a existir.

Podemos suponer la presencia de dos distintos niveles de duración. Dentro del primero de ellos, los acontecimientos ocurren y dejan de ser, determinados por el accidente; este nivel correspondería a lo que llamamos tiempo. El segundo, dentro del cual las cosas son, sin relación con un antes o con un después, correspondería a lo que llamamos eternidad. Sin embargo, este segundo nivel de duración parece necesitar, para conseguir su plenitud, de una suerte de colaboración que llegaría a él desde el primero de los niveles supuestos, a través de las acciones libres nacidas en la conciencia del hombre. Así como no es concebible el plano sin la línea, ni el volumen sin el plano, no puede concebirse la eternidad sin el tiempo. Solamente lo que el hombre realiza en éste, encuentra su cumplimiento final en aquélla.

Un ejemplo: dice Virgilio, en los versos 19 y 20 del libro primero de la *Eneida*, que Juno había oído (*audierat*) —¿de quién?— que un brote de la raza troyana, habría, con el pasar de los años, de destruir a Cartago. Pero esto lo había oído antes que Cartago existiera; antes también, por supuesto, de que existiera Roma. No obstante, afirma Virgilio así mismo que Juno tenía en Cartago su carro y sus armas (I, 16-17), y que honraba a esa ciudad sobre todas las otras. Podría explicarse, de acuerdo con lo apuntado más arriba: Cartago no existe en el tiempo todavía; pero es ya en la eternidad. En el nivel de la eternidad, Juno guarda en Cartago su carro y sus armas, y la prefiere a las otras ciudades. Por el amor que le tiene, a pesar de que ha oído y, por eso, sabe que Cartago habrá de ser destruida por los romanos, trata de que reine sobre las gentes y procura, para eso, que Roma no llegue a ser fundada. Por su parte, Roma existe ya, establecida en la eternidad; sin embargo, allí se requiere la colaboración de las acciones de Eneas, a fin de que lo que se funde en el tiempo haga que cobre realidad aquello que en la eternidad está fundado.

INTRODUCCIÓN

El tiempo es el ámbito en que ocurren las acciones del hombre; en la eternidad se constituye la acción divina, el ejercicio de la voluntad del hado.

Esta voluntad, pues, no puede desarrollarse sin que haya una lucha sobre el tiempo, ya que sin ella caería en la inmovilidad, perdiendo la posibilidad de progreso; y supuesto que nada hay por encima del hado, es necesario que éste se divida y que una de sus partes se oponga a la otra, para que, a partir de tal oposición, se engendre el indispensable principio de avance. De tal modo, el resultado de la sucesión de los contrarios en el tiempo, vendrá a ser la fundamentación de la simultaneidad eterna.

En el caso de que se trata, para que los hados que han establecido en la eternidad la existencia de Roma, puedan hacer que Roma consiga el comienzo de su existencia en el tiempo, deben empeñar algo como una batalla interior en su origen. Una parte de su voluntad tenderá al cumplimiento del hecho fatal; la otra se opondrá a ese cumplimiento. Así, Júpiter representaría la voluntad de que Roma sea fundada; es decir, la que se dirige hacia lo que va a ser; Juno, la oposición a esa voluntad; es decir, la que intenta mantenerse en lo que fue. Ambas tendencias habrían de encontrar su campo de batalla en el interior de Eneas; Júpiter como la representación de los hados o como los hados mismos; Juno como la oposición a los hados.

Ahora bien, ¿cuál es la forma que más evidentemente adquirirá lo que puede oponerse a los hados? Sin duda la de la falsedad de la vida sonámbula del ser humano; sus deseos, sus pasiones, su acabamiento. Juno va a usar de estos medios para combatir a los hados, y los despertará y los pondrá como objeto de tentación dentro del sueño de Eneas.

En síntesis, son tres las tentaciones a que lo enfrenta de continuo: el deseo de una muerte gloriosa, el amor, y la posibilidad de establecer y habitar de inmediato una ciudad; las tres, en última instancia, quedan englobadas, para Eneas, en la tentación mayor de no salir de su propio pasado.

INTERPRETACIÓN

Y Eneas sucumbirá siempre a la tentación propuesta por Juno, porque esa tentación, además, coincide con su engañoso sueño humano; y sólo mediante la intervención de la otra parte de los hados la abandonará, y se rendirá —no de grado— a la necesidad de realizar lo que es verdadero. La acción de Eneas hacia su destino, involucra en todos los casos la renuncia a algún bien de la tierra, que él ha pretendido; es la conquista de una parcela de libertad, descubierta a la luz del choque de los hados con los hados mismos.

Por eso —y Virgilio lo dice desde el segundo verso del poema— Eneas es un prófugo por obra del hado (*profugus fato*), un perseguido de la voluntad divina. Por una parte, acosado por el hado que quiere la fundación de Roma; por la otra, asediado por el que se opone a ella.

Hostigado por la fuerza de los dioses, que actúa contra él en dos sentidos opuestos; asendereado por la contradicción que en sí mismo necesita el hado para nutrirse del nivel del tiempo, Eneas padecerá los resultados de esa contradicción hasta el momento en que, colaborando con las supremas disposiciones, haya nacido a su nueva vida para asegurar la fundación de la ciudad y el establecimiento, sobre el mundo, del orden legal, garantía de la paz para todos.

Mezencio, despreciador de los dioses, herido por la lanza del piadoso Eneas, se derrumba frente a éste. Y Eneas, alegre de ver que reluce la sangre del ingente enemigo, mete mano a la espada y se precipita sobre él para rematarlo. En este punto, el adolescente Lauso, el hijo de Mezencio, incendiado por la piedad filial, se interpone entre el golpe mortal y el caído cuerpo de su padre, y se decide a combatir con aquel que le es superior en todo: en armas, en fuerzas y en destino. Y el fundador de la estirpe troyana, al enfrentarse al hecho de que con esa acción le es arrebatado su adversario vencido, se enfurece, e increpa al joven, y le advierte: “¿A dónde corres, moribundo, y osas lo mayor que tus fuerzas? Te engaña, incauto, tu piedad” (X, 783-812).

Ante estas palabras del héroe, de aquel que ha sido considerado como el modelo de la piedad porque salvó a su padre sacándolo sobre sus

INTRODUCCIÓN

propios hombros de entre las llamas y la ruina de Troya; porque lo llevó consigo y lo reverenció en medio de los mayores peligros, y porque una vez que hubo muerto se arriesgó —así se ha dicho—, para encontrarlo, a penetrar en el reino implacable de la muerte, uno no puede menos que sentirse tocado por el desconcierto, y plantearse algunas preguntas.

Si la piedad es el valor supremo, el fundamento de todas las virtudes, según dice Cicerón (*Pro Planc.*, 12), ¿cómo es que puede engañar a quien, impulsado solamente por ella, expone, a sabiendas de que va a perderla, su misma vida? Y el hijo de Anquises, sabedor de las esencias de la piedad, quien llevado por ella lo ha sufrido todo, inclusive la muerte, y que al contemplar la agonía del piadoso joven a quien traspasó con su espada, gime y se compadece de él, ¿por qué juzgó oportuno exhortar al noble Lauso a que desamparase a su padre, y esto sobre la advertencia de que su piedad lo engañaba? Eneas, que es entre los humanos el más digno depositario de la virtud de la piedad, parece conocer, en un momento dado, que esa virtud puede ser engañadora, poseer la capacidad nefasta de inducir a error a quien la obedece. Y si, repito, la piedad es el supremo valor, ¿es posible atribuirle esa característica, contrapuesta a la naturaleza indudable de la virtud?

En otro paso del mismo libro décimo, donde se narra el episodio que acabo de comentar, Juno se dirige a Júpiter, y, hablándole de Turno, el mayor enemigo que sobre la tierra tienen Eneas y su misión; aquel que recibe como el mayor acicate de su intención el impedir que los hados se cumplan en lo que toca a la fundación de Roma, hablándole de Turno, pues, le dice a Júpiter: “Perezca ahora, y con su pía sangre satisfaga a los teucros”. Y ahora nos encontramos con que Turno, el contrario a los piadosos hechos de Eneas, es piadoso a su vez; está movido por la piedad (X, 617-620). Juno estima evidente la piedad de Turno: en efecto, el héroe rútilo lo expone todo, en primer lugar su vida, por lo que juzga sus deberes hacia la patria. El bienestar y la conservación de su ciudad, es el valor que a su juicio merece todos los tra-

INTERPRETACIÓN

bajos y todos los sacrificios. Y eso no es otra cosa que piedad. No obstante, al igual que Lauso, en su hora habrá de morir a manos de Eneas el piadoso; es decir, su piedad será superada por la piedad del padre de Roma. Si alguien, hombre o dios, quisiera advertir a Turno el error en que incurre al luchar por la conservación de su patria, podría sin duda usar de las mismas palabras que Eneas encamina a Lauso antes de entregarlo a la muerte: “Te engaña, incauto, tu piedad”. Tal es en su profundidad —así lo pienso— el significado de lo que la sombra de Héctor dice al dormido Eneas durante la última noche de Troya: “Dis-te asaz a la patria y a Príamo... Sus sacras cosas y sus penates encomiéndate Troya... A éstos busca murallas que, atravesado el ponto, erigirás, por fin, magnas” (II, 291-295). Porque la piedad que empujaba a Eneas a la defensa de Troya contrariando la voluntad de los hados, era, en último término, engañosa. Si el héroe hubiera muerto entre los combates de aquella noche suprema, lo habría hecho engañado por una piedad que lo guiaba en contra de designios superiores.

Vemos, de este modo, que la piedad filial engaña a Lauso, y que a Turno lo engaña su piedad enderezada a la existencia de la ciudad. Eneas, en cambio, manifiesta saber cuál es la sola piedad que no engaña; aquella cuya presencia justifica victoriosamente la totalidad de sus acciones, incluso las que en apariencia pudieran revelarse inhumanas o crueles.

Eneas, renacido al mundo de los hombres después de su muerte voluntaria, conoce en lo hondo de sí mismo cuál es la magnitud y la dirección de aquello que debe hacer. En relación con ese conocimiento se desenvolverá su piedad, y cobrará su perfección más acabada.

He recordado en otra parte una afirmación básica del derecho romano: “Pues hay tres cosas que tenemos: la libertad, la ciudad, la familia” (D. 4, 5, *De cap. min.*, L. 11). Estos tres valores, enunciados en forma decreciente en su importancia, son, quizá, punto de partida preciso para llegar a una comprensión suficiente del sentido íntegro de la piedad. Habría, de conformidad con ellos, tres grados de piedad:

INTRODUCCIÓN

uno hacia la familia, mostrado por el amoroso cumplimiento de los deberes que ella solicita, principalmente entre padres e hijos; existiría, también, otro grado, superior al primero, que tendría como objeto los quehaceres debidos a la ciudad; así la piedad de Evandro cuando pone en riesgo la vida de su hijo y lo sacrifica para mantener la grandeza de su patria (VIII, 560-583). Por último, el grado de la piedad con respecto a la libertad, sería la cumbre más alta de esta virtud, y vencería largamente a la piedad para con la ciudad y la familia.

La libertad, participación inquebrantable en el orden divino, necesita manifestaciones que están, decisivamente, por encima de los sentimientos y la comprensión de los seres comunes, y hace que la piedad hacia la familia y la ciudad deba ser tenida como inferior, y buena para producir engaño a quien se deje alucinar por su resplandor tan visible. En cambio, la piedad ejercida hacia la libertad, en su pureza, es la verdad inexpugnable, y conduce al hombre a la sabiduría y a la perfección.

Eneas, al procurar la consolidación temporal y eterna de Roma, está tratando, en una instancia suprema, de consumir su piedad llevándola al grado en que tiene la libertad como fin. En efecto, Roma representa el establecimiento de la ley universal, en el centro donde la eternidad y el tiempo coinciden y se realizan. La adhesión consciente a esa ley, la unión, la unificación con ella, lleva en sí misma, necesaria y únicamente, a la libertad. Porque al identificarse con la ley, la conciencia se transforma, de regida, en regente, y al regirse a sí misma es libre, en el instante y para siempre. Por lo mismo, la misión de Eneas sirve a la piedad que está por sobre todo: aquella que ama y venera la libertad, y sacrifica todo para establecerla y conservarla en una existencia sin término.

En resolución: mientras los seis libros que componen la primera parte del poema describen lo que pudiera designarse como el proceso de adquisición del conocimiento, los seis que integran la segunda se ocupan en exponer —y acaso éste sea el naciente orden mayor de las cosas, la obra mayor que Virgilio dice mover, casi al iniciarlos (VII, 44-45)— el sentido del cumplimiento de la misión que en aquel conocer

INTERPRETACIÓN

encuentra posibilidad y bases. La libertad de la humana conciencia será, así, el fin ineludible y último de la misión asignada.

OPOSICIÓN INTERNA DEL HADO

La oposición interna del hado puede resumirse en la antítesis Júpiter-Juno. Juno apartaba del Lacio a los troyanos (I, 30-31). Por muchos años, fueron éstos llevados por mares y tierras desconocidas, tierras que aquélla les ofrecía, y que Júpiter les cerraba (I, 233), porque su designio definitivo era que solamente las del Lacio les fueran abiertas. Y esta oposición de la voluntad de Júpiter y la de Juno, que en el nivel del hado era un acuerdo, es la que origina el enorme trabajo, la mole tan grande que está en la raíz de la fundación de la gente romana (I, 34). Es así como Virgilio puede decir (I, 32) que Eneas y los suyos erraban, traídos por los hados en torno a todos los mares. Los hados. Es decir, no solamente el hado que los aparta de Italia, sino también aquel que a Italia los guía.

Sabe bien Juno que no podrá, en último término, alejar de Italia al rey de los teucros, porque los hados se lo impiden (I, 38-39); lo sabe, y sin embargo está dispuesta a enfrentarse a esos hados, dentro de su mismo nivel, y, por ejemplo, busca a Eolo y se dirige a él para pedirle que haga naufragar a los teucros, y que esparza sus cadáveres en el mar tempestuoso (I, 69-70); y Eolo se alía a la tendencia de los hados que Juno representa, y levanta una tormenta (I, 81-123) para procurar que su voluntad se verifique; pero Neptuno, asociándose a la parte de los hados representada por Júpiter, sosiega la furia de los vientos y el mar, y salva a los troyanos.

Eneas, por su parte, parece tener el conocimiento de ese conflicto de los hados, y así lo expresa en algunas ocasiones. De esta manera, él sabe que cuando dejaba Drepano y daba velas rumbo a Italia, seguía lo que le indicaban sus hados (I, 382); y sabe, al mismo tiempo, que la tem-

INTRODUCCIÓN

pestad que lo condujo a Cartago sólo pudo ser movida por los dioses; y cuando se despidió de Heleno y envidia la pequeña Troya edificada por éste, manifiesta: “somos nosotros de unos a otros hados llamados” (III, 494), revelando tal vez que sabe cómo los hados pueden llevar en direcciones contrarias. Al empezar, ante Dido y los tirios, la narración de sus trabajos, dice, en un punto, que los jefes griegos que sitiaban a Troya eran rechazados por el hado (II, 13), y no podían tomar la ciudad; y un poco más adelante (II, 34), afirma que los teucros introdujeron en Troya el caballo de madera, porque así lo determinaban los hados. Puede verse, por ello, que Eneas concebía que los hados, en uno de sus sentidos, defendían a Troya, y en el otro estaban decididos a destruirla.

Se aparta de Cartago Eneas (V, 1-2) cumpliendo las órdenes de Júpiter, y navega hacia Italia. Pero se levanta una tempestad que lo fuerza a salirse de rumbo y, naturalmente, le impide alcanzar las playas que busca. Toma el rumbo de Sicilia, e inmediatamente los vientos se apaciguan y se vuelven propicios. ¿Quién, sino los hados, suscitaron la tempestad? Y si es así, son los hados quienes entonces se oponen a los dictados de Júpiter.

Al llegar a Sicilia, Eneas sabe, y así lo afirma (V, 56), que llega impulsado por la voluntad de los dioses. Y el objeto de esta voluntad es, de nuevo, evitar que alcance a Italia. En Sicilia, Juno incendiará las naves de los troyanos (V, 641 ss.), y Eneas será otra vez víctima dócil del deseo de permanecer en esa tierra, olvidándose de la que le reservan los hados (V, 702-703).

Por último Eneas narra sus viajes y, al hacerlo, dice Virgilio, narra los hados de los dioses (III, 717); porque, sin duda, todo lo que le había ocurrido al héroe estaba determinado por ellos.

Y tal vez resulte interesante estudiar cuál es la actitud de algunos de los dioses en relación con el deber fatal de Eneas. Venus, por ejemplo, parece en determinados momentos solidarizarse con la parte positiva del hado, la de Júpiter, como cuando se dirige a éste para quejarse de las insidias de Juno, y afirma que su hijo y ella misma y los troyanos

INTERPRETACIÓN

son traicionados y alejados de las playas de Italia (I, 252). Pero más tarde su conducta vendrá, sin género alguno de duda, a apoyar las fuerzas del hado negativo, el de Juno, cuando, a pesar de que Júpiter ha ordenado que Dido y los tirios tengan hacia el troyano ánimo quieto y mente benigna (I, 304), ella obliga a la reina a que se enamore del héroe, y ayuda a crear para éste la tentación del amor. Y más tarde (I, 90-127) al realizar con Juno el pacto que habría de tener tan desastrosas consecuencias para Dido y que habría de significar para Eneas tan grave peligro, estorba la realización de las disposiciones de Júpiter. Venus, cuando concibe el plan de que Dido se apasione por Eneas (I, 673-675), coincide con Juno que pretende que el reino de Italia se lleve a tierras de Libia (I, 106).

Apolo y Mercurio, continuamente, están del lado de la voluntad de Júpiter; el primero, con los oráculos que hasta el fin señalarán al padre de Ascanio cuáles deben ser su dirección y su conducta (II, 94-98; 154-171; 251-257; 374-462; VI, 56-59; 83-97), Mercurio, desempeñando la función de mensajero de la expresión directa de la voluntad de dios (I, 300-302; IV, 265-276; 560-570). La misma actitud de unión con la parte positiva de los hados, demuestra Neptuno (I, 124-155; V, 800-815).

Pero acaso lo más significativo sea considerar cuál es la actitud del mismo Júpiter en relación con el destino del héroe. Él ha manifestado la voluntad de la parte positiva de los hados; es necesario que el hijo de Anquises vaya a Italia a poner los primeros fundamentos de Roma; y una vez manifestada esa voluntad, parece desentenderse de los caminos que toma ella para cumplirse, o de los riesgos en que cae quien en último término habrá de ser el instrumento de esa voluntad, es decir, el propio Eneas.

De este modo, cuando los troyanos son hostigados por Juno con una tempestad, y obligados a buscar refugio en Cartago (I, 157-158), Júpiter no manifiesta haber caído en la cuenta de lo que ocurría. Desde el nivel de la eternidad, vuelve los ojos hacia el tiempo, preocupado por lo que en éste tiene que ocurrir. Y sólo entonces, al fijar los ojos en los

INTRODUCCIÓN

reinos de Libia se percata de la situación en que Eneas se encuentra: ha sido alejado, nuevamente, de la finalidad que Júpiter estableciera para él (I, 223-226). Pero esto no lo alarma en manera alguna. Al oír que Venus le reprocha los trabajos a que su hijo se ve sometido por causa de Juno (I, 250-253), no se altera; se sonríe tranquilamente, y le revela la inmutabilidad del destino de Eneas y los suyos (I, 257-296); y entre las cosas que le anuncia, está el acuerdo, en este aspecto a lo menos, de los dos sentidos del hado (I, 279-282).

En otra ocasión, cuando el troyano se consagraba a su pasión por Dido y a la edificación de Cartago, Júpiter, que en apariencia se había despreocupado del héroe y había permitido, por lo mismo, que sucumbiera a los lazos que Juno auxiliada por Venus le había tendido, es llamado por las plegarias del nómada Jarbas a observar el comportamiento desobediente de Eneas (IV, 206-218). Entonces Júpiter, aparentando desconocer lo que ocurría, vuelve los ojos a las murallas de Cartago, y mira allí a los dos amantes olvidados de una fama mejor (IV, 220-221). Comprende que él ha dejado de ceñirse a su voluntad, y envía a Mercurio para que lo obligue a someterse. Podría pensarse que Júpiter apartaba su atención de las circunstancias en que se desenvolvía la vida temporal de Eneas, para permitir el ejercicio del influjo de la parte del hado que actuaba contra lo que él tenía dispuesto. Por otra parte, el tejido complicadísimo de los acontecimientos históricos, podía hacer necesaria esa suerte de voluntaria oposición, pues si, por ejemplo, el hado tenía ya determinada la destrucción de Cartago por la fuerza de Roma (I, 19-20), era preciso establecer desde el principio la enemistad entre los pueblos de ambas ciudades futuras.

El último testimonio de esta conducta olvidadiza de Júpiter, lo encuentro en el episodio relatado en el libro quinto, después que las troyanas, incitadas por el rencor de Juno, dieron fuego a la flota (V, 659-663). Arden las naves, esperanza de alcanzar las tierras de Italia, y Eneas en su colmada desesperación, invoca a Júpiter y le pide que extinga las llamas que las destruyen. Y el dios, como si antes no hubiera

INTERPRETACIÓN

percibido ni el incendio ni las causas que lo habían producido, se com-
padece al fin (V, 727) y envía largos ríos de lluvia sobre el arder de las
naves, y las defiende y las preserva (V, 693-699). En esta ocasión tam-
bién, encuentro la explicación de los hechos narrados, en que Júpiter
quería permitir el combate interior de los hados entre sí, a fin de que se
lograra en el tiempo el desarrollo sucesivo de los hechos humanos.

LOS MENSAJES DIVINOS

Para comunicar a Eneas de alguna manera su voluntad, los hados se va-
len de procedimientos variables. O bien toman estas comunicaciones la
forma de la intervención directa de un dios, o la de un portentoso sobre-
natural, o se manifiestan por el advenimiento de una visión que se
acerca a Eneas en su sueño o en lo que él cree que es su vigilia, o se le
revelan por medio de la declaración de un oráculo. En todos los casos,
lo comunicado está en el punto opuesto del engaño. Pero Eneas duda
siempre de su veracidad, aunque en lo más profundo de sí mismo pue-
da estar plenamente convencido de ella.

Venus se le aparece dos veces a Eneas; una de ellas, en el pasaje a que
me he referido ya (I, 314 ss.), le dice tan sólo cosas exactamente verídi-
cas en todo lo que se refiere a su fortuna y a su destino. No hay nada de
mentira en cuanto Venus relata a Eneas acerca de Cartago y su funda-
ción, realizada por Dido, y acerca de la historia de ésta, que tan ligada
iba a estar después con el héroe (I, 338-368): el amor por Siqueo, su
antiguo esposo; el asesinato de éste a manos de Pigmalión, el hermano
de Dido; la fuga de la reina y la substracción de los tesoros de su herma-
no; el arribo de la fugitiva al sitio donde surgen ahora las murallas de
Cartago. Y luego, cuando le habla a Eneas directamente de lo que acon-
teció a sus compañeros y sus naves (I, 390-400), vuelve a anunciarle la
estricta verdad, cosa que más tarde le hará notar Acates (I, 585): que sus
naves y sus compañeros han entrado o entran en ese momento, sanos y

INTRODUCCIÓN

salvos, en el puerto de Cartago. Así que al lamentarse Eneas de que no le es dado oír voces verdaderas (I, 409), lo hace vanamente, preocupado únicamente por su afán de asirse a lo transitorio.

En la otra aparición de Venus, según lo narra el propio Eneas (II, 589-621), la diosa misma se le había manifestado tal y cuanta suele ser vista por los otros dioses, así de clara y refulgiendo de pura luz en la noche. Son las horas supremas de Troya. Y en el momento en que Eneas se dispone a dar muerte a Helena (I, 583-587), Venus lo llama a sus deberes con los suyos, y le muestra las más terribles imágenes verdaderas: quitando de sus ojos la niebla que vela las miradas de los humanos, hace que el héroe pueda ver a los dioses entregados a la tarea de la destrucción. Neptuno y Juno y Palas y el mismo Júpiter precipitan la muerte y la ruina sobre la ciudad incendiada. Nada está capacitado Eneas para ejecutar en favor de Troya que muere, y su madre le ofrece, en cambio, conducirlo a salvo hasta la morada de Anquises, donde están los que él ama y debe resguardar. Y allá lo conduce, en efecto, entre las llamas y los enemigos (II, 632). Pero Eneas, al oír que Anquises quiere morir entre los escombros de la ciudad (II, 638-649), decide volver al combate y, dudando de los mandatos de Venus, le pregunta: “¿Esto era por lo que entre dardos y fuego me robas?” (II, 664-665), y a continuación se arma para buscar de nuevo la muerte (II, 668-672).

Y los otros avisos y los otros consejos y las otras admoniciones de la voluntad divina, de los cuales habla tachándolos de engañosos, son tan ajustados a lo cierto como los suministrados por Venus.

De esta manera, también durante la última noche de la ciudad, mientras los caudillos aqueos que habían salido del vientre del caballo de madera se unían con aquellos a quien ellos mismos abrían las puertas de Troya (II, 259-267), la imagen de Héctor surgió ante los ojos del sueño de Eneas, y empezó a revelar su deber fatal (II, 289-295). Le advierte allí que Troya le encomienda sus cosas sagradas y sus dioses penates, y le pide que los asocie a sus hados. Y en seguida le manifiesta la obligación principal, que desde ese momento lo condenará a la gran-

INTERPRETACIÓN

deza: Eneas, después de atravesar los mares, habrá de fundar magnas murallas para los dioses troyanos. Son todas aseveraciones clarísimas y oportunas. Pero Eneas, acaso sin querer reconocerlo, pone duda en ellas: “Yo mismo —dice— parecía llamar al varón y proferir voces sombrías” (II, 279-280); y antes había dicho: “Ante mis ojos me pareció que estaba” (II, 270-271). Trata, bien se ve, de convertir lo objetivo en subjetivo; porque en realidad, Héctor estaba allí, y él hablaba con Héctor y procuraba preguntar cosas inútiles (II, 287), llevado por el temor de pronunciar las verídicas. Pero Héctor las dice, y termina por tomar él mismo de los altares las cosas sagradas, para encomendarlas al predestinado (II, 296-297).

Más tarde, cuando Anquises se resiste a salir de Troya, Júpiter mismo crea un portento para vencer esa resistencia, y lo crea delante de los ojos de Eneas: un cono de lumbre arde, sin quemarlo, sobre la cabeza de Julo (II, 680-684). Y Eneas ve cómo las llamas lamen el cabello y rodean la cabeza del niño, sin hacerle daño. Y a pesar de que percibe la naturaleza milagrosa de ese fuego, nuevamente parece no creer en ella, y corre a sacudirlo con las manos y a procurar extinguirlo con agua (II, 685-686).

Habiéndose percatado de que, en el camino de salida de Troya, había perdido a su esposa (II, 735-746), regresa Eneas a la ciudad, y mientras llama a voces a Creusa, el fantasma de ésta acude y le habla, y hablándole le revela lo que el hado y el rey de Olimpo han dispuesto para él (II, 776-789): será imposible que lleve consigo a su esposa, porque otra de sangre real lo espera al término de sus trabajos; pero antes de esto, habrá de cruzar el mar, para ganar al fin la tierra hesperia, por cuyos campos se desliza la corriente del Tíber. El mensaje divino es totalmente claro; el objeto del viaje está, desde antes que el viaje empiece, totalmente establecido. Y con todo eso, Eneas errará por los mares y las tierras como si no lo supiera, o como si lo hubiera olvidado. Porque no está dispuesto a creerlo; porque está encerrado en las prisiones de su sueño. Y queriendo olvidar que su ciudad destinada habrá de fundarse junto al Tíber, establecerá, antes de llegar a Cartago, dos ciudades: la

INTRODUCCIÓN

de los Enéadas en Tracia (III, 18), y la de Pergamea en Creta (III, 133), y querrá pensar, al establecerlas, que está cumpliendo el mandato de los hados. Y después ayudará a construir a Cartago, y luego de salir de Cartago promoverá la fundación de Acesta, en cuyo lugar sintió también el impulso de permanecer. Acaso el menosprecio a las palabras de Creusa sea el que mejor manifiesta la actitud de Eneas frente al mandato de los hados: la duda y el deseo del olvido.

Pero Eneas recuerda esas palabras. Al prepararse a partir de la pequeña Troya fundada por Heleno Priámida, y pensando en la futura amistad que se mantendrá entre ésta y Roma (III, 500), menciona dos veces al río Tíber, que antes solamente lo había sido por Creusa. Efectivamente, ni Polidoro, ni el oráculo en Delos, ni los penates troyanos, ni Anquises, ni Heleno al interpretar a Apolo, recordaron el nombre del Tíber. Eneas, sin embargo, lo dice como cosa sabida; lo sabe, porque lo oyó de Creusa y pretendió en vano olvidarlo.

Y en Tracia, después de poner los cimientos de una ciudad, y de hacer a los dioses los sacrificios propiciatorios, descubre un matorral misterioso que sangra como un hombre y que tiene voz humana: el matorral cubre y envuelve a Polidoro, uno de los hijos de Príamo, que habla a Eneas y le dice que abandone las costas de Tracia (III, 16-46). Es otra vez el mensaje sobrenatural que manifiesta la verdad. No es en Tracia donde los hados han dispuesto que sea fundada la urbe. Y Eneas, antes de obedecer, se siente obligado a preguntar a su padre y a sus compañeros si debe hacerlo, sometiendo de esta manera el mandato divino a la consideración humana.

Poco después, al llegar a Delos, acude al oráculo de Apolo (III, 85-89) y le pregunta lo que ya sabe: en dónde debe establecerse; Creusa se lo había dicho, pero él aparenta ignorarlo, como si esperara que el hado cambiara su sentido. Ella, en su momento, le había vaticinado (II, 781-782) el reino y la esposa ganados en la tierra hesperia, junto al blando transcurso del Tíber, y ahora Apolo añade un dato más para aumentar aún la claridad en la expresión de los mandatos divinos: los troyanos

INTERPRETACIÓN

habrán de ir a la tierra donde tuvieron su primer antepasado; y al decirlo llama dardánidas, descendientes de Dárdano, a los troyanos. Y entonces Anquises, sin que Eneas se lo pregunte, en la hora en que el mensaje era ya íntegramente claro, toma la voz, y afirma frente a los suyos que hay que ir a establecer la ciudad a Creta, la patria de Teucro. Y Eneas, sin protesta, lo sigue.

Cabría preguntar: ¿cómo puede Anquises equivocarse y buscar la tierra de Teucro, siendo que Apolo (III, 94) está señalando claramente que hay que buscar la de Dárdano, es decir, Italia? ¿Por qué, si no, les dio al ordenarles el camino el nombre de dardánidas y no el de teucros? Como si les hubiera manifestado: los hijos de Dárdano han de buscar a su padre, y éstos buscaran a alguien que no fuera el propio Dárdano. Creo que puede ser interesante observar cómo en determinadas situaciones Venus y Anquises, es decir, los padres de Eneas, toman decididamente el partido de Juno, y tratan de apartar a su hijo del camino que tiene que seguir. En esta ocasión, es Anquises el que lo hace; le tocará a Venus intentarlo cuando haga que Dido infeliz se apasione por el amor del caudillo troyano.

Eneas va de prisa a Creta, y ávidamente se pone a la tarea de levantar los muros de otra ciudad a la que llama Pergamea; edifica y distribuye y legisla, como si estuviera ya en el lugar destinado (III, 132-137). Y nuevamente cae sobre él la pesadumbre del mandato divino, ahora dentro de la forma de una epidemia mortífera que ataca a hombres y plantas y tierra (III, 137-142). Y Anquises, por cuya decisión errada se padecían todos esos males, exhorta a atravesar el mar de regreso y volver a Delos e interrogar de nuevo la voluntad de Apolo; otra vez a preguntar lo mismo: a dónde habría que ir (III, 145-146).

Pero Apolo ya no está dispuesto a consentir mayores retardos; al dar en la cuenta de que los troyanos irían a Delos a interrogar por segunda vez al Oráculo, manda a los mismos dioses penates de Troya que lleven, minuciosamente explicado, como si quisiera evitar de una vez por todas la posibilidad de otra interpretación equivocada, el designio

INTRODUCCIÓN

de los hados con respecto al deber de Eneas (III, 147-148). Apolo no ha dispuesto que los troyanos se establezcan en Creta; deben ellos ir a Hesperia, tierra que fue habitada por los enotrios, y que en el momento lleva también el nombre de Italia. Ésta fue la tierra donde nació Dárdano, origen de la estirpe troyana. Y los penates entran en el sueño de Eneas y cumplen el encargo del dios. Como en otra ocasión (IV, 572) el héroe, para decir que despierta, habla de que separa su cuerpo del dormir. Como si supiera que sólo su cuerpo despierta, en tanto que su parte interior sigue abrigada en los pliegues del sueño (III, 176). Hace en seguida sacrificios a los dioses, y lleva a Anquises la nueva. El padre reconoce su error, y recuerda que Casandra, al profetizar, se refería a la tierra Hesperia. Eneas no dice recordar que Creusa se lo había anunciado también, y parece estar de acuerdo con Anquises en que nadie hubiera podido creer que los troyanos habrían de llegar a las costas de Italia.

Siguiendo el viaje, después de una tempestad llega Eneas a las Estrófades, donde las Arpías habitan. Celeno, una de ellas, revela a los troyanos lo que Febo le dijo repitiendo lo que había escuchado de Júpiter. Y al hacer tal cosa, dice la verdad. Los troyanos llegarán a Italia y entrarán en sus puertos; pero antes que levanten los muros de la ciudad que los hados les tienen concedida, el hambre los atormentará de tal modo que tendrán que comerse sus propias mesas (III, 256-257). Eneas, en la primera ocasión que tiene, pregunta cómo podrá evitar o superar los trabajos que le profetizó la Arpía (III, 367-368).

El último mensaje divino que recibe antes de arribar a Cartago, le es dado por boca de Heleno Priámida. Éste, en resumen, se limitará a señalar a Eneas de modo pormenorizado cuáles son los peligros que encontrará, de qué manera pueden ser evitados, cuál es la ruta más segura para alcanzar el término del viaje emprendido, qué signos le darán a conocer que alcanzó ese término, con cuáles ceremonias debe propiciar a los dioses; por fin, le aconseja que vaya a Cumas, donde la Sibila le expondrá lo que hasta entonces se le haya ocultado de las cosas por venir.

INTERPRETACIÓN

Éstas son las manifestaciones sobrenaturales de que la voluntad de los hados se vale para comunicarse con Eneas, y a las cuales puede éste referirse cuando le reprocha a Venus que —cruel ella también— lo engañe con imágenes falsas. Parece evidente que, en lo que se refiere al destino que se le había señalado, son en realidad todas verdaderas, aun cuando el héroe pretenda considerarlas de índole mentirosa.

A partir del momento de su llegada a Cartago, habrá de recibir todavía algunos avisos divinos que intentan llevarlo por las vías asignadas, y que él procura decididamente abandonar. La actitud de Eneas frente a ellos habrá de ser la misma que se ha visto hasta aquí: el deseo de dudar y, siempre que le es posible, la no aceptación.

Mientras está compartiendo con Dido el amor y la gloria de la edificación de Cartago (IV, 259 ss.), Mercurio llega directamente a él llevándole una orden decisiva de Júpiter: Eneas ha de abandonarlo todo, para navegar otra vez (IV, 237). Y el héroe se aterra al percibir el mensaje del dios, y se dispone a cumplirlo. Y en efecto, realiza todo lo que es necesario para la partida, hasta el momento en que, ya dispuestas las naves a zarpar, ya embarcados el jefe y los compañeros, vuelve a olvidar la orden de Júpiter, y cae en el sueño; cae profundamente, y obliga de nuevo al mensajero divino a que venga a querer despertarlo. Y espantado por la presencia sobrenatural, despierta; es decir, hace lo que hasta este momento parece ser, para él, despertar: Eneas arrebatado del sueño su cuerpo (IV, 572). Sólo entonces, después de la segunda visita de Mercurio, obedecerá, y emprenderá —no de grado— el camino.

Pero hay algo que puede ser todavía más significativo: cuando le explica a Dido los motivos de su inevitable partida, revela algo que antes había mantenido oculto frente a todos: que permanecía en Cartago a sabiendas de que estaba desobedeciendo las órdenes del hado. Hablo de esto: durante todas las noches de su felicidad, Eneas había resistido obstinadamente la orden que le dictaba de continuo el fantasma de su padre, que lo atormentaba con recordarle su abandonada obligación: “Cuantas veces la noche cubre de húmedas sombras las tierras, cuantas

INTRODUCCIÓN

surgen los astros ígneos, la tóbida imagen del padre Anquises me amonesta y aterra entre sueños”, confiesa (IV, 351-353). Y nos hace saber que tuvo, en su deseo de atenerse a lo inmediato de su vida, el valor suficiente para desobedecer las amonestaciones y soportar los terrores que le imponía el mensaje llevado en las palabras de su padre muerto.

LAS TENTACIONES

Decía yo más arriba que Juno propone a Eneas una tentación fundamental: la de permanecer absorto en su propio pasado, y que ésta adquiere tres rostros diferentes: el de la muerte gloriosa, el del amor y el de la ciudad inmediatamente habitable.

La muerte

Las primeras palabras que Eneas pronuncia en el poema (I, 94-101) manifiestan su deseo de estar muerto, de haber muerto en combate; expresa así una oscura nostalgia, un deseo de fijarse en su pasado glorioso, compartido con Héctor y Sarpedón, varones insignes. Ninguno de sus obligados trabajos hubiera tenido existencia, si la mano de Diomedes lo hubiera aniquilado junto a las murallas de Troya. De ese modo, congelado en un instante pretérito inmovilizado por la muerte, se hubiera considerado cumplido en sí mismo, salvado de toda obligación ulterior.

Pero con mayor claridad, en el libro segundo de la *Eneida* se pondrán de manifiesto las maneras como la tentación de la muerte se ofrece al héroe y los modos en que éste sucumbe a ella. Así, después que Héctor le comunicó que la decisión divina era que abandonara a Troya, no susceptible ya de ser defendida, y llevara consigo a sus dioses penates, con el objeto de rodearlos con las murallas de una nueva y magna ciudad, Eneas, en la primera ocasión, enloquece (II, 314), y, ce-

INTERPRETACIÓN

diendo al llamado de la muerte, se olvida de la voluntad de los dioses, y se sumerge en su sueño de guerrero. Su mente es arrastrada por el furor y la ira y lo induce a ver la belleza de la muerte en combate (III, 317). Héctor, sabiendo el designio de los hados, lo persuade a la fuga; pero la propia pasión humana de Eneas lo incita a arder en las llamas de la batalla. Y él conoce, además, que si algunos dioses quieren el establecimiento de la ciudad futura, otros en cambio pretenden que no alcance a ser, y a éstos dice deber obediencia. Llevado por sus poderes (III, 336) se precipita al lugar en que las armas y las llamas suben su clamor hasta el cielo.

Y tal demencia se prolongará durante un tiempo largo, en que el héroe buscará la ocasión de morir, y no evitará ningún riesgo, y se lanzará siempre a lo más espeso de la lucha, al centro del mayor peligro, sin ignorar que los dioses que la defendían han abandonado a Troya, que ésta se consume en el gran incendio de su noche postrera, y que la única salvación de quienes la defienden es no esperar ninguna salvación. Y como si no supiera para qué lo tienen reservado los dioses, dice a los desesperados que se agrupan a su alrededor: “Muramos, y a mitad de las armas corramos” (II, 353). Y como lobos rapaces enfurecidos por el hambre, van —él mismo lo afirma— “a no dudosa muerte” (II, 359). No hay en él, repito, memoria alguna del mandato que Héctor le transmitió; no existe para él más que la embriaguez del sueño heroico, la furia que lleva a matar, la búsqueda de la muerte, más gloriosa cuanto más vale el enemigo de cuyas manos se recibe.

Dejando a su paso un amontonamiento de cadáveres ensangrentados, recorre las calles estruendosas de la ciudad. Y, por si los hados hubieran dispuesto que cayera, no evita ningún encuentro ni el filo de arma ninguna, y hace en todo momento el esfuerzo por merecer la muerte a manos de los dánaos (II, 432-434).

Por fin, la muerte infame de Príamo (II, 550-558) lo horroriza y lo pasma, porque lo hace recordar a su padre y a su esposa y a su hijo, expuestos, porque él no está junto a ellos, a infamia semejante, y al

INTRODUCCIÓN

buscar a sus compañeros, da en la cuenta de que todos han muerto o se han ido, y él combate solo. Y la tentación de la muerte es sustituida un momento por la del amor, porque ni siquiera en este momento va su pensamiento a las órdenes que los dioses le han dado, sino que lo impulsa la necesidad de proteger a los que ama.

Y tiende en su camino solitario hacia la casa de su padre, y al pasar frente al templo de Vesta, el hervor de su locura guerrera lo induce a asesinar a Helena, a quien mira escondida cerca de los altares de la diosa (II, 567 ss.). Viene entonces el momento en que Venus lo convence de que mire por los suyos, y le muestra a los dioses puestos a la tarea de destruir la ciudad. Y, después, lo protege y le hace camino salvo hasta la morada de Anquises.

Y pareciera que estaba, por entonces, vencida la tentación de la muerte guerrera. Pero cuando su padre, que en aquel momento parece que lleva en su pecho la voluntad de Juno, se niega a abandonar a la ciudad arruinada. Eneas, sin vacilaciones, opta de nuevo por el combate, con la única esperanza de matar a muchos antes de que lo maten; “No moriremos todos hoy sin venganza”, profiere mientras se arma para arrojarse otra vez a la confusión de sangre y armas y fuego (II, 670).

Pienso que éstos son los puntos principales donde puede advertirse la posición de Eneas frente a los mandatos de Júpiter y las tentaciones que se le van ofreciendo de morir y poder no cumplir aquéllos. En su sueño, no se le plantea siquiera el conflicto entre unos y otras. Sólo éstas existen. Su deseo heroico de morir, su desprecio de la vida, prevalecen de modo cabal sobre aquel sueño de fundador que Júpiter quiere que sueñe.

La fundación

Uno de los mayores obstáculos que se levantan entre la voluntad de Eneas y las órdenes del hado, es el estímulo que lo conduce a fundar cuanto antes una nueva Troya, con la cual poder sustituir a la que le

INTERPRETACIÓN

habían destruido. Tal vez más que el impulso bélico, más quizá que el amor, lo acosa el deseo de una ciudad ya fundada, abrigo para sí y para los suyos. Y esto es lo que le niegan y le negarán los dioses, porque la ciudad que ha de fundarse con su intervención no será vista por él; fundará para su descendencia. Y así, el dominio de las tierras no estará reservado a Eneas sino a la casa de Eneas, y a los hijos de sus hijos y a quienes nacieren de ellos (III, 97-98). “En los astros pondremos a tus nietos futuros, y a tu urbe el imperio daremos”, le dirán los penates de Troya (III, 158-159).

Pero él, que desde que oyó las palabras de la sombra de Creusa conoce bien cuál es el lugar del mundo que le han destinado para poner la simiente de su ciudad, tentado por el deseo de no alcanzar lo futuro y permanecer lo más cerca posible de aquello que fue suyo, intentará en repetidas ocasiones desobedecer a los hados, engañarlos, si puede así decirse, y construir cuanto antes una ciudad que poder habitar en paz, de inmediato, sin verse obligado a mayores esfuerzos. Su sueño de hombre, en este caso, lo inclina al amor de lo inmediato, que en él se identifica con el de su propio pasado. Lo futuro lo obliga a combatir, le prepara guerras contra pueblos soberbios; y él, inclusive cuando reconoce ya que su destino es el Lacio, se promete allí moradas tranquilas. Hablo de aquella escena (I, 198-207) en que Eneas consuela a sus compañeros salvados de la tempestad, y les ofrece un pacífico porvenir. “Guardaos para cosas felices”, les dice, y mientras lo hace, sabedor de cuál es en verdad la voluntad de los hados, simula en el rostro la esperanza, y oprime el dolor en el corazón (I, 209).

Esas “moradas tranquilas” (*sedes quietas*) constituirán para él uno de los principales motivos de tentación. Juno lo sabe, y habrá de hacer uso de ese conocimiento.

Virgilio lo apunta así desde el principio, al hacer que Eneas, a la vista de los tirios que se aplican a la construcción de Cartago, exclame manifestando lo profundo de su deseo: “¡Oh, afortunados esos cuyas murallas ya surgen!” (I, 437). Su prisa por establecerse definitivamente

INTRODUCCIÓN

y en paz, hará que desobedezca persistentemente lo dispuesto por los hados, y que trate de adelantar el cumplimiento de éstos, formando murallas prematuras para proteger a los penates troyanos.

En el libro tercero de la *Eneida*, aparecerá evidente la debilidad de Eneas frente a la tentación de fundar de inmediato su ciudad. Guiado por los augurios de los dioses (III, 5), sin querer admitir que sabe a dónde lo conducen los hados (III, 7), en dónde debe establecerse, el héroe se siente no el fundador sino el desterrado, que lleva sobre sí la carga de su descendencia y sus dioses (III, 11-12), y querrá terminar el destierro y desprenderse de su carga en los primeros lugares a donde su viaje lo lleve.

Dejando las riberas de Troya, se hace al mar, y en la tierra que inicialmente aparece a sus ojos, en Tracia, pretende, desoyendo los preceptos transmitidos por Creusa, empezar la construcción de las murallas para la ciudad esperada. Naturalmente, los hados no están de acuerdo en el levantamiento de tales murallas, por lo cual le merecen a Eneas el calificativo de inicuos (III, 17), así como le mereciera el de mal amigo el numen que sintió que le había quitado a Creusa (II, 735). Bien se ve que para él eran inicuos o malos amigos los dioses que le impedían soñar su sueño, y lo impulsaban a su grandeza futura.

Procurando acaso conseguir el beneplácito de los númenes para su desobediencia, hace sacrificios allí a Júpiter y a Venus. Enéadas llama a los muros de la nueva ciudad, para gloria de su propio nombre (III, 18), y la iniquidad de los hados se le hace patente por medio de la palabra de Polidoro, que lo obliga a huir de las tierras que quiere ocupar (III, 44).

Después de la salida de Tracia, viene para él, en Delos, otra vez la expresión del mandato del hado que se da por medio del oráculo de Apolo (III, 94-98). Por lo demás, como se ha visto, Apolo está de manera constante en alianza con la divina decisión que se dirige a la fundación de Roma. Anquises, en cambio, parece en ciertos momentos oponerse a ella.

INTERPRETACIÓN

El hecho de que éste malinterprete el clarísimo mensaje del dios (III, 103-117), no puede explicarse sino considerando que se alía con la parte negativa del hado, y fuerza a su hijo a enfrentarse a la tentación que lo atrae a la ciudad de inmediato fundada. Una vez que Anquises lo engaña, Eneas, en el fondo satisfecho de ser engañado, se deja llevar por su padre y sus compañeros (III, 124; 129), y como si él no tuviera parte en la decisión, se pone a la tarea imposible de buscar a Creta y, en Creta, a sus antepasados.

No bien han llegado a las costas cretenses, cuando ya, presuroso, ávido (*avidus*) como él mismo lo dice (III, 132), se entrega al entusiasmo de levantar muros para una urbe nueva, y a darle nombre —Pergamea la llamó— y consagra los fuegos, y distribuye casas y derechos (III, 133-137). Y su misma prisa revela su ansioso deseo de suplir con una fundación inmediata la otra fundación que los hados ordenan; es decir, revela su ímpetu de soñar el sueño del hombre, en lugar de someterse al sueño de los dioses. Y la voluntad de éstos se viste entonces con los rasgos de una desastrosa epidemia que pudre el cielo, y ataca cuerpos y siembras y selvas (III, 137-142).

Eneas es forzado a abandonar la ciudad que había elegido, y se da de nuevo al mar. Ahora ya no puede dudar de que es Italia el suelo que le han destinado; con todo esto, nuevamente vacilará dos veces en su obediencia, y querrá establecerse, contra lo que los hados tienen decidido, en dos sitios más: Cartago y Sicilia. Pero a eso me referiré más adelante.

Solamente transcribiré aquí, como expresión de la actitud interior de Eneas frente a su deber de ir a buscar las tierras remotas en que podrá establecerse por fin, las palabras que dirige a Heleno y Andrómaca, en el momento en que se dispone a zarpar de las playas de Butroto (III, 493-498): “Vivan felices, aquellos que su fortuna cumplida ya tienen; somos nosotros de unos a otros hados llamados. A vos, paz ganada; no habéis de arar del mar ninguna llanura, ni los campos siempre retrocedentes de Ausonia habéis de buscar; veis la imagen de Janto, y la Troya que vuestras manos hicieron”.

INTRODUCCIÓN

El amor

Por entre las llamas de la ciudad invadida, buscando los lugares apartados que le permitan evitar el tropiezo con las armas enemigas, sale Eneas de Troya. Sobre los hombros, el peso de su padre que lleva los dioses de la ciudad; su hijo Ascanio al lado, asido de su mano derecha, y, unos pasos más atrás, Creusa su esposa. Eneas camina aterrado, porque él, que mientras era ocupado por su propio sueño se movía como el héroe guerrero, sin miedo a las armas contrarias por terribles que se presentaran, y sin temor de los enemigos por grande que fuera su número, ahora, tras pasado por el sueño de los dioses, se siente sometido a una carga superior a sí mismo —carga que simbolizan Anquises y los penates de Troya— y teme, no por él sino por las cosas que está obligado a preservar, todos los peligros posibles, existan éstos o no existan (II, 726-729). Mientras cree que es él mismo quien hace las cosas, no teme a nada; pero basta que se limite a dejar que las cosas trascendentales ocurran a través o por medio de él; con que se convierta a conciencia en el instrumento del más alto de los designios, para que lo tema todo y, soportando ese temor, obedezca a la orden que lo rige. Tal es su heroísmo.

Pero mientras se dirige a las puertas de Troya, Anquises lo hace que sienta temor por un peligro irreal (II, 732-734), y lo incita a escapar por lugares perdidos. Y en este punto Eneas se percata de que ha perdido a Creusa su esposa, y esta pérdida lo saca de la obediencia a los dioses y lo sujeta otra vez a la tentación de soñar del todo su sueño de hombre (II, 749 ss.); vuelve a ceñirse las armas, y regresa a la ciudad al centro de los combates y la matanza y el saqueo. Pero ahora no busca la muerte sino el amor, y se horroriza y se aterra frente a la posibilidad de no encontrarlo. Llamándolo a voces, camina por las calles vacías y regresa a las ruinas de la que fue su morada. Contempla, en el camino, las consecuencias del vencimiento de los suyos; ve las riquezas robadas, la violencia hecha a mujeres y niños, a quienes los griegos agrupan junto al templo de Juno.

INTERPRETACIÓN

Y por fin, el espectro de la esposa se le aparece y le habla, y le explica por qué la ha perdido (II, 775-789). Y entonces Eneas, que no quiso creer en las palabras de la sombra, que eran verdaderas, intenta abrazar su cuerpo, que es falso (II, 792-794). Esto es, no quiere admitir el futuro que le señalan los hados, sino que pretende asirse a su pasado humano, muerto ya, que los hados le niegan.

Lo esperará todavía la mayor de las tentaciones: Cartago, con su reina y sus muros en vías de levantarse.

Cartago

Cartago viene a ser el núcleo, la almendra representada del sueño de Eneas. En Cartago encontrará su propio pasado, en el cual anhelará instalarse para siempre, y el cual querrá prolongar contra los dictados divinos.

Y es así como Cartago constituye, también, el fondo principal de la primera mitad del poema, cuya más intensa parte es el libro cuarto. Cartago es mencionada por primera vez en el verso 13 del libro primero, y cuando, en el Elíseo, la sombra de Anquises se conmueve a la vista de su hijo, Cartago vuelve a ser recordada; y esto se relata en el libro sexto, cerca del final, en el verso 694.

Además, desde el verso 157 del libro primero hasta el último verso del cuarto, todos los acontecimientos reales que ocurren al troyano, tienen lugar en tierras cartaginesas. Antes del mencionado verso 157, el canto contiene sólo una suerte de prólogo, donde se indica el asunto que va a ser expuesto (I, 1-7); la invocación a la musa (I, 8-11); la hipótesis de la cual el poema habrá de crecer (I, 12-49). Viene luego la descripción, desde sus orígenes hasta su término, de la tempestad que sorprende a los troyanos en las cercanías de Sicilia, y los arrebató hasta los términos de Libia (I, 50-156). A partir del mencionado verso 157 del libro primero, hasta llegar al 705 del libro cuarto, repito, todo lo

INTRODUCCIÓN

que ocurre en el poema está relacionado con Cartago; porque la escena entre Venus y Júpiter, donde éste anuncia cuáles serán los hados de Eneas y su descendencia (I, 223-296), es provocada por el arribo de los enéadas a Cartago, y porque la narración que el héroe hace de sus labores a lo largo de los libros segundo y tercero, no son sino memorias que, continuando las que se iniciaron ante la presencia de las imágenes labradas en las puertas del nascente templo de Juno (I, 456-493), lo amarran a su situación de soñar su sueño humano, y lo hacen aferrarse a lo más inmediato, y lo incitan a que se resista a proyectarse hacia finalidades superiores.

Cartago encierra para Eneas todo cuanto es capaz de suprimirle la libertad: la pasión, el amor, la mujer, la ciudad que lo absorbe. El símbolo de su sueño humano está encerrado en Cartago, con todas sus raíces oscuras y sus consecuencias funestas.

Por eso mismo, Cartago será tomada por Juno como el pretexto bajo el cual habrá de confundir al hijo de Venus, y de apartarlo de su destino verdadero. Hasta el momento en que Anquises confiesa a Eneas cuánto temió por él a causa de los reinos de Libia, Cartago está presente en esta primera mitad de la *Eneida*. Está presente como causa, como consecuencia, como acicate o como obstáculo para todo cuanto en ella ocurre.

He leído en algunos comentaristas que Dido y Eneas viven situaciones paralelas, que los hacen ser semejantes. Ambos, expulsados o huyendo del lugar en que habían encontrado su justificación sobre la tierra, son impelidos por fuerzas extrañas a fundar una nueva ciudad. Recuérdese que Dido lo declara así, al decir que una fortuna igual a la de los troyanos la llevó a establecerse en tierras extranjeras (I, 628-629). Víctimas los dos de la desgracia, se ven solicitados por la necesidad de construir, para sus descendientes, un mundo habitable.

En realidad, pienso que el paralelismo de sus situaciones no pasa de ser meramente exterior, y que en cambio los dividen diferencias y oposiciones insalvables. La mayor de éstas la encuentro en que, mientras

INTERPRETACIÓN

que Eneas pretende sumergirse en la inconsistencia de su sueño de hombre, cuando en última instancia tiene que soñar el sueño que le imponen los dioses; es decir, que sus acciones en el nivel del tiempo son forzadas por los requerimientos de la eternidad; mientras que Eneas, pues, incluso contra su voluntad, habrá de someterse al servicio de finalidades que en mucho lo superan, Dido se ve reducida a su puro sueño humano, sin ninguna otra posibilidad ni esperanza. Dido no puede escapar de su pasión, no puede salvar su existencia de las limitaciones y formas que su pasión le impone; no es capaz de soñar una ciudad eterna, porque la única que concibe es temporal, instantánea, regida por las agitaciones de su humano e irremediable corazón. Su muerte, inclusive, es independiente de lo dispuesto por el hado (IV, 696). Puro instrumento humano, crece por eso mismo en la grandeza miserable de su destino trágico y despeñado. Víctima de Venus, Cupido y Juno (I, 664-688; 715-722; IV, 115-127) que en esta ocasión alían sus fuerzas para hacer, dentro de la esfera del hado, el contrapeso de la voluntad de Júpiter, es compelida a abandonar su fe al antiguo amado (I, 720-721), su fama (IV, 221), su determinación profunda (IV, 24-29), para convertirse tan sólo en el motivo de la tentación que se encenderá frente a Eneas y pondrá a prueba su firmeza y su piedad; esto es, su posibilidad esencial de sumisión a las leyes divinas. Dido, pues, aparece, en el deslumbramiento de su desventura, como un instrumento de prueba para Eneas, sin valor y sin esperanza para ella misma. No piensan los dioses en ella si no es por su posición cerca de él; no cuentan ni su amor ni su dolor ni su muerte. Cuenta solamente que Eneas se enamorará de ella, tratará de quedarse con ella, le ayudará a construir la ciudad en la cual él querrá permanecer, y sabrá, llegado el momento, abandonarla, haciendo el mayor sacrificio de que es capaz, para seguir el sueño que se resiste a soñar, y fundar una ciudad, una ley y una paz que no alcanzará a mirar levantadas.

La grandeza del héroe se establece sobre el hecho de que subordina su voluntad a la del hado; esto es, somete la pasión al destino. Por cum-

INTRODUCCIÓN

plir lo que el hado ordena, se alza sobre sí mismo y renuncia a todo cuanto desea considerar suyo. Pero Dido, en su tremenda incapacidad de mirar fuera de los límites de su propia pasión insensata, adquiere fulgores que, por su intensidad inconcebible, sujetan y alumbran y ciegan. Su pasión la constriñe a ser, aun en contra de su voluntad, ella misma. Quiere a su hombre, quiere su ciudad, convertidos para ella en partes de su propio interior. Y tales deseos son utilizados por la voluntad de los dioses para usarla como la herramienta perfecta que venga a probar la pasión de Eneas.

Vencida por la presencia del troyano (I, 613-614) que recibe, además, el poder que le presta la intervención de Cupido (I, 715-722), vacila todavía en rendírsele, al pensar en la fidelidad que debe a Siqueo, su esposo muerto; y, comprendiendo que no podrá resistir, llama culpa a la pasión que ya señorea su alma y sus sentidos (IV, 19). Culpa contra la fidelidad, culpa contra el pudor, culpa contra su fama intachable; culpa por fin, ella no lo comprende, contra el designio fatal que conduce a Eneas a una tierra desconocida.

Y Ana, su hermana, le da las razones que, favoreciendo su ruina, Dido espera escuchar: las cenizas de Siqueo no se cuidan de que Dido ame de nuevo; Cartago, apenas en vías de nacimiento, se angustia envuelta por un cerco de enemigos; con el auxilio del héroe recién venido, se alzarán inmensurable en su poderío y en su gloria. Y añade —y nosotros sabemos que en manera alguna está equivocada— que Juno ayudó a guiar la flota troyana a las costas cartaginesas (IV, 31-53). Dido es convencida, y disuelve su pudor (IV, 55) y se entrega del todo a la pasión funesta.

El conflicto de Eneas tiene raíz en el hecho de que los dioses le niegan la facultad de reducirse a su condición temporal y mentirosa; el de Dido, en que su condición temporal le impide llegar al plano de los dioses. Por eso, en tanto que él se entristece y se aterra con los sueños y las visiones que lo asaltan desde el exterior, desde el nivel de los hados (II, 774; III, 48; IV, 280), y combaten contra sus propios sueños de

INTERPRETACIÓN

hombre, Dido se espanta por los sueños que brotan de su propio interior (IV, 9), aquellos que la separan del camino de la piedad y la llevan a amar al extranjero que provocará su ruina. El terror de Eneas nace de que siente que no podrá consumir su vida en lo que tiene de individual y transitorio, sometida a sus placeres y sus dolores de hombre; el de Dido, de que se ve entregada sin remisión a la condición amenazada de su existencia terrestre de mujer, a su amor irremediable, sin ninguna esperanza que la alcance desde las esferas superiores.

Para propiciar a los dioses, Dido ofrece sacrificios; consulta los augurios en las entrañas de las víctimas (IV, 56-67). Pero los dioses han decidido ya lo que va a ser de ella, y de ella se retiran y la dejan sola y entregada a sus propias fuerzas, como encerrada en sí misma, imposibilitada para comunicarse con la esfera de la eternidad divina. Arderá sola, hasta su fin, en el tiempo.

Por lo demás, ni Eneas ni Dido son conscientes de cuál es el principio de su pasión. Es así como Virgilio los compara con un cazador que ignoraba que su flecha había herido a la presa, y con una cierva incauta que por su descuido había recibido la llaga (IV, 69-73).

Dido, pues, sin saberlo, sirviendo de instrumento a los dioses, pone a prueba a Eneas. Sabedora de que su propia hermosura es insuficiente a retenerlo, lo conduce a lo alto de las murallas y le muestra las riquezas sidonias y el panorama de la ciudad preparada (IV, 74-75), y luego lo ayuda a sumergirse en su vida pasada, que tan atractiva le es —piénsese en que Eneas, al llegar a Cartago, se atrevió por primera vez a esperar su salvación cuando encontró, esculpidas en las puertas del templo de Juno, algunas escenas de la guerra de Troya, en las cuales él fuera parte (I, 450-465), y cuya vista lo afirmaba en las cosas que habían sido— y le pide que recuerde y lo hace hablar, y mientras él habla, lo escucha ella colgando de su boca (IV, 78-79).

Pero como, en el sobresalto de su amor que comienza, Dido se olvida de proseguir la edificación de Cartago (IV, 86-89), interviene Juno para crear las condiciones necesarias a la total rendición del héroe. Y es

INTRODUCCIÓN

de observarse que precisamente en tal momento, cuando Juno se va a oponer de manera definitiva a las órdenes de su esposo, Virgilio la llama “cara esposa de Jove” (*cara Jovis conjux*), demostrando, tal vez, que la oposición entre ambos obedecía a un dictado de naturaleza más alta. La diosa, entonces, habrá de hacer que la relación amorosa entre la reina y el desterrado adquiera un carácter tal que coadyuve al surgimiento cabal de la ciudad, objetivo que constituye la principal dedicación de Eneas; la tentación que Juno piensa que él no podrá resistir. Y habla con Venus y le propone la realización de las bodas de Eneas y Dido, con el fin de que aquél se arraigue ya permanentemente en Cartago, dejando a Roma sin oportunidad de cumplimiento en el tiempo y, por lo tanto, sin confirmación en la eternidad (IV, 99-106). Y Venus, fingiendo, acepta, y pone por sola condición que Juno convenza a Júpiter de la conveniencia de las bodas propuestas y las consecuencias que consigo traerían (IV, 107-114).

Obtenido el asentimiento de Venus, Juno demuestra que la realización efectiva del matrimonio que pretende no le importa, lo que hace probable la hipótesis de que lo único que le interesaba era exponer al troyano a una prueba decisiva, y pasa a exponer el plan que ya había concebido, y lo hace sin preocuparse siquiera por cumplir la condición exigida por Venus (IV, 115-127). De tal manera, el casamiento de Eneas y Dido será sólo una farsa, puesto que los hados representados por Júpiter se hubieran opuesto a que fuera algo más que eso.

Así como Juno fue el origen de la tempestad descrita en el libro primero (84-123) y que había de poner a Eneas, a través de su amor al pasado, frente a la tentación de la muerte (I, 94-101), Juno es también quien ocasiona la tempestad narrada en el libro cuarto, la cual lo sujetará a la tentación total del amor de la mujer y de la ciudad que de inmediato podrán erigir sus manos. Es decir, del cumplimiento inmediato y pleno de su existencia de hombre, como él por sí mismo, en su sueño, en su esclavitud de dormido, la imagina y la entiende y la quiere.

INTERPRETACIÓN

Los versos que describen la proximidad del final de la tormenta en el libro primero (124) y el principio de la tempestad en el cuarto (160), son iguales con la sola diferencia, ineludible dadas las circunstancias en que cada uno de los dos meteoros se desencadena, de que en el libro primero se habla del ponto (*pontum*) y en el cuarto, del cielo (*caelum*). Por fin, Dido y Eneas, cercados por la tempestad, cumplen al pie de la letra el designio de Juno, y se refugian en la misma caverna (IV, 124; 165): es el plan ideado por la diosa. Allí acontece el simulacro de boda imaginado por ella, que no volverá a acordarse de Dido sino hasta el momento en que ésta, ya herida de muerte, no puede conseguir que su alma y su cuerpo se separen (IV, 693). Pero entre tanto, Dido no ocultará ya su amor, lo ostentará orgullosamente frente a todos, y cubrirá su culpa con el nombre de matrimonio (IV, 170-172).

La Fama, diosa que difunde la noticia de esos acontecimientos, mezcla en su narración hechos reales y mentiras (IV, 190). Ahora bien, ¿cuáles son las afirmaciones verdaderas, cuáles las palabras mentirosas? Lo dicho en los versos 191-192 es indiscutiblemente cierto; ¿será, entonces, falso que en medio del lujo alargaban el tiempo, olvidados de sus reinos y cautivos de un ansia torpe (IV, 193-194)? Así parece ser, puesto que se verá más adelante (IV, 265-267) que Eneas y Dido edificaban la urbe, y Júpiter, cuando volvió a ellos los ojos, no los miró cautivos de un ansia torpe, sino simplemente olvidados de una fama mejor (IV, 220-221).

Parecería que Júpiter se había desentendido de Eneas y su misión. Sin haber escuchado las plegarias de Dido y Eneas, que a tal misión se oponían, oye ahora las de Jarbas que la corroboran, y ya que la situación ha seguido un camino que no puede rehacerse, ordena sencillamente, después de ver a los amantes en las murallas de Cartago, que Eneas prosiga el viaje (IV, 227-237). Clara es en su sentido la posición de Júpiter ante el elegido de los hados: éste se demora en Cartago, y no se preocupa por las ciudades concedidas por ellos; los dioses no lo han salvado de la muerte para eso, sino para que rija a Italia y propague la semilla de Teucro. Si no está interesado en tal cosa, deberá pensar en

INTRODUCCIÓN

que ha de realizarla por amor de Ascanio, es decir, de sus descendientes; es nueva referencia a la propagación de la estirpe troyana. Y hace Júpiter una declaración explicable sólo por el hecho de que la emite desde el nivel de la eternidad, pues llama a los habitantes de Cartago (IV, 235) “gente enemiga” (*inimica gens*), cuando él precisamente había hecho que concibieran mente benigna hacia los teucros (I, 297-304), y cuando no podían ser enemigos todavía ni de Eneas, que por su reina olvidaba los mandatos de los dioses, ni mucho menos para Roma, que aún tardaría largos siglos en existir. Exactamente el hecho de la partida de Eneas, ordenado por Júpiter, será el que eche las primeras raíces de la venidera enemistad entre cartagineses y romanos. Dido, en el nivel del tiempo, no tenía por qué ser tratada como enemiga; no había ido a combatir a Troya, ni había profanado las cenizas de Anquises (IV, 425-427). Sin embargo, en el nivel de la eternidad, era gente enemiga porque había fundado a Cartago, la futura enemiga de Roma.

Mercurio, portador del mensaje de Júpiter, llega a Cartago y se hace patente a los ojos de Eneas. Éste, por cierto, no estaba compartiendo con la reina el olvido o el ansia torpe a que la Fama había dado crédito (IV, 194); adornado con los regalos de Dido, llevando espada y manto cartagineses, se ocupaba en fundar las ciudadelas y en renovar las casas de la ciudad que pretendía hacer suya. Por cierto, Mercurio no le reprocha que esté ocioso, sino que edifique la ciudad de su esposa en vez de acelerar el principio de la de los futuros romanos, aquella que el hado le manda preparar (IV, 265-267).

Recibe la refrendada orden y se dispone a obedecerla. Se pasma y se aterra (IV, 279-280), atónito por la urgencia del mandato que deseaba eludir; y se dispone a abandonar las tierras de Cartago, que le son dulces (IV, 281) porque en ellas tiene la satisfacción de su sueño temporal, para viajar hacia las que desconoce, y que tan ásperas le han sido anunciadas (III, 255-258; 457-460).

El mayor problema que encuentra Eneas dentro de sí, es el de convencer a Dido de que le permita partir, y en su ánimo dudoso resuelve

INTERPRETACIÓN

retardar, en tanto que le sea posible, toda aclaración (IV, 283-294). Ésta habrá de venir a su hora, y entonces él explicará, como en ningún otro sitio, cuál es ante sus propios ojos la situación.

Dido, tan pronto como conoce la intención del amado, y la conoce de inmediato —¿quién podría engañar a una amante (IV, 296-298)?—, lo busca y lo acusa, y desde el principio le anuncia su propia muerte (IV, 308-323). Sumergida por el amor en los espejos de su limitación pasional, no puede comprender que alguien se halle sometido a los dictados del destino. No puede admitir que Eneas quiera, por obediencia a algo que a ella le es tan ajeno, arriesgarse hacia tierras hostiles y desconocidas (IV, 311-313); dando por no existente aquello que no es capaz de comprender, la única explicación que le parece coherente es que el errabundo quiere huir de ella (IV, 314), y sintiéndose en su sueño fuera ya de la posibilidad de ser amada, acude con ruegos a la compasión que Eneas pueda sentir por su debilidad, rodeada de fuerzas a las cuales ella no tendrá ninguna que oponer; debilidad que fue aumentada precisamente por su entrega al príncipe troyano (IV, 317-326). Y aquí, en su desamparo, otra vez demostrando su asimiento a su misma pasión, piensa en lo que, aunque perdiera al esposo, sería suficiente a protegerla y guardarla; un hijo del héroe (IV, 327-330). Pero esto también se le ha negado.

A Dido, que así le habla desde las prisiones de su esclavitud pasional, Eneas, conmovido en la suya, reprimido por la voluntad de los dioses, le responde así con las razones del destino (IV, 333-361): nada de lo que hace es cumplido de grado por él; ni pretendió las bodas ni las alianzas con la reina. Sin su albedrío, sin sus deseos, se ve forzado a realizar una vida que no le place. Sus impulsos de hombre lo llevarían a buscar, como a una madre, la seguridad de lo pasado: Troya, su ciudad, reedificada y sostenida por sus manos. Se explica ahora su afán de establecerse en los lugares que va tocando, para rehacer su morada y verla crecida y fuerte. Pero el hado no se lo consiente. Como Dido a Cartago, él se mira obligado a perseguir reinos extraños. Y aparece otra

INTRODUCCIÓN

vez la referencia a los sueños que, venidos de fuera de él, lo aterrorizan, y a los cuales trata de resistir a pesar de todo: los versos 352-353 son reveladores: en tanto que se consagraba a la construcción de la urbe de Dido, soportaba durante las noches la presencia del fantasma de Anquises, que le recordaba las órdenes de la eternidad. Él, con todo eso, desobedecía, cediendo antes que a nada a los estímulos de su transitoriedad, y tratando de encontrar el cumplimiento de su vida en la aceptación y la posesión de lo inmediato: Dido y Cartago, sustitutos del amor y la urbe verdaderos.

Sólo la intervención directa de los dioses lo ha constreñido a la obediencia. Y concluye su respuesta a Dido con la declaración más exacta e implacable que es dado hacer, y que pone de manifiesto la raíz profunda de sus acciones: “No sigo a Italia de grado” (*Italiam non sponte sequor*. IV, 361). “Contra mi voluntad me aparté de tu costa”, había de decir más tarde a la sombra de Dido (VI, 460).

Sus palabras no llegan a convencer a la reina; ella no encuentra en tales palabras sino afirmaciones sin sentido, en las cuales no cree porque no las entiende. Las disposiciones del destino se desarrollan en un nivel que le está vedado esencialmente. De este modo, viendo ya que el amor y la compasión no bastan a mudar la resolución de Eneas, lo amenaza y se burla de él, y lo llama mentiroso (IV, 365-387). Juzgando por sí misma niega en su ánimo que los dioses —los quietos— sean susceptibles del afán de injerirse en la vida de los hombres. Porque en realidad, antes de ser abandonada por Eneas, Dido ha sufrido ya un abandono mucho más radical y definitivo: el de los dioses que la han dejado —víctima— sostenida sólo y hasta el fin por sus propias fuerzas insuficientes.

Eneas, en cambio, se sostiene en su piedad, que es obediencia externa y total a lo que el hado dispone. Es víctima, como Dido, del ímprobo amor que, igual que la sed del oro, obliga a cosas terribles a los corazones de los hombres (III, 56; IV, 412); de esa voluptuosidad imitadora del bien y causa de tantos males. Ambiciona consolar a la aman-

INTERPRETACIÓN

te, porque él la ama también, y quisiera arrancarla de las penas que sufre (IV, 393-395). Cuando ella se va de su presencia, queda presa de la soledad del despojado, dispuesto a decir muchas cosas que nadie habrá de oír ya (IV, 390-391), de la misma manera que quedó al ser dejado por la sombra de Creusa (II, 790-791), y como cuenta Virgilio que quedó Orfeo al sufrir el golpe de la segunda muerte de Eurídice (*Geórg.*, IV, 500-501). Sigue, sin embargo, el mandato divino, y dispone las naves en que habrá de partir hacia donde él mismo no quiere (IV, 396-401).

Después de haber hablado con Dido las últimas palabras que ella, viviente, escuchó de él, sujeta su conducta exterior a lo que el hado decreta. Nada percibe ya de los mensajes que la hermana de Dido le lleva, pues, por disposición de los hados, un dios le cierra las orejas (IV, 440) para que le sea lícito estar en calma. Pero esta calma parece que es sólo exterior. Por dentro, en sus dudas, en sus deseos contrariados, el héroe se aflige (IV, 448-449).

En este momento, Dido resulta ya inútil aun como instrumento para los dioses. Cumplido su papel de colocar al hombre frente a la prueba, una vez superada por él la tentación, a la desventurada no le queda sino la muerte. Precipitada en su sueño desde su sueño, Dido ve que se corrompen, en el mismo instante de intentarlas, las ofrendas con que quiere propiciar a los dioses. Éstos nada admiten de ella, como nada están dispuestos a concederle (IV, 453-455), y lo único que le es permitido captar de la esfera de lo sobrenatural, son las voces de su esposo difunto que la llama (IV, 460-461). Siente que es dejada sola a sí misma. Como en tierra desierta es dejada, atendida a sus meras potencias humanas. Determina entonces que ha de morir, y resuelve ella sola, ella misma consigo, sin ninguna suerte de auxilio externo, su muerte y el tiempo y el modo de su muerte (IV, 475). Los dioses no se ocupan en las cosas humanas de Dido.

Sin que nadie advierta la finalidad con que lo hace, la reina manda construir una pira, y coloca sobre ella una efigie del troyano y los ador-

INTRODUCCIÓN

nos de éste, y su espada. Y luego, ya presta, invoca por último a los dioses, a sabiendas de que no la van a escuchar, que ningún numen existe que se preocupe por los amantes desdichados (IV, 517-521).

A Dido no se le concede el descanso. El amor le niega el sueño, y la encamina al momento de la muerte. No está quieta. Comida por una especie de vigilia febril, se acerca a consumir por sí misma su terrible fin (IV, 529-532; 547). Hasta este punto, parece haber estado narcotizada por el amor. Desde aquí, parece haber adquirido una manera de conciencia que la conduce irremisiblemente a la muerte. Aparejada ya la pira donde se consumirá su cuerpo, recuerda y revuelve en su corazón la memoria de sus pensamientos y sus acciones equivocadas, y se mira tal como está efectivamente, reducida a una situación desesperada. Y además, su ciudad asediada de amenazas incontrastables, a punto de sufrir el apartamiento final de los troyanos.

Entre tanto que Dido se abre a la creciente de sus padecimientos, Eneas ha vuelto a perderse en el sueño. La partida hace tiempo arreglada, prontos los compañeros y las naves, para retrasar todavía un poco el tiempo irreparable en que obedecerá la orden de los dioses, Eneas duerme (IV, 555).

Y otra vez el sueño divino desgarrar las posibilidades de aniquilamiento del sueño humano: la imagen de Mercurio parece acercarse a aconsejarlo, y lo incita a emprender en seguida el viaje, advirtiéndolo de los peligros que con su retraso ocasiona (IV, 560-570). Y él, como siempre que recibe la visita de una visión o de un sueño o de un hecho portentoso que llega desde el exterior a imponerle la voluntad que no es suya, otra vez se siente aterrado (IV, 571), como Dido se aterra frente a los sueños que la pasión suscita en su interior (IV, 9). Escribe Virgilio en este lugar (IV, 572), ya lo dije antes, que Eneas “arrebata del sueño su cuerpo” (*corripit e somno corpus*), tal vez como si afirmara que sólo el cuerpo del héroe despertaba y prestaba obediencia, mientras su ánimo permanecía sumergido en el sueño que soñaba, cubierto por la seguridad del pasado que no quería abandonar.

INTERPRETACIÓN

La reina, desde su dolor, se percata de la partida de los troyanos, y se pregunta acerca de los resultados que para ella hubiera tenido un comportamiento diferente: si hubiera matado a Eneas y a sus compañeros y a su hijo, y extinguido su raza, en lugar de prestarles hospitalidad y salvación (IV, 590-606). Y advierte cómo Juno fue cómplice de su desgracia (IV, 608), fomentadora de cuanto habría de causarle la ruina. Frente a lo irremediable, admite por fin que los hados de Júpiter (IV, 614) pueden pedir que Eneas haya de tocar, a la postre, los puertos de Italia —Dido parece percatarse, al admitirlo, de la oposición de los hados de Júpiter y los de Juno, a los que se referiría más abajo (IV, 651) al hablar de los hados que le consintieron por algún tiempo el amor y la gloria de poner en pie una ciudad y mirar sus murallas—, maldice entonces al fugitivo, y maldice a la estirpe que de él habrá de surgir (IV, 615-629). Traído por los dioses (IV, 45), Eneas arribó a las costas de Cartago. Esto fue el comienzo de la infelicidad de la reina (IV, 657-658), que desde ese punto se convirtió en puro instrumento de la voluntad divina. Ahora se enfrenta a lo único que no se le ha quitado, o que a lo menos ella cree que no se le ha quitado: la facultad de darse la muerte. Y se arroja sobre la espada que ella misma había tomado como prenda de amor. Pero como los hados no habían dispuesto que muriera (IV, 696), pues su muerte no les era necesaria para el cumplimiento de sus finalidades, Dido no puede arrancarse de la vida, a pesar de su pecho cruelmente traspasado (IV, 688-692).

Solamente cuando el dolor se prolonga, y persiste la dificultad de conseguir la muerte, Juno se apiada de ella (IV, 693-694). Juno, que tan diligente se había mostrado para convertirla en motivo de tentación para Eneas; Juno, que había sido cómplice de sus citas (IV, 608), que había preparado el tiempo y la escena para las bodas fingidas con el padre de Julio, bodas no respaldadas por el consentimiento de Júpiter; Juno, que desde aquel momento había dejado de preocuparse por ella, la recuerda ahora y, compadecida, viendo que el hado no permite que acabe de morir, porque no estaba así decretado, y Dido quiere procu-

INTRODUCCIÓN

rarse la muerte por sí misma, envía a la mensajera Iris a que separe en ella la vida y el cuerpo (IV, 693-705).

Muere en su amor el cuerpo de Dido, abandonada a su amor por los dioses, mientras Eneas, todavía incierto y dudoso de su futuro, pero externamente resuelto a cumplirlo, se aleja dolorido en su flota.

El posible paralelismo entre Dido y Eneas, que tan sólo muy superficialmente pudo existir, se ha transformado en un contraste definitivo: el de la pasión y el destino; la esclavitud y la ley.

El último lazo de Juno

Y ahora las murallas recién construidas de Cartago alumbran con las llamas de la pira de la reina. No saben los teucros que ella ha muerto (VI, 463-464); pero como conocen su furia por la traición consumada contra su amor, y que por eso sufría, temen y son llevados por tristes presentimientos (V, 1-7).

Una tormenta se cierne sobre las naves. Grandes vientos se levantan entre los troyanos y la tierra de Italia (V, 10-11). Los dioses van a someter a Eneas a una nueva prueba, a enfrentarlo con una nueva tentación, antes de consentir en que arribe a las costas destinadas. Palinuro el piloto (V, 21-22) declara su impotencia para llegar a Italia resistiendo la fuerza de la tempestad, o siquiera para luchar contra ésta. Ceden entonces las naves a la dirección del viento y aproan, con el beneplácito de Eneas (V, 28-31), a las costas de Érix, región en donde habita el troyano Acestes (I, 195) y descansan los huesos de Anquises (III, 710). De inmediato los vientos se tornan propicios, y la flota regresa sin dificultad a lugares que ya conocía (V, 32-34). Eneas comprende, aunque no pueda decir con qué fin, que ese regreso a Sicilia no se ha realizado sin el poder de los dioses. Ignora todavía a qué pruebas va a ser sujetado (V, 56-57).

En Sicilia, el héroe instituye, y realiza por primera vez, juegos en memoria de su padre (V, 55-603), y cuando éstos han terminado, se

INTERPRETACIÓN

manifiestan los acontecimientos proyectados desde el nivel de la voluntad de los dioses, y que han de involucrar para Eneas una postrera tentación. Para eso, los vientos y el mar lo desviaron del camino hacia Italia y lo compelieron a desembarcar en Sicilia. Juno (V, 605-608) vuelve a pensar en provocar el aniquilamiento de Eneas y los suyos, y manda a la mensajera Iris a que, tomando como medio a las mujeres troyanas, destruya la flota de Eneas y lo fuerce a permanecer en la tierra donde ahora se encuentra.

Juno nuevamente va a colaborar, mediante su aparente oposición, con el designio de aquella parte del hado a la cual ella —parte del hado también— resiste, y que ha determinado desde la eternidad la fundación de Roma en el tiempo.

A consecuencias de la tentación a que Juno lo sujeta, Eneas, por fin, despertará de su sueño temporal, y aceptará libremente el sueño que quieren los dioses que él sueñe. Habiendo despertado, estará dispuesto a morir para, de este modo, tener la oportunidad de nacer otra vez, hombre nuevo, dispuesto del todo a la realización de su destino.

Los acontecimientos se desenvuelven de la manera siguiente: las troyanas, fatigadas del viaje, miran con desesperación el mar que tienen que cruzar todavía. Las ocupa el deseo de establecerse definitivamente en el lugar donde están, y de que en él se erija la ciudad que todos necesitan (V, 613-617). Entre ellas se detiene Iris vestida con la apariencia de Béroe, la esposa de Doriclo, y con sus palabras las aguija a hacer precisamente lo que ellas están deseando (V, 623-640). Usa, frente a las mujeres de Troya, la expresión de los mismos sentimientos que alentaban a Eneas ante la tempestad que Eolo, por mandato de Juno, había enfurecido contra él: “Miseras a quien la fuerza aquea no trajo a la muerte en la guerra, bajo las patrias murallas”, les dice (V, 623-624); “¡Oh tres, cuatro veces dichosos a quienes... bajo los altos muros de Troya, sucedió el morir!”, había dicho Eneas en aquella ocasión (I, 94-96). Es decir, que Iris encuentra a las troyanas entregadas, como lo había estado Eneas, a la tentación del pasado, así el pasado pudiera

INTRODUCCIÓN

significar la muerte, y fomenta en ellas esa tentación, que refuerza incitándoles el deseo de establecerse desde luego y hacer que Troya renazca, con sus penates y su Janto y su Simois, en las tierras que tan hospitalariamente las acogen ahora (V, 631-634).

En seguida, la mensajera de Juno les pone el ejemplo, y, después de tomar de los altares de Neptuno el fuego encendido, arroja una antorcha a las naves (V, 641-643). Las troyanas, dudosas ante el impulso de seguir aquel ejemplo, permanecen estupefactas (V, 643-644). Una de ellas, entonces, revela a las demás que la que les ha hablado es una diosa, y que como tal la ha reconocido (V, 646-652). Iris, advirtiendo que a pesar de tal revelación la duda no alcanza a ser movida del ánimo de las mujeres, decide manifestarse plenamente frente a ellas, y se levanta al cielo con inmensas alas (V, 657-659).

Ya no dudan las troyanas. Piensan y tienen razón al pensarlo— que los dioses apoyan el anhelo que ellas sienten de asentarse en la tierra presente, y, colaborando con la parte del hado que crea el obstáculo indispensable para que la otra parte realice sus dictados, ponen fuego a las naves (V, 659-663). Se crea de esta suerte la situación que volverá a poner a prueba la obediencia del héroe a los decretos de la existencia verdadera.

A la vista de las cenizas y el humo que vuelan por encima de las naves ardientes, acuden los hombres: Ascanio, el primero; después, Eneas y los teucros restantes (V, 667-675).

Para este momento, las mujeres han caído en la cuenta de su confusión —movidas por los dioses han tomado por verdadero lo falso— y se esconden avergonzadas y evaden en su interior las instigaciones de Juno (V, 676-679), en tanto que las naves, esperanza del viaje y su término, se destruyen a mitad de las llamas crecientes que las fuerzas humanas no son suficientes a suprimir (V, 680-684).

Eneas allí, enfrentado al hecho inminente del peligro que no puede contrastar, ruega a Júpiter que o bien lo salve del fuego, o bien lo aniquile definitivamente (V, 687-692). Lo escucha el dios, y lo atiende, y

INTERPRETACIÓN

envía desde el cielo una larga lluvia que apaga los incendios (V, 693-699); con todo, cuatro naves se pierden (V, 699).

Sería de pensarse que Eneas, ante el milagro de la lluvia venida de súbito, no podría ya dudar de que la voluntad superior lo protegía, y que sin más vacilaciones afrontaría su destino de héroe y de fundador, despreciando las contingencias que su humana condición trataba de imponerle.

Colaborador, dentro del tiempo, en el designio de la fundación de Roma la eterna, debería de haber comprendido que el propósito del hado trabajaba junto con él para hacerlo inmune a las tentaciones mentirosas del transcurso temporal, y debería, por eso mismo, haberse dispuesto sin ambages a la prosecución de su destino. Pero no es así.

Delante del espectáculo de las naves —semidestruidas unas, otras por completo perdidas— va a caer en los mismos pensamientos que agitaban a las mujeres antes de iniciar su hazaña desgraciada. Ellas estaban “ambiguas entre el amor miserable de la presente tierra y los reinos que en los hados llamaban” (V, 655-656); él meditaba “si se asentara en las sículas tierras, olvidando los hados; si tendiera a las ítalas costas” (V, 702-703).

Tal parece como si Juno, expulsada del pecho de las troyanas (V, 679), hubiera ido a aposentarse en el suyo. Una vez más —será la última— Eneas es vencido por la tentación. Tomando ahora también lo falso —esto es, el incendio de las naves que lo hacía pensar en la factibilidad de no seguir hasta Italia y establecerse desde luego en Sicilia— por lo verdadero —el hecho de que el incendio de las naves al obligarlo a reducir el número de los suyos, lo forzaba a seleccionar a los mejores, que serían más capaces de llevar a buen término los trabajos que les estaban señalados— se encierra en su amor al pasado, a sus deseos de hombre, al sueño transitorio que aún tiene el afán de soñar (V, 700-703).

Y cuando Nautes, uno de sus hombres, intenta explicarle qué es lo que la ira de los dioses presagiaba y qué lo que el orden de los hados

INTRODUCCIÓN

pedía, y le aconseja que funde en Sicilia una ciudad y deje en ella a viejos y a mujeres y a faltos de fuerzas (V, 704-718), llevándose en cambio, por lo tanto, solamente a los más esforzados, él nada decide (V, 719-720).

Revolviéndose en su sueño, nada es capaz de decidir por sí mismo, y sufre, y padece todas las penas, y es presa de éstas cuando desgarran su ánimo. Revolviéndose en su sueño, resiste la revelación de su única verdad valedera.

EL DESPERTAR

Mientras el alma de Eneas se divide y se tiende hacia todos los dolores, la Noche recorre el cielo y lo ocupa. Y en ese lapso aparece el acontecimiento que inicia el definitivo cumplimiento heroico del padre de Julio. Va Eneas, por último, a abandonar el sueño de su transitoriedad para iniciarse en la voluntaria adhesión a la verdad. De aquí en adelante tomará sobre sí, cada vez con más clara conciencia, su función de poner en el tiempo aquello que el hado tiene establecido ya en la eternidad. Su conciencia de hombre tendrá dentro de sí misma la iluminación que lo igualará, en designio, con el plan de lo verdadero, de lo eterno, de lo hadado, de lo divino. Su sueño será, de hoy en adelante, cada vez más próximo al que los dioses han querido que sueñe.

Duda Eneas y, en medio de la angustia de sus dudas irrumpe desde el cielo —y en esta ocasión la irrupción no lo pasma ni lo aterra— la sabia imagen de Anquises (V, 722-723), quien, primero, lo compadece por las labores que los hados de Ilión le han impuesto (V, 725), y en seguida le comunica que viene de parte de Júpiter quien, después de tantas cosas, al fin se compadeció (*miseratus est*) de él (V, 727). Así, luego de manifestarle su propia compasión, Anquises le hace saber la de Júpiter, en cuyo nombre lo visita. Las dos formas de compasión, la humana y la divina, parecen tender al mismo lugar: a procurar que

INTERPRETACIÓN

se liberte de las tentaciones de que el hado lo había venido haciendo víctima. Júpiter, al fin (*tandem*), se ha compadecido; Anquises dirá a continuación (V, 731-737) cuál es la prueba final que ha de superar Eneas previamente al comienzo de la ejecución de la tarea que se le ha atribuido.

Antes de conducir a Italia a lo mejor de su gente, Eneas ha de bajar a las casas del infierno, y allí estará obligado a solicitar la compañía (*congressus*) de su padre difunto. Para acompañar al muerto, él, en alguna forma, tendrá que estar muerto también. Podría explicarse de este modo: Eneas, que está en trance de despertar, despertará finalmente; pero eso no será bastante. Ya despierto, deberá morir para tener, por último, la facultad de nacer a la realización de la obra que desde el principio le quedó encomendada.

En cuanto la visión desaparece, Eneas se levanta y cumple las órdenes que recibió. Funda una ciudad (Acesta) para la gente que va a dejar en Sicilia, y repara la flota y dispone a aquellos que han de conquistar Italia. Finalmente, después de hacer los sacrificios prescritos, se hace al mar (V, 746-778).

La situación ha variado. La compasión sentida (al fin) por Júpiter en su plan celeste, parece haber influido sobre la actitud de los demás dioses. A pesar de lo que Venus pueda decir a Neptuno (V, 781-784), Juno, por el momento, descansa y se abstiene de contrariar las direcciones positivas del destino de Eneas. Por su parte, Venus misma se acerca a Neptuno para pedirle que ablande el mar, y permita que los troyanos puedan arribar sin obstáculos a las regiones fecundadas por el Tíber (V, 796-798), peticiones a las cuales Neptuno, que por lo demás —él mismo lo dice— no se ha opuesto jamás a lo que el hado solicita de Eneas, accede con una sola condición: uno de los troyanos, como la víctima del sacrificio, habrá de morir para la salvación de los otros (V, 800-815).

Y a su paso el mar se apacigua bajo el cielo sereno, y se puebla de maravillosas criaturas propicias y claras (V, 819-826).

INTRODUCCIÓN

Por primera vez, en medio de la luz marina que alumbra esa calma, el ánimo de Eneas es poseída por una plácida felicidad. No hay nostalgia, ni llanto, ni pesar. Por turno, blandos gozos (*blanda gaudia*) exploran (*pertentant*) su mente suspensa (V, 827-828). Libre del pasado, suspendido en un presente ante el cual se abre un futuro cierto e inamovible, el predestinado, por primera vez nos lo hace sentir el canto, es plenamente venturoso. Por vez primera, al someterse de grado y por conocimiento a las grandes leyes, se contempla libre y en paz, como el ciudadano cuando conoce las leyes justas del Estado y se somete a ellas, precisamente para conseguir su libertad. La libertad del buen ciudadano consiste en las leyes, y la suma ley, la ley verdadera y fundamental, es la recta razón de Júpiter supremo, única apta para mandar y para prohibir; es la manifestación principal de aquella mente divina.

El despertar de Eneas es sumisión sin vacilaciones a los dictados del orden eterno; es libre colaboración, asimismo, con esos dictados, que mandan el futuro establecimiento universal de la ley y la justicia (I, 291-296; IV, 230-231; VI, 851-853); es, en breve, aceptar sobre sí la carga gloriosa de la existencia de Roma.

En su felicidad, el héroe, como si quisiera que sus gozos se ostentaran también en las cosas externas, ordena que se alcen los mástiles y se tiendan a los vientos favorables las velas (V, 827-829). Es el comienzo de su despertar, y en él se manifiesta sereno y confiado porque, a pesar de que sabe que ha de morir, está seguro de un renacimiento excelso y cabal.

Y el sueño que lo había privado del futuro, de igual modo que si pretendiera, habiéndolo abandonado ya, aposentarse en un alma diferente, va hacia Palinuro el piloto, con el propósito de provocarle la muerte (V, 838-840).

Palinuro es aquel que por decreto divino, como el mismo Eneas, habrá de morir por muchos (V, 815). Víctimas sacrificiales los dos, harán posible, con su muerte, la existencia de una posteridad sin límites de las cosas ni tiempos (I, 278).

INTERPRETACIÓN

Pero ahora el sueño, a pesar de la resistencia desesperada de Palinuro (V, 848-853), lo va a arrojar en un instante, valiéndose de los poderes del río del olvido (V, 854), en un descanso impensado (*inopina quies*) que le quitará la conciencia y la voluntad y, con ellas, la vida (V, 854-860).

Prosigue la flota su camino guiada por sólo el movimiento del mar, hasta que Eneas lo advierte. Entonces, en vela, se percata de que el piloto ha dejado su sitio; despierto, entonces toma él el lugar del dormido, y rige la nave a través de la oscuridad (V, 862-868).

No le queda ya más que una prueba, por medio de la cual se desasirá de su pasado y morirá, y, después de morir, renacerá a consumir su misión. Esa prueba es el descenso a la morada de los muertos, a donde acudirá por atender las admoniciones de su padre, cuya sombra buscará para que le revele, hasta el fin, las líneas eternas de su destino.

LA MUERTE

Es creencia común que cuando alguien está al borde de ahogarse en el agua, cuando la líquida muerte comienza a hacerle inútiles la garganta y los pulmones, hay en su interior un vertiginoso esfuerzo de memoria que lo lleva, sin que él sepa por qué, a recorrer las cimas de los hechos que más le significaron en la vida. En alguna parte, vuelven a cobrar luz y figura imágenes de alegrías y dolores ya hacía mucho sepultados caritativamente por el olvido. Y de esa manera, aun a pesar de sí mismo, el moribundo es remitido al conocimiento implacable de su propio pasado, antes que llegue a enfrentarse al futuro que nadie conoce.

Semejante es el proceso al cual Eneas se ve sometido a partir del momento en que, recién desembarcado en Cumas, busca y encuentra el templo suntuoso donde la Sibila recibe las terribles visitas de Apolo (VI, 9-13).

Por medio de un último enfrentamiento con los hechos básicos de su propio pasado, y con la adquisición del conocimiento de éste, se volverá inmune a lo que constituyó, en sus sueños, su mayor tentación.

INTRODUCCIÓN

Inclusive las imágenes labradas por Dédalo en las puertas del templo de Apolo, que representaban remotos hechos legendarios, acaso podrían simbolizar en algún sentido el pasado mismo del héroe —por ejemplo, su errar por lugares desconocidos sin más guía que el hilo muchas veces para él inseguro que le ofrecían el amor de su madre (I, 381-382; II, 632) o la buena voluntad de Apolo (VI, 58-60), puede asemejarse al errar por el laberinto, y al hilo proporcionado por Dédalo para resolver sus revueltos caminos (VI, 27-30); las no queridas bodas con Dido (IV, 338-339) o bien los himeneos prohibidos de Paris y Helena (I, 651), son susceptibles de tener cierto punto de comparación con la unión de Pasifae y el toro (VI, 24-25); eso explicaría que la vista de tales imágenes haya seducido tanto a Eneas que si Deífoba de Glauco, la sacerdotisa de Apolo, no lo llamara a los inmediatos deberes exigidos por el cumplimiento de su misión, permaneciera él adherido en su ánimo a aquellas representaciones de hazañas pretéritas (VI, 34-39).

Habla con la Sibila, y, revelando el grado de conciencia que ha alcanzado, le dice que sólo pide los reinos que los hados le deben (VI, 66-67). Ya en este momento le parecen innegables los anuncios que tantas veces, antes, había recibido, y de los cuales —tantas veces— había dudado.

De las respuestas que Apolo da por boca de su sacerdotisa, se desprende que Eneas, valiéndose del conocimiento de lo pasado, hallará fuerzas para enfrentarse a lo futuro que aparentará reproducir circunstancias ya vividas por él. Las guerras de Italia tendrán semejanza con las de Troya; habrá ríos que recuerden al Janto y al Simois, y enemigos de sangre divina que se asemejen a Aquiles, y bodas que acarreen los mismos funestos resultados que las de Paris y Helena (VI, 88-94). Pero, sabiéndolo, Eneas no se sentirá ya el vencido, sino que se esforzará sobre las apariencias creadas por la fortuna y se atreverá, victorioso (VI, 95-97). Así lo declara él mismo, al afirmar que ningún trabajo lo tomará de improviso, porque todo lo ha previsto ya, y en su ánimo sabe cómo llevar a efecto lo que debe (VI, 103-105).

INTERPRETACIÓN

Lo único que ahora desea es poder ingresar previamente en el mundo de los muertos, con el fin de enterarse, por boca de su padre, de cuál será exactamente su porvenir (VI, 106-109); para eso, está pronto al insano trabajo de bajar al Averno, aun a sabiendas de las dificultades que entraña la nueva subida al mundo de los vivientes (VI, 126-129; 133-135).

Pero el desenvolvimiento de las imágenes de su pasado a que al principio me referí, y que él tiene que reconocer como entidades reales, tiempos y seres de cuyo conocimiento ha de partir para darle sentido a su propia muerte y quedar apto para un nuevo nacimiento, es decir, para ser capaz de evolucionar hacia la certidumbre del futuro que lo espera; el desenvolvimiento de esas imágenes, repito, comienza a hacerse evidente con el encuentro del cadáver de Miseno Eólida. La presencia del amigo muerto lo vuelve a llevar a los días ardientes del sitio de Troya, cuando Miseno ejercitaba sus armas y su valor combatiendo al lado de Héctor, y luego, una vez muerto éste, había luchado al lado suyo (VI, 162-170).

Al ver más tarde, iniciado ya el descenso a los mundos inferiores, las sombras de los insepultos que se aglomeran al borde de la Estigia, regresa nuevamente al encuentro de su pasado, al reconocer a Leucaspis y a Orontes, caudillo de los licios, que había perecido durante la tempestad que agitó Eolo incitado por Juno (I, 113); y, en seguida, a la vista del piloto Palinuro (VI, 337), que lo lleva a un pasado mucho más reciente, a la noche del viaje dirigido hacia Cumas (V, 859-860). Lo interroga, y se detiene a escucharlo (VI, 341-371). Y en su oscuro interior que no cesa del todo, atraído por el dolor de Palinuro, que lo liga a él, Eneas se retarda. Entonces la Sibila interviene por segunda vez, ahora para consolar al alma de Palinuro y hacer que el héroe consienta en proseguir el viaje (VI, 373-381).

Cruzan la Estigia llevados por Caronte. Y después de pasar por los lugares donde lloran los niños muertos de muerte prematura (VI, 426-429), y aquellos en los cuales están los sentenciados por falsas acusaciones

INTRODUCCIÓN

(430-433), y en donde se encuentran los suicidas (434-439), llegan a la región que habitan quienes murieron por falta o por exceso de amor. Aquí va a encontrar Eneas uno de los lazos más fuertes a que en vida había sucumbido, y reconocerá su antiguo padecimiento, y comprenderá las razones por las cuales hubo de vencer dentro de sí mismo lo que sus impulsos humanos le pedían. Pues entre las sombras de los que todavía, aun después de la muerte, sufren por amor (444), reconoce a Dido, que camina llevando en el pecho su herida todavía sangrante (450). Y le dice otra vez (VI, 458-463) lo que antes le había dicho cuando ambos vivían (IV, 356-361): que no fue su voluntad sino la de los dioses la que lo impulsó a abandonarla. Y sabiendo ya que no puede permanecer junto a ella, le suplica, a lo menos, que no le huya, y que permanezca algunos momentos junto a él (VI, 465-466), quien ya no podrá volver a hablarle nunca, pues en adelante lo impedirán los hados (466). Porque comprende que el pasado que se muestra delante de sus ojos es solamente eso, pasado, que él está ya en trance de abandonar para siempre, a fin de poder desarrollar su destino futuro. Dido se regresa hacia su propia existencia anterior, simbolizada por el amor de Siqueo (VI, 473-474), y Eneas, compadeciéndola, vuelve al camino que le ha sido otorgado (VI, 477).

Después vienen las imágenes que le recuerdan el pasado glorioso y la muerte en la guerra. Antes aún de encontrar las sombras de los guerreros a cuyo lado o en contra de los cuales combatió, le salen al encuentro las de héroes más antiguos, la primera de ellas, la de Tideo (VI, 479), el padre de aquel Diomedes por cuya diestra quiso, en un momento de debilidad ante la tentación, haber derramado el alma (I, 96-98). Y luego ve de nuevo a los próceres griegos y a las huestes de Agamenón, que se aterrorizan a su vista.

Pero el fantasma del guerrero cuyo encuentro lo conmueve más, es el de Deífobo (VI, 494-499), atado a él por la amistad, y que le trae a la memoria la matanza de la última noche de Troya (VI, 500-504). Tanto lo llama la hoguera de ese pasado, que se olvida del tiempo y el

INTERPRETACIÓN

lugar y habla con Deífobo de pormenores perdidos (VI, 505-534), con ánimo de gastar con él todo el lapso que le había sido dado para su visita al infierno. Y entonces interviene por tercera vez la Sibila (VI, 538-543), y lo coloca nuevamente en su situación real: antes de la llegada de la noche, es preciso adelantar en el camino de la prueba suprema.

No visita el Tártaro —está vedada tal cosa a los piadosos (VI, 563)— pero la Sibila le hace un relato de los castigos que allí sufren algunas almas (VI, 566-627).

Luego, se apresuran a dirigirse al Elíseo, donde mora el alma bienaventurada de Anquises (VI, 633-639). Todo es aquí paz y apacible luminosidad. En juegos, en danzas y en cantos se ocupan las almas felices (VI, 640-644). Lo que Eneas encuentre aquí de su pasado, no será aquello que lo incite a detenerse, sino, por el contrario, la raíz de una grandeza a la cual él contribuirá y que, por tanto, será suya. No es un pasado detenido, como el que en un principio tentaba al héroe, sino algo como el principio de un vuelo de flecha hacia una meta gloriosa tendido.

El linaje antiguo de Teucro, Ilo y Asáraco y Dárdano, los antepasados iluminados de Troya, están aquí tan sólo como el pasado, pero ya presente y futuro, por así decirlo, de la inagotable grandeza de Roma. Así su paz y sus armas sin uso y su inmensidad para siempre (VI, 648-655).

Y al borde ya de consumir la muerte de lo que él mismo ha sido, Eneas busca en Anquises la raíz de su propio futuro, y la encuentra. Anquises lo recibe y le habla de las cosas que ha vencido para tener derecho a llegar a él: cuáles tierras y cuántos mares tuvo que recorrer, cuántos peligros lo hostigaron; qué tremendos riesgos significaron para Eneas, Dido y Cartago (VI, 692-694); pero venció la piedad, la obediencia basada en el conocimiento de la ley, y el hijo pudo llegar a recibir el don máximo del padre: lo que ha de venir (VI, 687-691; 716-718).

Y Anquises se lo entregará. Desde una altura a cuyos pies revuela multitud innumerable de pueblos, que colman el silencio con un susurro como de abejas, Eneas habrá de contemplar la existencia eterna de lo que él ha preparado y preparará con sus trabajos en el tiempo. Como el agri-

INTRODUCCIÓN

cultor que al ir a sembrar la semilla viera ya los campos enrojecidos de espigas y, todavía más allá, las gavillas reunidas y el pan que congrega a los hombres y asegura su unión, el fundador mirará —obra suya— levantada ya sin término la fortaleza de Roma, y la misión suprema de Roma en la eternidad: la ley, la justicia y la paz para todos los pueblos.

Un largo desfile de rostros ilustres pasará frente a los ojos asombrados del héroe (VI, 752-886), cuyo ánimo se irá incendiando paulatinamente de amor de la gloria venidera (VI, 889). Es la prole que nacerá de troyanos e itálos, y que será parte de la familia originada por Eneas, y será, también, la prolongación de sus hados (VI, 759).

La primera figura que se descubre es la de Silvio, el más próximo a la vida, tronco de los reyes albanos (VI, 760-766); camina apoyado en una lanza sin hierro, un cetro símbolo de la primera victoria. Hijo de Lavinia y Eneas, en él se mezclan ya la sangre itálica y la de los venidos de Troya. A partir de él, el linaje divino de Eneas dominará en Alba Longa, la ciudad guarnecida por la fuerza de Ascanio (I, 271). Vienen luego los reyes descendientes de Silvio, y de entre ellos se destacan cuatro: Procas, Capis, Númitor y Silvio Eneas (VI, 767-776); todos ilustres, todos fundadores de ciudades, coronados todos de encina. Y luego, Rómulo nieto de Númitor e hijo de Marte y de Ilia, cubierto con un casco de doble penacho, fundador directo de la grandeza de Roma. Siete ciudadelas ceñidas por una sola muralla, y riquísima progenie de hombres, harán un imperio que iguale a todas las tierras, y ánimos que se igualen al cielo (VI, 777-787).

Ahora hay un salto en la visión, y Eneas vuelve ambos ojos hacia gente que no son ya troyanos ni albanos ni latinos: se trata ya de los romanos, dueños de las cosas (I, 282); de ellos, los más significados: Julio César en primer lugar, con los miembros de la familia Julia (VI, 788-790); con la familia Julia, Augusto César, Octavio, el llamado a restablecer en el Lacio la edad de oro, y a dilatar el dominio de Roma hasta los límites extremos de la tierra (VI, 791-805). ¿Puede haber duda —pregunta Anquises— en arriesgarse a hechos que originen tales resul-

INTERPRETACIÓN

tados? ¿El miedo puede impedir a los troyanos asentarse en tierras de Italia? (VI, 806-807).

Todo, en la eternidad, es simultáneo; lo que en el tiempo se sucede y se contradice, en ella coexiste en armonía. Así, a la misma vez que a Augusto, Eneas tiene la facultad de mirar a los reyes romanos sucesores de Rómulo (VI, 808-817): Numa Pompilio, que habrá de crear las leyes y las instituciones religiosas de Roma naciente, y que, como sacerdote, lleva corona de oliva (VI, 808-812); Tulo, el guerrero, que moverá guerras victoriosas después de la paz prolongada durante el reinado de Numa (VI, 812-815); el jactancioso Anco Marcio (VI, 815-816); los Tarquinius (VI, 817). Casi junto con éstos aparece Bruto, que habría de vengar el ultraje inferido a Lucrecia, y quitar al tirano las fasces, símbolo del supremo poder, para restituir las al pueblo, y habría de condenar a muerte a sus propios hijos, al intentar éstos la restauración de la monarquía (VI, 818-823). Brillan ahora los puros resplandores de la república: los tres Decios, abuelo, hijo y nieto, que darán su vida para asegurar victorias al ejército romano; los Drusos, uno de los cuales vencería a Asdrúbal en Metauro (VI, 824); y Manlio Torcuato, que condenará a morir a su hijo a pesar de que habrá vencido, por haber combatido contra sus órdenes, y Camilo, que habrá de reconquistar a Roma de manos de los galos, y de recobrar la gloria de sus insignias (VI, 825).

Amistosas antes de entrar en sus cuerpos, señala Anquises a las almas de César y Pompeyo, y se duele de las guerras que ambos moverán, conduciendo los dos armas romanas. Como a sus hijos les habla, como a niños, pidiéndoles que no dirijan sus fuerzas a las entrañas de la patria. Sobre todo a César, descendiente directo de su propia sangre (VI, 826-835).

Y torna a elogiar la teoría de los héroes republicanos, a la vez campesinos y soldados, cuyas manos habrían de mantener y de incrementar la magna fundación de Eneas: Mumio Acaico, vencedor de Corinto (VI, 836-837); Paulo Emilio, que habría de ser el vengador de Troya al derrotar, en Pidna, a Perseo, descendiente de Aquiles, y al destruir a

INTRODUCCIÓN

la Liga Aquea (838-840), y Catón el Mayor, y Coso, que consagraría los segundos despojos opimos (VI, 841), y los Gracos, el que sería cónsul y el que derrotaría a los celtíberos, y a Escipión que vendría a vencer en Zama, y a Escipión que habría de llevar a término la destrucción de Cartago (VI, 842-843).

En seguida invoca Anquises a Fabricio, cuya pobreza le dará fuerzas para rechazar los dones de Pirro, y a Atilio Serrano, que habría de recibir el nombramiento de cónsul mientras se ocupaba en sembrar la tierra, y, por último, a Fabio Máximo que, en los tiempos de la segunda guerra púnica, sería considerado el escudo de Roma (VI, 844-846).

Y antes del último espectáculo, donde Eneas verá al cónsul Marco Claudio Marcelo, el futuro vencedor de Viridomaro, el galo rebelde; Marcelo, el venidero conquistador de los terceros despojos opimos, el que habría de ser llamado, durante la segunda guerra contra Cartago, la espada de Roma, y que en Nola infligiría a Aníbal su primera derrota (VI, 855-859), y preguntará conmovido quién es el joven que acompaña a Marcelo el cónsul y alrededor de cuya frente vuela la triste noche (VI, 863-866). Es el joven Marcelo, que habría de nacer de Octavia, la hermana de Augusto, y que habría de ver cortada su vida antes de tiempo y casi en flor (VI, 868-886); antes de esta última visión, decía, Anquises describirá para su hijo las definiciones esenciales del destino de Roma: habrá pueblos cuya vocación los lleve a dar a la materia muerta, el bronce y el mármol, la perfecta apariencia de la vida; que dominarán el arte de adornar la razón con palabras; que entrarán en los misterios del cielo guiados por la ciencia del geómetra y del astrónomo (VI, 847-850). Pero muy otras serán las artes del romano, regidor eterno de pueblos: él tendrá por misión imponer la paz regulada por la ley, incluso contra el deseo de quienes la ignoran; ser blando y piadoso con los sumisos y debelador de los soberbios (VI, 851-853).

Ya Eneas está casi dispuesto a nacer de nuevo; le falta solamente, acaso, saber algo de su porvenir más inmediato. Y Anquises le explica cuáles son los trabajos y cuántas las guerras que en el Lacio lo esperan, y en qué

INTERPRETACIÓN

maneras haya de sobrellevarlos o vencerlas (VI, 890-892). Eneas, después de la máxima prueba, queda armado para la magna victoria.

EL NACIMIENTO

Eneas ha adquirido ya, en el sueño, en el despertar y en la muerte, la experiencia que le era indispensable para nacer a la consumación de lo dispuesto por los hados. Incendiado el alma por el amor y la gloria de tan grandes cosas, de tan excelsa gloria futura (IV, 232; VI, 889), se halla presto a tomar sobre su propio prestigio la ejecución de la obra magna (IV, 233; 273), y a hacer verdaderas las esperanzas de Julo y sus descendientes (IV, 274-275); espera solamente ya el momento de su nacimiento. Y éste llega.

Tiene el sueño dos puertas; una de marfil, de cuerno la otra. Por la primera tienen salida las falsas visiones; salen por la segunda las imágenes verdaderas (IV, 893-896). Así pues, la puerta de cuerno se abre al nivel de la verdad; la de marfil, al nivel de la mentira; una va a la eternidad; la otra, al tiempo.

Habiendo llegado al punto de abandonar los recintos de la muerte, Eneas tiene que salir por una de esas dos puertas. Y Anquises lo envía por la única que es posible, dado que el trabajo futuro de Eneas, la fundación de la urbe, tiene que hacerse cierta en el tiempo, en el mundo de los hombres, entre la falsedad de lo transitorio; llegado el momento de hacer renacer a su hijo, Anquises lo enviará, hacia el aire que respiran los humanos, por la puerta de marfil (VI, 898).

De haber salido por la puerta de cuerno, el héroe hubiera entrado de modo directo al nivel de la eternidad, lo verdadero, dejando sin posibilidad de cumplimiento su tarea temporal. La eternidad, para Eneas, habría de llegar más tarde.

INTRODUCCIÓN

LOS GRADOS DE LA PIEDAD

En relación con los grados de la piedad, tal vez sea conveniente recordar algo de lo que al respecto puede indagarse en el pensamiento de Cicerón, el teórico, en tantos aspectos, del significado de la romanidad.

Cicerón, pues, al hacer un elogio de las virtudes del joven Octavio, dice, estableciendo la supremacía de la piedad hacia la ciudad sobre la piedad hacia la familia, que al adolescente César nunca lo apartó de su voluntad de procurar el bien de la república, ni forma alguna del nombre de su padre ni la piedad hacia éste, pues comprendía que la máxima piedad es la que se contiene en la conservación de la patria (*Phil.*, XIII, 20).

Ahora bien: por encima incluso de la piedad hacia la patria, ha de situarse la piedad hacia los dioses. En otra parte (*De Nat. Deor.*, II, 61), el mismo Cicerón, hablando de la superioridad del hombre sobre las bestias, se refiere a la posibilidad que de alcanzar el conocimiento de los dioses es característica de aquél. Y afirma que de ese conocimiento nace la piedad y, unidas a la piedad, la justicia y las demás virtudes por las cuales el ser humano puede llegar a vivir una vida par y semejante a la vida de los dioses.

Si pues los dioses están sobre las cosas humanas, y la piedad nace del conocimiento que de ellos se alcanza, resulta natural pensar que la piedad hacia los dioses sea la suprema y encierre en sí la que puede sentirse a propósito de bienes no divinos.

Y si la ley universalmente justa no es otra cosa que la voluntad, la recta razón, la mente de los dioses (*De Leg.*, II, 4), y el conocimiento y la observancia de esa ley es, para los hombres, la libertad, no me parece arriesgado entender que la piedad hacia los dioses debe ser vista como piedad hacia la ley y, por ende, piedad hacia la libertad.

De esta manera quedan ordenados, como los peldaños de una escala ascendente, tres grados de piedad: el primero sería el de la piedad hacia el padre; el segundo, el de la piedad hacia la patria; el tercero y más

INTERPRETACIÓN

alto, el de la piedad hacia los dioses. Habida cuenta de que el padre simboliza la familia, la patria equivale a la ciudad, y los dioses otorgan la posibilidad de que los hombres sean libres, es lícito volver a recordar aquí los tres valores —libertad, ciudad, familia— cuya posesión, según el derecho de Roma, define al hombre. Y se comprenderán los tres grados de piedad cuya posibilidad ha quedado expuesta.

Eneas, modelo del hombre piadoso, manifestará las tres: la primera que tiene como objeto a la familia, se mostrará en el modo como salió de Troya, llevando consigo a su padre, su hijo y su esposa; la segunda, que se dirige hacia la ciudad, en la defensa que hace de Troya asediada y destruida por los griegos; la tercera, que se consagra a la libertad, se revelará en su voluntad de hacer suya la voluntad divina, y, a través de los más agobiantes trabajos, poner en el tiempo los cimientos de la Roma futura, y, con ellos, los de la ley destinada a dar libertad a todos los hombres del mundo.

EL PIADOSO LAUSO

El ejemplo más completo que de la piedad filial encuentro en la *Eneida*, es el que se descubre en la figura de Lauso.

Desde la aparición de este personaje, insigne por su belleza y por su valor, sabemos que sus virtudes lo hacían merecedor de otro padre que no fuera tal como era Mezencio, a quien, sin embargo, él amaba hasta el extremo de no dudar en ir en lugar suyo a la muerte (VII, 649-654).

Ya metido en la acción guerrera, después que, gran parte de la misma, equilibró durante algún tiempo sus fuerzas con las de los troyanos (X, 426 ss.), lo vemos gemir por amor de su padre, y llorar cuando mira que ha de sucumbir bajo los golpes de Eneas (X, 789-790).

Y Virgilio, al contemplar la actitud que Lauso habrá de tomar en esos momentos, no puede abstenerse de calificar de óptimas las hazañas que emprenderá, y de ponerse a la obra de procurarle, por tan grandes méritos, el homenaje de la posteridad (X, 791-793). Porque Lauso,

INTRODUCCIÓN

aguijado por su piedad, va a dar su vida por la esperanza de prolongar la de su padre.

Sin demorarse en medir cuáles son sus fuerzas y cuáles las del héroe a quien va a combatir, ha de interponerse entre el indefenso cuerpo de Mezencio y la espada que Vulcano forjó, invencible porque lleva en sí los hados (VIII, 621). El escudo de su piedad detiene el golpe que Eneas asestaba a su padre, y el estímulo que su piedad le infunde lo lleva a sacrificar la vida para dar a su padre la ocasión de alejarse del aniquilamiento inmediato (X, 794 ss.).

Tales hazañas son bastantes a provocar la admiración del piadoso Eneas, que querrá ofrecerle, una vez que Lauso ha muerto, un premio digno de la nobleza de su índole (X, 821-830). Pero eso ocurrirá cuando Lauso esté muerto. En tanto que vive y es, por la piedad, obligado a luchar, Eneas solamente podrá advertirle que esa piedad lo está engañando.

Y creo que esa conducta del hijo de Anquises ayuda a esclarecer lo que yo afirmaré sin vacilaciones: que Eneas no se llama piadoso por haber salvado a su padre del incendio y las matanzas de Troya; que la piedad que lo hizo bajar al mundo de los muertos, y a la cual se refiere la sombra de Anquises (VI, 687-688), no es la piedad hacia éste, sino la que se dirige al respeto de las obligaciones establecidas por los hados, y que el hombre piadoso convierte en el ejercicio pleno de su libertad; que su piedad, la piedad última y perfecta, se revela en la identificación de su voluntad con la voluntad de los hados, que es la raíz y el tronco y el follaje de la ley.

EL PIADOSO TURNO

Por su parte, Turno también es piadoso; lo es con respecto a su familia, en relación con su ciudad, en lo tocante a sus dioses. Siente que protege en justicia lo que es suyo, de la acometida ilegal de una fuerza extranjera; se opone a que un pacto, aquel según el cual Lavinia le había

INTERPRETACIÓN

sido prometida por esposa y el reino de Latino como su herencia, quede sin cumplimiento y sea, por tanto, violado. Sobre todos estos aspectos se insiste repetidamente en el poema. De esta manera, desde que se describe cuál era la situación de las cosas en Italia al arribo de Eneas, Virgilio dice cómo, entre los pretendientes de Lavinia, resalta Turno, a quien Amata, esposa del rey Latino, “con milagroso amor se afanaba por tener como yerno” (VII, 56-57), a pesar de los portentos divinos que destacaban lo imposible de dicho afán; asimismo, de lo que se lee más adelante (VII, 365-366), se desprende sin lugar a dudas que Latino había accedido en distintas ocasiones a que Turno y Lavinia se casaran. Pues le dice Amata: “¿Qué, de tu santa fe? ¿Qué, de tu antiguo afán de los tuyos, y la diestra tantas veces al pariente Turno entregada?”

A su vez, Alecto, la Furia, al persuadir a Turno que debe tomar las armas para defender sus derechos, parece exponerle las bases de su piedad, y lo increpa: “Turno, ¿sufrirás que tantos trabajos se esparzan en vano, y a colonos dardanios sean transferidos tus cetros? El rey [Latino], el connubio y las dotes ganadas con sangre [y de acuerdo con este dicho ha de afirmarse que Turno había combatido antes muchas veces en defensa de los latinos] te niega, y se busca para el reino un heredero extranjero” (VII, 421-424). Y se extiende hasta convencerlo de que, en caso de negarse Latino a sostener cuantas promesas le había hecho, y de no querer ya darle en matrimonio a su hija, Turno debería, por mandato de la magna fuerza de los dioses, obligarlo con las armas a que cumpliera todo lo pactado (VII, 432-434).

El propio Turno, juzgando a la luz confusa de sus pasiones los actos de Eneas y los troyanos, declara que tiene contra ellos hados que lo amparan, considerando que él no hace otra cosa que tratar de destruir en batalla una estirpe criminal, acostumbrada a violar la hospitalidad y robar las mujeres de aquellos que en hospitalidad los han recibido (IX, 137 ss.).

Juno, valiéndose de la ironía, pone de relieve ante Venus que Turno, por sus antepasados y por sus trabajos, tiene el derecho de mante-

INTRODUCCIÓN

nerse en la tierra patria, en tanto que Eneas es advenedizo y criminal; alguien que llega de lejos a elegir suegro y esposa, aunque ésta, por legítimas condiciones, pertenezca a otro (X, 74-80).

Por todo eso, Turno está autorizado a pensar que la justicia lo asiste. Así lo deja ver la exhortación que hace a los suyos, incitándolos a la lucha: “Hoy cada uno se acuerde de su cónyuge y techo; hoy renueve las magnas hazañas, glorias de sus padres” (X, 280-281); exhortación que transparenta el fondo de su actitud: la piedad hacia la ciudad y la familia.

Además, Turno es un hombre que cumple severamente sus deberes religiosos, y así lo afirma el poema en diversas partes. Cuando, enloquecido por las lumbres de Alecto, decide emprender la guerra, llama con votos a los dioses, para que le sean favorables (VII, 471), y los venera también después de recibir la visita de Iris, que lo excita a atacar, en ausencia de Eneas, el campamento de los troyanos (IX, 22-24). Recuerda Juno esta piedad, y así se lo hace saber a Júpiter en ocasión de reprocharle que pretenda hacer que Turno, “con su pía sangre”, satisfaga a los teucros (X, 617), y trae a su memoria las copiosas ofrendas con que enriqueció sus templos (X, 620). En igual dirección apuntan las palabras de Juturna, bajo la forma de Camerto, al afirmar de Turno, frente a los rútilos: “Él... a los supernos, a cuyas aras dedícase, llegará por su fama...” (XII, 234-235), y en ese mismo sentido se endereza la invocación que hace Turno a la Tierra y a Fauno, a fin de que no permitan que Eneas se arme de nuevo con su lanza: “Fauno, te ruego, apiádate —dice—; y tú, óptima Tierra... si culto a vuestros honores di siempre” (XII, 777-778).

Turno es, pues, un ser que actúa piadosamente; así lo hace en cuanto le parece que concierne a familia, ciudad y dioses; guerrea porque se mantengan las condiciones establecidas por un pacto. Y con todo eso, sus hechos, parangonados con los hechos de Eneas, se miran a gran distancia de ser piadosos.

Porque así como Eneas, antes de pasar por todas las pruebas que lo harían, al fin, poseedor del conocimiento, pensaba que era engañado

INTERPRETACIÓN

por las admoniciones de los dioses (I, 407-409), ahora son efectivamente engañados quienes entran en pugna con él, ya que al hacerlo se oponen a las órdenes de los dioses mismos, a los mandatos definitivos del hado. En efecto, los troyanos buscaron a Italia con la voluntad y la venia de Júpiter (IX, 31 ss.). Siguieron, por eso mismo, la única vía verdadera: la que el hado había decidido desde el principio. Eneas lo sabe bien, como lo demuestra al advertir que no hubiera llegado a Italia si los hados no le dieran allí lugar y sede (XI, 112); no es él, por eso mismo; es Latino quien rompe los pactos y se fía a las armas y a los falsos movimientos concitados en Turno. Y esto no escapa al conocimiento del propio rey Latino, el cual, a causa de las desgracias que acarreó el haber consentido en la guerra con los troyanos, admite que Eneas es el yerno traído por los hados, y que las armas empuñadas en su contra son impías (XII, 31), pues se esgrimen en oposición a la más alta de las piedades. Sólo por amor de Turno, por afecto a los lazos de sangre que a él lo ligaban, por las súplicas de Amata su esposa, consintió el rey en desoír los dictados fatales (XII, 29-30), y se produjo aquella guerra contraria a los hados de los dioses exigida por los latinos (VII, 583-584).

De este modo se aclara: los derechos de Turno, el pacto realizado con Turno en el tiempo es incompatible con aquel que, realizado con Eneas, está determinado en la eternidad por la finalidad de los hados: el establecimiento de Roma, con la ley y la paz. Toda piedad que no concuerde plenamente con este objeto, es engañosa. Es, en último recurso, impiedad.

JUNO Y LOS HADOS

Cuando la esposa de Júpiter mira, desde los aires, que los troyanos han asentado ya los pies en Italia, que sus barcos descansan por fin en las costas destinadas, y juzga la inutilidad de los esfuerzos que hizo para impedirlo (VII, 286-310), admite que han vencido imperios superiores a los suyos. No le será dado, por consiguiente, privar a Eneas de los

INTRODUCCIÓN

reinos del Lacio, ni evitar que Lavinia, por voluntad inmutable de los hados, sea su cónyuge. Nada es poderosa a hacer, excepto someter a Eneas a situaciones sangrientas en donde su piedad sea puesta a prueba (VII, 313-322). Para lograrlo se valdrá, como se valió de Dido en Cartago, de un instrumento humano: el príncipe Turno, cuyas pasiones exaltará hasta el extremo de precipitarlo a la muerte. A pesar del amor que en muchas ocasiones declara sentir por él, no obstante estar convencida de que es inocente (X, 630), lo va a situar en el camino y le va a infundir los estímulos que lo empujen inevitablemente a ese término. Inevitablemente, porque Eneas ya no vacilará al elegir entre sus propios impulsos de ser humano común, y los mandatos que se da a sí mismo de acuerdo con el conocimiento que de la intención de los hados ha llegado a adquirir.

Juno, pues, comprende que le será imposible impedir que Eneas conquiste a los itálos, vedar que se case con Lavinia. Lo único que permanece en su potestad de parte negativa del hado, es imponer demoras en el tiempo antes que se consume lo que está fijo en la eternidad. Solamente causar retardos luctuosos. Puede también demorar un poco la muerte de Turno, que ella misma ha propiciado, cosa que Júpiter le consiente, con la advertencia de algo bien sabido por ella: que no podrá alterar el curso general ni los resultados de la guerra (X, 622 ss.). De tal modo, por salvar a Turno de luchar de inmediato con Eneas, da forma a un simulacro de éste, y consigue que aquél, persiguiéndolo, salga del campo de batalla (X, 636 ss.). Más adelante estorba que el mismo Turno se suicide, avergonzado de haber abandonado a su gente en combate desfavorable (X, 685-686). Hasta aquí alcanzan los poderes de Juno.

Pero hay un lance donde se aparece, sin dejar posibilidad de equívoco, la posición que guarda Juno relativamente a la misión que Eneas debe coronar:

Cuando, por un error de los troyanos, Turno queda encerrado dentro de sus campamentos “como el inmenso tigre entre los flojos rebañones” (IX, 729 ss.), mata y destruye y se agiganta auspiciado por la

INTERPRETACIÓN

fuerza protectora de Juno. De tal suerte, cuando Pándaro lo agrede y trata de herirlo arrojándole una lanza, la diosa aparta de Turno la herida que la lanza le llevaba, y desvía ésta y hace que, inofensiva, quede clavada en una puerta (IX, 743 ss.). Pero en esa misma situación, en los momentos donde Turno hubiera alcanzado, con sólo abrir desde dentro a sus compañeros las entradas de los reales, que aquél fuera el último día de la guerra y la vida para los troyanos (IX, 757-759), Juno no se ocupa en mostrarle ese camino de irreversible victoria, más bien permite que, ciego a tal posibilidad, se consagre al furor de la matanza y la destrucción que pueden producir sus solas manos (IX, 760-761). Y es lo que hace Turno, inconsciente, y persigue y desbarata a quienes le huyen, y, para eso sí, cuenta con el pleno auxilio de Juno, que con dicha finalidad le “ministra las fuerzas y el ánimo” (IX, 764).

Se percibe cómo las iras de la diosa, al enfrentarse con la voluntad de los hados, que ella misma en parte personifica, son sometidas y puestas, en la medida necesaria, al servicio de ellos. Porque la esposa del máximo dios podía tal vez retrasar, pero en forma alguna prohibir el cumplimiento de la piadosa misión de quien, por mandato altísimo de los mismos hados, habría de sembrar la semilla de la justicia y la libertad del mundo.

EL PIADOSO ENEAS

Nueve veces, a lo largo de los seis libros que constituyen la segunda parte de la *Eneida*, Eneas recibe el calificativo de piadoso (*pius*). Se le da en relación con el otorgamiento de una recompensa (IX, 255), dos funerales (VII, 5 y XI, 170), tres sacrificios a los dioses (VIII, 84; XII, 175 y 311) y tres hechos de guerra (X, 591, 783 y 825).

Partiendo de la idea de que en ninguno de esos casos se trata de un empleo puramente ornamental de dicho calificativo, intentaré ahora un acercamiento a su significado medular, empezando con la lectura

INTRODUCCIÓN

del episodio en que se narra la intervención de Eneas en el otorgamiento de una recompensa:

Los adolescentes amigos Niso y Euríalo, impulsados por su valor y por el anhelo de gloria, se ofrecen para ir, mensajeros, a Eneas, quien ha dejado sin su protección el campamento de los troyanos a fin de acudir, obligado por la necesidad, a solicitar la alianza de Evandro. Conmoverlo por la virtud que tal ofrecimiento revela, el héroe Aletes, grave por los años y maduro de ánimo, les habla: “¿Qué, a vosotros, qué premios dignos por tales hechos, varones, creeré que pueden pagarse? Os darán los más bellos primero los dioses y vuestra virtud; allí entregará los restantes, en el acto, *el pío Eneas...*” (IX, 252-255).

Como se ve, la piedad de Eneas es afirmada para explicar la realización de un acto de justicia, paralelo y complementario al de la divinidad y al de la libre determinación interior de los hombres virtuosos.

En cuanto a los dos funerales en que Eneas interviene:

Muere Cayeta su nodriza —y acaso no esté de sobra recordar el carácter de segunda madre que a la nodriza se concede en la poesía del mundo clásico—; el héroe, a pesar de su urgencia de proseguir el viaje, se preocupa antes que nada por darle sepultura, de acuerdo con los ritos para el caso establecidos, y, sólo una vez realizados éstos, se embarca otra vez: “Mas *el pío Eneas*, las exequias ritualmente cumplidas, compuesto el terraplén del túmulo, después que hondos los mares calmáronse, hace el camino con velas y el puerto abandona” (VII, 5-8).

El rey Evandro se adelanta a recibir el cadáver de su hijo Palante, que le llevan los troyanos, y abrazado a él, rompe en lágrimas y se lamenta de la magnitud de su desgracia. Y al pensar en el funeral que su hijo merece, exclama: “Y otro funeral de ti no juzgaré digno, Palante, que el que *el piadoso Eneas* [juzgue digno de ti]” (XI, 169-170).

En ambas oportunidades, aparte de la justicia que se contiene en el hecho de dar sepultura a un ser amado, se encuentra también un acto de justicia hacia los dioses, un acto de religión que amplía el significado de la piedad.

INTERPRETACIÓN

Los sacrificios relativamente a los cuales Eneas es dicho piadoso, son los siguientes:

Manifestando la señal anunciada por Heleno y Tiberino para que se reconociera el lugar donde la ciudad debía ser fundada (III, 389-393; VIII, 43-45), el prodigio aparece ante los ojos de Eneas: una puerca blanca se tiende junto a su blanca cría, bajo el verdor y la sombra de los árboles costeros. El hijo de Venus recuerda las admoniciones del mismo Heleno y del dios del río Tíber, y la ofrece a Juno en sacrificio: “Mas ved que... cándida, de un color con su alba cría, entre la selva se acostó una puerca, y en la verde costa se mira: a la que *el piadoso Eneas* a ti pues, a ti, máxima Juno, inmola...” (VIII, 81-85).

Los reyes Latino y Eneas se reúnen en el espacio libre que media entre las filas de sus ejércitos, con el objeto de consagrar el pacto por medio del cual, para decidir la suerte de la guerra, habrán de enfrentarse en singular combate Eneas y Turno. Luego de hacer los sacrificios prescritos, e invocando la presencia de los dioses, “*el piadoso Eneas*, asida la espada... ruega” (XII, 175).

Pero el pacto concertado es roto por la acción de Juturna, instigada a ello por Juno. Se incendia nuevamente la batalla entre latinos y troyanos; los altares son profanados, Latino escapa llevándose a sus dioses. A mitad de la confusión y la matanza, pidiendo que todos se abstengan del combate que a él solo le corresponde, y que, respetando las condiciones convenidas, se le deje llegar a las manos a él solo con Turno, quien se le debe por los sacrificios consumados, “*el piadoso Eneas* la diestra inerme tendía” (XII, 311).

En estos tres momentos, la piedad aparece investida de complejidad mayor; encontramos otra vez el fondo de justicia y la reverencia a los dioses; pero se presenta un aspecto nuevo: hay un convenio santificado por la divinidad, el cual debe ser inviolable para el piadoso. La piedad debe tender a cumplir, en su integridad, hasta sus resultados finales, el pacto realizado.

INTRODUCCIÓN

He dejado para el final los tres lances de guerra en que Eneas es llamado piadoso, porque creo que en ellos se muestra a la luz el más puro contenido de la piedad. Luego procuraré exponer mis razones.

Acrescentado por la noticia de la muerte reciente de Palante, Eneas ha entrado en combate con todos sus ímpetus. Igual que el segador entre las espigas la hoz, menea el guerrero la espada entre los enemigos, y avanza, como rumbo a sí mismo, por el camino ensangrentado que se va abriendo. Porque a partir de ese momento definitivo preparado por la muerte del hijo de Evandro, la piedad del héroe se acendra, se desnuda como la flama, y como la flama alumbraba y se eleva. Ardiente, Eneas captura vivos con sus manos a ocho hombres para inmolarlos en la pira en que se quemará el cuerpo de su amigo (X, 516-520); mete la espada en la garganta de Mago, un latino que le pedía que lo tomara cautivo y obtuviera, por su rescate, inmensas riquezas; según le dice el héroe troyano, la conducta sacrílega de Turno al hacer la guerra y dar muerte a Palante, había suprimido la posibilidad de tales comercios. Y agrega: “Esto, los manes del padre Anquises; siente esto Julo”: con lo cual coloca en su justo lugar la piedad hacia el padre y hacia el hijo, que había sido invocada por Mago, y justifica tal cosa con los sentimientos propios de las personas nombradas, que, por lo demás, representan el pasado y el porvenir de Roma (X, 521-536). Inmola luego al hijo de Hemón, a Anxur después, en seguida a Tarquinto, a quien decapita y condena a quedar sin sepultura, de seguro porque combatía contra lo dispuesto por la voluntad de los hados y lo convenido en un tratado solemne; y de continuo aniquila a Anteo y a Lucas y a Numa y a Camertes.

Como el Hecatonquiros Egeón, que usaba a un tiempo cincuenta escudos y otras tantas espadas, Eneas, dice Virgilio, se encruelece (*desaevit*) tan pronto como calienta con sangre la punta de su espada (X, 569-570).

Y esta palabra, *desaevit*, marca, a mi modo de ver, las vías que hacen inteligible lo que es la piedad de Eneas en su final ascensión.

INTERPRETACIÓN

Pues de aquí en adelante (X, 878; XI, 910; XII, 107-108), el poema, sin dejar de llamar piadoso (*pius*) al héroe, lo va a llamar cruel (*saevus*), y de la misma suerte calificará sus iras (X, 813), la carnicería que consume (XII, 498), su pecho (XII, 888), las armas con las cuales ha de medirse con Turno (XII, 890), su dolor (XII, 945).

Conocidos de todos son los significados del adjetivo *saevus*: cruel, inhumano, severo, terrible, implacable, imperioso, feroz, despiadado. Y este adjetivo, con esos significados, servirá para caracterizar al piadoso por excelencia, al *pius Aeneas*, al depósito mismo de la piedad, y definirá también sus sentimientos y sus hechos. Pero Eneas seguirá, ya lo dije antes, recibiendo el nombre de piadoso:

Mientras Eneas lucha, lo atacan de pronto, desaforados en sus palabras, Lucago y su hermano Líger. Eneas hiere de muerte a Lucago, y viéndolo morir, le habla, y en sus palabras parece haber crueldad. Se lee en el texto: “Lanzado del carro, el moribundo se revuelve en los campos. A él *el piadoso Eneas* habla con dichos amargos: ‘Lucago, no la tarda fuga de los caballos, tus carros traicionó, o de los hostes los apartaron vanas las sombras; tú mismo, saltando de las ruedas, abandonas tus tiros’ ” (X, 590-594).

Más adelante, se describe el combate entre Eneas y Mezencio, quien, por cierto, había ido a combatir por consejos (*monitis*) de Júpiter. Al quedar frente a frente ambos héroes, Mezencio es el primero en despedir de su mano la lanza; la desvía Eneas con el escudo, y ella vuela a herir a Antores, uno de los capitanes de Evandro. “Allí *el piadoso Eneas* arroja la lanza; ella el cóncavo orbe de triple bronce, las capas de lino y la obra de tres toros compuesta, atravesó, y se asentó en lo más hondo de la ingle; mas no consumó sus fuerzas. De prisa la espada Eneas, por la vista sangre del tirreno, alegre, tira del muslo, y al tembloroso, férvido ataca” (X, 783-788).

Entonces Lauso, el hijo de Mezencio, se precipita a defender a su padre, y en el escudo detiene el golpe que a aquél estaba dedicado. Por la ayuda de la gente de su ejército, que con armas arrojadas estorba a

INTRODUCCIÓN

Eneas, Lauso consigue que Mezencio pueda salir del campo de batalla. En ese espacio, Eneas hace de Lauso el centro de sus crueles (*saevae*) iras (X, 813), y tan superior le es, que no tiene dificultad alguna en postrarlo con la espada. Sucumbe así Lauso por haber defendido a su padre. “Mas en verdad, cuando vio del muriente el semblante y el rostro el Anquisiada... gimió apiadándose gravemente, y la diestra tendióle, y llegó la imagen de la paterna piedad a su mente: ‘¿Qué a ti hoy, miserando niño, por estas hazañas; qué el piadoso Eneas te dará, de tan noble índole digno?’” (X, 821-826). Y he aquí que Eneas en este trance, se llama piadoso a sí mismo.

Éstos son los tres lugares, los tres hechos de guerra, en que Eneas, dicho explícitamente, es piadoso al matar o por haber matado. En que —diría yo— su piedad se manifiesta en amargor de palabras y en derramamiento de sangre y en crueldad.

Pareciera que existe contradicción en considerar al mismo ser, en la misma hora, piadoso (*pius*) y cruel, despiadado (*saevus*). Empero, Virgilio mismo en su poema proporciona en dos ocasiones los elementos precisos para conciliar los dos términos, y al justificar la interna unidad de ambos, da lugar a un más claro entendimiento de la piedad y sus grados de perfección. Expondré a continuación cuáles son esas dos ocasiones.

JÚPITER CRUEL

Me parece indiscutible que Júpiter, el máximo dios, el padre de hombres y dioses, el que lleva en su voluntad el cumplimiento de la parte positiva de la voluntad de los hados, reúne en sí mismo, por todo eso, la suma íntegra de las mayores virtudes; entre ellas, la piedad. De este modo, no hay, no puede haber nadie que sea más piadoso que él mismo.

Pues bien: sucede que en dos situaciones, y hago notar que esto ocurre únicamente después del momento en que Eneas se encruelece (*desaevit*), es llamado también cruel (*saevus*). En la primera de ellas (XI, 901),

INTERPRETACIÓN

Turno, el piadoso defensor de su ciudad, abandona el sitio donde proyectaba asechar a los troyanos, y se dirige hacia la muerte que lo espera en la espada de Eneas. Y lo hace porque “así los crueles deseos (*saeva numina*) de Jove lo piden”. En la segunda (XII, 849), para condenar irremisiblemente a morir al mismo Turno cuya piedad, repito, lo impulsaba a sacrificarlo todo por su patria, Júpiter envía a una de las Furias a que lo deje solo y aterrorizado y endeble. Y Júpiter el justo, el sobre todos piadoso, es entonces llamado el “rey cruel” (*saevus rex*). Por tanto, en los dos momentos en que el máximo de los dioses decide la muerte del hombre que representa grados inferiores de la piedad, se le dice cruel. Y hago hincapié en que en ninguna otra parte del poema, fuera de las dos que comento, se le ha dicho ni se le vuelve a decir de esta manera.

Y pienso que tenemos ya los elementos necesarios para explicar el modo en que la piedad alcanza en el mundo su punto de realización insuperable.

Lo que a nivel de los hados y la eternidad constituye una unidad necesaria, en el ámbito temporal de los hombres puede ser visto como integrado por principios que incluso sean contradictorios entre sí. Lo que para los hados es piedad en su grado más perfecto y justo, a la mente humana, “ignorante del hado y las cosas futuras” (X, 501), es idóneo para presentarse como crueldad. Entonces, los hombres juzgarán cruel lo que no esté de acuerdo con la humana idea de la piedad. Y ésta parece ser capaz de comprender esa virtud sólo en sus dos primeros grados, donde puede ser engañadora; es decir, piedad hacia la familia y piedad hacia la ciudad; en tanto que los actos que busquen el tercero, esto es, la piedad hacia la libertad, le resultan ajenos e inabarcables. Júpiter, al pretender por encima de todo el cumplimiento de los hados, es esencialmente piadoso; pero Virgilio lo llama cruel. Y lo mismo ocurre en relación con Eneas. Sus acciones, acordes con la voluntad del dios, le merecen, por ello mismo, calificación idéntica.

Las muertes que Eneas produce son un acto de altísima justicia. Castigan la violación de un pacto consagrado por la divinidad. La pala-

INTRODUCCIÓN

bra de Latino ha sido traicionada, y al serlo, ocasiona que quienes causan o fomentan o defienden esa violación, se opongan a lo que está establecido por los hados: que él asegure la fundación de Roma.

De este modo, su actividad llega a asemejarse a la del sacerdote que ofrece una víctima ante el altar del dios, para propiciarlo o para hacer perdonar alguna culpa. De allí, quizá, su alegría, incomprensible para muchos, al ver la sangre hostil derramada por él. Porque esa sangre indica la posibilidad de que sus votos sean favorecidos por la divinidad y de que su sacrificio sea gratamente recibido.

Esto puede poner luz asimismo en el significado de que Eneas sea llamado piadoso cuando hace el sacrificio para consagrar, ante los dioses, el tratado según el cual la guerra será decidida por su combate con Turno (XII, 175 ss.), y cuando violado el mismo tratado por artificios de Juno, tiende la diestra inerme (XII, 311), pidiendo que lo dejen pelear a él solo. Porque Turno viene a ser visto como una víctima que él ha de ofrecer para asegurar el triunfo de su misión. “A Turno ya estos sacrificios me deben”, gritaba (XII, 317). Y es de recordarse que un ser humano muerto en combate podía ser considerado una víctima. Poco antes de que Eneas pronunciara esas palabras, Mesapo, tras herir a Aulestes, había dicho éstas: “A los magnos dioses es dada, mejor, esta víctima” (XII, 296).

Y me resulta claro que su piedad hacia lo definido por los dioses en la eternidad, esto es, la fundación de la libertad y la ley personalizadas en Roma, es lo que, convirtiéndolo en el vengador y en el que castiga, lo decide a matar a Turno en los últimos segundos del poema. En efecto, en el momento donde Turno, vencido, ruega por su vida, se desarrolla en Eneas un conflicto entre su piedad, esto es, sus obligaciones con respecto de las voluntades más altas, y su compasión, es decir, los sentimientos de lástima que la víctima que ha de ser sacrificada le inspira. Eneas tiene, por última vez, que vencer sus sentimientos humanos, para ser estrictamente el ejecutor de una voluntad —ya suya— superior a la del hombre (XII, 930 ss.).

INTERPRETACIÓN

LOS DIOSSES LLEVADOS AL LACIO

Desde el principio de la *Eneida* (I, 5-7) queda enunciado el objetivo último de los trabajos de Eneas: fundar la urbe e introducir en el Lacio a los dioses. De allí habría de adquirir existencia la eterna grandeza de Roma.

Ya a pique de coronar esa misión, llegados ya a Italia, van los príncipes troyanos por encargo de Eneas a llevar un mensaje a Latino, que reina en el lugar, y reafirman ante él lo que, impulsados por el designio del hado, los ha traído hasta aquí: buscan, para sus dioses, un lugar, así fuera exiguo (VII, 229 ss.).

Ahora bien: lo que tal introducción de los dioses lleva consigo, de acuerdo con el espíritu romano, adquiere pleno fulgor en lo que Eneas propone al celebrar el tratado con cuyo cumplimiento se pone fin a la pugna entre latinos y troyanos. Dice: “Cultos y dioses daré; tenga el suegro Latino las armas: suegro, el solemne imperio” (XII, 192-193).

Como se mira bien, Eneas renuncia al poder de mandar el ejército y a la facultad de regir la vida civil de la república.

A este respecto cabe recordar a Cicerón, cuando afirma que sin el imperio no puede ser administrada la cosa militar ni ser mantenido el ejército ni hacerse la guerra (*Phil.*, V, 45). Así pues, el imperio estaba sobre el poder de las armas. Pero sobre el imperio se consolidaba, indudablemente, el poder de los dioses, manifestado en un conjunto de normas —leyes de leyes las nombra el mismo Cicerón (*De Leg.*, II, 7)— que eran las que determinaban finalmente la vida de los ciudadanos.

Eneas, pues, al dar cultos y dioses, está estableciendo de una vez para siempre los valores más altos de la vida romana. Los dioses, ya lo he dicho en otras ocasiones, personalizan la ley, y, con ella, el sentido de la libertad. Al dar cultos y dioses, Eneas aporta el núcleo de la más alta piedad: aquella que se rinde a la libertad a través de la ley. Ésa es su contribución a Roma. El valor, el nombre, la lengua, las costumbres, seguirán siendo latinos. Pero Eneas legará esa piedad que hará que el

INTRODUCCIÓN

linaje romano, mezcla de latinos y troyanos, sea capaz de ir sobre hombres y sobre dioses (XII, 835-839).

Y Júpiter, ciñéndose a lo dispuesto por los hados, declara, y lo hace en primera persona, como antes lo había hecho Eneas (XII, 192): “De los cultos el modo y los ritos añadiré” (XII, 836-837), haciendo evidente la unidad consumada con la voluntad de Eneas y los designios divinos.

LA FUNDACIÓN DE ROMA

Eneas, después de visitar los dominios de la muerte, los abandona. Entrando otra vez en el mundo de los hombres, nace de nuevo para consumir su destino. Destinado a fundar en el tiempo lo que en la eternidad permanece establecido, va a llevar a término esa misión, a fin de colaborar con los designios del hado. Olvidado, como un recién nacido, de lo que conoció antes de respirar por primera vez, sentirá, no obstante, cuál es su gloria y cuáles son los deberes que a sí mismo se impone. Y sabrá, en un momento dado, que la eternidad y el tiempo se reúnen, y qué es lo que tiempo y eternidad aportan a las vidas humanas. Y en ese momento absolutamente presente, el portento se alumbrará, y la ciudad quedará fundada.

Refiere la *Eneida* (VIII, 375-386) que Venus, movida por el cuidado de guardar a su hijo de los peligros de las batallas en que debe intervenir, le ruega a Vulcano que fabrique para él armas inmortales. Accede el dios, y, sabedor de lo temporal y lo eterno, compone para Eneas un escudo donde esculpe los grandes hechos de Roma, desde la hora en que la loba crió a los hijos de Ilia y de Marte, hasta la de la celebración del triple triunfo de Augusto tras la batalla de Accio (VIII, 626-728).

Y Venus le lleva a su hijo el escudo que muestra en el tiempo la eterna imagen, y Eneas, sin recordar lo que su padre le había enseñado en el Elíseo, se pasma y lo contempla. Y finalmente, absorto ante las representaciones que a través de sus ojos lo colman, “tales cosas en el es-

INTERPRETACIÓN

cudo de Vulcano, don de su madre, admira, y de las cosas ignaro, con la imagen se goza, levantando, en el hombro, de sus nietos la fama y los hados” (VIII, 729-731).

Y ése es el momento de la fundación. En efecto, al tomar sobre sí el futuro de Roma, lo sintetiza en sí mismo con el pasado y el presente y hace coincidir en un punto las esferas de la eternidad y del tiempo. Es posible advertir de qué manera quedan definidas ambas esferas: Eneas ignora las cosas: es decir, los hechos que se precipitan en el tiempo; pero se goza con la imagen; esto es, con el modelo inamovible asentado en la eternidad. Y al levantar hacia su hombro el orbe del escudo, toma sobre sí la fama y los hados de sus descendientes. Dicho de otro modo: toma la fama, resultado de las cosas, las hazañas conducidas a término en el orden temporal, y toma los hados, la voluntad constituida desde el principio, lo que equivale a decir que asume y apoya lo que dispone el orden eterno.

En ese momento, repito, Roma afirma la fundación decretada por el destino.

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA
Universidad Nacional Autónoma de México
Derechos Reservados

II

Descripción

LIBRO PRIMERO

Se inicia el poema con la exposición sintética del asunto que será cantado: las armas y el héroe. Unas y otro dirigidos, por entre viajes y guerras y fuerza de dioses, al establecimiento en Italia de la raíz de donde habría de surgir, andando el tiempo, la grandeza de Roma (1-7).

Sigue la invocación a la musa, utilizada para mostrar que en la base de los trabajos a que Eneas se ve y se verá sujeto, están la voluntad contrariada y la ira de Juno, y de la invocación se pasa naturalmente a la hipótesis, que consistirá en la explicación de las causas por las cuales la diosa está airada y teme: hay una ciudad, Cartago, que es amada por ella sobre todas las otras. Pero sabe que será destruida por los descendientes de los troyanos; tiene, además, contra éstos, viejos rencores: el juicio de Paris, las honras concedidas a Ganimedes. Por tales razones, los hostiga y trata de alejarlos del Lacio (8-33).

El verso 34 da principio al desarrollo del poema propiamente dicho. Salen de Sicilia los troyanos, y Juno, revolviendo dentro de sí los argumentos de su ira, viene a Eolia para pedir a Eolo, rey de los vientos, que desate una tempestad para aniquilar a esa gente enemiga suya; él accede y así se lo hace saber, y deja salir a los vientos, que se arrojan sobre la tierra y el mar y lo remueven todo desde el fondo. Se hace la noche en pleno día, y las cosas amenazan con la muerte a los hombres (34-91).

En este momento, aparece en acción el héroe del canto, que por primera vez es mencionado por su nombre. Eneas, agobiado por las cargas trabajosas que se le imponen, declara su deseo de haber muerto heroicamente, en combate, bajo los muros de Ilión, ante la vista de sus padres (92-101).

INTRODUCCIÓN

Y la tempestad, cuya descripción se interrumpió con la presentación del héroe, cobra ahora importancia, enfurecida en torno de las naves de los troyanos (102-123).

Escucha Neptuno el ruido del mar y los vientos. Y saca la cabeza por encima de las olas, y contempla el miserable espectáculo que ofrece la flota dispersa. Comprendiendo que todo se debe a la intervención de su hermana, llama a los vientos y los reconviene por haber levantado las olas sin su permiso. A continuación, aplaca el mar que cede al punto en agitación y en estruendo, y sobre el mar aplacado, vuela en su carro seguro (124-156).

Habiendo pasado la tempestad, buscan descanso los troyanos en las tierras más próximas, y se dirigen hacia Libia. Encuentran allí un puerto tranquilo, y desembarcan. Ya en tierra, encienden el fuego y preparan el pan. Eneas, entre tanto, busca inútilmente en el mar con la mirada la presencia de sus naves; en seguida, habiendo visto un rebaño de ciervos, los persigue y mata a siete de ellos, uno para cada una de las naves que le quedan. Los lleva a sus compañeros, y preparan entre todos un banquete. Tranquiliza el héroe a sus gentes, aunque él mismo sufre, prometiéndoles tranquilidad y grandeza y alegría futuras. Aparejan las viandas, y comen y beben, y platican después acerca de sus amigos perdidos (157-222).

Un nuevo cambio de escenario, y aparece Júpiter que, desde lo alto del cielo, se vuelve a mirar los reinos líbicos. Se le acerca Venus, y se queja de los trabajos que Eneas, por la voluntad de Juno, se ve obligado a soportar, y le recuerda que él le había prometido que de la raza de Eneas habrían de nacer los romanos. ¿Ha cambiado por algo el designio del dios? (223-253).

Responde Júpiter sonriendo, y, luego de hacer una exposición de lo que los hados tienen determinado, reitera el ofrecimiento previamente hecho a Venus: finalmente, Rómulo establecerá a los romanos, los cuales no encontrarán límites a su imperio. Los descendientes de Troya dominarán a Argos; se ablandarán por ellos los ásperos siglos, y se aleja-

DESCRIPCIÓN

rán las guerras. Y los antiguos dioses y Rómulo y Remo impondrán la ley sobre el mundo (254-296).

Envía, después, a Mercurio, con el fin de que éste se acerque a Cartago y haga que sus moradores reciban a Eneas con amistad. Así lo hace el mensajero de los dioses, y la reina concibe ánimo benigno hacia los troyanos (297-304).

Vuelve a aparecer Eneas. Venciendo las dudas que en él propiciara la noche, sale a la primera luz del alba a explorar en qué tierras el viento lo ha depositado. Oculta la flota, y camina acompañado de Acates (305-313).

Y en medio del camino, disfrazada de cazadora, se le hace encontradiza Venus, su madre, y le pregunta si por azar ha visto a alguna de sus hermanas. Eneas que, aunque no la ha reconocido, sabe que habla con una diosa, le responde que a nadie ha visto ni oído, y le pregunta a su vez acerca de los pormenores del país donde se encuentra. Venus, solícita, se los explica: Eneas ha llegado a Libia, y mira los púnicos reinos y la ciudad de Agenor. Dido, huyendo de Tiro, ha llegado a regir el lugar. La historia de Dido es la siguiente: Siqueo, con quien ella se había casado enamorada y virgen, fue asesinado por Pigmalión, hermano de Dido. Después de algún tiempo de la ejecución de tal hecho, se apareció a la esposa, que lo ignoraba, el fantasma del muerto, y la incitó a dejar su patria, revelándole el crimen de Pigmalión. Al mismo tiempo, le descubrió dónde estaban las riquezas de éste, para que, llevándoselas, tuviera con qué hacer frente a las labores del camino. Dido atiende a los consejos de Siqueo, y junto con los que por alguna razón eran enemigos de su hermano, se roba una flota y empieza su viaje. Llega por fin a Libia, y compra el suelo donde ahora se levantan las murallas de la nueva Cartago. Habiendo acabado de narrar la historia de Dido, Venus interroga a Eneas y Acates: quiénes son, de dónde vienen, a dónde se dirigen, y Eneas, quejumbroso, contesta: él es Eneas, que lleva consigo los penates de Troya vencida, y a quien una tempestad llamó a las playas de Libia. De veinte naves que tenía al cruzar el mar Frigio, sólo siete, y muy maltratadas, le quedan. Y pobre y desconocido, expulsado

INTRODUCCIÓN

de todas partes, vaga por los desiertos. Venus no soporta más las quejas de su hijo, y las interrumpe para consolarlo. Doce naves de las suyas, aparte las siete a que él se ha referido, están salvas y entran a puerto. Eneas debe, de inmediato, dirigirse a la morada de la reina (314-401).

En acabando de hablar, Venus se da la vuelta, y, por medio de la luz y el aroma y el andar, se revela en lo que es. La reconoce Eneas plenamente y, quejándose de haber sido engañado muchas veces, la acusa. En seguida se dirige hacia las murallas de Cartago. Para que pasen inadvertidos, Venus envuelve a Eneas y a Acates en una niebla oscura, y luego retorna a sus templos de Pafos (402-417).

En medio de la niebla con que Venus los cercó, Eneas y su compañero contemplan desde una colina los trabajos de la edificación de la ciudad. Después de manifestar su envidia por aquellos que ven surgir sus murallas, Eneas, sin ser visto, se mezcla con los hombres que trabajan (418-440).

Llegan al sitio en que se levanta el nuevo templo de Juno, y Eneas, al mirar reproducidas en las puertas algunas escenas de la guerra de Troya —parte insigne de su propio pasado— suaviza sus temores y se atreve a esperar salvación, a través del reconocimiento de su fama pretérita. Reconoce, en las imágenes esculpidas, a amigos y a enemigos, y se reconoce también a sí mismo (441-493).

Ahora es Dido quien aparece en el poema. En tanto que Eneas está embebido en las imágenes de su pasado, la reina, rodeada por una corte de jóvenes, como Diana rodeada de ninfas, llega al templo. Se sienta en un trono, y desde allí da derechos y leyes, y distribuye el trabajo entre los hombres (494-508).

En medio de tal escena, Eneas mira aparecer a varios de los caudillos teucros, que juzgaba perdidos. Tanto él como Acates se alegran y temen a la vez, y contienen su deseo de saludar a los compañeros encontrados. Desde la nube que los oculta, miran y escuchan a los recién venidos. Habla Ilioneo con Dido, y le explica que, mientras iban hacia Italia, una tempestad los sorprendió y, de modo accidental, los condujo a las proxi-

DESCRIPCIÓN

midades de Libia; por lo tanto, no abrigan intenciones guerreras, sino, por el contrario, agobiados por la necesidad, se acogen a la hospitalidad de la tierra, y la solicitan a nombre de los dioses. Le dice también que tienen a Eneas por rey, y que él, en caso de vivir todavía, corresponderá cumplidamente a la acogida que Dido les dispense. Por último, le pide licencia para reparar las naves y poder partir en ellas, a Italia, si Eneas viviera, o a Sicilia, en caso de que hubiera muerto (509-560).

La reina, inclinada en su ánimo favorablemente hacia ellos por disposición de Júpiter, les contesta declarando que conoce la historia de los troyanos; les explica por qué está obligada a preservar con guardias sus dominios, y les ofrece enviarlos salvos a Italia o a Sicilia. También les hace la oferta de que se establezcan, desde entonces, en Cartago, y promete enviar hombres escogidos para que busquen a Eneas (561-578).

Animados Eneas y Acates por la actitud de la reina, y reconociendo que lo que Venus había dicho con respecto a los compañeros y las naves era verdad, desean poder ser de nuevo mirados. Se rasga allí la nube que estaba en torno de ellos, y aparece el héroe ante los ojos de todos, reluciente, por obra de Venus, de belleza y de juventud. Habla luego a Dido y a quienes con ella están, e invoca para ella y su bondad el pago de la gratitud de los humanos y el de la piedad divina, y se compromete a honrarla siempre en el tiempo por venir. En seguida, se vuelve a saludar a sus amigos salvados del naufragio (579-612).

Dido, asombrada por la presencia del héroe y el conocimiento de su desgracia, le hace saber que recuerda su linaje, y lo invita, junto con los suyos, a entrar en sus casas. No ignorante del mal —afirma— ha aprendido a socorrer a los míseros (613-630).

Conduce luego a Eneas al palacio real, dispone sacrificios a los dioses y envía viandas a los troyanos que habían quedado en la costa, junto a sus naves. En seguida, hace que se prepare un banquete, para honrar a los huéspedes recién admitidos (631-642).

Por su parte, Eneas, que no olvida su amor por Ascanio, manda a Acates a que le cuente lo que ha sucedido, y a que traiga a la reina rega-

INTRODUCCIÓN

los suntuosos escogidos entre los tesoros de Troya. Acates lo obedece (643-656).

Venus, mientras tanto, planea que Cupido su hijo ocupe el lugar de Ascanio para conseguir que la reina se enamore de Eneas y no llegue a concebir la intención de traicionarlo. Habla, pues, al Amor en ese sentido, y le manifiesta los temores que Juno le causa. Le pide que por una noche finja la presencia de Ascanio, a quien ella esconderá adormecido, y que en el regazo mismo de la reina le inspire los fuegos y el veneno de la pasión. Atiende Cupido a la solicitud de su madre y, tomando la apariencia de Ascanio, camina hacia la ciudad. Venus infunde el sueño en el verdadero Ascanio, y lo lleva con ella a los bosques de Idalia (657-694).

Cupido y Acates llegan al palacio, el banquete está preparado ya. Reunidos, tirios y troyanos se alegran. Cupido atrae de inmediato la atención de todos, y principalmente la de Dido. En cuanto ha abrazado a Eneas, se dirige hacia ella y comienza, obedeciendo las instrucciones de su madre, a revivir el amor en sus ánimos y en su corazón. La reina sucumbe a los lazos tendidos por el dios (695-722).

En el banquete, Dido hace la libación del vino, e invoca la benevolencia de los dioses para el día de la reunión de los cartagineses y los troyanos. Beben los próceres tirios en la pátera ceremonial, y a continuación el aeda Jopas, discípulo de Atlante, empieza un canto en que desarrolla asuntos tomados de la cosmogonía y de la física, canto que, una vez terminado, aplauden todos (723-747).

Por fin, la reina, que en medio de la plática en que el tiempo se consumía, era cada vez más la víctima del amor, le pide a Eneas que narre, desde el principio, sus azares y sus andanzas (748-757).

LIBRO SEGUNDO

En medio del silencio de todos y bajo sus miradas atentas, Eneas, a pesar del dolor que le causa recordar la ruina de Troya, y de que la noche

DESCRIPCIÓN

está muy avanzada, accede a la petición de Dido y se apresta a narrar su historia (1-13).

Los caudillos dánaos, buscando la manera de dar término a una guerra ya demasiado prolongada, construyen un enorme caballo de madera en cuyo interior ocultan guerreros escogidos, y lo dejan junto a Troya, simulando que es un voto que ofrecen para procurarse el regreso seguro a su patria. Los demás viajan a Ténedos, isla próxima a las costas troyanas, y se esconden allí (13-24).

Piensen los teucros que, por fin, los griegos han renunciado a seguir la guerra, y salen de la ciudad y recorren los campamentos abandonados. Luego, se ponen a contemplar el caballo de madera. Unos aconsejan introducirlo en la ciudad; otros, destruirlo cuanto antes (25-39). Laocoonte, sacerdote de Neptuno, desciende corriendo de la ciudadela, y trata de convencer a los que miran de que el caballo oculta un engaño que será funesto para Troya. Toma una lanza y la arroja contra el flanco de la bestia de madera. Pero los hados habían dispuesto que los escondrijos de los griegos no fueran explorados entonces, y que la ciudad de Príamo se entregara a la destrucción (40-56).

Las amonestaciones de Laocoonte son interrumpidas por la llegada de un joven griego, Sinón, a quien unos pastores troyanos traen atado las manos a la espalda. Él, aun a riesgo de su vida, se ha entregado a los teucros con el objeto de engañarlos y conducirlos a su perdición. Cuando se ve rodeado por ellos, comienza, hablándoles, a hacer lo que se había propuesto (57-68).

En primer término, aplaca la furia de los que lo rodean, diciéndoles que no tiene lugar entre los griegos; después, cuando le preguntan quién es y a qué ha venido, empieza a narrarles su historia fingida (69-76): él es el griego Sinón, amigo y pariente del Belida Palamedes, que fue muerto injustamente por causa de Ulises; indignado, había prometido ser su vengador, con lo que se había atraído los odios del asesino, el cual se empeñaba en atacarlo, y finalmente había conseguido para lograrlo la ayuda del adivino Calcas (77-104). Sinón interrumpe su

INTRODUCCIÓN

cuento, y lo reanuda a instigación de los troyanos: deseosos de regresar a sus casas, los griegos eran impedidos de hacerlo por el viento y el mar. Esta oposición se puso mayormente de manifiesto cuando el caballo de madera quedó construido. Interrogaron los griegos a los oráculos de Apolo, que les respondieron que el retorno a la patria sólo podría lograrse mediante el sacrificio de la vida de uno de ellos. Calcas y Ulises, de acuerdo, decidieron que esa vida fuera la de Sinón. Cuando llegaba el día en que debía ser sacrificado, él escapó, y cayó luego en manos de los troyanos (105-144).

Éstos se apiadan de él y le perdonan la vida, y Príamo, que ha ordenado que lo desaten, y que le ha ofrecido que será uno de los suyos, le pide que le explique para qué edificaron el caballo de madera (145-151). Sinón lo hace de esta manera: la fuerza de los dánaos radicó siempre en el auxilio que Palas les daba; pero cuando Diomedes y Ulises, con las manos manchadas de sangre, tocaron el Paladio para robarlo, la buena voluntad de la diosa los abandonó. Decidieron, pues, los dánaos retornar a Argos para retomar auspicios y recobrar el numen que habían perdido, y en lugar del Paladio erigieron el caballo de madera, como expiación de su crimen. El caballo se hizo tan grande para que no pudiera ser metido por las puertas de la ciudad, pues si así aconteciera los troyanos cobrarían las fuerzas necesarias para llevar, a su vez, la guerra a tierras de Grecia; por otra parte, si el caballo fuera destruido por los troyanos, habría de venir inmensa ruina sobre ellos y su imperio. Creen en Sinón los troyanos, y son vencidos por sus mentiras y sus lágrimas quienes habían resistido durante diez años la fuerza de Diomedes y Aquiles y los muchos navíos que seguían a éstos (152-198).

Aquí se presenta un portentoso mayor: mientras Laocoonte inmolaba un toro al dios que servía, dos serpientes monstruosas venidas de Ténédos, el lugar donde se ocultaban los griegos, llegan a la costa, y devoran, primero, a los hijos del mismo Laocoonte, y luego ahogan a éste entre sus anillos (199-224). En seguida, se refugian en el templo de Palas, a los pies de la diosa y bajo su escudo (225-227).

DESCRIPCIÓN

Los troyanos, que juzgan que Laocoonte ha sido castigado por haber arrojado una lanza contra el caballo, deciden introducir éste en la ciudad, y con ese fin cortan los muros de la misma. Atan con cuerdas al artefacto de madera y, colocado sobre ruedas, lo arrastran entre cantos hasta el centro de la plaza, a pesar de las advertencias de Casandra, y adornan festivamente los templos.

En la oscuridad de la noche, mientras duermen descuidados los tucros, abre Sinón el vientre del caballo, y salen de él los caudillos aqueos. Matan a los centinelas, y reciben a los que, llegados de Ténedos, esperaban que les abrieran las puertas de Troya (228-267).

En esos momentos, llega hasta el sueño de Eneas la imagen de Héctor cubierto de llagas, que le advierte que Troya está perdida, sin esperanza de defensa, y lo insta a que escape de ella con sus cosas sagradas y sus dioses penates, para los cuales habrá de fundar, más allá del mar, una magna ciudad (268-297).

Asciende Eneas a lo alto de la casa, y desde allí, a pesar de la distancia, percibe los resultados ruinosos de los combates que se empeñan en la urbe invadida. Arde Troya, y los mares reflejan el resplandor de las llamas. Todo lo ocupa el vocerío de los hombres y el escándalo de las trompas guerreras. El héroe, entonces, decide reunir a algunos de los suyos en grupo, con el objeto de ir a combatir al centro de la ciudad (298-317). Encuentra de pronto a Panto, sacerdote de Febo, que huye de los griegos llevando consigo a su nieto y las cosas sagradas, y que, a pregunta de Eneas, explica el estado y la situación de la hora: vino el día supremo, y Júpiter ha entregado a los aqueos toda la fuerza y la gloria.

Saliendo del caballo y entrando por las puertas de Ilión, los griegos destruyen con el hierro y el fuego, y los troyanos, cuando lo hacen, resisten a ciegas. Excitado por lo que Panto le cuenta y por la voluntad de los dioses, Eneas, viendo que lo acompañan varios jóvenes guerreros encontrados a la luz de la luna —Ripeo, Epito, Hipanis, Dimas, Corebo— los exhorta a la lucha, advirtiéndoles que, abandonados de los

INTRODUCCIÓN

dioses que protegían a Troya, no tienen más salvación que no esperar salvación alguna (318-354).

Como hambrientos lobos rapaces, los troyanos hacen su camino hacia el combate, y Eneas ve, a su paso, la caída de la urbe, y la matanza en casas y templos, y las luchas en que, en ocasiones, son abatidos los dánaos. Así, el griego Andrógeo, engañado por las tinieblas, toma por aliados suyos a Eneas y su grupo y, demasiado tarde, se percata de su error: junto con quienes lo siguen, es rodeado con armas y entregado a la muerte. Corebo, animado por esta primera victoria, sugiere que los troyanos se vistan las armas de los griegos, para tomar a éstos a traición. Su consejo es seguido, y armados al modo de sus enemigos, se mezclan con ellos y los hacen caer en gran número (355-401). Pero tal fortuna se mudó de pronto cuando el propio Corebo, queriendo salvar a Casandra a quien amaba, guió a sus compañeros contra los griegos que la sacaban a rastras del templo de Minerva. Los troyanos que luchaban desde el interior del mismo, llevados por la apariencia de las armas, llovieron dardos mortales sobre los de su propia sangre, y, por su parte, los griegos, que cayeron en la cuenta del engaño, guiados de Áyax y los atridas y otros capitanes, se arrojaron sobre ellos y a casi todos los privaron de la vida. Con Ífito y Pelias, Eneas se dirige a la morada de Príamo (402-437).

Allí luchan como si hubiera sido el único sitio en que fuera posible combatir. Atacan en testudo los griegos, y adosan escalas a los muros, y, protegiéndose con los escudos, trepan hasta las partes más altas. Los troyanos, sitiados, arrojan contra los enemigos, cuando carecen ya de otros proyectiles, las maderas y piedras de los techos. Otros, agrupados, defienden las puertas (438-450). Ante esa visión, ocupa a Eneas el deseo de llevar auxilio a los vencidos. Entra al palacio por una puerta desconocida, y ayuda a defenderlo. Desde lo alto, mira a Pirro, fulgente de armas, y a Perifás y Automedón y a los escirios todos que rompen la puerta y llegan al interior. Pirro el más terrible de todos, y con él los atridas. Entre gemidos y agitación de mujeres, penetran los griegos, y colman las partes no abrasadas por el incendio (451-505).

DESCRIPCIÓN

Príamo, que estaba en el centro de la mansión acompañado de Hécula y sus hijas, al ver a Troya derrumbándose, se ciñe las armas inútiles y sale al encuentro del enemigo. Hécula, que lo mira, procura detenerlo. En ese instante, llega al sitio donde ellos se encuentran el Priámida Polites perseguido por Pirro. Polites se desploma al llegar a la presencia de sus padres y muere allí mismo (506-532). Entonces Príamo, indignado, se enfrenta al hijo de Aquiles y lo injuria y arroja contra él una lanza sin fuerzas, que fácilmente es detenida por su escudo, y el hijo de Aquiles, luego de contestar las injurias, con la mano izquierda lo toma por los cabellos y lo arrastra entre la sangre de Polites, y con la derecha le hunde en el flanco hasta el puño la espada. Así murió Príamo; su cadáver decapitado quedó, sin sepultura, tendido en las costas de la que fue su patria (533-558).

Eneas, al mirar el asesinato del rey, se acuerda de su padre y su hijo y su esposa. Mira en torno suyo para ver con qué fuerzas cuenta para ir a defenderlos, y da en la cuenta de que está solo. Así se dirige a la casa paterna, y de camino, mira a Helena escondida en el templo de Vesta y siente el impulso de vengar en ella, matándola, el daño sufrido por los suyos. En esa coyuntura se le aparece Venus, su madre, quien quitando de sus ojos el velo que oscurece las miradas de los mortales, lo obliga a ver que la destrucción de la ciudad no es el resultado de los amores de Paris y Helena, sino el cumplimiento de la voluntad inclemente de los dioses. En efecto, Eneas mira con sus propios ojos a Juno, a Minerva, a Neptuno y aun a Júpiter, entregados a la tarea de la aniquilación (559-631).

Protegido por Venus, Eneas se abre paso hasta la morada de Anquises. Éste, porque Troya ha sido abatida, se niega a escapar de la ruina y seguir viviendo, y le pide a su hijo que lo deje para que muera como víctima de los griegos. Toda calamidad le parece leve, aun el quedar sin sepultura. E insiste en su decisión, a pesar de las súplicas de su gente. Eneas, desesperado, es vencido también por el impulso de morir y, reprochando a su padre el que creyera que podía dejarlo abandonado, toma de nuevo las armas y pretende retornar a la lucha. Creusa le supli-

INTRODUCCIÓN

ca que no lo haga, y entonces surge un milagro que permite a Anquises desear nuevamente la vida: sobre la cabeza de Ascanio, sin quemarlo, se enciende una lumbre misteriosa que le lame cabello y sienes. Anquises comprende que se trata de un aviso divino, y pide a Júpiter que lo ratifique: trueno entonces a la izquierda, y una estrella errante recorre el cielo y señala al término de su camino las cumbres de Ida. Ya no resiste Anquises, y se dispone a ir con Eneas a donde éste disponga. Eneas fija entonces un lugar de reunión para los que intenten huir de Troya, y le pide a su padre que tome las cosas sagradas y los penates, lo que él no puede hacer por tener las manos mancilladas con sangre. En seguida pone a Anquises sobre sus hombros y toma a Ascanio con la diestra y hace que Creusa los siga (632-725).

Caminan por la oscuridad, y el héroe sufre terribles temores por su hijo y por su padre y por los dioses que éste lleva. En un momento, aconsejado por el miedo de Anquises, se aparta de los rumbos conocidos y pierde a Creusa, que no está con ellos cuando llegan al punto de reunión que él mismo había señalado antes. Al caer en la cuenta de lo sucedido, Eneas acusa de su desgracia a los hombres y a los dioses, y regresa a la ciudad a buscar a su esposa. Sobre sus mismos pasos regresa, y vuelve a ver que lo que amó y ama está en poder de los griegos, que todo lo ocupan. No obstante esto, llama a voces a Creusa, hasta que por fin el fantasma de ésta se le aparece y le habla (725-775).

Explica Creusa que los dioses se opusieron a que pudiera acompañar a su esposo, al que espera una nueva cónyuge de sangre real en Hesperia, en las tierras regadas por el fluir del Tíber. Eneas debe rechazar el llanto por ella, quien, además, no será cautiva de los griegos, dado que la madre de los dioses la ha tomado para sí. Y luego de recomendarle que conserve el amor de Ascanio, desaparece en medio de los brazos de Eneas que intentan detenerla (776-794).

Torna solitario el héroe al sitio donde había dejado a su padre y a su hijo, y encuentra allí, con ellos, una gran multitud de prófugos de Troya que, dispuestos los ánimos y los bienes, están preparados a seguirlo.

DESCRIPCIÓN

A la hora del alba, cuando el lucero apareció sobre el Ida, Eneas, sabiendo que no había ya esperanzas para Ilión, tomó de nuevo a Anquises sobre los hombros y se dirigió hacia los montes (795-804).

LIBRO TERCERO

Mientras humean aún los incendios de Troya arruinada, los troyanos obligados al destierro por los dioses, inician al pie del monte Ida la construcción de una flota que los lleve. A principios del estío, ordena Anquises la partida. Llorando, se hacen al mar y abandonan para siempre las regiones patrias (1-12).

Llegan a Tracia, tierra en otros tiempos amiga de Troya, y Eneas levanta de inmediato los muros de una ciudad y les da el nombre de Enéadas. Hace ofrendas para ganarse la buena voluntad de los dioses, y, buscando ramas frondosas para adornar los altares, trata de arrancar las de un matorral que crecía en lo alto de un túmulo. Ocurre un prodigio que se repite tres veces: de los tallos y las raíces rotas escurren gotas de sangre y de pus; después de la tercera vez, se oye un gemido que sale desde el fondo del túmulo, y una voz habla para Eneas. Polidoro, enviado por Príamo a solicitar la alianza de los tracios, había sido muerto por el rey de éstos, y yacía bajo el matorral que el hijo de Venus pretendía arrancar. Herido por esa acción, aquél se da a conocer, y le aconseja a éste que huya de las tierras en que está (13-57).

En cuanto el miedo se lo consiente, Eneas refiere a su padre y a los próceres troyanos lo que le ha ocurrido, y les pide su opinión. Ésta es unánime: es necesario dejar las tierras de Tracia. Después de celebrar ceremonias fúnebres en honor de Polidoro, vuelven a embarcarse y a navegar (57-72). Arriban a Delos, consagrada a Apolo, donde los recibe Anio, sacerdote del dios y viejo amigo de Anquises. Consultada por medio de él la voluntad de Apolo, ésta se revela y ordena a los troyanos, descendientes de Dárdano, que busquen la patria donde se originó

INTRODUCCIÓN

su linaje. Anquises interpreta erróneamente la declaración del dios, y aconseja ir a Creta, patria antigua de Teucro (73-117). Sacrifican otra vez para honrar y propiciar a los dioses, y abandonan las costas y bogan entre las islas del Egeo; siguiendo las indicaciones de Anquises, se dirigen a Creta, a donde los llevan vientos favorables (118-131). En cuanto salen a tierra, Eneas se dedica a la edificación de Pergamea, su nueva ciudad, y distribuye casas y campos y aprueba bodas y da leyes. En medio de tales tareas, cae sobre los troyanos una epidemia implacable que los abrumba con la enfermedad y la muerte. Anquises sugiere la necesidad de volver a Ortigia a consultar otra vez el oráculo de Apolo, para pedirle que les señale el camino que deben seguir. Apolo no permite que ese regreso se efectúe, y envía como mensajeros a los dioses penates de Troya y los introduce en el sueño de Eneas. Éstos le indican cuál es la patria que debe buscar: Hesperia, llamada también Italia. Es la tierra en que nació Dárdano, y en la cual deberá incrementarse su estirpe (132-170). Despierta Eneas y, obedeciendo las órdenes transmitidas por los penates, busca a Anquises, después de hacer oración y ofrendas a los dioses, y le expone ordenadamente los designios de la voluntad divina: hay que ir a las tierras ausonias, porque Creta les está vedada a los troyanos (171-179).

Cuando Anquises oye nombrar a Dárdano, aviva sus recuerdos y reconoce el error en que cayó al pensar en acudir a la patria de Teucro; y viene a su memoria el hecho de que Casandra, al descubrir el futuro de su linaje, cantaba a menudo acerca de Hesperia y los reinos ítalos. Convencido, aconseja seguir los mandatos que llegaron al sueño de su hijo, y los troyanos alegres abandonan la tierra infestada y de nuevo recorren el mar en sus naves (180-191).

Otra vez la tormenta los desvía de su rumbo. Desorientado Palinuro el piloto, las naves yerran a ciegas durante tres días y sus noches. Por fin, a la cuarta mañana, divisan tierra habitada. Arrían las velas, y con remos se dirigen hacia ella en busca de un puerto. Eneas y los suyos han arribado a las Estrófades, islas que son la morada de Celeno y otras

DESCRIPCIÓN

arpías, deidades funestas (192-218). Sin saber tal cosa, los troyanos atacan con el hierro las vacadas y los rebaños cabríos que miran pacer libremente, y disponen un banquete con los animales muertos. Súbitamente, bajan volando de los montes las arpías, y arrebatan las viandas y manchan todo cuanto llegan a tocar. Buscan los troyanos un lugar más apartado, y renuevan la disposición de sus mesas y sus altares; otra vez aparecen las arpías, y repiten su triste hazaña. Toma las armas la gente de Eneas, y lucha para ahuyentar a las aves monstruosas, y éstas resultan invulnerables. Por fin, Celeno se asienta en una altísima roca, y habla con voz profética (219-246); va a revelar lo que Apolo le dijo, y que fue dicho a Apolo por el padre de los dioses: Los troyanos llegarán a Italia y entrarán en sus puertos. Pero antes que puedan fundar la ciudad que pretenden, sufrirán un hambre tan grande que los obligará a comerse sus propias mesas. Una vez que hace el pavoroso anuncio, la Arpía alza el vuelo y huye y se oculta en las selvas. Se espantan los troyanos por el augurio, y Anquises, para suavizarlo, invoca a los dioses y hace sacrificios en su honor. Luego ordena reanudar el viaje. Navegan hacia el norte, entre las islas del mar Jonio: Zaquintos, Duliquio, Same, Néritos, Ítaca. Dan la vuelta al promontorio Leucadio, y toman tierra en Accio, en las proximidades del templo de Apolo. Hacen sacrificios a Júpiter y, alegres por haber escapado a salvo de tantos peligros, celebran los juegos ilíacos en el sitio donde, más tarde, habría de instituir Augusto juegos quinquenales para conmemorar su victoria sobre Antonio. Pasa un año entre tanto, y el mar invernal es de nuevo erizado por los aquilones. Es tiempo de partir, y, antes de hacerlo, Eneas fija un trofeo en las puertas frontales del templo. Prosiguen tras esto el camino, y pasan cerca de la tierra de los feacios, y llegan a desembarcar en Epiro, en la ciudad de Butroto (247-293).

Aquí los reciben noticias que les parecen increíbles: Heleno, uno de los hijos de Príamo, reinaba sobre ciudades griegas que había heredado de Pirro, y estaba casado con Andrómaca, la viuda de Héctor. Se dirige Eneas a buscarlos, y al pasar por un bosque situado cerca de una ciu-

INTRODUCCIÓN

dad, a la orilla de un río que pretendía recordar al Simois, encuentra a la triste Andrómaca, que hacía ofrendas ante la tumba desocupada que había consagrado a la memoria de su esposo. La viuda de Héctor reconoce al hijo de Venus, y lo interroga sin saber si vive todavía o pertenece ya al mundo de los muertos. El héroe le manifiesta que está vivo, y a su vez le pregunta por la suerte que ella ha corrido. La doliente relata alguna parte de sus trabajos. Sufrió como esclava del hijo de Aquiles, y parió en la esclavitud hijos suyos; y después fue dada a Heleno por aquél, que siguió a Hermíone de quien estaba enamorado. Cuando Pirro murió a manos de Orestes, parte de sus reinos volvió a Heleno, que les dio el nombre de Caonia y edificó una nueva Troya para él y los suyos (294-343).

Se acerca entonces Heleno, les ofrece hospitalidad a sus hermanos de origen y los conduce a su morada. Mientras se encaminan hacia allí, Eneas va reconociendo —imitación de la magna— las partes de una pequeña Troya, con su ciudadela y sus ríos y sus puertas. Los demás troyanos, por su parte, disfrutaban la amistad que se les brinda. Al pasar los días y crecer la necesidad de partir, Eneas se acerca a Heleno, que era sacerdote e intérprete de Apolo, y le pregunta cómo evitar o vencer los peligros anunciados por Celeno la Arpía. Heleno, después de sacrificar las víctimas propiciatorias, lo lleva hasta el templo del dios y declara su voluntad (344-373).

Italia, a la cual el viajero considera ya muy cercana, dista todavía largo trecho. Antes de alcanzarla, habrá que domar muchas tierras y mares, y cruzar los lagos del infierno, y superar la isla de Circe. Sabrá Eneas que ha llegado al término de su peregrinar, cuando encuentre, bajo las encinas de una costa, una puerca blanca que haya parido una lechigada también blanca de treinta cochinitos: allí deberá fundarse la urbe. Por lo que toca al hambre que obligará a los troyanos a comerse sus mesas, no hay que preocuparse, pues los hados encontrarán la manera de que no sea demasiado molesta. En seguida, explica Heleno los pormenores del viaje futuro, y sugiere los modos de sobrellevar los tra-

DESCRIPCIÓN

bajos originados por él. Es preciso evitar las tierras de Epiro y las orientales de Italia, porque están habitadas por gente griega; es de suprema importancia que Eneas mantenga los ritos religiosos; debe rodear Sicilia de manera que evite el paso entre Escila y Caribdis; sobre todo, Eneas ha de reverenciar a Juno, y suplicarle, para poder alcanzar playas itálicas (374-440).

Cuando haya alcanzado al fin esas playas, y visite Cumas y se aproxime al lago Averno, tendrá que buscar a la Sibila y rogarle que declare los oráculos, y le explique cuáles guerras tendrá que llevar en Italia y la manera de huir o soportar los trabajos que lo esperan (441-462).

Acto continuo, Heleno y Andrómaca rivalizan en hacer regalos costosos a Eneas, a su padre y a su hijo; son completados los remeros de las naves, y los troyanos reciben guías, armas y caballos. Expresando su nostalgia por bienes semejantes a los de sus huéspedes, y prometiendo establecer una amistad sin quebranto entre la ciudad de éstos y la que él habrá de fundar, el héroe se despide de ellos (463-505).

De Butroto pasan a Ceraunia, donde pernoctan, y de donde salen al alba. La luz de la aurora alumbrá para ellos, por fin, las colinas de Italia, que Acates es el primero en saludar; Anquises ora a los dioses, y les pide fácil camino; los vientos propicios aumentan, y conducen las naves hacia la costa. Desembarcan los troyanos en tierra itálica, después de haber contemplado los presagios de una guerra inmediata y una paz ulterior, y veneran a Minerva en un templo que encuentran edificado para honrarla, y hacen sacrificios a Juno para volverla favorable. Prosiguen la navegación y cruzan la entrada del golfo de Tarento, y miran el promontorio Lacinio, la ciudad de Caulón y la de Escilaceo, al fondo de un golfo hostil a los navegantes; ven luego, a lo lejos, alzarse las cumbres del Etna, y después de pasar junto a Escila y Caribdis, agobiados por el esfuerzo van a tomar descanso en Sicilia, en la región habitada por los cíclopes, bajo las amenazas terribles de la montaña (506-587).

A la siguiente mañana, los sorprende la presencia lastimosa de un desconocido; se trata del griego Aqueménides, que había ido contra

INTRODUCCIÓN

Troya en compañía de Ulises. Abandonado por sus compañeros después que cegaron al cíclope Polifemo, lleva tres meses arrastrando una vida miserable. Ahora se entrega a los troyanos, pensando que si le dan muerte, a lo menos morirá a manos de hombres. Los troyanos, alentados por Anquises, lo perdonan (588-654).

Apenas acaba de narrar Aqueménides sus desventuras, cuando ven, en lo alto del monte, a Polifemo ciego moviéndose con sus rebaños. Apoyado en un pino para afirmar sus pasos, desciende hacia el mar, en cuyas aguas se lava la vacía órbita sangrienta. Huyen los troyanos para evitarlo, no sin haber acogido entre ellos al griego solitario, y alejándose reman con todas sus fuerzas. Entonces el cíclope escucha el rumor que levantan las naves, y sintiéndose incapaz de seguir las, alza un clamor tan grande que con él se estremecen las olas y las tierras, y resuena el Etna en sus huecas entrañas. Al oírlo, acude corriendo la raza toda de los cíclopes, y los navegantes pueden ver el horrendo espectáculo de las criaturas monstruosas aglomeradas en las costas (655-681).

Evitan nuevamente los troyanos el paso entre Escila y Caribdis, y se desplazan hacia el sur bordeando la orilla oriental de Sicilia; pasan así frente a la desembocadura del Pantagias y el golfo de Megara Hiblea, y a la península de Tapso que lo cierra en su parte meridional. Aqueménides, que había recorrido ya estos lugares, los reconoce al ir regresando por ellos. Prosiguiendo en la dirección tomada, miran de paso el golfo siciliano, que habría de ser más tarde el puerto de Siracusa, y el promontorio Plemirio, batido siempre por altas olas, y la isla de Ortigia en cuyo extremo se hallaba la fuente de Aretusa; de allí siguen hacia el promontorio Paquino, y cruzan cerca del río Heloro. Ahora se dirigen ya hacia el occidente, y bordean la parte inferior de la isla; aparecen y desaparecen de su vista las colonias de Camerina y Gela y el monte Acragante, y Selinunte y el cabo Lilibeo, donde dan vuelta hacia el norte. Llegan al puerto de Drepano, al pie del monte Érix, y allí le acontece a Eneas la desgracia de asistir a la muerte de su padre. Ni Heleno ni la Arpía se lo habían anunciado. Al salir de Drepano, los sorprendió la tempestad por

DESCRIPCIÓN

obra de la cual arribaron a tierras cartaginesas. Concluye de este modo la narración que de sus viajes hace Eneas a petición de Dido (682-718).

LIBRO CUARTO

Mientras Eneas narraba sus viajes y los hados de los dioses, Dido era tomada por el fuego del amor, que ella misma alimentaba con sus venas, sin poder apartar de sus sentidos y su ánimo la figura y el valor del héroe.

Al nacer la mañana siguiente, se dirige a su hermana Ana, para confiarle los cuidados que la consumen. Aterrada por los sueños que su pasión le infunde, siente debilitarse el propósito que se había formado: permanecer fiel a la memoria de Siqueo su esposo, y no volver a unirse a varón alguno (1-29).

Ana contribuye a destruir aquel propósito, al hacerle ver que es joven y que las cenizas del difunto esposo no se preocupan de que ella ame de nuevo; además, la situación de su ciudad, que se mira cercada de enemigos, hace conveniente el apoyo de los troyanos, sin duda conducidos a Cartago por los dioses y Juno. Dido hará bien en hacer que Eneas y los suyos se queden a su lado, y con ese fin debe brindarles generosa hospitalidad. Las palabras de su hermana hacen que la reina se abandone a sus impulsos interiores y se decida a entregarse a su amor. Para pedir venia de los dioses, ambas hacen sacrificios en los templos. Dido, ansiosa, consulta inútilmente las entrañas de las víctimas, en tanto que dentro de ella crece la pasión irremediable. Arrebatada por el amor, vaga furiosa por las calles de la ciudad; lleva a Eneas, para seducirlo, a lo alto de las murallas de Cartago, y le muestra de cuántas riquezas puede ser el dueño; por lo demás, no es siquiera suficiente a hablarle, y las palabras enamoradas quedan detenidas en su garganta. Noche a noche, solicita de Eneas que relate de nuevo sus trabajos; se tiende, después que él se va, en el lecho que antes ha ocupado; abraza a Ascanio, porque le recuerda la presencia de su padre (30-85).

INTRODUCCIÓN

Entre tanto, sin que la reina se ocupe en ellos, los trabajos de edificación de la urbe están detenidos; ni torres ni puertos ni muros se elevan ya, y la juventud ociosa ha menospreciado el ejercicio de las armas. Juno, que se percata de lo que sucede, decide tratar con Venus para resolver de alguna manera las dificultades que se le plantean (86-92).

No es mérito que dos dioses unidos venzan a una mujer. Por otra parte, lo más conveniente para Venus y Juno sería cesar en sus rivalidades, y aliarse para conseguir un fin común: la grandeza de Cartago regida por Eneas y Dido. Venus finge aceptar la proposición de Juno, con la sola condición de que sea aprobada por Júpiter. La esposa de éste promete conseguir su anuencia, y le expone a Venus el plan que ha elaborado; cuando salga el sol del siguiente día, la sidonia y el troyano irán juntos de cacería; cuando la cacería se esté desarrollando, la diosa provocará una tormenta que oscurecerá las cosas y los obligará a refugiarse en la misma caverna, a donde llegará ella misma a unirlos en matrimonio estable. La madre de Eneas, conocedora de los engaños de Juno, asiente sonriendo (93-128).

Al día siguiente, en efecto, se inicia una gran cacería, a la cual asiste lo más selecto de la juventud frigia y cartaginesa. Suntuosamente vestida va la reina, toda relumbrante de oro, en tanto que Eneas, de tan bello, soporta la comparación con el mismo Apolo. Comienza el deporte de la caza, y la persecución de cabras y ciervos espantados. Entre los cazadores descuella Ascanio, quien desea que los dioses le deparen el encuentro con un león o un jabalí. Se desata en esto la tempestad preparada por Juno, y buscan todos refugio. De acuerdo con el plan anunciado, Dido y Eneas llegan a la misma caverna. Juno, protectora de los matrimonios, da la señal, y el cielo tempestuoso es cómplice de lo que acontece. Ese día fue la causa primera de los males que iban a sobrevenir; desde él, Dido dejó de ocultar su amor, y ostentó ante todos su culpa disfrazada con el nombre de connubio (129-172).

La Fama, terrible deidad que difunde entre los hombres versiones de hechos en las cuales mezcla con igual empeño la verdad y la mentira, ha-

DESCRIPCIÓN

ce correr la noticia de las relaciones establecidas entre el caudillo troyano y la reina de Cartago, y la lleva hasta los oídos del nómada Jarbas, antiguo pretendiente de ésta, y lo llena de cólera y resentimiento (173-197).

Jarbas, adorador devoto de Júpiter, ora ante los altares del dios, y le pide que ponga remedio a la situación creada por la entrega de Dido al rey de los teucros (198-218).

Oye la plegaria el padre de los dioses, y vuelve los ojos a Cartago y contempla allí a los amantes. Entonces llama a Mercurio, y le ordena que lleve a Eneas su mensaje: el caudillo de los dárdanos no fue salvado de las armas griegas para que se estableciera en Cartago, sino para propagar la sangre troyana en las tierras de Italia, y para que rigiera a éstas y gobernara con sus leyes el mundo. En el caso de que no quisiera cumplir esta obra por su propia gloria, deberá hacerlo por Ascanio y sus descendientes. Tiene, por consiguiente, que abandonar la ciudad y a su reina, y que reanudar la navegación hacia donde lo determinaron los hados (219-237). Mercurio, obediente al mandato del padre, vuela hacia la tierra. Cuando llega a Cartago, encuentra allí a Eneas, en lujosas vestiduras cartaginesas, entregado a la labor de levantar las torres y las casas de la ciudad. Se acerca a él, le trasmite el mensaje divino, y desaparece después en el viento. Se pasma el héroe, y de inmediato ansía cumplir las disposiciones de Júpiter y abandonar las tierras que ahora habita, por dulces que sean para él. Con todo, teme lo que pueda hacer Dido al enterarse de su resolución, y piensa en comunicársela lo más suave y oportunamente que sea posible. Por lo tanto, ordena a sus compañeros que dispongan armas y naves (238-295).

Dido, a pesar de las precauciones del troyano, se entera de sus intenciones; enloquecida, lo increpa y lo acusa de traición y perjurio, y le ruega que no la abandone, exponiendo ante él su amor y su debilidad, y la soledad en que se verá abandonada (296-330); le responde el amante angustiado: nunca negará el bien que recibió de la reina; pero él no pretendió en ningún momento las bodas con ella. Su único deseo hubiera sido restaurar para sí y los suyos a Troya destruida. Pero los

INTRODUCCIÓN

dioses han dispuesto otra cosa: que viaje a Italia y que allí, finalmente se establezca. Nada más le está permitido. La sombra de su padre y las esperanzas de su hijo le exigen eso mismo. Incluso contra su voluntad, tiene que seguir hacia Italia (331-361).

La reina no puede comprenderlo. Indignada, recuerda todo cuanto hizo por él en su necesidad, y ve cómo ahora, olvidado, oculta su desdén con razones embusteras. No puede ella creer en que los dioses se inquieten por causa de la vida de Eneas. Pero lo que éste hace no quedará ciertamente sin castigo. Sin acabar de decir lo que quería, corre Dido a su morada, donde las criadas la depositan en el lecho, y deja al hijo de Venus atemorizado y dudoso (362-392). A pesar de todo, él mantiene su decisión, y marcha a ver el trabajo de los compañeros que preparan la partida. Como las hormigas cuando llenan sus graneros para prevenir los rigores del invierno, se afanan ellos desde la ciudad a la costa (393-407).

Entre tanto Dido, obligada por el amor que le impide dominarse, humilla su alma a la pasión y suplica de nuevo, para no dejar sin probarlo recurso alguno. Sabiendo la amistad que ligaba a su hermana y al caudillo de los teucros, le pide que hable con él para convencerlo de que, a lo menos, permanezca en Cartago el tiempo suficiente a que la reina se acostumbre al dolor y se resigne a soportarlo. Ya no se acordará de las bodas traicionadas por Eneas, ni le pedirá que se abstenga de ir a Italia. Solamente ruega que espere a que el clima se suavice y pueda él hacer con mayor seguridad su camino (408-436). Ana lleva sin éxito los mensajes de Dido. El futuro fundador de Roma queda, exteriormente, inmutable (437-449).

Dido entonces toma la resolución de morir, y, para que nadie se lo impida, la oculta. En esos momentos, sus sacrificios a los dioses se corrompen, y desde el templo dedicado a su memoria la llama la voz de su esposo, y la rodean predicciones terribles, y el mismo Eneas la tortura en sus sueños. Se mira solitaria en un camino sin término, buscando a los suyos en la extensión ilimitada de un desierto. Concibe allí el tiempo y el modo de su muerte (450-477).

DESCRIPCIÓN

Se dirige otra vez a su hermana, y le dice que encontró la manera de que Eneas la ame de nuevo o de que ella pueda dejar de amarlo. La sacerdotisa de los masilios le ha ofrecido realizar los actos mágicos que conduzcan a tales resultados. Ana deberá erigir, en el interior de la casa, una enorme pira, y colocará sobre ella las armas de Eneas y los adornos del lecho nupcial; quemándolos, habrán de abolirse los recuerdos del hombre. La hermana de Dido, que no cree que ésta pueda llegar a un estado más grave que aquel a que la llevó la muerte de Siqueo, acata sus disposiciones (478-503).

La reina adorna la pira con guirnaldas y ramas fúnebres, y encima coloca una imagen de Eneas, y los adornos y la espada usados por él. En seguida, la sacerdotisa masilia invoca a las deidades infernales, y realiza ritos de hechicería. La misma Dido llama a los dioses y a los astros como testigos de lo que va a suceder (504-521).

Todas las cosas duermen, entre tanto, a la mitad de la noche. Las bestias mismas pueden olvidar sus trabajos y calmar sus penas con el sueño. Solamente Dido se agita en la marea de sus sufrimientos implacables, y revuelve sus cuidados en su corazón. Lo único que le ha sido dejado —piensa— es la facultad de morir, ahuyentando el dolor con el hierro (522-553).

Mientras, ya dispuestos los preparativos del viaje, Eneas se da al sueño sobre la popa de su nave. Y otra vez se le acerca la imagen de Mercurio, a incitarlo a que inicie desde luego la fuga que se volverá imposible con poco que se retarde. El dormido arrebatado del sueño su cuerpo, y da la orden de partir, y corta él mismo las amarras que lo atan a la tierra. Parte la flota, impulsada por el esfuerzo unánime de los remeros (554-583). Amanece, y la luz del día naciente permite que Dido, desde las atalayas de su palacio, mire las naves troyanas saliendo del puerto; en su desesperación, considera todavía la oportunidad de hacerlas perseguir y destruirlas. Pero se percata de que sería inútil, y entonces lanza sobre Eneas y su porvenir el peso de una maldición irrefragable: que sea vejado por la guerra y las armas, que se le arranque

INTRODUCCIÓN

del abrazo de Ascanio, y mire a su alrededor la muerte miserable de los suyos; que no disfrute del reino que va a fundar, y muera prematuramente, y quede insepulto en una costa ignorada. Además, que los descendientes de los actuales tirios fomenten la enemistad y el odio entre ellos y la futura raza del troyano, y que un vengador se levante de los huesos de Dido y asuele a Roma con hierro y con fuego (584-629).

Lo único que quiere ya es morir cuanto antes. Pide a la nodriza de Siqueo que llame a Ana para que traiga las víctimas que han de sacrificarse, y puedan concluirse las ceremonias iniciadas. Ascende acto seguido a la pira y desnuda la espada del troyano. Todavía encuentra ánimos para recordar su amor y su gloria, y enorgullecerse de haber construido una ciudad preclara; piensa una vez más en Eneas, sobre cuya espada se arroja en seguida (630-665).

La noticia de la acción de la reina se esparce en la ciudad, y la remueve como una invasión o un incendio. Llega Ana junto a ella, y se lamenta de no haber compartido la suerte última de su hermana, y sube a la pira buscando recoger en su boca el aliento postrero de la moribunda. Ésta, herida, abre los ojos y gime al percatarse de que no puede morir (665-692).

Sólo hasta aquel punto, Juno siente piedad por el dolor de la que tanto la había venerado, y envía a Iris mensajera a que separe su alma y su cuerpo, unidos porque los dioses no se habían ocupado de disponer su muerte. Iris desciende y se posa junto a la cabeza de la reina; arranca de su frente un cabello para dedicarlo a los dioses del infierno, y al punto se suelta el alma y desaparece el calor, y la vida de la desventurada retrocede hacia el viento (693-705).

LIBRO QUINTO

Aún desconociendo las causas del fuego que desde el mar miran arder en las murallas de la ciudad, los teucros se afligen al pensar en el dolor y en la ira de Dido (1-7).

DESCRIPCIÓN

Apenas habían perdido de vista la tierra, cuando una tormenta oscureció el cielo sobre las naves y empezaron a soplar grandes vientos contrarios. El piloto Palinuro trata en vano de luchar contra ellos, pero echando de ver la inutilidad de su afán, le sugiere a Eneas que desvíen el rumbo hacia Drepano, a donde los vientos los empujan. El caudillo, al pensar que en esa ciudad reina el troyano Acestes y descansan los restos de Anquises, asiente gustoso. Buscan pues la tierra que ya conocían, y regresan a ella, impulsados por vientos favorables.

Desde una altura, Acestes ha visto su arribada, y baja alegre a recibirlos y a ofrecerles hospitalidad (8-41).

A las primeras luces del siguiente día, Eneas convoca a reunión a sus compañeros, y les dice que, habiendo pasado un año desde la muerte de su padre, pretende honrar su memoria, como lo hará anualmente en lo sucesivo. Dispone, pues, la celebración de abundantes banquetes, y anuncia que en el noveno día después de aquél, invitará a los hombres a competir en cuatro tipos de certámenes: carrera naval, carrera a pie, tiro con arco y pugilato con cestos. Se cubre luego las sienes con hojas de mirto, hacen otro tanto los demás, y se encaminan todos al sepulcro de Anquises, para celebrar allí los ritos sagrados. En eso están, cuando sale de lo hondo del santuario una sierpe reluciente, que se desliza entre las dispuestas ofrendas, y se apacienta en ellas y se esconde, al fin, bajo el túmulo. Animados por la aparición, Eneas y los suyos realizan sacrificios copiosos (42-103).

Llega el esperado día noveno, y se congregan todos para tomar parte en los juegos anunciados; se colocan a la vista los premios destinados a los vencedores. Y principia el certamen. En la carrera naval compiten cuatro naves: la "Priste", capitaneada por Mnesteo; la "Quimera", por Gías; la "Centaurio", a las órdenes de Sergesto, y la "Escila" que manda Cloanto.

Se fija como meta un peñasco apartado de la costa, al cual deberán dar vuelta las naves antes de volver al punto de partida. Los lugares de salida son sorteados, los competidores los ocupan y esperan la señal

INTRODUCCIÓN

para iniciar el camino. Ésta es dada, y la carrera comienza. Los espectadores corean con voces y aplausos el esfuerzo emprendido (104-150).

La “Quimera” ocupa el primer lugar, seguida por la “Escila”; tras ellas, la “Priste” y la “Centauro” luchan por superarlas. Cuando ya se acercan al punto donde deben dar la vuelta para iniciar el regreso, el capitán de la “Quimera” ordena a Menetes su piloto que se acerque a la costa que está a la izquierda; éste lo desobedece, y permite así que la “Escila” le dé alcance y, acercándose a las rocas, lo pase. Gías, enojado, arroja a Menetes al mar, y rige él mismo el timón de su nave, en tanto que el piloto, entre las risas de los teucros, sale del mar y se sienta en una roca, vomitando agua salada (151-182). Se apresuran, alentadas por el incidente, la “Centauro” y la “Priste”; ésta un poco atrás, hasta que la “Centauro”, por ceñirse demasiado a los peñascos, encalla en ellos. Navega rauda la “Priste” en torno a la meta, y empieza el retorno por el mar libre, dejando atrás, primero, a Sergesto con su “Centauro” encallada, y luego a la “Quimera”, a quien la falta de piloto entorpece. La competencia es ahora entre la “Priste” y la “Escila”. Los espectadores, entusiasmados, animan a Mnesteo desde la costa (183-228).

Lucha la “Escila” por conservar el primer sitio; la “Priste”, alentada con su mismo esfuerzo, procura quitárselo; y tal vez hubieran llegado juntas a la meta, si Cloanto no llamara en su auxilio a las divinidades del mar, ofreciéndoles el sacrificio de un toro blanco. Lo atienden los dioses, e impulsan a la “Escila” hasta lo más interior del puerto (229-243).

Declara vencedores y premia Eneas en orden a Cloanto, Mnesteo y Gías, y cuando lo ha hecho, ve que se acerca la “Centauro” arrancada del escollo y moviéndose difícilmente. Alegre el hijo de Anquises por haber recobrado a sus compañeros y su nave, recompensa también a Sergesto (244-285).

A continuación, el héroe se encamina al anfiteatro natural donde tendrán lugar los siguientes certámenes. Para la carrera a pie se inscriben, como principales contendientes, los amigos Niso y Euríalo, el

DESCRIPCIÓN

Priámida Diores, Salio el acarnanio y el arcadio Patrón, y los sicilianos Helimo y Panopes, compañeros de Acestes (286-302). Eneas describe los valiosos premios que serán entregados a quienes compitan y a quienes venzan. Inmediatamente después toman sus sitios los corredores, y salen rápidos al escuchar la señal de partida. Niso ocupa el primer lugar, seguido a gran distancia por Salio; el tercer sitio lo tiene Euríalo, a quien siguen Helimo y, cerquísima de éste, Diores. Ya casi para llegar a la meta, Niso resbala en la sangre de los novillos que se habían sacrificado, y cae en la tierra resbaladiza; sabiendo que ha perdido la carrera, trata de ayudar a Euríalo a que triunfe, y se interpone en el camino de Salio y lo hace que caiga también. Euríalo entonces, teniendo libre la vía, llega sin obstáculos en primer lugar, el segundo lo ocupa Helimo, y Diores el tercero. Salio protesta a voces, pidiendo que se le dé el primer premio, del que fue privado con dolo; pero impiden que se le haga caso la presencia hermosa de Euríalo y el apoyo que le brinda Diores, que quedaría sin el tercer lugar que tiene si a Salio se le diera el primero. Eneas decide que los premios se den a los competidores en el orden en que han alcanzado la meta, pero resuelve también entregar a Salio una recompensa especial. Cuando Niso conoce esta resolución, pide un premio también para él, y el hijo de Venus se lo concede (303-360).

Acabada la carrera a pie y distribuidos los galardones, convoca a quienes se atrevan a competir en el pugilato con cestos, y propone los premios para ese certamen. Al instante se levanta Dares, el único que en tal tipo de lucha había podido enfrentarse con Paris. Nadie, al verlo ahora, se atreve a contender con él, por lo cual, ufano, se detiene ante Eneas y le pide que se le entregue desde luego la recompensa prometida. Los troyanos apoyan a gritos su pretensión. En esa situación, Acestes se dirige a Entelo, y lo amonesta recordándole que fue alumno de Érix, y campeón reconocido en el pugilato. El aludido contesta que no es el miedo quien lo detiene, ni el anhelo de recompensas lo que podría incitarlo; sus fuerzas, debilitadas por la edad, lo retardan. Sin embargo, se enfrentará a Dares para no traicionar su viejo prestigio. Arroja luego,

INTRODUCCIÓN

entre todos, los cestos que habían sido de Érix, con los cuales había luchado contra Hércules y que asombran por su magnitud y su peso; Dares rehúsa el combate con tales armas, y, a propuesta de Entelo, Eneas dota a ambos contendientes con cestos iguales. Empieza la pugna. Es más ágil Dares, Entelo es más fuerte. Predomina éste por último, y agobia con tantos golpes al otro, que Eneas se ve precisado a detenerlo y considerarlo vencedor. Entelo recibe el toro que se había ofrecido como recompensa, y, para mostrar a los troyanos el fin de que había sido salvado Dares, lo mata de un golpe en la frente. Anuncia después que depone para siempre los cestos y no volverá a combatir (361-484).

En seguida, el hijo de Anquises invita a los que quieran participar en el concurso de flecheros, y dispone los galardones correspondientes. Se coloca como blanco una paloma atada a lo alto de un mástil, y la suerte decide el orden en que han de tirar los competidores; toca el primer turno a Hipocoonte, hijo de Hirtaco; el segundo, a Mnesteo, que había obtenido las segundas palmas en el certamen naval; el tercero corresponde a Euritió, hermano de Pándaro, el mejor de los arqueros troyanos, y el cuarto y último al longevo Acestes, que se atreve a intentar un trabajo de jóvenes (485-499). Dispara su flecha Hipocoonte, y la clava en el mástil, espantando al ave; Mnesteo tira después, y rompe con su flecha el cordel que ataba a la paloma, y hace que ésta escape volando; entonces Euritió, velocísimo, tiende el arco y hace partir la saeta y hiere en pleno vuelo al blanco fugitivo, que cae arrastrando consigo el arma que le dio muerte. Sólo falta ya el tiro de Acestes, quien, sin tener a donde apuntar, arroja el dardo hacia el aire vacío; sube ardiendo la caña, y señala, como una estrella errante, su camino con llamas. Admirado Eneas por el prodigio, colma de regalos a Acestes y lo proclama vencedor; quedan tras él, en orden, Euritió, Mnesteo e Hipocoonte (500-544).

Vienen después, para terminar los juegos fúnebres, las evoluciones de los adolescentes troyanos a caballo. Con el nombre de Troya, este espectáculo ecuestre habría de mantenerse hasta mucho más tarde, en el esplendor de la magna Roma (545-604).

DESCRIPCIÓN

Mientras se celebran las solemnidades fúnebres en memoria de Anquises, Juno manda a Iris a que trate de provocar la destrucción de la flota de Troya. Baja a tierra la mensajera, y se mezcla con las mujeres de los desterrados, las cuales, fatigadas por tantos viajes tan largos, desean establecerse desde luego en el lugar que ahora las recibe. Iris toma la figura de una de ellas, Béroe, y las incita a destruir las naves y a exigir que se funde de inmediato la nueva ciudad. Ella misma toma el fuego de los altares de Neptuno y lo arroja a las naves; cuando ve que las troyanas permanecen indecisas, se levanta hacia el cielo con alas portentosas; aquéllas entonces, convencidas de que los dioses las apoyan en su resolución, desenfrenan su furia y compiten entre sí por dar a las llamas la flota. Arde ésta, y el fuego se revuelve entre bancos y remos y popas (605-663).

Eumelo avisa a quienes presencian los juegos que las naves se incendian, y ellos, volviéndose, miran alzarse contra el cielo una nube de humo y cenizas. Corren todos al lugar, y Ascanio, el primero que llega, habla a las mujeres haciéndoles ver que queman sus propias esperanzas; se acercan después Eneas y los demás teucros, y ellas, arrepentidas, buscan escondite en selvas y peñas. El fuego se enfurece, entre tanto, y las fuerzas humanas no son bastantes a detenerlo; al comprender esto, Eneas ruega a Júpiter que, o lo aniquile definitivamente, o salve de la ruina lo que todavía conserva. El padre de los dioses lo escucha y hace caer una espesa lluvia que apaga sin tardanza el incendio; sólo cuatro naves se pierden (664-699).

Con todo eso, el hijo de Venus es comido por la indecisión: no sabe si obedecer a los hados y seguir hacia Italia, o si permanecer en las tierras sicilianas. Nautes, un viejo troyano dotado del arte de la profecía, le aconseja que establezca una ciudad en Sicilia, y que en ella deje a las mujeres y a los viejos y a quienes carezcan de fuerzas y ánimo para seguir adelante, y que siga con los demás a donde digan los hados; Acesta sería el nombre de la nueva ciudad (700-718). Las dudas de Eneas, sin embargo, no desaparecen; empero, acontece algo que habrá de disipar-

INTRODUCCIÓN

las: esa noche, la imagen de Anquises penetra en los sueños de su hijo, y lo insta a seguir los dichos de Nautes; deberá llevar a Italia lo más selecto de sus gentes; pero antes, tendrá que bajar a las regiones infernales y buscar su compañía, a fin de que pueda enterarlo de cuál sea el futuro reservado para él mismo y para su descendencia. Luego de hablar así, la imagen del padre desaparece, burlando los deseos que su hijo tenía de abrazarlo (719-742). Éste, después de venerar a los dioses, llama a sus compañeros y les comunica las disposiciones divinas. Hacen a continuación la lista de los que habrán de quedarse en la nueva ciudad, y renuevan las naves; el héroe señala los límites de Acesta, y sortea los lugares de las casas; Acestes marca el sitio del foro y establece el senado; fundan además un templo para el culto de Venus, y adjudican un templo y un sacerdote al túmulo de Anquises. Después de nueve días, inician la etapa final de su navegación (743-778).

Para asegurar el camino de su hijo, Venus interpela entre tanto a Neptuno, quejándose del interminable odio de Juno; le recuerda la tempestad que estuvo a punto de hacer naufragar a los troyanos, y el incendio de las naves, ambas cosas incitadas por ella; ahora le solicita que calme el mar y conceda así a los suyos fácil arribo a las aguas del Tíber. Consiente el hijo de Saturno, que según le dice siempre se ha preocupado por Eneas, y le garantiza que éste llegará salvo a donde lo llaman los hados; pero uno de los troyanos habrá de dar su vida por ello (779-815).

Sosegado ya el ánimo de Venus, aquietta Neptuno las aguas y despeja el cielo. Eneas, invadido por plácidas alegrías, manda alzar los mástiles y tender las velas a los vientos favorables. Palinuro guiaba la nave que viajaba delante, las demás lo seguían (816-834).

Casi a la medianoche, el Sueño se acerca a Palinuro y quiere inducirlo con palabras a que se duerma, dejando su nave abandonada a la paz de las olas. El piloto se niega, y entonces el dios le rocía los párpados con agua del río Leteo. Se cierran los ojos narcotizados de Palinuro, y el Sueño lo arroja de cabeza en el mar (835-861).

DESCRIPCIÓN

Sigue la flota su camino, guiada sólo por la apacibilidad de Neptuno, hasta que Eneas se percata de la desaparición del piloto. Ocupa él su lugar y rige el timón, al tiempo que se lamenta hondamente por la pérdida de su amigo (862-871).

LIBRO SEXTO

Llorando por la desaparición de Palinuro, Eneas guía la velocidad de su flota, que llega por fin a las playas de Cumas. Ancla allí las naves, con las proas vueltas hacia el mar, y deja a los suyos que desembarquen. Mientras unos hacen fuego, otros se dedican a explorar la tierra recién ocupada (1-8). Entre tanto, el héroe busca el templo de Apolo, donde sabe que encontrará a la Sibila. El templo fue construido por Dédalo, cuando llegó a Italia huyendo del reino de Minos, y en sus puertas labró las imágenes de diversos episodios: por una parte, la muerte de Andrógeo, uno de los hijos de Minos, y el castigo que por esa muerte habían de pagar los atenienses; por otra, las relaciones monstruosas de Pasifae y el toro, y el Minotauro, fruto de tales relaciones; también el Laberinto, y el hilo que permitió a Ariadna resolver sus caminos. Y posiblemente hubiera quedado consignada en las puertas la historia de Ícaro, si el dolor paternal se lo hubiera permitido al artífice. Todo lo recorriera Eneas con los ojos, si no fuera porque la Sibila Deífoba hija de Glauco y sacerdotisa de Apolo, se acercó acompañada de Acates y le dijo que lo más necesario a la sazón era hacer los sacrificios indicados (9-39).

Cuando acompaña a la sacerdotisa al santuario, ésta es tomada por el dios, que le exige a Eneas que haga de inmediato los votos requeridos. Responde el héroe humildemente, pidiendo a los dioses perdón para la gente de Troya, y licencia para asentarse en el Lacio, en donde promete edificar grandes templos a Apolo y consagrar sacerdotes a la Sibila. Ésta, por último, revela en su trance los hechos que han de venir: graves peligros esperan a los troyanos, terribles guerras, derramamientos de sangre;

INTRODUCCIÓN

el Tíber será como los ríos de Ilión, y otro Aquiles los aguarda, fortalecido por la ira de Juno; y encima, una esposa extranjera, como lo fue Helena, les causará inmensos males. Por lo demás, Eneas no deberá ceder ante el infortunio, y encontrará el principio de su salvación —lo que no podría pensarse— en una ciudad griega (40-97).

Eneas aclara que no teme a ningún trabajo, y solicita de la Sibila que lo conduzca al mundo infernal a la presencia de su padre, a quien él salvó de las llamas y las armas enemigas, y que, ya muerto, le pidió que fuera a buscarlo. No es un imposible lo que pide, pues el descenso al infierno se le permitió a Orfeo, a Pólux, a Teseo y a Hércules, y él es también de linaje de dioses (98-123).

La profetisa le advierte la magnitud del trabajo que significa la salida de los reinos subterráneos, y, aunque el descenso a ellos parezca fácil, le dice lo que hay que hacer para realizarlo. Hay, en medio de un bosque tupido, un árbol opaco una de cuyas ramas es de oro; consagrada a Proserpina, esta rama que sólo puede ser cortada por los predestinados, a ella ha de serle ofrecida. Además, uno de los compañeros de Eneas ha muerto, y su cadáver los vuelve impuros a todos; es necesario hacer sacrificios lustrales y darle sepultura. Son las dos condiciones que deben ser cumplidas, para que pueda iniciarse el viaje que el héroe pretende (124-155).

Se va Eneas preocupado, y junto con Acates que lo acompaña, se pregunta a cuál de los troyanos, muerto durante su ausencia, podría haberse referido la Sibila. Al llegar a la costa, encuentran el cadáver de Miseno, hijo de Eolo y antiguo compañero de Héctor, quien, ensoberbecido por su arte de tocar la trompa, se había atrevido a desafiar a certamen a los dioses. Tritón —así lo dicen— lo había castigado ahogándolo en las olas. De inmediato se apresura el hijo de Venus a cumplir las órdenes de la sacerdotisa de Apolo, y se pone junto con todos a la tarea de levantar una pira. Mientras derriban los árboles convenientes a ese empleo, el héroe desea en su interior y pide que se le muestre la rama de oro acerca de la cual le había hablado Deífoba, y

DESCRIPCIÓN

apenas lo hace cuando ve que dos palomas, aves consagradas a su madre, llegan con el objeto de guiarlo. Él las sigue y ellas vuelan delante hasta que se posan en el árbol donde refulge la rama buscada. Se apresura Eneas a cortarla y a llevarla a la morada de la profetisa. Durante el tiempo usado en estos menesteres, los troyanos habían proseguido los ritos funerarios en honra de Miseno. Ya formaron la pira, encima de la cual colocan las armas del muerto, y ahora lavan su cuerpo y lo ungen. Lo ponen luego en lo alto, y lo cubren con los vestidos que había llevado en vida, y con telas purpúreas. Dan fuego después a la hoguera, y cuando ésta, enriquecida de incienso y carne de las víctimas y aceite, se ha consumido, recogen y limpian los huesos del difunto, y los guardan en un vaso de bronce; se purifican todos con agua, y, por último, alzan un túmulo sobre el cual erigen las armas, el remo y la tuba de Miseno. El lugar, desde entonces, se llama con su nombre (156-235).

Concluidos los últimos deberes para el compañero muerto, se hacen a los dioses los sacrificios de víctimas negras preceptuados por la sacerdotisa. En el momento que se dedican aras a Plutón y en sus llamas se queman los cuerpos enteros de los toros inmolados, muge la tierra y se sacuden las boscosas cumbres de las montañas y los perros aúllan en las últimas sombras de la noche. Allí la Sibila ordena que todos, salvo Eneas, se retiren, e invita a éste a que, con la espada desnuda para que su vista aleje a las sombras, la siga a las profundidades de la tierra. El héroe atiende a su llamado (236-263).

La narración se interrumpe, y Virgilio alza la voz para pedir venia a las deidades del infierno, a las almas de los muertos y a los lugares que rigen y habitan, a fin de que le sea lícito hablar de las cosas secretas que sabe, porque las ha oído (264-267).

Ahora, en la oscuridad, Eneas y la Sibila hacen su camino. En la entrada misma del Orco, miran a las criaturas sombrías que personifican a lo que destruye la vida: las enfermedades, la vejez, el miedo, el hambre, la miseria, la muerte; frente a ellas, la guerra, las furias, la discordia; en medio, un olmo a cuyas hojas se adhieren los sueños. Aparecen, además,

INTRODUCCIÓN

criaturas monstruosas: los centauros, Escila, Briareo, la Hidra, y la Quimera y las gorgonas y las arpías y el triforme Gerión (268-294). Toman en seguida la vía que conduce a los ríos infernales que guarda y a través de los cuales transporta a las almas Caronte. Multitud de ellas se aglomeran en las riberas, solicitando ser llevadas al lado opuesto de la corriente; de esa multitud, Caronte toma a unas en su barca, y rechaza a las otras. Interrogada por Eneas acerca de las causas de esa discriminación, la Sibila explica que sólo pueden pasar a la opuesta ribera las almas de quienes recibieron sepultura, en tanto que las de los insepultos tienen que aguardar cien años para hacerlo (295-330).

Entre las almas de los carentes de sepultura, el héroe reconoce a algunos de sus compañeros muertos: a Leucaspis, a Orontes y, por último, a Palinuro, quien le cuenta lo que recuerda de su caída al mar —episodio descrito al final del libro quinto— y de su muerte ulterior, y le suplica que o bien dé sepultura a su cadáver, o bien lo haga pasar junto a él las aguas de la Estigia. Lo recrimina la Sibila por querer contravenir el orden fijado por los dioses, y luego lo consuela diciéndole que sus huesos serán sepultados y se le erigirá un túmulo, y que el sitio donde esto acontezca llevará para siempre su nombre (331-383).

Cuando el barquero del infierno ve que el hijo de Venus y la hija de Glauco se aproximan a la orilla, le pide al primero que se detenga y exponga los fines de su venida, pues no guarda buen recuerdo de las veces en que anteriormente ha tenido que transportar héroes vivos. Lo tranquiliza la Sibila con explicarle que Eneas no lleva más intención que la de reunirse con la sombra de su padre, y con mostrarle la rama de oro que se ofrendará a Proserpina (384-410). Toma, pues, Caronte en su barca a los viajeros, y los pone salvos en la ribera opuesta, donde Cerbero cuida la entrada al infierno; ya se erizaban las serpientes que cubren su cuello, cuando la sacerdotisa le da a comer un pan impregnado de narcóticos. Lo devora el guardián, y al punto queda dormido, lo que les permite a ambos continuar el camino. En primer término, pasan por el lugar ocupado por las almas de los niños; las de aquellos que fue-

DESCRIPCIÓN

ron condenados a muerte por crímenes que no cometieron, y las de quienes con su propia mano se privaron de la vida; superado éste, penetran en los campos llorosos, y miran allí a los que murieron por causa del amor; allí puede ver Eneas a Fedra, a Procris, a Erifile, a Evadne, a Pasifae, a Ceneo (411-449). Pero lo que más lo conmueve es encontrarse con Dido, que por allí vagaba lastimada por su herida todavía reciente. La reconoce el héroe, y se duele de su amor, y le habla: él no sabía que su partida hubiera sido causa de daño tan grande; contra su voluntad, se había apartado de la reina; sólo las órdenes de los dioses, que ahora lo obligan incluso a bajar al infierno, pudieron forzarlo a abandonarla. Ahora le ruega que no huya y que se quede un momento más para escuchar las últimas palabras que habrá de decirle. Y Dido, rencorosa, permanece en silencio, inmovible, y se retira por fin a un bosque donde Siqueo corresponde a su antiguo amor; en tanto, el troiano llora y la compadece (450-476).

Caminan después por los sitios frecuentados por quienes fueron guerreros ilustres: Tideo, Partenoqueo, Adrasto, y, más próximos, los dárdanos caídos durante el sitio de Troya. Éstos siguen al héroe y lo acompañan y se tardan junto a él y lo interrogan, en tanto que las sombras de los griegos secuaces de Agamenón tiemblan de miedo ante él, y escapan lanzando endebles voces. De pronto, sale a su paso la sombra de Deífobo Príamida, cruelmente mutilada; él sabía que había muerto, e inclusive había elevado en su honor un sepulcro vacío; pero no se imaginaba que hubiera sido tratado con tanta crueldad. Deífobo narra cómo, durante la noche suprema, Helena lo había entregado, sin armas, al arbitrio de Menelao y Ulises, y en seguida requiere a Eneas para que le cuente las causas que lo llevan a los reinos oscuros. Y hubieran gastado, conversando, el tiempo concedido a Eneas para su misión, si no fuera porque la Sibila, viendo que era pasado el mediodía, llama al héroe a seguirla; aquí se divide el camino en dos: el de la derecha conduce al Elíseo; el de la izquierda, al Tártaro. Se despide Deífobo, y Eneas, al darse vuelta, se halla frente a una triple muralla y a su ingente

INTRODUCCIÓN

puerta de acero, guardada por Tisífone; oye, al mismo tiempo, los lamentos de los condenados y el estruendo de los instrumentos de tortura. Pregunta allí a la sacerdotisa qué crímenes se castigan tras esas murallas, y de qué manera, y ella, luego de explicarle que a él, por piadoso, le está vedado cruzar los umbrales tartáreos, le refiere la manera de juicio a que son sujetados los culpables, y las penas que se les imponen. Entre los condenados que ella menciona, destacan los titanes, Oto y Efialtes, Salmoneo, el que quiso competir con Júpiter en alentar las tormentas y el rayo, y Ticio el gigante, e Ixión y Teseo y Pirítoo; y entre los delitos que enumera, el odio entre hermanos, los golpes dados a los padres, el fraude, el adulterio, y la avaricia, los crímenes contra la patria, el incesto (477-627).

Así que acaba de hablar, lo lleva al punto en que debe depositar la rama de oro en ofrenda a la diosa de los mundos inferiores, lo que él hace después de purificarse con agua. Preparados, pueden entrar ya en el Elíseo, morada de las almas felices; en los campos alumbrados por su propio sol y sus propias estrellas. Todo es juegos y danzas y cantos. Orfeo, aquí, hace sonar con el plectro las siete cuerdas de la lira. Admira Eneas a los primeros antepasados de la raza troyana, y luego a las almas de quienes sufrieron heridas por la patria; a las de los píos sacerdotes, a las de los vates, las de quienes descubrieron artes para hacer amable la vida; en breve, las almas de quienes hicieron el bien; sobresale entre ellas la de Museo. Y la Sibila les pregunta en dónde podrán encontrar a Anquises. Toma la palabra Museo y se ofrece a guiarlos, y luego los conduce a una altura desde la cual se domina un valle luciente. Allí está el padre de Eneas, ocupado en ver y en contar las almas y los hados de sus futuros descendientes. Se miran el padre y el hijo por entre alegres lágrimas, y se saludan con dulce amor. Una vez que se han dicho las primeras cosas, Eneas ve, volando alrededor del río Leteo, al innumerable pueblo de las almas, y quiere saber qué hacen éstas, y quiénes son. El padre le expone brevemente cuál es la naturaleza esencial de las almas humanas, qué origen tienen, y cómo se manchan y el proceso de

DESCRIPCIÓN

purificación que han de seguir (628-751), y después que termina, lo hace subir, junto con la Sibila, a una cima, para que de allí puedan mirar los rostros de quienes habrán de constituir su prole. De esta manera, contemplan primero a los reyes albanos, a partir de Silvio, hijo de Eneas y Lavinia, hasta Rómulo, hijo de Marte e Ilia, y fundador directo de la grandeza de la urbe; tras éste, ponen su mirada ya en los romanos propiamente dichos; César y Augusto, el restaurador de los siglos de oro; luego columbran a Numa y a los reyes que habrían de sucederlo, y luego a Bruto, destructor de la monarquía, el que devolvería al pueblo los poderes supremos. Se inicia con él la teoría de los héroes republicanos, cuya contemplación lleva a Anquises a exaltarse y a elogiar el destino y la realidad futura de Roma, y, por último, aparecen los dos Marcelos, el cónsul y el sobrino de Augusto (752-885).

Todavía le son mostradas más glorias a Eneas, a fin de que se incendie su ánimo con amor de la fama venidera, y se le ilustra acerca de las guerras y pueblos que va a encontrar en Italia. Acto continuo, el padre, utilizando la puerta por donde tienen salida los sueños falsos, envía a su hijo y a la profetisa al mundo de los vivos. Vuelve Eneas a ver a sus compañeros, y otra vez navegan y en esta ocasión anclan sus naves en el puerto de Cayeta (886-901).

LIBRO SÉPTIMO

Renacido Eneas dentro del mundo de los hombres, a fin de dar cumplimiento en el tiempo a la tarea que los hados le tienen encomendada, antes de dirigirse a la desembocadura del Tíber realiza un acto de piedad, dando sepultura a Cayeta su nodriza. El nombre de ésta, al igual que los de Miseno (VI, 235) y Palinuro (VI, 381), se hará eterno al ser impuesto a un lugar de la tierra italiana (1-4). Una vez cumplidas ritualmente las exequias, emprende el héroe la última parte de su viaje. En medio de la noche marina aclarada por la trémula luz de la luna,

INTRODUCCIÓN

pasan sus naves junto a las tierras de Circe, desde donde se dejan oír las voces oscuras de los hombres que la diosa había transformado en formas de bestias. Neptuno, para salvar de ese peligro a los troyanos, impulsa con el viento su curso (5-24). Al rayar la aurora, llega Eneas al lugar donde el Tíber se vuelca en el mar. Ordena, después de haberla visto, que las naves caminen hacia la tierra, y hace que se acojan a la opaca corriente del río (25-36).

A fin de empezar la narración de lo que él mismo llama “un orden mayor de las cosas”, una “obra mayor”, que consistirá en decir acerca de tropas y reyes y batallas sangrientas, Virgilio hace una invocación a Erato, la musa de la poesía amorosa, acaso porque el matrimonio de Eneas y Lavinia será el hecho donde se fundará la unión de latinos y troyanos, origen primero de Roma (37-45). Comienza en seguida la descripción del estado que guardaban las cosas en el Lacio en los tiempos que vieron a Eneas arribar allí con su ejército: gobierna como rey aquellos campos y ciudades, Latino, héroe epónimo de los latinos, hijo de Fauno, nieto de Pico y bisnieto de Saturno, y esposo de la ninfa Marica, que ciertas tradiciones identifican con Circe. Hija única de Latino y su esposa Amata, es Lavinia, que a la sazón está madura ya para unirse a un esposo. Con esta finalidad la pretenden muchos ilustres del Lacio y de Italia toda (45-55).

Entre los pretendientes, por su hermosura y la nobleza de su familia, y por ser favorito de la reina Amata, destaca Turno (55-57).

Pero sucesos portentosos estorban la unión de ambos jóvenes; por ejemplo: en la cima de un árbol de laurel que, dentro de su palacio, había Latino consagrado a Febo, y de cuyo nombre habían tomado el suyo los colonos laurentes, se posó un enjambre de abejas venidas del mar. Interpretando el prodigio, un vate anunció que del mar vendría con sus tropas un varón extranjero, que habría de dominar desde la ciudadela de la urbe (58-70). Además, la cabellera de Lavinia, mientras ésta ofrendaba ante los altares, pareció arder y esparcir llamas por el palacio. Esto se interpretó como que la princesa habría de ser ilustre; pero

DESCRIPCIÓN

llevaría magnas guerras a su pueblo (71-80). Movidó por tales sucesos, Latino fue a consultar los oráculos de Fauno y, hechos los sacrificios indicados, recibió la respuesta de las voces proféticas: Lavinia no deberá casarse con un pretendiente latino, sino con un extranjero. La descendencia que habrá de tener con éste, está destinada a gobernar el mundo (81-101).

Estas profecías eran conocidas en toda Italia al tiempo en que llegó a ella la juventud troyana (102-106). Hasta aquí, la exposición del modo en que las cosas se encontraban en esos momentos.

Después de haber desembarcado, Eneas y los suyos descansan y se disponen a comer. Habiendo colocado, por consejo de Júpiter y a fin de que una profecía se cumpliera sin daño, panes planos de escanda sobre la hierba, y encima de ellos las viandas con que habrían de alimentarse, el hambre los obligó, después de consumir éstas, a comerse asimismo los panes en que habían estado. Al observarlo, Julo bromea: “también nos comemos las mesas”, y Eneas, recordando lo dicho por Celeno la Arpía (III, 255-257), por Heleno (III, 394) y por su mismo padre, acerca de que sólo podría fundar la ciudad después de que el hambre lo obligara a comerse incluso las mesas, considera que ha llegado al final de sus trabajos, propone hacer ofrendas a Júpiter y a Anquises, y que se investigue el lugar a que han llegado (107-134).

Venera ritualmente a los dioses, y Júpiter, propicio, truena tres veces desde el cielo, y muestra en su mano una nube de rayos de oro (135-143). Los troyanos comprenden que han llegado al tiempo y al sitio en que fundarán las murallas debidas por el destino, y lo celebran alegres (144-147).

Al salir el sol del siguiente día, exploran el lugar. Eneas envía cien embajadores a Latino con un mensaje de paz (148-157). Él mismo, con un surco marca los límites en que se han de alzar las murallas de la ciudad (157-159).

Llegan en tanto los embajadores troyanos ante la ciudad de Latino, y éste ordena que sean entrados en ella, y los espera sentado en el trono

INTRODUCCIÓN

de sus antepasados (160-169), en medio de imágenes y objetos que habrían de ser sagrados para los romanos (170-194).

Habla el rey Latino a los troyanos; les dice saber quién son ellos, les pregunta lo que buscan y la causa que los hizo llegar a Italia; les ofrece su hospitalidad (195-211). Le responde Ilioneo, el mismo héroe que había tomado la voz de los suyos en presencia de Dido (I, 521), diciendo cómo han llegado, cuál es su linaje, de qué manera buscan sede para sus dioses, y que son los hados de los dioses quienes los han traído a Italia. Termina ofreciéndole las que habían sido insignias reales de Príamo (212-248).

Impresionado por los dichos de Ilioneo y recordando el oráculo de Fauno relacionado con las bodas de Lavinia, Latino se alegra y ofrece a Eneas, como prenda de alianza, la mano de ésta (249-273). Regala, además, espléndidos caballos a los troyanos, que regresan con la promesa de paz obtenida (274-285).

En tanto, mientras regresaba de Argos, Juno mira que los teucros se establecen, por fin, en Italia, contrariando todos sus esfuerzos; entonces, dolorida, se queja de la inutilidad de su lucha contra ellos, pues no logró que cayeran en el sitio de Troya, ni hacerlos cautivos o muertos cuando Troya fue vencida, ni que fueran detenidos en su viaje por las furias del cielo y el mar fomentadas por ella (286-310). Entonces, de acuerdo con su función de parte negativa del hado, decide hacer un esfuerzo final, no ya para evitar que Eneas se establezca en Italia y desposase a Lavinia, cosa que sabe imposible, sino para provocar guerra entre latinos y troyanos; guerra que, por lo demás, estaba prevista y establecida por el hado mismo. Ese esfuerzo consistirá en mover, en contra del destino de Eneas, a los dioses de las regiones infernales (310-322).

Desciende a la tierra, y busca la colaboración de la Furia Alecto, odiosa, inclusive, a Plutón y a sus propias hermanas, para despertar la guerra entre ambos pueblos (323-340). Con ese fin, Alecto se dirige primero a la reina Amata, ya de suyo preocupada e iracunda por la llegada de los troyanos y el pensamiento de que Turno no podría ser su

DESCRIPCIÓN

yerno. La Furia le arroja una de las sierpes que tiene por cabellos, y ésta le infunde, con su veneno, ánimos perversos, y la incita a hablar a su esposo (341-359).

Empleando como argumentos el recuerdo del rapto de Helena y las promesas hechas a Turno, trata de convencer a Latino de que case con éste a Lavinia, pues, además de todo, es posible considerar que Turno es de origen extranjero y llena, por eso, los requisitos exigidos por las profecías de Fauno (360-372). Latino no cede, y entonces Amata, enfurecida por el veneno de la serpiente, recorre la ciudad (373-384). No conforme con eso, simula un rito báquico, y va a las selvas y esconde en los montes a su hija, para protegerla de las pretensiones troyanas, y dice consagrarla al culto de Baco. Saben esto las demás madres latinas, y van también a las selvas, estimuladas a servir a ese dios; Amata canta las bodas de Turno y Lavinia, e incita a las demás mujeres a mover con ella la orgía (385-403). Habiendo cumplido esa obra en Amata, Alecto vuela hacia Árdea, la ciudad de Turno, y en medio de la noche sorprende a éste mientras descansa (404-414). Para hablarle, deja su forma de Furia y se viste la de Calibe, sacerdotisa anciana del templo de Juno (415-420). Sus palabras están dirigidas a exaltar en Turno la idea de que su piedad con respecto a su familia y su ciudad lo obliga a combatir a Eneas y, llegado el caso, al mismo Latino, quien, olvidándose de la defensa que antes Turno ha hecho de los latinos y de la promesa que le había empeñado de hacerlo su yerno, ahora intenta posponerlo en todo y dar sus derechos a un extranjero (421-434).

Al principio, engañado por el disfraz de Alecto y fiado en la protección de Juno, Turno se burla de tales palabras (435-444); pero cuando airada la Furia vuelve a su presencia verdadera, y lo increpa, y arroja una antorcha oscura en su pecho, el joven enloquece, y se lanza a las armas y convoca a sus compatriotas a seguirlo, rompiendo de este modo el pacto que Latino había celebrado con los embajadores de Eneas (445-470).

INTRODUCCIÓN

Turno, piadoso con los dioses, pide el auxilio de éstos para su propósito. Movidos los rútuos por las virtudes del héroe, deciden seguirlo (471-474).

Ahora Alecto vuela hacia el campamento de los troyanos, en cuya cercanía Julo se divertía cazando. Hace que los perros de éste sigan el rastro de un ciervo que los hijos de Tirro, mayoral de los rebaños del rey, habían domesticado, y al que amaban especialmente (475-492). Los perros le dan alcance, y Ascanio, que los sigue, lo hiere con una flecha. El animal llagado se refugia en la casa de Tirro, desde donde Silvia, su hija, pide socorro y llama a los agrestes en su auxilio (493-504). Con armas improvisadas se reúnen y se aprestan. Alecto, mientras tanto, desde una altura hace sonar la señal de la guerra, que es oída también por los troyanos. Empieza el combate entre aquéllos y éstos (505-539).

Iniciada por su causa la guerra, Alecto va a Juno y le rinde cuentas de lo que le fue encomendado. La guerra es irreversible, y ha de ser incrementada con la intervención de nuevos pueblos. Juno, satisfecha, decide hacerse cargo de los trabajos que queden por hacerse, y manda a la Furia que regrese al infierno. Ésta obedece (540-571).

Juno da la última mano a la guerra. Incitados por la presencia de Turno, por la fuga de sus madres que fueron con Amata, los rútuos, contra lo querido por los hados, exigen la guerra, y piden a Latino que la declare. Latino se resiste a hacerlo, y, por fin, agobiado, tras advertir el carácter sacrílego de la pugna iniciada, se retira a su morada y deja el gobierno de las cosas (572-600). Entonces Juno, de acuerdo con un uso del Lacio que se conservó hasta los tiempos de Roma, dado que Latino se negó a hacerlo, abre con su mano las puertas del templo de la guerra, que a partir de ese momento queda solemnemente declarada (601-622).

Italia despierta para el combate. Cinco ciudades, Atina, Tíbur, Árdea, Crustumeria y Antenna, abandonan los trabajos del campo y renuevan sus armas. Obedeciendo los signos de guerra, se visten los hombres (623-640).

DESCRIPCIÓN

Vuelve el poeta a invocar para su canto el auxilio de las musas (641-646), e inicia, a semejanza de Homero con respecto a las naves aqueas en el canto segundo de la *Iliada*, un catálogo de los capitanes y pueblos que, bajo el mando de Turno, han de formarse de toda Italia para rechazar el ataque de los troyanos. En primer lugar se menciona a Mezenzio, que ha de ser una de las principales figuras en el libro décimo, y a su hijo Lauso, quien aparecerá en ese mismo libro como dechado de piedad filial. En esta parte, se advierte que era, por sus virtudes, digno de un padre mejor que el suyo (647-654). Sigue Aventino, hijo de Hércules, vestido de una piel de león y llevando a la Hidra en el escudo (655-669); después, Catilo y Coras, hermanos, procedentes de la ciudad Tiburtina (670-677), y luego Céculo, fundador de Preneste, a quien se tenía por hijo de Vulcano, conduce a los hombres de esa ciudad, y a los del Anio y las peñas hérnicas y a los de Anagnia y los del Amaseno: todos van armados con armas variadas (678-690). Mesapo, hijo de Neptuno, prepara a su gente, no habituada a combates: los fesceninos y los faliscos, los habitantes de la región del Soracte y los campos Flaminios, de Cimino y de los sotos capenos (691-705).

Clauso comanda a los sabinos: los amiternos, los quirites antiguos, los de Ereto y Mutusca, de Nomento, de los campos del Velino, de las rocas de Tétrica y el monte Severo y Casperia y Fóruos y el Himela; los que viven junto al Tíber y el Fábar, los de Nursia y Alia (706-722). Haleso, hijo de Agamenón, mueve mil pueblos en favor de Turno; los que viven en los campos Másicos, los auruncos, los sidicinos, los de Cales, los vecinos del río Volturno, los satículos, los oscos (723-732). Obedecen a Eballo los sarrastes, los que habitan las riberas del Sarno, y los ciudadanos de Rufra, Batulo, Celemnna y Abela (733-743). Salido de Nersa, llegó Ufente a la guerra, jefe de los equículas, feroces guerreros (744-749), y enviado por Arquipo vino Umbrón, sacerdote de los marrubios y médico (750-760); también iba Virbio, bellissimo hijo de Hipólito (761-782).

Prosigue el catálogo con la presentación de Turno en armas, seguido de innumerables ejércitos, entre los cuales destacan los auruncos, los

INTRODUCCIÓN

rútuos, los sicanos, los sacranos, los lábicos; los que apacientan sus rebaños junto al Tíber y los que labran los campos circeos (783-802), y finaliza con la aparición de la virgen Camila, que será figura principal en el libro undécimo, y que ahora se presenta guiando a la caballería de los volscos, y admirable por su arreglo y sus armas y su juvenil belleza (803-817).

LIBRO OCTAVO

Una vez que Juno abrió las puertas de la guerra, y ésta quedó declarada, Turno, dado que Latino se había retirado, toma sobre sí el mando de las fuerzas que se opondrán a Eneas, y, alzando sobre las murallas de Laurento las banderas roja y azul para convocar a infantes y jinetes, se dispone a las hostilidades. Los capitanes hacen una leva entre los campesinos (1-8). Con el fin de procurar alianzas mayores, envían una embajada a Diomedes, que se había establecido en Italia, a informarle que Eneas y los teucros habían llegado a ese lugar (9-17).

Eneas, mientras tanto, se aflige al considerar los trastornos que su llegada provoca (18-25). Se duerme por fin, y en el sueño se le aparece el dios del río Tíber, que lo anima afirmándole que ha llegado a los sitios que el hado había señalado para el levantamiento de la urbe. Prueba de ello será que, al despertar, Eneas encontrará la puerca parida de que le habló Heleno en su profecía (III, 389 ss.). El dios le anuncia también la fundación de Alba, de que Júpiter había hablado antes a Venus (I, 267 ss.), y le aconseja recurrir a Evandro, rey de los árcades, para solicitar su auxilio, pues ese pueblo está en guerra incesante con los latinos. A continuación le ofrece guiarlo hasta allí con su corriente, y le pide que propicie a Juno con sacrificios y le haga a él un honor (26-65). Se retira el dios, y Eneas despierta. Sale el sol en esos momentos. Eneas toma agua de la corriente, y ora a las ninfas laurentes y al padre Tíber, cuya protección directa solicita (66-78). Cuando ha dispuesto dos birremes de su flota para viajar a la ciudad de Evandro (79-

DESCRIPCIÓN

80), ve en la costa la puerca blanca anunciada por Heleno y el Río: La toma y, junto con su cría, la sacrifica ante el altar de Juno (81-85).

Durante la siguiente noche navegan los troyanos por el Tíber, que calma sus aguas bajo las naves que se deslizan plácida y velozmente (86-96). Al tiempo en que el sol del siguiente día sube a la mitad del cielo, columbra Eneas la ciudad de Evandro, humilde en el lugar donde habría de surgir más tarde hasta el cielo la potencia romana, y hacia allí dirige sus naves (97-101). En esos momentos, Evandro, su hijo Palante y el senado y la juventud de los árcades honraban a Hércules con sacrificios (102-106).

Los árcades, al ver las naves de Eneas, intentan suspender las ceremonias. Lo prohíbe Palante, quien, con un dardo en la mano, acude audaz a recibir a los forasteros, y les pregunta quién son y cuáles son las razones de su llegada (107-114). Eneas, mostrando en su mano una rama de oliva, le responde explicándole que los que llegan son troyanos, enemigos de los latinos, y que buscan a Evandro cuya alianza pretenden (115-120). Palante los acoge amistosamente, y los conduce a su padre (121-125).

Habla Eneas al rey Evandro, y, a pesar de que éste es griego, solicita su amistad, basándose en que tanto Evandro como los dardánidas descienden de Atlas, por lo cual llevan la misma sangre (126-143). Con esa confianza, ofrece a Evandro su alianza en la lucha contra los latinos (144-151). Evandro, que en tanto había estado observando al hijo de Anquises, le contesta haciendo notar el parecido que con él tenía, y le dice que lo conoció y fue su amigo, por lo cual ya desde mucho antes la alianza que Eneas requiere está establecida (152-174). Invita a los troyanos a celebrar con él los ritos iniciados, y ellos se sientan a la mesa, y comen y beben (175-183).

Una vez que se saciaron, Evandro explica la razón por la cual los árcades honran a Hércules: Caco, ser feroz y bestial, había assolado en otros tiempos la tierra de los árcades, oprimiendo a éstos con tiranía sangrienta (184-199). Así las cosas, había llegado Hércules, guiando a esas regiones las boyadas que había quitado al triforme Gerión (200-

INTRODUCCIÓN

204). Entonces Caco sustrajo cuatro toros y cuatro novillas de ese ganado, y los ocultó de tal modo que nadie pudiera encontrarlos (205-212). Cuando Hércules se disponía a marcharse, las bestias encerradas por Caco contestaron con sus mugidos a los mugidos de las que se iban, y Hércules las oyó (213-221). Persigue a Caco; éste, temeroso por primera vez, busca refugio en su caverna, cuya puerta obstaculiza con inmenso peñasco (222-227). Hércules, enfurecido, haciendo caer con su fuerza una peña escarpada, descubre el interior de la caverna de Caco, y lo ataca arrojándole dardos y piedras. Se defiende Caco echando fuego y humo por las fauces (228-255). Entonces lucha con él cuerpo a cuerpo, y lo asfixia entre sus brazos (256-261). Muerto Caco, quedan a la luz su morada y sus robos, y las gentes se sacian mirando su cadáver (262-267). Ésa es la causa por que los árcades rinden honores a Hércules. Para él se erigió el Ara Máxima, y es conveniente ahora invocarlo (268-275). Después de decir esto, Evandro se corona de hojas de álamo, árbol consagrado a Hércules, y, junto con todos, liba en las mesas y suplica a los dioses (276-279). Los festejos continúan en el atardecer; los sacerdotes llevan antorchas, danzan los salios, y cantan las hazañas del dios: la muerte que en su cuna dio a dos serpientes, el modo como debeló a Troya y Ecalia, los trabajos que desempeñó bajo el rey Euristeo. Lo invocan para que llegue propicio, y, finalmente, recuerdan la destrucción de Caco (280-305).

Habiendo terminado los sacrificios, vuelven a la ciudad. Evandro lo hace acompañado por Palante y Eneas. Éste, curioso, indaga del rey acerca de las cosas que mira, y Evandro le cuenta (306-313): en un principio habitaron estas tierras los faunos y las ninfas, y una raza de gente salvaje, sin leyes ni religión. A ésta, Saturno que huía de Júpiter, la congregó y la rigió, instauró en Italia los siglos de oro y la paz (314-325). Pero poco a poco la edad de hierro se adueñó de la tierra; llegaron los ausonios y los sicanos; vinieron los reyes, el Tíber entre ellos, y, por fin, el mismo Evandro, siguiendo las órdenes de la ninfa Carmenta y de Apolo (326-336).

DESCRIPCIÓN

En seguida, le muestra el ara y la puerta Carmental, y el Lupercal y el Argileto, y la roca Tarpeya y el Capitolio, habitado por un dios, y el Janículo y la ciudadela Saturnia (337-358). Llegan por fin a la casa de Evandro, y ven transcurrir los rebaños en el sitio que habrían de ocupar el Foro y las Quillas, y, recordando que Hércules no se había desdeñado de entrar en ella, el rey de los árcades le dice a Eneas que se atreva a despreciar la riqueza y se haga digno del dios. Entra Eneas, y acepta la estrecha hospitalidad que se le brinda (359-368).

Esa noche, Venus, inquieta por los peligros de su hijo, acude a Vulcano para pedirle que, como había cedido a las súplicas de Tetis y la Aurora, ceda a las suyas y fabrique armas para su hijo (369-386).

Persuadido por los abrazos de su esposa, el dios accede a servir sus deseos con todo lo que vale su arte, y le dice que, si así lo hubiera ella querido, los teucros podían haber sido armados por él, lo que hubiera prolongado diez años más la vida de Troya; esto no lo vedaban los hados (387-406). En abandonando el lecho conyugal, Vulcano va a la isla en cuyas cavernas los cíclopes Brontes, Estéropes y Piracmon trabajan en tres obras: el rayo de Júpiter, el carro de Marte y la égida de Minerva (407-438). El dios les ordena que dejen de lado esos trabajos, y se pongan luego al de hacer armas para un fuerte varón. Lo obedecen los cíclopes, y empiezan a dar forma a los metales fundidos (439-453).

Mientras esto sucede, despiertan a Evandro en su casa los cantos de los pájaros mañaneros; se levanta, se viste y se arma, y, acompañado de sus perros, marcha al encuentro de Eneas, quien a su vez lo buscaba. Con Evandro, va Palante; con Eneas, Acates. Se saludan y empiezan a hablar (454-468). Dice Evandro que las fuerzas de los árcades son menguadas, pero que conseguirá para Eneas la alianza de pueblos poderosos; en efecto, los etruscos, que indignados por los hechos crueles de su rey Mezencio, se rebelaron contra él y lo forzaron a buscar refugio junto a Turno, están impedidos de reclamarlo en guerra, como querrían hacerlo; existe una profecía que afirma que sólo alcanzarán el triunfo si son guiados por un jefe extranjero. Evandro, que lo es, está

INTRODUCCIÓN

imposibilitado por la edad; Palante su hijo tiene, por parte de la madre, sangre italiana. Eneas es, sin duda, el jefe esperado (469-513). Le ofrece además poner bajo sus órdenes a su hijo Palante, para que aprenda con él el valor de los hechos de guerra, y el concurso de cuatrocientos jinetes (514-519).

Eneas y Acates se hubieran preocupado, si no fuera porque en aquel momento Venus dio un signo desde lo alto: pueden verse, de pronto, armas que lucen en el cielo, y se oye allí mismo estrépito de armas y sonar de trompetas guerreras (520-529). Eneas reconoce que son señales de su madre, y le dice a Evandro que él es llamado por el Olimpo, que su madre le trae armas divinas, y se alegra pensando en las batallas en que, vencedor, castigará a los laurentes y a Turno por haber violado el pacto de paz concluido con él (530-540).

Se alza Eneas del asiento en que estaba, y, junto con Evandro, ofrece sacrificios a los dioses (541-545). A continuación regresa a los suyos, entre los cuales elige a los más fuertes para que lo acompañen, y a los demás los envía, siguiendo la corriente del río, a que lleven a Ascanio las nuevas de cuanto había ocurrido (546-550). Se dirige luego con sus hombres en caballos regalados por Evandro, a buscar a los tirrenos (551-553).

Estas noticias son divulgadas en la ciudad de Evandro. Las madres se atemorizan por la proximidad de la guerra (554-557). Mientras, el rey de los árcades se despide de su hijo, sin poder saciarse de llanto, y le habla recordando las hazañas de su juventud. Si como fue entonces fuera en los momentos presentes, por cierto que no iría Palante a la guerra. Pero ya que no son así las cosas, lo que pide a los dioses es vivir sólo si ha de ser para ver de nuevo a Palante, y morir de inmediato, si es que su hijo tiene que morir en los combates en que va a meterse. En acabando de hablar, Evandro cae desvanecido, y sus criados lo conducen al palacio (558-584).

La caballería que sigue a Eneas sale por las puertas de la ciudad. En medio de la tropa es visible Palante, reluciente en sus armas como el lu-

DESCRIPCIÓN

cero de la mañana cuando se levanta húmedo sobre el mar, y disipa la pesadumbre de la noche (585-591). Desde las murallas, las mujeres siguen con ojos temerosos la marcha de los jinetes, que viajan por el camino más corto a las moradas de Tarcón, rey de los etruscos (592-596).

Éste habita en un valle encerrado por colinas negreantes de abetos. En ese lugar, donde los antiguos pelasgos habían consagrado al dios Silvano un bosque y un día festivo, los tirrenos tenían campamentos difícilmente atacables. Desde lo alto de las colinas se veían sus ejércitos acampados. Entra Eneas con los suyos en el lugar, y descansan y dejan descansar a sus caballos (597-607).

Mientras Eneas se mira solitario en un lugar apartado, se le hace presente Venus, en la plenitud de su esplendor de diosa, y le anuncia que le trae como regalo armas tales que con ellas no debe dudar en provocar a Turno y a los laurentes. Abraza a su hijo, y pone las armas frente a él, al pie de una encina (608-617).

Eneas no se harta de mirar las armas que su madre le ha traído. Son éstas un casco, la espada portadora de los hados, una lorica de bronce luciente, las grebas y la lanza, y un escudo trabajado de inenarrable manera (618-625).

Allí Vulcano, sabedor de las cosas establecidas en la eternidad, había esculpido la historia de la estirpe futura de Ascanio; las guerras y las glorias de Roma (626-629). La primera imagen que de las expuestas en el escudo es descrita, es la de Rómulo y Remo junto a las ubres de la loba, acariciados por ésta (630-634); sigue el rapto de las sabinas en el circo, y la guerra y la paz que siguieron a este hecho: la paz consagrada ante el ara de Júpiter (635-641); está figurada después la muerte del albano Meto Curcio, castigado por la violación del pacto concluido con los romanos (642-645), y luego la guerra con Porsena, que intentó restablecer en el trono a los Tarquinios. Los descendientes de Eneas, como pronto lo iba a hacer éste mismo, entraban en guerra para defender la libertad (646-648). También podía verse a Porsena indignado y amenazante frente a las hazañas de Horacio Cocles y Clelia (649-651).

INTRODUCCIÓN

En la parte superior del escudo, podían verse tres imágenes distintas relacionadas con la invasión de los galos: en la primera, Manlio custodia la ciudadela Tarpeya; la segunda muestra uno de los gansos cuyos gritos pusieron sobre aviso a los defensores; la tercera representa un grupo de guerreros galos avanzando en la noche (652-662).

En otra parte se veían figurados los salios y los lupercos, y una procesión de matronas llevadas en carrozas (663-666).

Antes de entrar a hacer la descripción de la batalla de Accio, que constituye el motivo fundamental del escudo, se presenta una breve visión del mundo infernal, en donde se mira a Catilina sufriendo el castigo de su perversidad, y a Catón otorgando derechos a los piadosos (666-670).

Ahora, desde el centro, la mirada se abre para abarcar un mar de hinchadas olas de oro, cercado por delfines de plata. En este mar navegan flotas combatientes; es la batalla de Accio, donde Augusto y Agripa, guías de Roma, combaten contra Antonio y los pueblos de oriente (671-688). Chocan las naves con espolones y llamas y dardos, y el mar se tiñe de la sangre vertida (689-695).

Cleopatra, sin presentir todavía su muerte, convoca a los suyos con el sistro de Egipto (696-697). Y dioses monstruosos y bestiales se enfrentan a los dioses de Roma (698-700). Aparece Marte de hierro. A su alrededor, la Discordia y Belona (700-703). Apolo, desde lo alto, tiende el arco, y los enemigos de los romanos se aterran. Huye la misma reina, y es recibida por las cavernosas corrientes del Nilo (704-713).

La última imagen descrita de las que Vulcano representó en el escudo, es la del triple triunfo de Octavio por sus victorias en Dalmacia, en Accio y en la guerra de Alejandría. Se le mira consagrando templos y haciendo sacrificios a los dioses, en medio del regocijo de Roma y el desfile mezclado de las naciones vencidas (714-728).

Éstas son las cosas que Eneas puede admirar en el escudo que, fabricado por Vulcano, le donó Venus su madre. Como si el nuevo nacimiento que recibió al salir del mundo de los muertos le hubiera hecho

DESCRIPCIÓN

olvidar lo que en ese mundo conoció bajo la guía de la sombra de Anquises, ignora lo que las imágenes representan. Distingue, con todo, lo temporal —la fama— de lo eterno —los hados—.

Al alzar hacia su hombro el escudo, asume sobre sí la carga de la tarea que tiene encomendada, y, de hecho, realiza la fundación en que aquélla consiste (729-731).

LIBRO NOVENO

Mientras eso acontece en las ciudades de Evandro y de Tarcón, y el campamento troyano se ve debilitado por la ausencia de Eneas, Juno envía a Iris su mensajera a que hable con Turno y lo incite a atacar a las gentes del héroe troyano, en tanto que éste busca aliados en sitios remotos (1-13).

Una vez que Iris cumple el encargo, parte en vuelo; Turno la reconoce y la venera, y suplica el favor de los dioses (14-24). El ejército latino se pone en marcha contra los teucros, que columbran su llegada (25-34), y se arman para resistir, y para resistir se sitúan en las puertas y en las murallas; pues Eneas, antes de partir, les había ordenado que no combatieran en campo abierto. Ellos, contrariando el impulso de sus ánimos, lo obedecen (35-46).

Llega Turno precediendo a su escuadrón, acompañado de veinte jinetes selectos, y rompe las hostilidades arrojando un dardo a las fortificaciones. Lo siguen los suyos en el ataque admirándose de que los teucros se mantengan a cubierto (47-57). Turno, como el lobo hambriento en torno del ovil, da vueltas alrededor del campamento, procurando, enfurecido y ardiente, hallar el modo de hacer que los sitiados abandonen sus posiciones y tengan que luchar en terreno llano (57-68). Le viene entonces la idea de asaltar, para incendiarlas, las naves troyanas que estaban escondidas y guardadas en el río, a un lado del campamen-

INTRODUCCIÓN

to (69-72). Animados por el ardor de su jefe, los ítalos asaltan las naves con antorchas tomadas de fuegos que ellos mismos producen.

Con todo, las naves se salvan del incendio gracias a la intervención divina que a continuación se describe (73-79): cuando Eneas, luego de la destrucción de Troya, construía para sus viajes una flota en los bosques del Ida de Frigia, la madre de los dioses, Cibele, venerada en ese lugar, le había pedido a Júpiter que, dado que Eneas fabricaba, con su acuerdo, naves con árboles del bosque a ella consagrado, le concediera que tales naves no pudieran ser vencidas por mar ni por viento (80-92). Júpiter, resistiéndose a permitir que la obra de un mortal gozara de la inmortalidad, le concedió, bajo juramento, tan sólo que aquellas naves que llevaran a Eneas a su destino en Italia, fueran convertidas, luego, en deidades marinas, como las nereidas Doto y Galatea (93-106).

Llegaba, pues, el momento de que se cumpliera lo ofrecido por Júpiter. Cuando la madre de los dioses conoció la injuria que Turno quería realizar, habló a los troyanos desde un claro resplandor celeste, instruyéndolos de que no debían tener temor alguno por la suerte de las naves, y a éstas les ordenó que huyeran convertidas en diosas marinas (107-117). Acatan la orden las naves, y, diosas ya, escapan a través de las aguas (118-122).

Se pasman los rútuos; incluso el Tíber retrae su corriente. Pero no desmaya Turno, que afirma que, privados por Júpiter de la posibilidad de huir navegando, quedan los troyanos encerrados por el mar y por él mismo y su gente (123-134); además, que los hados lo protegen de gente criminal que llega, como lo había hecho antes con Menelao, a robarle la esposa. Los troyanos se guarecen detrás de muros mucho más débiles que las murallas divinas de Troya, y él no requiere, como los griegos, de mil naves ni del robo del Paladio, ni de un caballo de madera para ocultarse: a plena luz los atacará seguro de vencerlos (135-158).

Como llega la noche, los rútuos circundan el campamento con hogueras, y sitúan guardias numerosas en las puertas y los muros, y, tendidos en la hierba, se embriagan y juegan (159-167). Esto es visto

DESCRIPCIÓN

por los troyanos que vigilan, en armas bajo el mando de Mnesteo y Seresto. Los centinelas se turnan y hacen su oficio (168-175).

Una de las puertas es guardada por los jóvenes amigos Niso y Euríalo, unidos en el afecto y en las comunes empresas (176-183). Niso, incitado por el deseo de emprender una acción ilustre, dice a Euríalo su plan de ir a buscar a Eneas atravesando el campo de los rútuos, dado que éstos descuidan la vigilancia, borrachos y dormidos (184-196). Compelido por el afán de gloria, Euríalo le responde que no le permitirá ir solo, sino que él lo acompañará y compartirá con él los peligros y el honor que pueda ganarse, aun a costa de la vida (197-206). Argumenta Niso que no quiere exponer a Euríalo a riesgos tan grandes; en caso de que él muriera, quiere que el otro sobreviva para asegurarle el rescate o las honras fúnebres. Por otra parte, se resiste a ser la causa de que la madre de Euríalo sufra el dolor de perder a su hijo (207-218). Euríalo le hace ver lo inútil de sus palabras, y ambos, decididos, van en busca de Ascanio para exponerle su proyecto (219-223).

Mientras todo duerme, los capitanes teucros tienen consejo acerca de la situación en que se hallan, y discuten quién podría ir a informar a Eneas de lo que ocurre (224-230). Niso y Euríalo se acercan y piden ser admitidos, alegando que el tiempo que les concedan será recompensado por la monta de aquello que tratarán. Julo los recibe y ordena que Niso explique lo que va a proponer (230-233).

Habla Niso: no deberá juzgarse lo que hablan, por sus pocos años. Los rútuos duermen en medio de la embriaguez. Ellos han visto un lugar por el cual, ya que los fuegos se apagaron, podrían pasar hacia Eneas sin ser advertidos, y regresar cargados de despojos guerreros. Conocen el lugar, porque en él han cazado asiduamente (234-245). Entonces se levanta el héroe Aletes, y declara a los dioses patrios que no temerá por la suerte de Troya mientras ellos críen varones tan animosos como Niso y Euríalo, cuyos hombros y manos toca llorando (246-251); luego pregunta qué premios serían dignos de la hazaña que ellos van a realizar, y se responde que los principales los darían los dioses y

INTRODUCCIÓN

su virtud misma, y los restantes Eneas y Ascanio (252-256). Ascanio, conmovido, ofrece que, si Eneas le es devuelto, les entregará riquísimas recompensas, y tratará a Niso como su compañero en todas las cosas (257-280). Euríalo, a su vez, le pide a Ascanio un don especial: que, en caso de que la fortuna le sea contraria, cuide de su madre, a quien abandona sin una palabra de despedida (280-292). Se conmueven y lloran los dardánidas; Julo más que todos, tocado por la imagen de la piedad paterna. Y allí le contesta (292-295): en caso de que Euríalo muriera, él habrá de tratar a la madre de éste como a la suya propia; las recompensas prometidas a Euríalo serán guardadas para su madre (296-302). Le regala en seguida su espada; Mnesteo da a Niso una piel de león, y Aletes cambia de casco con el mismo.

Inician Niso y Euríalo su empresa, y son escoltados hasta las puertas por los troyanos. Julo les hace todavía muchos vanos encargos para su padre (303-313). Pasadas las fosas que protegen el campamento, miran a los rútilos hundidos en el sueño de la embriaguez, junto a sus carros y sus armas. Les viene entonces la idea de matar a muchos enemigos en su camino, y así lo propone Niso, quien mata a Ramnes, augur de Turno, y a sus tres criados; al auriga de Remo y a Remo, a quien deja decapitado y sangrante; a Lamiro y a Lamo y a Sarrano, quien quizá hubiera podido conservar la vida si, en lugar de dormir, hubiera prolongado su juego hasta el día (314-341). Euríalo, por su parte, quita la vida, además de a mucha gente del pueblo, a los capitanes Fado, Herbeso, Reto y Abaris; se dirige luego hacia el lugar donde duermen los hombres de Mesapo, y, por advertencia de Niso, en el sentido de que llegaba el alba, ambos abandonan la matanza y la presa (342-358). Sin embargo, Euríalo, antes de salir del campamento latino, se lleva el collar y el cinturón de Ramnes y el casco de Mesapo, que se pone en la cabeza (359-366).

En esto se acerca la caballería de Laurento, bajo el mando de Volcente, y descubren a los que se iban, y que son traicionados por el brillo del casco de Mesapo. Volcente les grita que se detengan; ellos

DESCRIPCIÓN

apresuran su huida. Los jinetes cierran las salidas del campo, mientras Euríalo se pierde, estorbado por la oscuridad y el peso del botín que acarrea (367-385).

Niso, que había logrado ya escapar, cae en la cuenta de que Euríalo no lo acompaña, y se detiene y rehace el camino buscando a su amigo (386-393). Guiado por el estrépito que hacen los perseguidores, descubre a Euríalo prisionero arrastrado en medio de la tropa (394-398). Sin saber bien qué hacer, después de invocar la ayuda de Diana, arroja una lanza contra el grupo de los enemigos, y hiere y hace morir a Sulmón; con una segunda lanza, traspasa a Tago. Volcente, al no poder luchar contra un adversario a quien no puede ver, ataca con su espada al prisionero Euríalo (399-424). Entonces Niso, aterrado, revela su presencia y pide que lo maten a él solo, y que perdonen a Euríalo cuya sola culpa es haberlo amado con exceso (424-430). Sin hacerle caso, Volcente traspasa el pecho de Euríalo y, al ver que éste cae, Niso se precipita contra los rútilos, y entre todos busca a Volcente a quien mata por fin, metiéndole la espada en la boca. Herido él mismo de muerte, se arroja para morir sobre el cuerpo del amigo (431-445).

Y habla el poeta, y ofrece que, si algo puede su canto, nunca los abandonará la memoria de los tiempos, en tanto que Roma exista (446-449).

Los rútilos se lamentan y se lamenta el campamento todo al descubrir la matanza realizada por los adolescentes; reconocen los despojos tomados por ellos (450-458).

Al llegar el día, Turno excita a sus gentes a la batalla; ante la tropa, fijan en lanzas las cabezas de Euríalo y Niso (459-467). Desde los muros las distinguen los troyanos, y la Fama lleva la noticia a la madre de Euríalo. Ésta deja la labor en que se ocupaba, y, olvidada del peligro que corre, llega a los muros y se queja, hablando de su abandono, del hecho de que su hijo quedará insepulto, del deseo que tiene de morir (468-497). Gimen, descorazonados, los troyanos. Ideo y Actor, por consejo de Ilioneo y Juló, la conducen hacia las casas (498-503).

INTRODUCCIÓN

La tuba da a lo lejos la señal de guerra; atacan en testudo los volscos, y procuran llenar las fosas, arrancar el vallado e invadir el campamento por los sitios en que hay pocos defensores. Por su lado, los teucros, acostumbrados a ello por larga guerra, defienden sus muros (504-511). Teucros y rútilos pelean encarnizadamente. Mezencio y Mesapo asedian las murallas con fuego y escalas (512-524).

Ahora el poeta invoca a Calíope pidiéndole que le inspire la narración de las hazañas de Turno y los límites de la guerra (525-529).

Había una alta torre defensiva colocada en sitio apropiado, que los rútilos pugnaban por expugnar y los teucros por defender. Turno le pone fuego, e, incendiada, la torre se derrumba. De los defensores, sólo escapan con vida Helenor y Lico. Cuando el primero se percató de que estaba totalmente cercado por los enemigos, así como la fiera se arroja contra los cazadores que la cercan, se precipitó a buscar la muerte en las armas de los rútilos. Lico en cambio, confiando en su ligereza, trata de entrar al campamento, ayudado por sus compañeros. Lo alcanza Turno cuando intentaba subir a los muros, e, increpándolo, lo arrebató como el águila a la liebre o el cisne, o el lobo al cordero. Se generalizan el clamor y la lucha (530-568).

Ilioneo mata a Lucecio; a Emación, Líger; Asilas, a Corineo; a Ortigio, Ceneo; a Ceneo, Turno, y Turno también a Itis, Clonio, Dioxipo, Prómulo, Sagaris e Idas. Capis postra a Priverno, herido antes por Temila (569-580). Mezencio, con una bala de plomo disparada por honda silbante, rompe la cabeza al hijo de Arcente (581-589). Se dice que entonces, por primera vez, Ascanio lanzó una flecha en la guerra. Con ella derribó a Numano, cuñado de Turno. Numano, llamado también Rémulos, vociferaba ante la fila delantera, insultando la cobardía de los troyanos, y haciendo la apología del valor de su propia gente (590-620). Ascanio no sufrió esas jactancias, y, habiendo orado antes a Júpiter, que lo oyó y tronó a la izquierda en el cielo claro, disparó una flecha que traspasó las sienas de Rémulos. Ésa fue la respuesta troyana a sus dichos (621-635). Los teucros gritan alegres, y el mismo Apolo,

DESCRIPCIÓN

que observaba la escena, luego de congratularse de la acción de Julo, toma la apariencia de Butes, escudero de Anquises, y habiéndose acercado al hijo de Eneas, le dice que, muerto Rémulo, debe abstenerse por lo pronto de hacer la guerra. Se retira el dios, y los troyanos, que lo reconocieron, lo obedecen y apartan a Ascanio del combate, al cual regresan ellos después. Se intensifica fieramente la lucha (636-671).

Allí Pándaro y Bicias, fiando en sus armas, abren la puerta cuya defensa tenían encomendada, y, parados a ambos lados de ella, invocan al enemigo. Se precipitan los rútilos, son rechazados; los troyanos se atreven a salir del campamento (672-690).

Turno, que peleaba en otra parte, es informado de que en ésta se habían abierto las puertas, y acude sin tardanza (691-695). En llegando, postra de lejos a Antífates, hijo de Sarpedón, y de cerca a Merope y Erimanto; luego a Afidno y a Bicias, a éste con una falárica lanzada como un rayo (696-716). Marte añade fuerza a los latinos y envía a los troyanos la Fuga y el Temor (717-721). Cuando Pándaro ve muerto a Bicias su hermano, y que los latinos vencen en la pelea, se apresura a cerrar la puerta, aun a riesgo de abandonar fuera a muchos de los suyos. En su apresuramiento, no da en la cuenta de que, al cerrarla, ha dejado a Turno dentro del campamento (722-730).

Turno refulge incendiado de fuerza y de cólera; los troyanos, turbados, lo reconocen, y Pándaro se le enfrenta amenazándolo (731-739). Turno, sosegado, lo invita a que comience la lucha. Arroja Pándaro su lanza, y Juno la desvía del cuerpo de Turno, quien, a su vez, lo ataca con la espada y le divide en dos la cabeza. Al ver eso, los troyanos huyen (740-756). Si en esa coyuntura hubiera abierto las puertas a sus compañeros, Turno habría acabado con los troyanos y la guerra; pero el furor lo arrastró a él solo contra los adversarios (757-761).

Fortalecido por Juno, postra, entre otros muchos, a Faleris, a Giges, a Halis y a Fegeo; en los muros, a Halio, Noemón y Pritanis; a Linceo y a Ámico el cazador, y a Creteo, compañero de las musas (762-777).

INTRODUCCIÓN

Por fin, los capitanes troyanos reúnen a los suyos, y Mnesteo les hace ver que ya no tienen sitio al cual huir, y que un solo hombre es quien los combate (778-787). Los troyanos se deciden a resistir, y plantan cara a Turno. Éste retrocede contra su voluntad, como un león acosado (788-800). Juno ya no se atreve a ayudarlo, pues Júpiter ha mandado a Iris a decirle que se abstenga de hacerlo (801-805). Turno, cubierto de dardos enemigos, es vencido ya por la fatiga y los golpes (806-814). Por fin, no pudiendo luchar más, se arroja armado en la corriente del río. Éste lo recibe y lo conduce, habiéndolo lavado de sangre, a sus compañeros (815-819).

LIBRO DÉCIMO

Se abre la casa del Olimpo, y Júpiter convoca a los dioses a consejo. Desde lo alto, él empieza a hablar (1-5): ¿Cuál es la causa por la cual luchan hoy los dioses? Llegará el tiempo propio de hacerlo, cuando Cartago lance, a través de los Alpes, sus fuerzas contra Roma. Ahora es más conveniente realizar un pacto justo (6-15).

Venus contesta quejándose de la desgracia que persigue a los tucros; Turno combate y mata dentro de los mismos campamentos, mientras Eneas está ausente. Los rútilos esperan la ayuda de Diomedes, que acaso la herirá otra vez. Ciertamente, Eneas buscó a Italia por voluntad de Júpiter; ¿a qué pues consentir que alguien quiera mudar los hados? Y recuerda las naves quemadas en Sicilia, los vientos sacados de Eolia, a Iris moviendo las cosas, y, por último, a Alecto que revolvió las urbes de Italia (16-41). En esa situación, lo único que pide ya es que se le permita salvar a Ascanio de la muerte. Cartago no será atacada por Roma; que Troya se dé a los suyos de nuevo (42-62).

Juno, a su vez: ¿Alguien ha forzado a Eneas a hacer la guerra a Latino? Llegó a Italia, es cierto, inspirado por los hados. Pero Juno no lo impulsó a dejar sus reales a cargo de Ascanio. Los rútilos y Turno ejercen sus

DESCRIPCIÓN

derechos al defender su patria, mientras que los troyanos son advenedizos que pretenden, por la fuerza, apoderarse de las mujeres latinas; piden la paz y hacen movimientos guerreros. Si Venus puede salvar a Eneas de los peligros, es justo que Juno ayude a los rútu-los. Venus, en lugar de cuidarse en sus dominios, tienta hechos de guerra. En último término, la causante de la guerra de Troya fue Venus, que propició el rapto de Helena. Entonces era el momento de pensar en la salud de los suyos (62-95).

Los dioses murmuran opiniones diversas (96-99).

Allí Júpiter toma nuevamente la palabra: Dejará a su suerte a rútu-los y troyanos, y los hados hallarán su camino. Y eso lo afirma jurando sobre el nombre de la Estigia. Se levanta, y sale del lugar rodeado por los dioses (100-117).

Entre tanto, los rútu-los atacan a los troyanos que, sitiados, pierden las esperanzas. Entre los defensores destacan Asio y Timetes, ambos Asáracos, Timbris y Cástor. Además, Temón y Claro, hermanos de Sarpedón, y Acmón el lirnesio (118-129). Unos atacan con dardos; se defienden los otros con peñas, fuego y saetas. Por su belleza, resalta entre todos Ascanio, con la cabeza descubierta. Y están allí también Ismaro y Mnesteo, elevado por la gloria de haber echado a Turno de los reales, y Capis (130-145).

Mientras ellos empeñan fieros combates, Eneas, a medianoche, hace su camino por las aguas. Después de dejar a Evandro, se había dirigido a Tarcón, rey de los etruscos, para pedir su alianza. El rey accedió de inmediato, y su gente, cumplida ya la condición puesta por el hado en el sentido de que debían seguir a un jefe extranjero, se embarca para ir a la pelea (146-156). La nave de Eneas, llevando en la proa la imagen de dos leones y el Ida de Frigia, boga en primer lugar. Mientras el hijo de Venus reflexiona sobre los acontecimientos y la lucha, Palante, junto a él, le pregunta ora acerca del camino que siguen, ora a propósito de sus aventuras y trabajos (156-162).

Con la inspiración de las musas, Virgilio empieza a enumerar en seguida los capitanes etruscos que en sus naves siguen a Eneas (163-165):

INTRODUCCIÓN

Másico conduce a mil guerreros de Clusio y de Cosa. Su nave lleva un tigre en el rostro; sigue Abante, con seiscientos hombres de Populonia y trescientos de la isla de Ilva. Una imagen áurea de Apolo fulge en su nave; luego va Asilas, intérprete de hombres y dioses, quien comanda a mil pisanos; en cuarto lugar, Ástir vestido de armas multicolores, guía a trescientos de Cere, el Minio, Pirgos y Gravisca (166-184); Cupavón, adornado el casco con plumas de cisne que recuerdan la historia de su padre, lleva en su nave, distinguida por un centauro como insignia, a jóvenes de su misma edad; luego navega Ocno, hijo del Tíber y Manto, que dio su nombre a Mantua; de aquí van quinientos a luchar contra Mezencio; sigue Aulestes, en nave movida por cien remos y que lleva un tritón en la proa (185-212). Todos éstos iban en trescientas naves, a socorrer a los teucros (213-214).

Había pasado el día, y la luna alumbraba a mitad del cielo. Eneas, despierto, regía el timón y las velas de su nave. En esto se le aparecen las ninfas que antes habían sido sus naves, y una de ellas, Cimodocea, se dirige a él, y le explica quién son, y le cuenta la situación en que se halla su campamento: Turno proyecta interponer sus tropas para impedir que se reúnan los sitiados y quienes llegan en su auxilio. Eneas debe, al apuntar el día siguiente, llevar a los suyos a la lucha. Si así lo hiciere, muchos rútuos morirán a manos de él y sus hombres (215-245). Antes de irse, la ninfa da impulso a la nave del héroe, y las demás, siguiéndola, apresuran su curso. Se pasma Eneas, y envía una plegaria a Cibele, y le ruega su ayuda en la pugna que se avecina (246-255).

Llega la luz del día, y Eneas prepara a sus hombres a la lucha. Ya a la vista de su campamento, levanta el escudo ardiente, y los troyanos que del campamento lo miran, aumentan su esperanza y combaten y gritan gozosos. Los rútuos se sorprenden de ese cambio de actitud, se vuelven a mirar hacia la costa, y advierten la llegada de las naves. Eneas, armado, resplandece terrible (256-275).

No abandona a Turno, a pesar de todo, la confianza de impedir que desembarquen quienes venían, y habla a los rútuos para exhortarlos a

DESCRIPCIÓN

que luchen por defender a sus esposas y sus casas y a que renueven la gloria de sus padres. Osando, podrán obtener que la fortuna los ayude para impedir que lleguen a tierra las tropas de refuerzo. Piensa en seguida en quiénes deben ir con él a la costa y quiénes deben seguir manteniendo el sitio del campamento (276-286).

Entre tanto, los hombres de Eneas comienzan a desembarcar; unos, por puentes tendidos; otros, de un salto; unos más, deslizándose por los remos. Tarcón persuade a los suyos a que impulsen las naves hacia la playa, de modo que las quillas queden firmes en la arena. Así lo hacen ellos, y las naves llegan indemnes todas, excepto la del propio Tarcón, que choca contra un obstáculo y se abre, precipitando a los hombres en el mar (287-307).

Turno llega y asalta a los recién desembarcados. Eneas, augurando cuál ha de ser el resultado de la pelea, mata el primero a Terón con su espada; después a Licas, a Ciseo y a Gías, armados con la clava de Hércules, y a Faro; Cidón hubiera sido muerto también, si no atacaran a Eneas los siete hijos de Forco. Venus desvía los dardos que éstos le arrojan. Pide Eneas, a su vez, dardos a Acates, y postra con ellos a los hermanos Meón y Alcanor; Númitor, errando el golpe destinado a Eneas, hiere a Acates; Clauso mata a Dríope; caen también tres tracios, de la gente de Bóreas; acuden allí Haleso, con las fuerzas de Aurunca, y Mesapo. Pelean todos en el mismo umbral de Italia, y, cuerpo a cuerpo, ni unos ni otros ceden (308-361). En otra parte del campo, Palante exhorta a los árcades que huían, y con ruegos y con palabras amargas, los decide a hacer frente a sus perseguidores (362-378). Él mismo se arroja hacia los adversarios, y da a la muerte a los amigos Lago e Hisbón; en seguida a Esenio y Anquémolo, y luego a los gemelos Lárido y Tímbor, hijos de Dauco (379-396). Al mirar estas hazañas, los árcades vuelven a la batalla. El hijo de Evandro, con una lanza apuntada a Ilo, traspasa a Reteo. Y como el incendio suscitado por el pastor crece en la hierba seca, así se despierta el valor de los árcades y los lleva a ayudar a Palante (397-411).

INTRODUCCIÓN

Por su parte, Haleso inmola a Ladón, a Feres y a Demódoco, corta a Estrifonio la mano derecha, y rompe con una piedra la cabeza de Toas. Entonces Palante lo busca, ruega al padre Tíber que guíe su dardo, y, atendido su ruego por el dios, hiere en el pecho a Haleso, mientras éste protegía con su escudo a Himaón (412-425). Lauso no consiente que sus tropas se atemoricen, y derriba a Abante (426-428).

Combaten todos con fuerzas y jefes iguales. Las densas filas son guiadas por dos jóvenes, Lauso y Palante. Júpiter no permite que se enfrenten uno al otro, pues pronto les tocará morir bajo enemigos mayores (429-438). En esa situación, Juturna aconseja a su hermano Turno que supla a Lauso en el combate. Obedece Turno, y pide a sus hombres que le permitan combatir con Palante. Ellos dejan el campo libre (439-444). Palante se pasma ante la presencia de Turno, y marcha a combatir con él, diciéndole que está dispuesto a vencer o a morir. Los árcades sienten enfriarse su sangre cuando ven qué pugna va a iniciarse. Turno desciende de su carro, y se dispone a luchar a pie firme. Palante, antes de arrojar su lanza, pide a Hércules que le otorgue quitar la vida a Turno (445-463). Lo oye Hércules y llora, porque nada puede hacer por él. Júpiter lo consuela recordándole que los hombres tienen que morir. Que junto a Troya murieron muchos hijos de dioses, Sarpedón, el suyo, entre ellos, y que Turno llega ya también al último de sus días. Después, quita los ojos del campo de batalla (464-473).

Palante arroja la lanza, y logra rozar el cuerpo de Turno; éste dispara la suya, y atraviesa el escudo, la coraza y el pecho de aquél, y lo hace morir (474-489). Se gloria Turno de su hazaña, y concede que el cadáver de su adversario sea llevado a su gente para recibir sepultura. Antes que eso acontezca, le arranca el tahalí en que estaba cincelado el crimen de las Danaides. Más tarde hubiera dado cualquier cosa por no haber cometido ese despojo (490-505). Los árcades se llevan el cuerpo de Palante, muerto en su primer día de guerra, después de haber postrado a muchos enemigos (505-509).

DESCRIPCIÓN

Un mensajero le cuenta a Eneas lo que pasa, y el peligro que corren los suyos. Eneas busca a Turno; entra al combate con todas sus fuerzas, dolido por la muerte de Palante y la amistad de Evandro. Toma prisioneros a ocho jóvenes para inmolarlos en la pira en que arderá su joven compañero (510-520). Luego ataca a Mago, quien elude el golpe y le pide que, por Anquises y Julo, le perdone la vida a cambio de un rico rescate. Lo desoye el héroe y, a nombre de Anquises y Julo, lo degüella, pues la actitud de Turno ha suprimido la posibilidad de esos comercios de guerra (521-536). Mata en seguida al hijo de Hemón, y da a llevar sus armas a Seresto, como un trofeo a Marte; después, a Céculo y a Umbrón y a Anxur y a Tarquito, a quien condena a quedar sin sepulcro; a continuación persigue a Anteo, Lucas, Numa y Camertes, y, vencedor, se encruelece como Egeón, que movía a la vez cincuenta espadas y cincuenta escudos (537-570). Va así contra Nifeo, y lo hace caer del carro (570-574). Allí lo asaltan los hermanos Líger y Lucago, con baladronadas. Eneas no lo sufre, y, luego de matar a Lucago de un golpe de lanza, le habla, piadoso, con dichos amargos; Líger le suplica que lo deje con vida, pero el héroe no lo escucha (575-601). Tales victorias de Eneas hacen que los troyanos puedan romper el sitio y salir del campamento (602-605).

Entre tanto, Júpiter llama a Juno, y le habla del estado de la batalla; Juno le pide que, tomando en cuenta los orígenes y la piedad de Turno, le permita sacarlo de la pugna. Consiente Júpiter, aclarando que todo cuanto concede es retardar la muerte del jefe rútilo, y no cambiar el curso de la guerra. Juno aprueba (606-632).

Habiendo bajado a la tierra, la diosa crea una imagen de Eneas y la hace provocar a Turno. Éste la ataca y la persigue, sin percatarse del engaño. La imagen perseguida corre a esconderse en una nave, Turno va detrás y, una vez que ha subido, Juno rompe las amarras y deja flotar libremente la nave mencionada (633-660). La imagen de Eneas se desvanece, y Turno se lamenta ante Júpiter, se avergüenza de su propia aparente fuga, y piensa en suicidarse con la espada, o en arrojarle al

INTRODUCCIÓN

mar, para darse a las armas teucras de nuevo. Tres veces intenta ambas cosas, y tres se lo impide Juno. Por fin, ésta hace que aquél sea llevado salvo a la ciudad de Dauno (661-688).

Mientras tanto, Mezencio, aconsejado por Júpiter, entra en combate. Los tirrenos lo atacan todos y nada pueden contra él, que da muerte a Hebro, Latago y Palmo, cuyas armas entrega a Lauso; asimismo, a Evante y a Mimas. Entonces nadie se atreve ya a ir a luchar de cerca con él, quien, al verlo, se precipita sobre los enemigos atemorizados (689-729). Suprime allí la vida de Acrón y de Orodes; éste, antes de morir, le anuncia su pronto aniquilamiento (730-746).

En otras partes, troyanos y latinos se destrozaban, y caían al par unos y otros, y ninguno pensaba en huir. Los dioses lamentan tantas existencias inútilmente perdidas; Venus y Juno ven por unos y otros, y Tisífone se ensaña entre todos (747-761).

Al ver a Mezencio terrible por su magnitud y su poder, Eneas se prepara a ir a su encuentro. Lo espera aquél a pie firme, y ofrece que, con las armas de éste, convertirá a Lauso en un trofeo. Arroja el etrusco la lanza que, desviada por el escudo del troyano, va a herir a Antores. Entonces ataca Eneas, y su lanza, después de traspasar el escudo, se mete por la ingle del adversario; al verlo sangrar, Eneas, alegre, lo asalta con la espada (762-788).

Lauso, que presencia la escena, se duele por la suerte de su padre, y se interpone entre éste y la espada de Eneas. Los latinos protegen la retirada de Mezencio acometiendo al troyano con armas arrojadas, y Lauso, engañado por su piedad filial, trata de combatirlo cuerpo a cuerpo, y es fácilmente vencido (789-820).

El piadoso Eneas, para hacer un don al joven que acaba de matar, dispone que conserve sus armas y que su cadáver sea entregado a los suyos (821-832).

En tanto que esto acontecía, Mezencio lavaba sus heridas y descansaba junto al Tíber. Allí le llevan el cuerpo de su hijo. El etrusco se duele de no haber muerto en su lugar, y de los crímenes que antes ha-

DESCRIPCIÓN

bía realizado. Por fin, a pesar de su herida, se levanta y pide su caballo de guerra, sobre el cual marchará a combatir contra Eneas (833-866).

Armado y a caballo, corre velozmente a la batalla, y llama tres veces a Eneas. Éste lo reconoce, va hacia él, y le pide que comience la lucha (867-876). Mezencio le dice que no teme a los dioses ni a la muerte, e inicia la pelea arrojando lanzas, que el hijo de Anquises detiene con el escudo. Por fin, viendo que le era desventajoso luchar a pie con un enemigo ecuestre, mata al corcel de éste con una lanzada en la cabeza. El cuadrúpedo cae encima del jinete, en medio del vocerío de troyanos y latinos (877-895). Acorre Eneas con la espada desenvainada, y pregunta dónde ha quedado el ánimo de Mezencio; éste, serenamente, responde que no hay vergüenza en morir, y sólo pide que su cuerpo sea sepultado junto con el de su hijo, a pesar del odio que de sus compatriotas lo cerca. Consciente del momento de su muerte, recibe en su garganta la espada de Eneas. Alma y sangre se le derraman sobre las armas (896-908).

LIBRO UNDÉCIMO

Al nacer el siguiente día, Eneas, antes aún de enterrar a sus muertos, cumple sus votos a los dioses (1-4). Erige un tronco de encina sobre un túmulo, y lo convierte en un trofeo a Marte, vistiéndolo con las armas de Mezencio. En seguida, exhorta a sus compañeros (5-13): Hay que desechar el temor; está hecha la parte mayor de la guerra, y conviene disponer los ánimos con la esperanza de hacer pronto lo que resta. Entre tanto, es preciso ocuparse en enterrar a los caídos, y en enviar a Palante a su padre (14-28). Se retira llorando al lugar donde Acetes, antes escudero de Evandro, guardaba el cuerpo de su hijo. Allí están los criados, y los troyanos y sus mujeres; éstas con el cabello deshecho según la costumbre luctuosa, gimen cuando el héroe se presenta (29-38). El mismo Eneas se conmueve al ver el cadáver del joven, y habla llorando su muerte temprana y el dolor de Evandro, que acaso ruega a los dioses

INTRODUCCIÓN

por su hijo, cuando éste ha fallecido ya. Un consuelo tendrá el rey de los árcades: que Palante tuvo un fin glorioso. De cualquier manera, su desaparición es grave pérdida para Italia y para Julio (39-58).

Entonces selecciona a mil varones que acompañen los restos mortales, y para que consuelen al padre dolorido (59-63). Disponen un féretro de ramas, y colocan sobre él el cadáver. Eneas lo cubre con dos telas de púrpura y oro, hechas por la reina Dido, y añade trofeos y armas quitadas por Palante al enemigo (64-80); con las manos atadas a la espalda, van los ocho cautivos que serán inmolados en la pira del joven, y siguen troncos vestidos con las armas de los jefes enemigos muertos, ostentando el nombre de los mismos. Llaman a Acetes, que se postra, doliente, en la tierra (81-86). Luego están los carros rútilos ensangrentados, y el caballo de guerra de Palante, que camina llorando. Otros llevan lo que de las armas de Palante perdonó Turno, y todos los demás siguen detrás, con las armas vueltas en señal de duelo (87-93).

Cuando se retiró el cortejo, Eneas dio el último adiós a Palante y regresó a los reales (94-99), a donde llegaban pidiendo una gracia los embajadores de Latino: que se les permitiera dar sepultura a sus muertos. Eneas lo concede, y les hace saber que ha llegado a Italia por mandato de los hados, que sólo quiere la paz, y que sería mejor resolver la guerra mediante un combate singular entre él y Turno (100-119). Se asombran los latinos de su respuesta, y Drances, latino enemigo de Turno, ofrece llevar al rey la proposición en ella contenida, y afirma que a los suyos les complacerá ayudar a construir la nueva Troya (120-131). Se pacta una tregua de doce días, durante los cuales latinos y troyanos se mezclaron sin daño, y se dedicaron a cortar la madera para las piras funerarias (132-138).

Entre tanto, la Fama había llevado a Evandro la noticia de la muerte de su hijo. Van los árcades a las puertas de la ciudad, llevando antorchas fúnebres, y se unen con los troyanos que vienen a su encuentro. Después que las mujeres los ven entrar a todos bajo los techos, rompen en grandes lamentaciones (139-147). Llega Evandro y se arroja sobre el cuerpo de

DESCRIPCIÓN

Palante, y llora su muerte, y se queja de estar vivo todavía; aprueba los funerales dispuestos por el piadoso Eneas, y pide a los troyanos que regresen a su rey para decirle que el único motivo que alarga su vida, es el deseo de saber que Turno ha muerto a sus manos (148-181).

Había llegado la mañana, y Eneas y Tarcón levantaban piras para quemar los cuerpos de su gente; los hombres dan, a caballo, tres vueltas alrededor de los fuegos; arrojan en éstos los despojos arrebatados a los enemigos y las armas y ropas de los mismos muertos. Sacrifican bestias a la Muerte, y vigilan mientras las llamas se consumen y llega la noche (182-202).

Por su parte, los latinos alzan también innumerables piras para sus muertos; entierran a muchos, a muchos los envían a sus lugares de origen o a la ciudad, y a los de la gente del pueblo los queman en montón. Al tercer día, juntan los restos mortales y los sepultan (203-212).

En la ciudad de Latino, el luto es general; hay quienes, dolientes, execran a Turno y mandan que combata él solo con Eneas; Drances refuerza esta opinión; otros, en cambio, están a favor suyo (213-224). En estas circunstancias, regresan los embajadores que habían ido a pedir el auxilio de Diomedes, y declaran que todo había sido inútil, y había que procurar otras alianzas o que hacer la paz con Eneas (225-230). Latino, preocupado, llama a consejo a los principales de los suyos (231-235).

Se reúnen todos en el palacio. Latino, sentado en el centro de la asamblea, manda que los embajadores den cuenta de su misión; Vénulo, el jefe de la embajada, empieza a hablar (236-242): Visitaron a Diomedes en Argiripa, la ciudad que fundó en Italia; le dieron los regalos preparados, y lo enteraron del motivo de su viaje (243-250). Él respondió que los latinos debían guardarse de hacer la guerra a los troyanos. Los griegos que contra ellos lucharon, tuvieron triste suerte; así lo atestigua el destino de Áyax Oileo, de Menelao, de Ulises, de Neoptólemo, de Agamenón. El mismo Diomedes no pudo volver a su mujer y a su patria, y vio a sus compañeros convertidos en aves. Por tanto, no está dispuesto a oponérseles de nuevo. Él, que luchó contra Eneas, sabe cuánta es su

INTRODUCCIÓN

fuerza. Si hubiera habido en Troya otros dos hombres como él, los teucros hubieran podido expugnar a Grecia. Los diez años de resistencia de la ciudad, fueron posibles gracias a Eneas y Héctor. Diomedes aconseja que, como fuere dado, se pacte la paz con los troyanos (251-295).

Se turban los ausonios al oír esas noticias. En cuanto se apaciguan, el rey Latino comienza a decir (296-301): Los suyos han emprendido una guerra contra gente infatigable e invencible; están derrotados y, sin la esperanza del auxilio de Diomedes, tienen que valerse por sí mismos. Han combatido con valor, y Latino no culpa a nadie de lo ocurrido. Su opinión, ahora, es ceder a los troyanos una extensión de tierra al occidente del Tíber, y llamarlos como socios en el reino, de acuerdo con las normas de un tratado. En caso de que quisieran ir a otra parte, los latinos les fabricarán, con ese fin, veinte navíos. Que vayan veinte embajadores a Eneas con esa propuesta, y que le lleven ricos presentes y las insignias del reino (302-335).

Drances, el enemigo de Turno, toma entonces la palabra, y afirma que va a decir lo que todos piensan, pero callan por miedo a las iras de este por cuya culpa han caído tantos varones principales, y quien, en último término, se da a la fuga. Que hay que añadir, a los dones ofrecidos a Eneas, uno más: la mano de la princesa Lavinia. Turno, por el bien de la patria, debe renunciar a sus derechos. Y allí se dirige a Turno, y le suplica que, por la salud de todos, o se retire o vaya a combatir él solo con Eneas (336-375).

Se encoleriza Turno, y habla primero a Drances, reprochándole su abundancia de palabras y su pobreza de acciones, y lo desafía a ir junto con él a luchar contra los enemigos. Nadie puede justamente acusarlo a él de cobardía, si se consideran las hazañas que ha consumado. Drances injuria sin razón, y hace aparecer mayor de lo que es el poder de los troyanos. Sin embargo, no lo agrederá, y lo dejará con vida (376-409). En seguida endereza su voz a Latino, y le dice que, si ya no tiene esperanza en las armas latinas, pida la paz; pero que debe considerar que les quedan grandes recursos y valientes jóvenes, y la alianza de las ciudades

DESCRIPCIÓN

italas. Por lo demás, los troyanos han sufrido también considerables bajas. No hay que desmayar, pues, y hay que confiar en la fortuna. Si no se cuenta con la ayuda de Diomedes, se tiene en cambio la de Mesapo y Tolumnio y otros muchos jefes, y se dispone del auxilio de Camila y los volscos. Pero si Eneas está anuente a medirse solo con él, Turno está preparado a ello, aunque su enemigo, como Aquiles, lleve armas hechas por Vulcano (410-444).

Estaban en esto, cuando Eneas movió sus ejércitos para atacar. La noticia llega a la ciudad, y los jóvenes se aprestan a la defensa. Turno aprovechó la ocasión e, increpando por su actitud a los que se sentaban en la asamblea, salió del palacio y se puso a arengar a sus capitanes (445-462). A Voluso le manda que haga armarse a los volscos y guíe a los rútilos; a Mesapo, Coras y Catilo, que lleven al campo la caballería; a otros, que defiendan las murallas de la ciudad, y a los restantes, que vayan con él a la lucha (463-468).

En esas circunstancias, Latino abandona el consejo y difiere sus planes (469-473).

Mientras se fortalecen las defensas y suena la trompeta bélica, la reina Amata, su hija Lavinia y las restantes matronas, van al templo de Palas a pedirle que aniquile al jefe troyano (474-485).

Se viste Turno armas rutilantes, y, animoso, espera vencer; cabalga a su encuentro, acompañada de los volscos, Camila, que desmonta para hablarle y ofrecerse a ir a pelear con los troyanos y los jinetes etruscos (486-506). Turno le propone que, en tanto que él tiende una emboscada a Eneas que avanza por el monte, ella, con Mesapo y los latinos y los de Tiburto, acometa a la caballería tirrena. Exhorta luego a Mesapo y a los aliados, y marcha a tender la dicha emboscada (507-521).

Hay un valle entre montañas boscosas, a donde lleva un estrecho sendero. Sobre éste, en lo alto del monte, una planicie invisible desde la parte de abajo, ofrece a quienes en ella estén la posibilidad de atacar por sorpresa a los que pasen, o hacer rodar peñas sobre ellos. Allí se coloca Turno para aguardar el paso de Eneas (522-531).

INTRODUCCIÓN

Entre tanto, Diana llama en el cielo a Opis, una de sus compañeras, para hablarle de la suerte que espera a Camila. Ésta es amada de la diosa desde mucho tiempo atrás, pues Metabo su padre, cuando huía de los volscos sus perseguidores, se la había consagrado de niña. Ella se crió en selvas y solitarios montes y guaridas de fieras, alimentada de leche de yegua y vestida de piel de tigre; desde pequeña aprendió a usar las flechas y la honda para cazar, y, a pesar de sus muchos pretendientes, permaneció virgen por amor de la hija de Latona. Ahora, en lugar de ser una de su cortejo, va a entrar, bajo infausto presagio, en la guerra contra los teucros. Cuanto Diana puede hacer, es sepultar su cuerpo tras impedir que lo despojen de sus armas, y llevar la muerte a quien la haya matado. La encargada de realizar esta venganza será Opis, a quien la diosa entrega la flecha con que habrá de consumarla. Cuando Diana termina de hablar, su compañera desciende del cielo a cumplir su mandato (532-596).

Para este tiempo, los troyanos acercan a los muros su caballería, y en contra suya, marchan Mesapo y los latinos, Coras y Catilo y la virgen Camila. Resuena el campo con el llegar de los hombres y el relincho de los caballos (597-607). Después de haberse detenido ambos ejércitos a la distancia que puede cubrir un dardo, y luego de haber ensombrecido el cielo con las armas arrojadas, se precipitan uno contra el otro (608-612).

Luchan Tirreno y Aconteo, y la caída de éste desmoraliza a los latinos, que huyen protegiéndose la espalda con los escudos. Seguidos por los troyanos, llegan cerca de los muros, y allí se vuelven a combatir. Entonces, a su vez, los troyanos se dan a la fuga. Esto mismo ocurrió en dos ocasiones (613-630). Después no huye nadie, y el combate se traba ásperamente (631-635): Orsíloco alancea al caballo de Rémulo y hace que éste caiga derribado; Catilo abate a Yolas y a Herminio, quien, sin temor a las heridas, llevaba desnudos los hombros y la cabeza; la sangre corre por todas partes, y caen quienes buscan la gloria en las heridas (636-647).

DESCRIPCIÓN

Camila, con un pecho desnudo al modo de las amazonas, lucha con leves astiles que lanza a mano, o con un hacha de doble filo. Tiene como compañeras a las itálicas Larina, Tula y Tarpeya; luchan todas como las amazonas en torno de Hipólita o siguiendo a Pentesilea (648-653). Camila postra, en primer lugar, a Euneo, hijo de Clicio; luego a Liris y a Pagaso; añade a éstos a Amastro, Tereo, Harpálico, Demofonte y Cromis; cuantas flechas dispara, tantos hombres son abatidos (654-677). Traspasa después a Órnito el cazador, y combate y vence a Orsíloco y a Butes, los mayores de los teucros (677-698). Por accidente queda frente a Camila el ligur hijo de Auno, ducho en engaños, quien, no pudiendo huir, finge querer batallar con ella a pie firme. Cuando la virgen baja de su caballo, él espolea el suyo para escapar. Entonces Camila lo alcanza corriendo, lo pasa y, de frente, le da muerte (699-724).

Júpiter, que observa la pugna desde el Olimpo, incita las iras de Tarcón, y éste rehace para el combate las filas de los suyos, haciéndoles ver que huyen delante de una mujer, y reprochándoles su molicie (725-740). El mismo Tarcón arremete contra Vénulo, arrancado del caballo, se lo lleva abrazándolo, y procura herirlo con su propia lanza. Él y su presa parecen un águila y una serpiente en lucha mortal (741-758). Enardecidos por el ejemplo de su jefe, acuden los meónidas (758-759).

En ese momento, Arrunte comienza a acechar a Camila buscando la oportunidad de hierirla. La sigue tácito por dondequiera que ella va (759-767). Por azar, Camila columbró entre los guerreros a Clóreo, sacerdote de Cibele, que iba cubierto de armas fastuosas de púrpura y oro. La virgen, llevada por el deseo de ofrendar en los templos esas armas o de vestírselas ella misma, lo persigue, olvidada de todo lo demás (768-783). Arrunte ve llegar la ocasión esperada, y pide a Apolo que guíe hacia Camila su lanza y que le permita regresar a su patria. Febo concede la primera petición (784-798). Desapercibida, Camila recibe la lanza debajo de la teta desnuda (799-804). Mientras sus compañeras acuden a socorrerla, Arrunte emprende la huida, y se mezcla con el grupo de los combatientes (805-815). Entre tanto, Camila no puede

INTRODUCCIÓN

arrancarse de la herida la punta de hierro; antes de morir, le encarga a Aca, una de las suyas, que vaya a decirle a Turno que marche contra los troyanos y los aparte de la ciudad. Resbala, al fin, del caballo; suelta sus armas y deja escapar la vida. Entonces se recrudece la pugna (816-835).

Opis lo ha visto todo, y se condolece de la suerte de la virgen. De pie sobre la tumba de Derceno, espía a Arrunte, que viene hinchado de vanidad por su hazaña. Tiende el arco la diosa, dispara, y el matador de Camila siente a un tiempo el ruido del arma y el dolor de la herida. Queda su cuerpo abandonado en los campos, mientras Opis vuela hacia el Olimpo (836-867).

Muerta Camila, los volscos y los rútuos huyen rumbo a la ciudad y, perseguidos por los teucros, se aglomeran junto a ella (868-878). En el tumulto que se forma en las puertas, sucumben muchos míseramente, a manos de sus mismos compatriotas o de los enemigos que van tras ellos (879-890). Movidas por la visión de Camila, las mujeres defienden las murallas y se ofrecen a morir las primeras (891-895). Es llevada a Turno la noticia de la muerte de Camila, y el joven, obedeciendo las crueles voluntades de Júpiter, sale del lugar donde estaba emboscado y no acomete a Eneas, que en esos momentos sale del valle y la selva (896-905). Ambos reyes llegan con todas sus tropas a la vecindad de las murallas. Eneas divisa entre el polvo las fuerzas de Turno, y éste reconoce al cruel Eneas en armas. Si no fuera porque el sol se ponía y regresaba la noche, combatieran allí mismo. Asientan sus reales frente a la urbe, y protegen las murallas con vallados (906-915).

LIBRO DUODÉCIMO

En la ciudad, cuando Turno se ve señalado de todos y se le reclaman sus promesas, se enfurece como el león herido por los cazadores, y habla al rey Latino (1-10): Él está dispuesto a combatir con Eneas; que el

DESCRIPCIÓN

rey haga los pactos necesarios. O matará al dardanio o será vencido por él, que tendrá a Lavinia por esposa (11-17).

Le responde calmadamente Latino: Así como es justo que Turno se exalte con el valor, lo es que él lo pese todo con la reflexión. Turno tiene los reinos de su padre Dauno, y puede escoger en el Lacio una esposa de noble linaje. A Latino no le es lícito unir a su hija con un ítalo; sin embargo, por amor de Turno y por las lágrimas de su esposa, rompió el compromiso con Eneas y se metió en una guerra impía, en la cual han sido vencidos ya dos veces. ¿Por qué Turno no renuncia a sus pretensiones y permite que se haga la paz? (18-45).

La violencia de Turno crece con estas palabras del rey, a quien pide que deponga el cuidado que por él siente, y lo deje luchar con Eneas, a quien no salvará su madre Venus (45-53). A su vez, la reina Amata intenta detener a Turno y le ruega que desista, ya que su muerte significará también la de ella misma (54-63). Lavinia, al oír a su madre, llora y se ruboriza; la mira Turno y, turbado por el amor, le suplica a Amata que no lo acompañe con llanto mientras va a luchar, y en seguida manda a Eneas un mensajero para que lo emplace a disputar en duelo la mano de Lavinia durante la mañana siguiente (64-80). Va a su morada y pide sus caballos, que relinchan al verlo; él mismo se arma, y toma la espada que Vulcano había hecho para Dauno; agita en su mano la lanza, y le pide que rompa la loriga de Eneas. Movidio por la furia, se asemeja a un toro que se dispone a luchar (81-106).

El cruel Eneas, entre tanto, se arma también y se prepara, alegre de dar fin a la guerra. Tranquiliza a sus compañeros y a Julo, recordándoles lo que han mandado los hados, y envía a Latino la aceptación del duelo propuesto por Turno (107-112).

Al rayar el siguiente día, teucros y rútilos miden, junto a la ciudad, el terreno de la lucha, y preparan altares y fuegos (113-120). Los dos ejércitos se aproximan, armados como si fueran a guerrear. Los capitanes Mnesteo, Asilas y Mesapo se mueven entre los suyos. Cuando se da

INTRODUCCIÓN

la señal, se retira cada uno a su sitio, mientras las mujeres y los que no pueden combatir miran desde las murallas (121-133).

Juno, desde la cima del monte Albano, contemplaba las filas y la ciudad. Llama entonces a la ninfa Juturna, hermana de Turno, y la exhorta a que lo defienda, y se atreva, por él, a mover guerras o a violar el pacto consagrado (134-160).

Mientras tanto, llegan los reyes al lugar del combate: por una parte, Latino y Turno; por la otra, Eneas y Ascanio (161-169). Un sacerdote acerca a los altares las bestias que serán inmoladas. Después de iniciados los sacrificios, invoca Eneas a los dioses y jura que, si venciera Turno, los troyanos se irán a la urbe de Evandro y nunca atacarán a los latinos; en caso de que él prevaleciera, ítalos y teucros serán regidos por leyes iguales, y no habrá vencidos. Él dará los cultos y los dioses; Latino tendrá el imperio y el mando del ejército. Los teucros levantarán una ciudad, a la cual dará su nombre Lavinia (170-194). Prosigue Latino jurando, también por los dioses, que ni los ítalos ni él mismo romperán jamás la paz consagrada por el pacto que celebran (195-211). En acabando de hablar, ofrecen las víctimas a los dioses (212-215).

En verdad, la batalla que va a iniciarse parece desigual a los rútuos; más cuando ven acercarse a Turno, marchito y pálido (216-221). Juturna, al advertir ese parecer, toma la apariencia de Camerto, y habla a los guerreros diciéndoles: No es justo arriesgar la vida de Turno, en tanto que ellos, que superan en mucho el número de los troyanos, se sientan a mirar. Llevados por tales dichos, se mueven los ánimos de los latinos, y arden por violar el tratado (222-243).

En este punto, Juturna ofrece un prodigio en el cielo: un águila que perseguía una bandada de cisnes, agarra a uno de éstos; entonces los demás se devuelven, y hacen que aquélla suelte su presa y huya hacia las nubes (244-256). Los rútuos saludan al augurio, y el vate Tolumnio, aclarando que reconoce el mensaje de los dioses, se decide a romper el primero el pacto, y dice que Eneas es como el águila y los rútuos como los cisnes perseguidos, vencedores cuando se vuelven a luchar

DESCRIPCIÓN

(257-265). En seguida avanzó y arrojó una lanza que fue a herir a uno de los nueve hijos de Gilipo; los restantes incendiados por el dolor, arremeten a su vez con espadas y dardos; corren contra ellos los laurentes; se desbordan troyanos, agilinos y árcades, y la lucha se mezcla (266-282).

Volteadas las aras, Latino huye entre la tempestad de dardos, llevándose a sus dioses ultrajados. Otros suben a los carros o a los caballos, con la espada en la mano (283-288).

Entonces Mesapo derriba a Aulestes sobre el fuego de los altares y lo traspasa con su lanza. Los ítalos despojan el cadáver aún caliente. Corineo, después de quemar con un tizón la cara de Ebuso, lo mata con la espada. Podalirio vence a Also con la espada, y éste le parte la cabeza con un hacha (289-310). Mas el piadoso Eneas, inerme, pedía que el combate cesara y se le dejara a él solo y a Turno, de acuerdo con las condiciones establecidas (311-317). Entonces una flecha, que nadie supo nunca quién disparó, vino a clavarse en su carne (318-323). Turno recobra la esperanza cuando ve que Eneas se retira del campo. Pide caballos y armas, sube en su carro y se da a nueva matanza. Como Marte moviendo guerras junto al Hebro, lleva el rútilo su carro entre cuerpos caídos y sangre (324-340). Ya mató a Esténelo, a Tamiro y a Folo; a Glauco y a Lades, hijos de Ímbraso (341-345). En otra parte, combate Eumedes, hijo de aquel Dolón que aspiró a recibir los caballos de Aquiles como premio de una hazaña. Turno lo hiere de lejos con un dardo; lo alcanza luego y le mete la espada en la garganta, diciéndole que ya es suya la tierra ítala que buscara (346-361). Le envía como compañeros a Asbute, Clóreo, Sibaris y Dares, y también a Tersíloco y Timetes (362-364). Como las nubes ante el Bóreas, ceden las tropas al carro de Turno (365-370). Decapita éste en seguida a Fegeo, quien se atrevió a intentar detenerlo, y fue arrastrado y vencido (371-382).

Mientras Turno vence en el campo, Eneas es llevado a los reales por Mnesteo, Acates y Ascanio, y pide la curación más rápida para su herida (383-390). Llaman a Jápix Jásida, discípulo de Apolo, que había

INTRODUCCIÓN

aprendido a curar para prolongar la vida de su padre. Llega a él, y, por más que hace, no puede arrancar de la llaga la flecha (391-406). El horror de la batalla, mientras, crece en los campos, y los jóvenes luchan y caen (406-410). Entonces Venus, para aliviar el dolor de su hijo, corta dictamo del Ida, y mezclado con agua y ambrosía, lo ofrece como medicina (411-419). Jápix lava la herida con ese líquido, y al punto cesa el dolor, deja de correr sangre, y la flecha se desprende por sí sola. Las fuerzas de Eneas vuelven de inmediato a su estado anterior (420-424). Jápix proclama que la curación no la hizo él sino un dios mayor, y ordena que lleven sus armas al héroe (425-430).

Armado ya Eneas abraza a Ascanio, y besándolo por entre el yelmo, le dice que debe aprender de él el valor y el trabajo; de otros, la fortuna, y que, hombre ya, deberá tener como ejemplos a él y a Héctor (431-440). Habiendo hablado así, sale de nuevo al combate, y tras él van Anteo y Mnesteo y la tropa toda (441-445).

Turno y los ausonios ven a los que salen; los percibe Juturna, y huye miedosa. Como tiende la tromba a las tierras, mueve Eneas sus huestes hacia el enemigo. Timbreo hiere a Osiris; Mnesteo, a Arquecio; a Epulón, Acates, y a Ufente, Gías. Cae Tolumnio, el violador del tratado. Los rútuos huyen. Eneas no se preocupa por matarlos; tan sólo procura encontrarse con Turno (446-467). Entonces Juturna toma la apariencia y el lugar de Metisco, el auriga de su hermano, y aparta a éste de la vista de Eneas, llevándolo por partes diversas (468-480). Eneas lo sigue y lo llama, pero siempre es eludido por la habilidad de Juturna (481-485). Mientras, dudoso, piensa en qué hacer, Mesapo le arroja un astil que le arranca el penacho del casco. Encolerizado, se olvida, por lo pronto, de Turno; invade el centro de la lucha y suscita matanza cruel (486-499).

A manos de Turno y de Eneas mueren muchos de aquellos pueblos combatientes, que un día habrían de estar en paz inmutable (500-504). Eneas traspasa a Sucrón; Turno decapita a Ámico y a Diores, y cuelga del carro sus cabezas; Eneas envía a la muerte a Talo, Tanais y Cetego y Onites; Turno, a los hermanos licios y el árcade Menetes; como el fue-

DESCRIPCIÓN

go o como el torrente, ambos devastan su camino (505-528). Eneas tiende muerto a Murrano; hiere Turno a Hilo en las sienes; no salvó su diestra a Creteo de la furia de Turno, ni sus dioses a Cupenco de la fuerza de Eneas; y muere Eolo a manos de Turno (529-547). Todos, los latinos, los troyanos, los etruscos, los árcades, se enfrentan en vasta lucha, llevados por sus jefes (548-553).

Venus, en esa hora, infundió en su hijo el pensamiento de atacar la ciudad, a la cual él mira tranquila e inmune. Al instante llama a Mnes-teo, Sergesto y Seresto, y sube a una altura desde donde arenga a los teucros que se reúnen para oírlo (554-564): Ya que Turno se niega a combatir con él, es preciso acabar la guerra destruyendo la ciudad de Laurento (565-573). Atacan exaltados los teucros; surgen de súbito escalas y fuego. Combaten unos cuerpo a cuerpo con los defensores de las puertas, otros arrojan flechas contra quienes guardan las murallas. Eneas acusa a Latino de haber violado dos veces lo pactado con él y afirma que él es obligado a luchar (574-582). Tiemblan los ciudadanos sitiados, y mientras unos quieren rendirse, se disponen a defenderse los otros, y todos se revuelven como las abejas cuando el pastor colma de humo la colmena (583-592).

Acontece a los latinos una nueva desgracia: la reina Amata, al ver el campo sin filas rútilas y la ciudad asaltada, pensó que Turno había muerto, y se ahorcó colgándose de una viga. Las mujeres, Lavinia la primera, lanzan grandes gemidos. La noticia vuela por la ciudad. Latino se cubre de polvo la cabeza (593-613).

Entre tanto Turno, desanimado, persigue a los pocos que yerran por el campo; oye el doliente clamor de la ciudad confusa, y se pregunta lo que en ella ocurrirá. Juturna pretende distraerlo todavía, apartándolo del combate principal (614-630). Le responde Turno diciéndole que la reconoció desde el principio, y así la siguió; pero que ha visto caer a los más queridos de los suyos, y ahora la ciudad está en peligro. Que no puede ya seguir huyendo, y prefiere morir con honor (631-649). Termina apenas de hablar, cuando se presenta Saces, herido por

INTRODUCCIÓN

una flecha, y le implora en nombre de los suyos que los proteja de Eneas. La ciudad está siendo arruinada, y la reina Amata se suicidó. Mesapo y Atinas sustentan la resistencia, en tanto que Turno mueve el carro en los campos vacíos (650-664). Se turba un instante, por el pudor, el luto y la locura, el príncipe rútilo. En cuanto vuelve a la razón, voltea a las murallas, y ve arder una torre de defensa que él mismo había construido (665-677). Reconoce que vencen los hados, y que no le queda más que morir combatiendo con Eneas (678-680).

Entonces se precipita hacia la ciudad, y pide que cesen de luchar, y lo dejen cumplir lo pactado. Todos se apartan y le hacen espacio (681-696).

Eneas se alegra al oírlo, y abandona de inmediato el sitio de la ciudad (697-703). Todos vuelven los ojos hacia ellos, y Latino se pasma de que luchan varones tan grandes (704-709). Ellos, después de haberse arrojado las lanzas, se atacan con la espada. Luchan como dos toros enfurecidos, que se disputan la primacía del hato. Chocan sus escudos, y el fragor sube al cielo (710-724). Mientras, Júpiter coloca la suerte de ambos en los platos de su balanza (725-727). Turno tira a Eneas un golpe de espada; ésta, al chocar con las armas de aquél, se quiebra; al verse inerme, Turno huye rápido (728-734).

Cuentan que cuando Turno entró al combate, tomó por error, en vez de la espada de su padre, la del auriga Metisco; el arma había bastado para herir a los teucros, pero se trizó como hielo al tocar las armas hechas por Vulcano (735-741).

Huye Turno enloquecido entre los teucros, el pantano y los muros de la ciudad (742-745). Eneas lo sigue muy de cerca, a pesar de que lo retarda la herida que recibió, al modo del perro de Umbría que acosa al ciervo y no logra alcanzarlo (746-755). Turno mientras huye, pide que le lleven su espada; Eneas amenaza de muerte a quien lo intente. Así hacen y deshacen en carrera diez círculos (756-765).

Estaba en el campo el tronco de un acebuche consagrado a Fauno, árbol que los troyanos habían tumbado al arreglar para la lucha el terre-

DESCRIPCIÓN

no. Allí se clavó la lanza de Eneas, quien intenta arrancarla ahora para herir con ella al adversario. Turno ruega a Fauno y a la Tierra que no lo permitan, y los dioses lo oyen. Todo el esfuerzo de Eneas es inútil. Entonces Juturna se acerca a su hermano y le entrega la espada (766-785). A su vez, Venus hace que su hijo recobre su lanza. Ambos héroes, armados, quedan de nuevo frente a frente (786-790).

Aquí habla Júpiter con Juno, y le hace ver que ya no le queda nada por intentar, y le prohíbe pasar adelante (791-806). La esposa le responde sumisa que admite haber persuadido a Juturna de que defendiera a su hermano, pero no haber herido a Eneas. Fatigada, renuncia a la lucha. Accede a que Eneas despose a Lavinia y que sus pueblos se unan. Pero solicita que los latinos conserven su nombre, sus trajes y su idioma, y que desaparezca el nombre de Troya (807-828). Júpiter sonrío y concede lo solicitado. Él solamente añadirá dioses y cultos. De la mezcla de ambos linajes, surgirá uno que por su piedad superará a hombres y dioses y que, como nadie, venerará a Juno (829-840). Ésta asiente, alegre, y se retira (841-842).

El padre aquí, para apartar a Juturna de su hermano, llama a una de las Furias que emplea, cruel, cuando se trata de castigar a hombres o a ciudades, y la envía a la hermana de Turno (843-860). La Furia, al llegar, toma la figura de un pájaro y bate las alas junto al rostro y contra el escudo del rútilo, que calla aterrado (861-868). Cuando Juturna la reconoce, comprende que nada puede hacer ya, y, maldiciendo de su inmortalidad que le impide acompañar a su hermano a las sombras, se sumerge gimiendo en lo hondo del río (869-886).

Eneas blande la lanza y, desde el pecho cruel, desafía a Turno a luchar con las crueles armas. Éste responde que no lo aterra él; lo aterran los dioses adversos. Trata inútilmente de arrojar contra Eneas un peñasco enorme, y da en la cuenta de que ha perdido las fuerzas. Desmaya como en una pesadilla, y se mira débil y abandonado (887-918). Eneas busca el punto en que debe herir, y contra él lanza el dardo con todo su poder. El arma descierra la loriga y el clipeo del enemigo, y

INTRODUCCIÓN

se le hunde en el muslo. Turno cae a tierra, y gimen los rútilos coreados por los ecos (919-929). Humilde, se da por vencido, y ruega a Eneas que lo perdone. El héroe está a punto de ceder, cuando ve en el hombro de su adversario el tahalí de Palante; entonces, incendiado por el recuerdo del cruel dolor, mete la espada en el pecho de Turno. Gime el alma de éste y huye, indignada, a esconderse bajo las sombras (930-952).

III

La versión

He procurado, en la versión al español de la obra de Virgilio que con este volumen concluyo, el mayor acercamiento a la lengua original, y, por él, a las intenciones del autor.

En efecto, antes que pretender que el latín, al ser traducido, se acerque a las formas naturales del español, he querido que el español, para estar en condiciones de recibir el contenido del original que traduce, se aproxime al latín.

Con ese objeto, he preferido atenerme a la literalidad más cabal —entendida la literalidad como la aproximación a las palabras mismas, al ritmo, a los encabalgamientos, a los giros y al sentido de la construcción—, en vez de buscar el fondo del original por medio del sistema, siempre chapucero e innoble, cuando se trata de verter una obra clásica, que entraña la dilución parafrástica.

Quizá por la formación eclesiástica de muchos de nuestros mejores humanistas, el modo de traducción que aquí adopto no ha sido muy favorecido entre nosotros. Parece que de acuerdo con dicha formación se hace un distingo, que juzgo insostenible, entre traducción literal, palabra a palabra, y traducción literaria. Ésta consistiría en decir parafrásticamente, con palabras propias del traductor y más o menos elegantes, una vez comprendido el texto, lo que el autor tuvo en mente expresar.

La tarea, para mí, ha consistido en dar una versión que sea, a la vez, literal y literaria, y a fin de cumplirla me he fundado en la idea de que, seguir apegadamente al modelo, es la garantía suma para la calidad literaria de la versión.

Aparte de otros defectos, opino que la traducción en paráfrasis tiene el de hacer dudoso el conocimiento que el traductor posee de la lengua original, pues tal tipo de traducción da a menudo la impresión de no

INTRODUCCIÓN

ser el resultado de un trabajo directo sobre el texto, sino el fruto de la lectura de otras traducciones.

Por lo demás, a mi modo de ver, no hay pérdida para el español en volver a latinizarse y a reconquistar formas y vocablos que empobreciéndolo, han caído en desuso.

Para terminar: si el traductor de la Biblia no puede concederse la licencia de inventar o añadir explicaciones en su versión del texto, pienso que el traductor de Homero, de Platón o de Virgilio, tampoco debe hacerse tal concesión, sino que ha de respetar como si fueran sagrados esos textos, los cuales, en muchos sentidos, ciertamente lo son.

El texto de que, con pequeñas modificaciones, me he valido para mi trabajo, es el de Henri Goelzer, publicado por Garnier de París, en edición sin fecha.

ENEIDA

TEXTOS LATINO Y ESPAÑOL

BIBLIOTHECA SCRIPTORVM GRAECORVM ET ROMANORVM MEXICANA
Universidad Nacional Autónoma de México
Derechos Reservados

Liber primus

Arma virumque cano, Trojae qui primus ab oris
Italiam, fato profugus, Laviniaque venit
Litora. Multum ille et terris jactatus et alto
Vi Superum, saevae memorem Junonis ob iram;
5 Multa quoque et bello passus, dum conderet urbem,
Inferretque deos Latio: genus unde Latinum,
Albanique patres, atque altae moenia Romae.

Musa, mihi causas memora, quo numine laeso,
Quidve dolens regina deum tot volvere casus
10 Insignem pietate virum, tot adire labores
Impulerit. Tantaene animis caelestibus irae!

Urbs antiqua fuit, Tyrii tenuere coloni,
Carthago, Italiam contra Tiberinaque longe
Ostia, dives opum studiisque asperrima belli;
15 Quam Juno fertur terris magis omnibus unam
Posthabita coluisse Samo. Hic illius arma,
Hic currus fuit; hoc regnum dea gentibus esse,
Si qua fata sinant, jam tum tenditque fovetque.
Progeniem sed enim Trojano a sanguine duci
20 Audierat, Tyrias olim quae verteret arces;
Hinc populum late regem belloque superbum
Venturum excidio Libyae: sic volvere Parcas.
Id metuens veterisque memor Saturnia belli,
Prima quod ad Trojam pro caris gesserat Argis —
25 Necdum etiam causae irarum saevique dolores
Exciderant animo; manet alta mente repostum
Judicium Paridis spretaeque injuria formae,
Et genus invisum et rapti Ganymedis honores —
His accensa super, jactatos aequore toto
30 Troas, reliquias Danaum atque immitis Achilli,

Libro primero

Armas canto y al hombre que, el primero, de playas troyanas
—prófugo del hado— a Italia vino y a las costas lavinias.

Mucho aquél en tierras y alta mar fue con la fuerza hostigado
de los supernos, por la ira de Juno cruel, memoriosa;
mucho también con la guerra sufrió, hasta que la urbe fundara 5
y al Lacio entrara los dioses, de donde el linaje latino
y los albanos padres y de la alta Roma los muros.

Musa, las causas recuérdame: por cuál poder lastimado,
o por qué la reina de dioses, dolida, a tantas desgracias
volver, a ir a tantos trabajos, empujó al hombre insigne 10
por su piedad. ¡Tan grandes iras en las almas celestes!

Hubo una antigua ciudad, la tuvieron tirios colonos:
Cartago, enfrente de Italia y las bocas del Tíber,
de lejos; rica en bienes y aspérrima en empeños de guerra;
se dice que Juno a ella sola más que a todas las tierras 15
había, postpuesta Samos, honrado; aquí las armas de ella,
aquí el carro estuvo; que ésta sea reino a las gentes, la diosa
(si en algún modo los hados lo admiten) ya allí busca y fomenta.
Más también había oído que un renuevo de sangre troyana
saldría, que las tirias torres iba a voltear con el tiempo; 20
de aquí, un pueblo rey vastamente y en la guerra soberbio
vendría para ruina de Libia: así lo ordenaban las Parcas.
Temiéndolo la Saturnia, y de la vieja guerra acordándose
que, primera, había llevado a Troya por su Argos querida
(tampoco, aún, las causas de iras y los crueles dolores 25
caían de su ánimo: permanece, en la alta mente guardado,
el juicio de Paris, y a su despreciada forma la injuria,
y el linaje odioso, y del raptado Ganimedes las honras;
por esto, además, incendiada), en todo el mar hostigados
a los troyanos, de los dánaos y el duro Aquiles reliquias, 30

VIRGILIO

Arcebat longe Latio; multosque per annos
Errabant, acti fati maria omnia circum.
Tantae molis erat Romanam condere gentem!
Vix e conspectu Siculae telluris in altum
35 Vela dabant laeti et spumas salis aere ruebant,
Cum Juno aeternum servans sub pectore vulnus,
Haec secum: « Mene incepto desistere victam,
Nec posse Italia Teucrorum avertere regem?
Quippe vetor fati! Pallasne exurere classem
40 Argivum atque ipsos potuit submergere ponto,
Unius ob noxam et furias Ajacis Oïlei?
Ipsa, Jovis rapidum jaculata e nubibus ignem,
Disjecitque rates evertitque aequora ventis;
Illum, exspirantem transfixo pectore flammam,
45 Turbine corripuit scopuloque infixit acuto!
Ast ego, quae divum incedo regina, Jovisque
Et soror et conjux, una cum gente tot annos
Bella gero. Et quisquam numen Junonis adorat
Praeterea, aut supplex aris imponet honorem? »
50 Talia flammato secum dea corde volutans,
Nimborum in patriam, loca feta furentibus Austris,
Aeoliam venit. Hic vasto rex Aeolus antro
Luctantes ventos tempestatesque sonoras
Imperio premit ac vinclis et carcere frenat.
55 Illi indignantes magno cum murmure montis
Circum claustra fremunt; celsa sedet Aeolus arce,
Sceptra tenens, mollitque animos et temperat iras.
Ni faciat, maria ac terras caelumque profundum
Quippe ferant rapidi secum verrantque per auras.
60 Sed pater omnipotens speluncis abdidit atris,
Hoc metuens, molemque et montes insuper altos
Imposuit, regemque dedit, qui foedere certo
Et premere et laxas sciret dare jussus habenas.

Ad quem tum Juno supplex his vocibus usa est:

ENEIDA I

apartaba lejos del Lacio. Y por múltiples años
erraban, traídos por los hados en torno a todos los mares.
¡Era de mole tan grande fundar a la gente romana!

Apenas al mar, desde la vista de la sícula tierra,
velas daban alegres, y espuma herían de sal con el bronce, 35
cuando Juno, la eterna llaga bajo el pecho guardando,
dice esto consigo: “¿Que vencida deje yo lo empezado,
y no pueda de Italia alejar al rey de los teucros?

¡Me impiden los hados! ¿Incendiar Palas no pudo la flota
de los argivos, y a los mismos sumergir en el ponto, 40
por la culpa de uno y las furias de Áyax de Oileo?

La misma, enviando de las nubes el raudo fuego de Jove,
esparció las naves, y los mares volcó con los vientos.

A él, espirando llamas por el pecho transfijo,
lo arrebató en el turbón y lo clavó en agudo peñasco. 45

Mas yo, que como reina de los dioses camino, y de Jove
hermana y esposa, tantos años con sola una gente
guerras llevo. ¿Y adora alguien el numen de Juno
después, o suplicante impondrá un honor en sus aras?”

Revolviendo esto consigo en el pecho en llamas, la diosa 50
al país de las lluvias, sitios de austros furiosos preñados,
a Eolia, vino. El rey Eolo aquí, en antro vasto,
luchantes vientos y tempestades sonoras
con mando oprime, y con cadenas y cárcel refrena.

Ellos, indignantes, con magno murmurio del monte 55
braman en torno a sus cierres. En alta torre Eolo se sienta
teniendo los cetros, y ablanda ánimos e iras tempera.

Si no lo hiciera, mares y tierras y cielo profundo,
por cierto alzarán raudos consigo, y por los aires barrieran.
Mas el padre omnipotente los ocultó en negras cavernas, 60
temiéndolo, y una mole y altos montes encima
les puso, y rey les dio, que con un pacto cierto,
supiera, mandado, oprimir y dar flojas las riendas.

Para él, allí, usó Juno suplicante estas voces:

VIRGILIO

- 65 « Acole (namque tibi divum pater atque hominum rex
Et mulcere dedit fluctus et tollere vento),
Gens inimica mihi Tyrrhenum navigat aequor,
Ilium in Italiam portans victosque Penates:
Incute vim ventis submersasque obrue puppes,
70 Aut age diversos et disjice corpora ponto.
Sunt mihi bis septem praestanti corpore Nymphae,
Quarum quae forma pulcherrima Deïopea,
Connubio jungam stabili propriamque dicabo,
Omnes ut tecum meritis pro talibus annos
75 Exigat, et pulchra faciat te prole parentem. »
 Aeolus haec contra « Tuus, o regina, quid optes
Explorare labor; mihi jussa capessere fas est.
Tu mihi quodcumque hoc regni, tu scepra Jovemque
Concilias; tu das epulis accumbere divum,
80 Nimborumque facis tempestatumque potentem. »
 Haec ubi dicta, cavum conversa cuspide montem
Impulit in latus; ac venti, velut agmine facto,
Qua data porta, ruunt, et terras turbine perflant.
Incubere mari, totumque a sedibus imis
85 Una Eurusque Notusque ruunt creberque procellis
Africus, et vastos volvunt ad litora fluctus.
Insequitur clamorque virum stridorque rudentum.
Eripiunt subito nubes caelumque diemque
Teucrorum ex oculis: ponto nox incubat atra.
90 Intonuere poli et crebis micat ignibus aether
Praesentemque viris intentant omnia mortem.
 Extemplo Aeneae solvuntur frigore membra;
Ingemit, et duplices tendens ad sidera palmas
Talia voce refert: « O terque quaterque beati
95 Quis ante ora patrum, Trojae sub moenibus altis,
Contigit oppetere! o Danaum fortissime gentis
Tydide! mene Iliacis occumbere campis
Non potuisse, tuaque animam hanc effundere dextra,

ENEIDA I

“Eolo, pues a ti el padre de dioses y rey de los hombres
suavizar te dio y levantar con el viento las olas: 65
gente enemiga para mí, el mar Tirreno navega,
portando hacia Italia a Ilión y sus vencidos penates.
Echa fuerza a los vientos, las sumergidas popas recubre,
o dispersados llévalos y esparce en el ponto sus cuerpos. 70
Tengo dos veces siete ninfas de cuerpo prestante,
de las cuales a Deyopea, que es por su forma bellísima,
uniré en connubio estable y dedicaré como propia,
para que contigo, por tales méritos, todos los años
atraviere, y padre de una bella prole te haga.” 75

Eolo, a su vez, éstas: “Explorar, oh reina, qué quieres,
trabajo tuyo; es justo, para mí, tomar tus mandatos.
Tú a mí esto, cual fuere, de reino; tú los cetros y a Jove
me ganas; tú me das el recostarme en banquetes de dioses,
y me haces de las nubes y las tempestades potente.” 80

Cuando esto fue dicho, con la vuelta punta el cóncavo monte
empujó a un lado; y los vientos, como en tropa formada,
corren donde es dada la puerta, y en turbón baten las tierras.
Se echaron sobre el mar, y todo, desde sus hondos asientos,
a una el Euro y el Noto derriban, y, frecuente en procelas, 85
el Ábrego; y vastas ruedan a las costas las olas.
Siguen el clamor de los varones y el estridor de los cables.
Las nubes arrebatan de súbito el cielo y el día
de los ojos de los teucros. Negra, incuba el ponto la noche.
Tronaron los polos, y brilla el éter con fuegos frecuentes, 90
y a los hombres todas las cosas tienden, presente, la muerte.

De pronto, se sueltan de frío los miembros de Eneas;
gime, y, las dobles palmas tendiendo a los astros,
tal con la voz dice: “¡Oh, tres, cuatro veces dichosos a quienes
ante rostros paternos, bajo los altos muros de Troya 95
sucedió el morir! ¡Oh, el de la gente de los dánaos más fuerte,
Tidida! ¿Que caer muerto yo en los campos ilíacos
no haya podido, y esta alma derramar por tu diestra,

VIRGILIO

Saevus ubi Aeacidae telo jacet Hector, ubi ingens
 100 Sarpedon, ubi tot Simois correpta sub undis
 Scuta virum galeasque et fortia corpora volvit! »
 Talia jactanti stridens Aquilone procella
 Velum adversa ferit, fluctusque ad sidera tollit.
 Franguntur remi; tum prora avertit et undis
 105 Dat latus; insequitur cumulo praeruptus aquae mons.
 Hi summo in fluctu pendent; his unda dehiscens
 Terram inter fluctus aperit; furit aestus harenis.
 Tres Notus abreptas in saxa latentia torquet
 (Saxa vocant Itali, mediis quae in fluctibus, Aras,
 110 Dorsum immane mari summo), tres Eurus ab alto
 In brevia et syrtes urget, miserabile visu,
 Illiditque vadis atque aggere cingit harenae.
 Unam, quae Lycios fidumque vehebat Oronten,
 Ipsius ante oculos ingens a vertice pontus
 115 In puppim ferit : excutitur pronusque magister
 Volvitur in caput; ast illam ter fluctus ibidem
 Torquet agens circum et rapidus vorat aequore vertex.
 Apparent rari nantes in gurgite vasto,
 Arma virum tabulaeque et Troïa gaza per undas.
 120 Jam validam Ilionei navem, jam fortis Achatae,
 Et qua vectus Abas, et qua grandaevus Aletes,
 Vicit hiems; laxis laterum compagibus omnes
 Accipiunt inimicum imbrem, rimisque fatiscunt.
 Interea magno misceri murmure pontum,
 125 Emissamque hiemem sensit Neptunus, et imis
 Stagna refusa vadis graviter commotus, et alto
 Prospiciens summa placidum caput extulit unda.
 Disjectam Aeneae toto videt aequore classem,
 Fluctibus oppressos Troas caelique ruina.
 130 Nec latuere doli fratrem Junonis et irae.
 Eurum ad se Zephyrumque vocat, dehinc talia fatur:
 « Tantane vos generis tenuit fiducia vestri?

ENEIDA I

donde el fiero Héctor yace por el dardo del Eácida, donde
Sarpedón ingente, donde el Simois, en sus ondas cercados, 100
tantos escudos de hombres, cascos y fuertes cuerpos revuelve?”

Al que hablaba así, la procela, del Aquilón estridente,
hiere, adversa, la vela, y las olas a los astros levanta.

Se rompen los remos; la proa se vuelve allí, y a las ondas
da el lado; sigue, en cúmulo, un monte escarpado de agua. 105

Éstas cuelgan en la punta de la ola; a éstas la onda, partiéndose,
tierra entre olas descubre; se enfurece el hervor con la arena.

El Noto a tres, llevadas por fuerza, tuerce en peñas latentes
(peñas que, en medio de las olas, llaman los ítalos aras,
dorso enorme en lo sumo del mar); desde alta mar, tres el Euro 110

lanza hacia bajíos y sirtes —cosa de ver miserable—
y las estrella en vados y ciñe con un monte de arena.

A una, la que a los licios y al fiel Orontes llevaba,
desde el vértice, ingente ponto ante los ojos del mismo
hiere en la popa: arrojado es y vuelto, en declive, el piloto 115
de cabeza. Y allí mismo tres veces la ola la tuerce

llevándola en cerco, y raudo vórtice en el mar se la traga.
En el vasto abismo, unos cuantos aparecen nadando,

armas de hombres, y tablas, y tesoros de Troya en las ondas.
Ya a la gran nave de Ilioneo, ya a la de Acates el fuerte, 120

y a esa en que es llevado Abante, y a esa en que Aletes anciano,
venció la tormenta. Por las juntas de los lados, abiertas,
todas reciben la lluvia enemiga, y con grietas se rajan.

Entre tanto, el ponto con magno murmurio mezclarse
y lanzarse la tormenta, Neptuno sintió, gravemente 125

conmovido, y de hondos vados las aguas vertidas; y al alta
mar mirando, la plácida testa sacó por cima de la onda.

Por toda la llanura, ve dispersa la flota de Eneas,
y a los troyanos opresos por olas y ruina del cielo.

No se ocultaron a su hermano los dolos e iras de Juno. 130

Al Euro hacia sí y al Céfiro llama; después, esto dice:

“¿Os poseyó tan gran confianza de vuestro linaje?

VIRGILIO

Jam caelum terramque, meo sine numine, venti,
 Miscere et tantas audetis tollere moles!
 135 Quos ego . . . Sed motos praestat componere fluctus.
 Post mihi non simili pœna commissa luetis.
 Maturate fugam regique haec dicite vestro :
 Non illi imperium pelagi saevumque tridentem,
 Sed mihi sorte datum. Tenet ille immania saxa,
 140 Vestras, Eure, domos; illa se jactet in aula
 Aeolus, et clauso ventorum carcere regnet. »
 Sic ait et dicto citius tumida aequora placat
 Collectasque fugat nubes solemque reducit.
 Cymothoe simul et Triton adnixus acuto
 145 Detrudunt naves scopulo; levat ipse tridenti
 Et vastas aperit syrtes et temperat aequor
 Atque rotis summas levibus perlabitur undas.
 Ac veluti magno in populo cum saepe coorta est
 Seditio saevitque animis ignobile vulgus,
 150 Jamque faces et saxa volant, furor arma ministrat;
 Tum, pietate gravem ac meritis si forte virum quem
 Conspexere, silent arrectisque auribus adstant;
 Ille regit dictis animos, et pectora mulcet :
 Sic cunctus pelagi cecidit fragor, aequora postquam
 155 Prospiciens genitor caeloque invectus aperto
 Flectit equos curruque volans dat lora secundo.
 Defessi Aeneadae, quae proxima litora, cursu
 Contendunt petere et Libyae vertuntur ad oras.
 Est in secessu longo locus : insula portum
 160 Efficit objectu laterum, quibus omnis ab alto
 Frangitur inque sinus scindit sese unda reductos
 Hinc atque hinc vastae rupes geminique minantur
 In caelum scopuli, quorum sub vertice late
 Aequora tuta silent; tum silvis scaena coruscis
 165 Desuper horrentique atrum nemus imminet umbra.
 Fronte sub adversa scopulis pendentibus antrum;

ENEIDA I

¿Ya el cielo y la tierra sin mi numen, oh vientos,
 os atrevéis a mezclar, y a levantar moles tan grandes?
 ¡Yo os. . . ! Pero reunir las olas removidas está antes. 135
 Luego, con pena desigual me pagaréis los delitos.
 Apresurad la fuga, y a vuestro rey decid esto:
 No a él el imperio del piélago y el fiero tridente,
 sino a mí, por suerte fue dado. Tiene él las peñas enormes,
 moradas vuestras, Euro: en aquel recinto se jacte 140
 Eolo, y de los vientos reine en la cárcel cerrada.”

Habla así, y más presto que dicho aplaca los tímidos mares,
 y ahuyenta las nubes congregadas, y el sol restituye.
 Cimotoc y Tritón a un tiempo, esforzándose, arrancan las naves
 del agudo escollo; él mismo con su tridente las alza, 145
 y abre las vastas sirtes y templá la marina llanura,
 y con ruedas leves por las cimas de las ondas resbala.
 Y como en magno pueblo, cuando a menudo ha surgido
 la sedición, y el vulgo innoble se ensaña en sus ánimos,
 y vuelan ya antorchas y piedras —el furor armas ministra—, 150
 allí si acaso a algún varón en piedad y méritos grave
 miraron, callan y con orejas tiasas se quedan:
 él rige con dichos los ánimos y los pechos suaviza;
 cayó así el fragor todo del piélago, después que observando
 los mares el padre, y llevado bajo el cielo sereno, 155
 vuelve sus caballos y riendas da al leve carro, volando.

Los cansados Enéadas las costas que están cerca procuran
 buscar en su curso, y tuercen hacia las playas de Libia.
 Hay, en largo retiro, un lugar: un puerto la isla
 causa con la oposición de sus lados; en ellos toda onda 160
 de alta mar se rompe, y en retrocedidos pliegues se escinde.
 Aquí y allí, vastas rocas y gemelos escollos
 amenazan al cielo; ampliamente callan, salvos, los mares
 bajo su vértice; allí, una escena de selvas movidas
 encima, y un negro bosque de horrenda sombra domina. 165
 Bajo el frente opuesto, en pendientes escollos un antro;

VIRGILIO

Intus aquae dulces vivoque sedilia saxo,
 Nympharum domus. Hic fessas non vincula naves
 Ulla tenent, unco non alligat ancora morsu.
 170 Huc septem Aeneas collectis navibus omni
 Ex numero subit; ac magno telluris amore
 Egressi optata potiuntur Troes harena
 Et sale tabentes artus in litore ponunt.
 Ac primum silici scintillam excudit Achates
 175 Suscepitque ignem foliis atque arida circum
 Nutrimenta dedit rapuitque in fomite flammam.
 Tum Cererem corruptam undis Cerealiaque arma
 Expediunt fessi rerum frugesque receptas
 Et torrere parant flammis et frangere saxo.
 180 Aeneas scopulum interea conscendit et omnem
 Prospectum late pelago petit, Anthea si quem
 Jactatum vento videat Phrygiasque biremes
 Aut Capyn aut celsis in puppibus arma Caïci.
 Navem in conspectu nullam, tres litore cervos
 185 Prospicit errantes; hos tota armenta sequuntur
 A tergo et longum per valles pascitur agmen.
 Constitit hic arcumque manu celeresque sagittas
 Corripuit, fidus quae tela gerebat Achates.
 Ductoresque ipsos primum, capita alta ferentes
 190 Cornibus arboreis sternit; tum vulgus et omnem
 Miscet agens telis nemora inter frondea turbam;
 Nec prius absistit quam septem ingentia victor
 Corpora fundat humi et numerum cum navibus aequet.
 Hinc portum petit et socios partitur in omnes.
 195 Vina, bonus quae deinde cadis onerarat Acestes
 Litore Trinacrio dederatque abeuntibus heros,
 Dividit et dictis maerentia pectora mulcet :
 « O socii (neque enim ignari sumus ante malorum),
 O passi graviora, dabit deus his quoque finem.
 200 Vos et Scyllaeam rabiem penitusque sonantes

ENEIDA I

dentro, aguas dulces y asientos en el vivo peñasco:
casa de las ninfas. Aquí a las cansadas naves ningunos
lazos retienen; no las liga el ancla con corvo mordisco.
Allí Eneas, con siete naves reunidas de todo 170
el número, llega; y con magno amor de la tierra,
los troyanos, saliendo, se adueñan de la arena deseada,
y los miembros comidos por la sal en la costa abandonan.
Y primero una chispa sacó del sílex Acates,
y recibió en hojas el fuego, y en torno, resecos 175
alimentos le dio, y arrebató entre yesca la flama.
Luego a Ceres por las ondas corrupta, y las armas de Ceres,
cansados de las cosas, disponen, y los frutos salvados
se aprestan a secar en las flamas y a romper en la piedra.
Eneas asciende al escollo, entre tanto, y la vista 180
toda ampliamente por el piélagos busca: si a Anteo
ve por el viento acosado, o a las frigias birremes
o a Capis, o, en las altas popas, las armas de Caico.
Ninguna nave a la vista, en la costa tres ciervos
observa, errantes; a éstos siguen rebaños enteros 185
detrás, y pace larga tropa a través de los valles.
Túvose aquí, y en la mano el arco y las céleres flechas
tomó de prisa, dardos que el fiel Acates portaba.
Y primero a los mismos guías, que llevaban altas cabezas
con cuernos arbóreos, derriba; luego al vulgo y a toda 190
la turba mezcla, entre bosques frondosos con dardos siguiéndola,
y no ceja antes que, vencedor, siete ingentes
cuerpos postra en el suelo, e iguala con las naves su número.
De allí busca el puerto, y los reparte entre todos los socios.
Después, los vinos que en jarras había el buen Acestes cargado 195
en la costa trinacria, y dado a quienes se iban el héroe
divide, y con dichos los afligidos pechos suaviza:
“Oh, socios (pues desde antes no somos ignorantes de males),
oh, sufrientes de lo más grave, un dios fin dará también a esto.
Vosotros a la rabia de Escila y los escollos sonantes 200

VIRGILIO

Accestis scopulos; vos et Cyclopia saxa
Experti : revocate animos maestumque timorem
Mittite; forsan et haec olim meminisse juvabit.
Per varios casus, per tot discrimina rerum,
205 Tendimus in Latium, sedes ubi fata quietas
Ostendunt; illic fas regna resurgere Trojae.
Durate, et vosmet rebus servate secundis. »
Talia voce refert, curisque ingentibus aeger
Spem vultu simulat, premit altum corde dolorem,
210 Illi se praedae accingunt dapibusque futuris.
Tergora diripiunt costis et viscera nudant;
Pars in frusta secant verubusque trementia figunt;
Litore aena locant alii, flammasque ministrant.
Tum victu revocant vires, fusique per herbam
215 Implentur veteris Bacchi pinguisque ferinae.
Postquam exempta fames epulis mensaeque remotae,
Amisissos longo socios sermone requirunt,
Spemque metumque inter dubii, seu vivere credant,
Sive extrema pati nec jam exaudire vocatos.
220 Praecipue pius Aeneas nunc acris Oronti,
Nunc Amyci casum gemit et crudelia secum
Fata Lyci, fortemque Gyan fortemque Cloanthum.
Et jam finis erat, cum Juppiter aethere summo
Despiciens mare velivolum terrasque jacentes,
225 Litoraue et latos populos, sic vertice caeli
Constitit et Libyae defixit lumina regnis.
Atque illum tales jactantem pectore curas
Tristior et lacrimis oculos suffusa nitentes
Alloquitur Venus : « O qui res hominumque Deumque
230 Aeternis regis imperiis et fulmine terres,
Quid meus Aeneas in te committere tantum,
Quid Troes potuere, quibus tot funera passis
Cunctus ob Italiam terrarum clauditur orbis?
Certe hinc Romanos olim, volventibus annis,

ENEIDA I

en lo hondo, llegasteis; vosotros también las peñas ciclópeas
probasteis: recobrad los ánimos, y el triste temor
despedid; acaso un día alegrará recordar también esto.

Por varios azares, de las cosas por tantos peligros,
tendemos al Lacio, donde los hados moradas tranquilas
presentan; lícito es que allí resurjan los reinos de Troya. 205
Resistid, y guardaos vosotros para cosas felices.”

Tal con la voz refiere, y, enfermo de ingentes cuidados,
finge esperanza en el rostro, en el pecho dolor hondo oprime.
Ellos a la presa se disponen y a las viandas futuras. 210

Las pieles arrancan de los flancos y desnudan las carnes;
parte, en trozos las cortan y trementes en varas las fijan;
ponen otros, en la costa, calderos, y flamas ministran.
De la comida allí sacan fuerzas, y en la hierba esparcidos
se llenan de viejo Baco y de pingüe venado. 215

Luego, saciada el hambre en manjares y apartadas las mesas,
requieren con larga plática a los socios perdidos,
y entre esperanza y miedo dudosos, o creen que viven
o que han sufrido lo extremo y, llamados, ya no oyen.
Sobre todo el piadoso Eneas, ora de Orontes fogoso 220
ora de Ámico, gime consigo la ruina, y los crueles
hados de Lico, y al fuerte Gías y al fuerte Cloanto.

Y ya era el fin, cuando Júpiter, desde lo sumo del éter
mirando el mar velívolo y las tierras yacentes
y playas y vastos pueblos, así del cielo en el vértice 225
se detuvo, y fijó las lumbres en los reinos de Libia.

Y a él que tales cuidados agitaba en su pecho,
muy triste, y arrasada de lágrimas los ojos lucientes,
le habla Venus: “Oh tú, que las cosas de hombres y dioses
riges con eternos imperios y con el rayo amedrentas, 230

¿qué tanto mi Eneas cometer en tu contra,
qué los troyanos pudieron, que tantas muertes sufriendo,
todo el orbe de las tierras se les cierra a causa de Italia?

Por cierto, que los romanos de aquí un día, al volver de los años,

VIRGILIO

235 Hinc fore ductores, revocato a sanguine Teucrici,
 Qui mare qui terras omni ditione tenerent,
 Pollicitus, quae te, genitor, sententia vertit?
 Hoc equidem occasum Trojae tristesque ruinas
 Solabar fatis contraria fata rependens;
 240 Nunc eadem fortuna viros tot casibus actos
 Insequitur. Quem das finem, rex magne, laborum?
 Antenor potuit, mediis elapsus Achivis,
 Illyricos penetrare sinus atque intima tutus
 Regna Liburnorum et fontem superare Timavi,
 245 Unde per ora novem, vasto cum murmure montis
 It mare proruptum, et pelago premit arva sonanti.
 Hic tamen ille urbem Patavi sedesque locavit
 Teucrorum et genti nomen dedit armaque fixit
 Troïa; nunc placida compostus pace quiescit.
 250 Nos, tua progenies, caeli quibus annuis arcem,
 Navibus (infandum!) amissis, unius ob iram
 Prodimur atque Italis longe disjungimur oris.
 Hic pietatis honos? sic nos in sceptris reponis? »
 Olli subridens hominum sator atque deorum
 255 Vultu, quo caelum tempestatesque serenat,
 Oscula libavit natae; dehinc talia fatur :
 « Parce metu, Cytherea; manent immota tuorum
 Fata tibi; cernes urbem et promissa Lavini
 Moenia, sublimemque feres ad sidera caeli
 260 Magnanimum Aenean, neque me sententia vertit.
 Hic (tibi fabor enim, quando haec te cura remordet,
 Longius et volvens fatorum arcana movebo)
 Bellum ingens geret Italia populosque feroces
 Contundet moresque viris et moenia ponet,
 265 Tertia dum Latio regnantem viderit aestas,
 Ternaque transierint Rutulis hiberna subactis.
 At puer Ascanius, cui nunc cognomen Iulo
 Additur (Ilus erat, dum res stetit Ilia regno),

ENEIDA I

que de aquí saldrían, guías, de sangre renovada de Teucro; 235
 que el mar, que las tierras con poder entero tendrían,
 prometiste. ¿Qué opinión, genitor, te ha mudado?
 Con esto, en verdad, del ocaso de Troya y tristes las ruinas
 me consolaba, hados adversos compensando con hados.
 Hoy la misma fortuna a hombres llevados por tantas desgracias 240
 persigue. ¿Qué fin das de sus trabajos, rey magno?
 Por en medio de los aquivos pudo Antenor, escurriéndose,
 penetrar los ilíricos senos y, salvo, los íntimos
 reinos de los liburnos, y la fuente vencer del Timavo,
 de donde por nueve bocas, con vasto murmurio del monte, 245
 va —mar derribado— y campos con piélagos oprime sonante.
 Aquí, con todo, él colocó la urbe de Patavio y las casas
 de los teucros, y a su gente dio nombre, y las armas troyanas
 fijó. Hoy en plácida paz descansa, tendido.
 Nosotros, tu progenie, a quien consientes la torre del cielo, 250
 perdidas las naves (¡terrible!), por la ira de una
 traicionados somos y alejados de las ítalas playas.
 ¿Éste, el honor de la piedad? En el cetro, ¿así nos repones?”
 Sonriéndole el sembrador de hombres y dioses, con ese
 rostro con que el cielo y las tempestades serena, 255
 besos libó de su hija; habla, después, tales cosas:
 “Deja el miedo, Citerea; te quedan inmotos los hados
 de los tuyos; verás la urbe y las prometidas murallas
 de Lavinio, y llevarás a los astros del cielo, sublime,
 al magnánimo Eneas; y ninguna opinión me ha mudado. 260
 Éste (te hablaré pues, ya que este cuidado te inquieta,
 y, llamando lejos, de los hados moveré los arcanos)
 llevará guerra ingente en Italia, y a pueblos feroces
 derrotará, y pondrá a los hombres costumbres y muros,
 hasta que el tercer estío lo haya visto reinante en el Lacio 265
 y hayan para rútilos sumisos tres inviernos pasado.
 Mas el niño Ascanio, a quien hoy el sobrenombre de Julo
 se añade (Ilo era mientras la cosa Ilíaca en reino mantúvose),

VIRGILIO

Triginta magnos volvendis mensibus orbes
 270 imperio explebit regnumque ab sede Lavini
 Transferet, et longam multa vi muniet Albam.
 Hic jam ter centum totos regnabitur annos
 Gente sub Hectorea, donec regina sacerdos
 Marte gravis geminam partu dabit Ilia prolem.
 275 Inde lupae fulvo nutricis tegmine laetus
 Romulus excipiet gentem, et Mavortia condet
 Moenia Romanosque suo de nomine dicet.
 His ego nec metas rerum nec tempora pono :
 Imperium sine fine dedi. Quin aspera Juno,
 280 Quae mare nunc terrasque metu caelumque fatigat,
 Consilia in melius referet mecumque fovebit
 Romanos, rerum dominos, gentemque togatam.
 Sic placitum. Veniet lustris labentibus aetas,
 Cum domus Assaraci Phthiam clarasque Mycenae
 285 Servitio premet ac victis dominabitur Argis.
 Nascetur pulchra Trojanus origine Caesar,
 Imperium Oceano, famam qui terminet astris,
 Julius, a magno demissum nomen Iulo.
 Hunc tu olim caelo spoliis Orientis onustum
 290 Accipies securus; vocabitur hic quoque votis.
 Aspera tum positis mitescent saecula bellis;
 Cana Fides et Vesta, Remo cum fratre Quirinus
 Jura dabunt; dirae ferro et compagibus artis
 Claudentur Belli portae; Furor impius intus
 295 Saeva sedens super arma, et centum vinctus aenis
 Post tergum nodis, fremet horridus ore cruento. »
 Haec ait, et Maia genitum demittit ab alto,
 Ut terrae utque novae pateant Carthaginis arces
 Hospitio Teucris, ne fati nescia Dido
 300 Finibus arceret. Volat ille per aera magnum
 Remigio alarum ac Libyae citus adstitit oris.
 Et jam jussa facit, ponuntque ferocia Poeni

ENEIDA I

treinta magnos orbes, al volver de los meses,
llenará con su imperio, y el reino de su asiento lavinio 270
transferirá, y guarnecerá con mucha fuerza a Alba Longa.
Ya aquí se reinará por trescientos años enteros
bajo gente hectórea, hasta que, sacerdotisa, la reina
Ilia, grávida de Marte, dará prole gemela en un parto.
De allí, alegre con la roja piel de la loba nodriza, 275
Rómulo a la gente reunirá, y fundará las mavorcias
murallas, y romanos les dirá con su nombre.
A éstos yo ni límites de las cosas ni tiempos les pongo:
el imperio sin fin les he dado. Que hasta la áspera Juno
que por miedo hoy el mar y las tierras y el cielo fatiga, 280
llevará a lo mejor sus consejos, y de apoyar ha, conmigo,
a los romanos, dueños de las cosas y gente togada.
Así ha placido. Vendrá una edad, al resbalar de los lustros,
donde la casa de Asáraco a Ptía y la clara Micenas
oprimirá con servidumbre, y dominará a Argos vencida. 285
Nacerá César, del hermoso origen troyano,
que acabará en el océano su imperio, en los astros su fama:
Julio, nombre derivado del magno de Juló.
A éste tú un día en el cielo, cargado de despojos de oriente,
tomarás tranquila; también será éste llamado con votos. 290
Allí, ásperos siglos se ablandarán, depuestas las guerras;
la cana Fe y Vesta, Quirino con Remo su hermano,
darán leyes; se cerrarán, crueles, con hierro y estrechas
trabas, las puertas de la Guerra; dentro, el Furor despiadado
sobre armas fieras sentándose, y con cien nudos broncíneos 295
atado a su espalda, bramará hórrido con boca sangrienta.”
Esto habla, y envía desde lo alto al hijo Maya
porque las tierras y nuevas torres de Cartago se abran
para albergue a los teucros, no sea que Dido, ignorante del hado,
los aparte de sus fines. Por el aire magno, aquél vuela 300
con remo de alas, y pronto se paró en las playas de Libia.
Y hace ya lo mandado, y los penos deponen los fieros

VIRGILIO

- Corda, volente deo; in primis regina quietum
Accipit in Teucros animum mentemque benignam.
- 305 At pius Aeneas, per noctem plurima volvens,
Ut primum lux alma data est, exire locosque
Explorare novos, quas vento accesserit oras,
Qui teneant (nam inculta videt), hominesne feraene,
Quaerere constituit, sociisque exacta referre.
- 310 Classem in convexo nemorum sub rupe cavata
Arboribus clausam circum atque horrentibus umbris
Occulit; ipse uno graditur comitatus Achate,
Bina manu lato crispans hastilia ferro.
Cui mater media sese tulit obvia silva,
- 315 Virginis os habitumque gerens et virginis arma
Spartanae, vel qualis equos Threissa fatigat
Harpalyce volucremque fuga praevertitur Hebrum.
Namque humeris de moreabilem suspenderit arcum
Venatrix, dederatque comam diffundere ventis,
- 320 Nuda genu nodoque sinus collecta fluentes.
Ac prior : « Heus, inquit, juvenes, monstrate, mearum
Vidistis si quam hic errantem forte sororum
Succinctam pharetra et maculosae tegmine lyncis,
Aut spumantis apri cursum clamore prementem. »
- 325 Sic Venus; et Veneris contra sic filius orsus :
« Nulla tuarum audita mihi neque visa sororum,
O, quam te memorem? virgo; namque haud tibi vultus
Mortalis, nec vox hominem sonat; o dea certe;
An Phoebi soror? an Nympharum sanguinis una?
- 330 Sis felix, nostrumque leves quaecumque laborem;
Et, quo sub caelo tandem, quibus orbis in oris
Jactemur, doceas. Ignari hominumque locorumque
Erramus vento huc et vastis fluctibus acti.
Multa tibi ante aras nostra cadet hostia dextra. »
- 335 Tum Venus : « Haud equidem tali me dignor honore;
Virginibus Tyriis mos est gestare pharetram

ENEIDA I

corazones, por quererlo el dios, y entre los primeros la reina
hacia los teucros concibe ánimo quieto y mente benigna.

Mas el piadoso Eneas, muchas cosas revolviendo en la noche, 305
luego que la luz alma es dada, salir decide, y los sitios
nuevos explorar; inquirir a qué playas haya llegado
con el viento; quiénes las tengan (pues las ve incultas) u
o fieras, y lo investigado referir a los socios. [hombres

La flota en un hueco de bosques, bajo una roca excavada, 310
cerrada en torno por árboles y por sombras horrendas,
oculta; él mismo, acompañado del solo Acates, camina
blandiendo, de ancho hierro, en su mano dos lanzas.

A él, a media selva, se le ofreció su madre al encuentro,
llevando rostro de virgen y aspecto y armas de virgen 315
espartana, o tal cual fatiga sus caballos la tracia
Harpálice, y al Hebro volador derrota en la fuga.

Pues, al uso, el arco manejable había en sus hombros colgado,
cazadora, y había dado a esparcirse el cabello a los vientos,
nuda la rodilla y reunida en nudo los pliegues fluyentes. 320
Y primero: “Eh —dice—, jóvenes, mostradme si acaso
a alguna de mis hermanas aquí visteis errante,
ceñida de aljaba y de piel de la lince manchada,
u oprimiendo con clamor el curso del puerco espumante.”

Así, Venus; y así empezó a su vez el hijo de Venus: 325
“Ninguna de tus hermanas por mí ha sido oída ni vista,
oh —¿cómo te diré?— virgen; pues no tienes tú el rostro
de mortal, ni tu voz suena a humana; oh, diosa por cierto;
¿quizá la hermana de Febo? ¿Quizá una de sangre de ninfas?
Seas feliz, y el trabajo nuestro alivia, quien fueres; 330
y, al fin, bajo qué cielo, en cuáles playas del orbe
somos arrojados, enseña. Ignaros de hombres y sitios
erramos, aquí por el viento y las vastas olas traídos.
Por nuestra diestra, ante las aras te caerá mucha víctima.”

Allí, Venus: “No de tal honor me juzgo digna, por cierto; 335
llevar aljaba es costumbre en las vírgenes tirias,

VIRGILIO

Purpureoque alte suras vincire cothurno.
 Púnica regna vides, Tyrios et Agenoris urbem;
 Sed fines Libyci, genus intractabile bello.
 340 Imperium Dido Tyria regit urbe profecta,
 Germanum fugiens. Longa est injuria, longae
 Ambages; sed summa sequar fastigia rerum.
 Huic conjux Sychaeus erat, ditissimus agri
 Phoenicum et magno miserae dilectus amore,
 345 Cui pater intactam dederat primisque iugarat
 Omnibus. Sed regna Tyri germanus habebat
 Pygmalion, scelere ante alios immanior omnes.
 Quos inter medius venit furor. Ille Sychaeum
 Impius ante aras, atque auri caecus amore,
 350 Clam ferro incautum superat securus amorum
 Germanae; factumque diu celavit, et aegram,
 Multa malus simulans, vana spe lusit amantem.
 Ipsa sed in somnis inhumati venit imago
 Conjugis, ora modis attollens pallida miris;
 355 Crudeles aras trajectaque pectora ferro
 Nudavit caecumque domus scelus omne retexit.
 Tum celerare fugam patriaque excedere suadet,
 Auxiliumque viae veteres tellure recludit
 Thesauros, ignotum argenti pondus et auri.
 360 His commota fugam Dido sociosque parabat.
 Conveniunt quibus aut odium crudele tyranni,
 Aut metus acer erat; naves, quae forte paratae,
 Corripiunt, onerantque auro. Portantur avari
 Pygmalionis opes pelago; dux femina facti.
 365 Devenere locos ubi nunc ingentia cernes
 Moenia surgentemque novae Carthaginis arcem,
 Mercatique solum, facti de nomine Byrsam
 Taurino quantum possent circumdare tergo.
 Sed vos qui tandem? quibus aut venistis ab oris?
 370 Quo ve tenetis iter? » Quaerenti talibus ille

ENEIDA I

y atar en lo alto las piernas con purpúreo coturno.
 Los púnicos reinos, los tirios, y de Agenor ves la urbe;
 mas los fines son líbicos, linaje intratable en la guerra.
 Rige el imperio Dido, que de la urbe tiria saliera 340
 huyendo de su hermano. Larga es la injuria, son largos
 los rodeos; mas las sumas cumbres seguiré de las cosas.
 Siqueo era el cónyuge de ésta, el más rico de campo
 entre los fenicios, y querido del magno amor de la mísera;
 a él, su padre la había dado intacta y unido en primeros 345
 auspicios. Mas los reinos de Tiro tenía su hermano
 Pigmalión, el más cruel en maldad ante todos los otros.
 Vino entre ellos un furor compartido. Al incauto Siqueo,
 aquél, impío, ante las aras y de amor del oro cegado,
 vence a escondidas con el hierro, sin cuidar los amores 350
 de su hermana; el hecho ocultó largo tiempo, y, malo, fingiendo
 muchas cosas, burló a la enferma amante con vana esperanza.
 Mas vino en sueños la triste imagen misma del no sepultado
 cónyuge, levantando de extraños modos el pálido rostro;
 las crueles aras y los pechos por el hierro transidos 355
 desnudó, y de la casa reveló todo el crimen oculto.
 La persuade allí a que acelere la fuga y deje la patria,
 y, auxilio del camino, le descubre en la tierra los viejos
 tesoros, desconocido peso de plata y de oro.
 Por esto agitada, disponía Dido la fuga y los socios. 360
 Se reúnen aquellos que o bien odio cruel del tirano
 o miedo acre tenían; las naves, que acaso estaban dispuestas,
 roban y cargan de oro. De Pigmalión, avaro, se llevan
 las riquezas por el piélago; guía una mujer de la hazaña.
 Llegaron a los sitios donde ahora distingues ingentes 365
 murallas, y la surgente torre de la nueva Cartago,
 y compraron el suelo —Birsá, por el nombre del hecho—,
 cuanto pudieran circundar con un cuero de toro.
 Mas al fin, ¿quién sois vosotros? ¿O de qué playa vinisteis?
 ¿O a dónde tenéis camino?” Él, a quien preguntaba, con tales 370

VIRGILIO

- Suspirans imoque trahens a pectore vocem :
« O dea, si prima repetens ab origine pergam,
Et vacet annales nostrorum audire laborum,
Ante diem clauso componet Vesper Olympo.
375 Nos Troja antiqua (si vestras forte per aures
Trojae nomen iit), diversa per aequora vectos
Forte sua Libycis tempestas appulit oris.
Sum pius Aeneas, raptos qui ex hoste Penates
Classe veho mecum, fama super aethera notus.
380 Italiam quaero patriam et genus ab Jove summo.
Bis denis Phrygium conscendi navibus aequor,
Matre dea monstrante viam, data fata secutus;
Vix septem convulsae undis Euroque supersunt.
Ipse ignotus, egens, Libyae deserta peragro,
385 Europa atque Asia pulsus. » Nec plura querentem
Passa Venus medio sic interfata dolore est:
« Quisquis es, haud, credo, invisus caelestibus auras
Vitales carpis, Tyriam qui adveneris urbem.
Perge modo, atque hinc te reginae ad limina perfer.
390 Namque tibi reduces socios classemque relatam
Nuntio, et in tutum versis Aquilonibus actam,
Ni frustra augurium vani docuere parentes.
Aspice bis senos laetantes agmine cycnos,
Aetheria quos lapsa plaga Jovis ales aperto
395 Turbabat caelo; nunc terras ordine longo
Aut capere aut captas jam despectare videntur.
Ut reduces illi ludunt stridentibus alis,
Et coetu cinxere, polum, cantusque dedere
Haud aliter puppesque tuae pubesque tuorum
400 Aut portum tenet, aut pleno subit ostia velo.
Perge modo, et, qua te ducit via, dirige gressum. »
Dixit, et avertens rosea cervice refulsit,
Ambrosiaeque comae divinum vertice odorem
Spiravere; pedes vestis defluxit ad imos,

ENEIDA I

palabras, suspirando y trayendo voz del pecho más hondo:

“Oh diosa, si volviendo al primer origen siguiera,
y hubiera espacio de oír los anales de nuestros trabajos,
antes, cerrado el Olimpo, recostaría Vésper el día.

De Troya antigua (si por azar por vuestras orejas 375

ha ido el nombre de Troya) llevados por mares diversos,
la tempestad, con su azar, nos llamó a las líbicas playas.

Soy el piadoso Eneas, sobre el éter por su fama sabido,
que en barcos, conmigo, llevo los penates quitados al hoste.

Busco a la patria Italia; y mi linaje, de Júpiter sumo. 380

Subí el mar frigio en dos veces diez naves; la diosa, mi madre,
mostrándome el camino; yo, los dados hados siguiendo;
apenas siete, rotas por las ondas y el Euro, me quedan.

Yo mismo, ignoto, pobre, los desiertos de Libia recorro,
de Europa y de Asia expulsado.” Y al que se quejaba, más cosas 385
no sufrió Venus, y en medio del dolor así lo interrumpe:

“Quienquiera fueres, no odioso, creo, a los celestes, las auras
vitales tomas, ya que has a la urbe tiria advenido.

Sigue ahora, y de aquí a los umbrales de la reina trasládete.

Pues los socios devueltos salvos y restituida la flota 390

te anuncio, y, mudados los aquilones, traída en seguro,
si no me enseñaron, vanos, el augurio en balde mis padres.

Mira a dos veces seis cisnes en su bandada alegrándose,
a los que el ave de Jove, de la etérea zona bajando,

turbaba en el cielo; ahora en larga hilera, las tierras 395
o tomar parecen, o ya tomadas mirarlas de arriba.

Como, devueltos salvos, ellos juegan con alas ruidosas
y en grupo han ceñido el cielo y cantos han dado,

no de otro modo tus popas y la juventud de los tuyos
o tiene el puerto, o a plena vela sus entradas penetra. 400

Sigue ahora, y a do te lleva el camino el paso dirige.”

Dijo, y, volviéndose, refulgió en su nuca rosada,
y, de lo alto, sus cabellos un divino olor de ambrosía
exhalaron, y cayó a lo bajo de los pies su vestido,

VIRGILIO

405 Et vera incessu patuit dea. Ille, ubi matrem
Agnovit, tali fugientem est voce secutus:
« Quid natum totiens, crudelis tu quoque, falsis
Ludis imaginibus? cur dextrae jungere dextram
Non datur, ac veras audire et reddere voces? »
410 Talibus incusat, gressumque ad moenia tendit.
At Venus obscuro gradientes aere saepsit,
Et multo nebulae circum dea fudit amictu,
Cernere ne quis eos, neu quis contingere posset,
Molirive moram, aut veniendi poscere causas.
415 Ipsa Paphum sublimis abit, sedesque revisit
Laeta suas, ubi templum illi, centumque Sabaeo
Ture calent arae sertisque recentibus halant.
Corripuere viam interea qua semita monstrat.
Jamque ascendebant, collem qui plurimus urbi
420 Imminet adversasque aspectat desuper arces:
Miratur molem Aeneas, magalia quondam,
Miratur portas strepitumque et strata viarum.
Instant ardentes Tyrii; pars ducere muros
Molirique arcem et manibus subvolvere saxa,
425 Pars optare locum tecto et concludere sulco.
Jura magistratusque legunt sanctumque senatum.
Hic portus alii effodiunt; hic alta theatri
Fundamenta locant alii, immanesque columnas
Rupibus excidunt, scaenis decora alta futuris.
430 Qualis apes aestate nova per florea rura
Exercet sub sole labor, cum gentis adultos
Educunt fetus, aut cum liquentia mella
Stipant et dulci distendunt nectare cellas,
Aut onera accipiunt venientum, aut agmine facto
435 Ignavum fucos pecus a praesepibus arcent;
Fervet opus, redolentque thymo fragrantia mella.
« O fortunati, quorum jam moenia surgunt! »
Aeneas ait, et fastigia suspicit urbis.

ENEIDA I

y real diosa se mostró en el andar. Cuando él a su madre
reconoció, con tal voz siguió a la que huía: 405

“¿Por qué a tu hijo —cruel tú también— tantas veces con falsas
imágenes burlas? ¿Por qué mi diestra unir a tu diestra
no me es dado, y voces oír y devolver verdaderas?”

La acusa con esto, y tiende hacia las murallas el paso. 410

Mas Venus a los caminantes cercó con un aire oscuro,
y la diosa los ciñó en torno con denso manto de niebla,
para que no verlos alguien o alguien tocarlos pudiera,
o moverles demora, o de su venir pedirles las causas.

Por lo alto, ella misma fue a Pafos y volvió a ver sus casas 415
alegre, donde un templo para ella y cien aras la añoran
con incienso sabeo, y dan olor con guirnaldas recientes.

Tomaron en tanto el camino, donde la senda lo muestra.

Y ya ascendían la colina que, más elevada, a la urbe
domina, y desde arriba mira las torres de enfrente: 420

admira Eneas la mole, en otro tiempo cabañas;
admira las puertas, y el bullicio, y el solar de las calles.
Instan ardientes los tirios, en construir, parte, los muros,
y mover la torre, y en voltear, con las manos, peñascos;
parte, en elegir sitio a la casa y encerrarlo en un surco.
Audiencias y magistrados eligen, y al santo senado.

Aquí, unos cavan el puerto; aquí, para teatros, extensos
fundamentos colocan otros, y enormes columnas
cortan de rocas, altos adornos para escenas futuras.

Labor tal, a las abejas en el nuevo estío por campos 430
floridos bajo el sol ejercita, cuando crías adultas
de su gente sacan, o cuando las líquidas mieles
estiban, o distienden con dulce néctar las celdas,
o la carga a las que llegan reciben, o, en tropa formada,
de los pesebres apartan —flojo rebaño— a los zánganos; 435

hierve la obra, y huelen a tomillo fragantes las mieles.
“¡Oh, afortunados esos cuyas murallas ya surgen!”,
dice Eneas, y los tejados de la urbe contempla.

VIRGILIO

Infert se saeptus nebula (mirabile dictu!)
440 Per medios, miscetque viris, neque cernitur ulli.
Lucus in urbe fuit media, laetissimus umbrae,
Quo primum jactati undis et turbine Poeni
Effodere loco signum, quod regia Juno
Monstrarat, caput acris equi; sic nam fore bello
445 Egregiam et facilem victu per saecula gentem.
Hic templum Junoni ingens Sidonia Dido
Condebat, donis opulentum et numine divae,
Aerea cui gradibus surgebant limina, nixaeque
Aere trabes, foribus cardo stridebat aenis.
450 Hoc primum in luco nova res oblata timorem
Leniit; hic primum Aeneas sperare salutem
Ausus et afflictis melius confidere rebus.
Namque, sub ingenti lustrat dum singula templo,
Reginam opperiens, dum, quae fortuna sit urbi,
455 Artificumque manus inter se operumque laborem
Miratur, videt Iliacas ex ordine pugnas,
Bellaque jam fama totum vulgata per orbem,
Atriden, Priamumque, et saevum ambobus Achillen.
Constitit, et lacrimans: « Quis jam locus, inquit, Achate,
460 Quae regio in terris nostri non plena laboris?
En Priamus! Sunt hic etiam sua praemia laudi;
Sunt lacrimae rerum, et mentem mortalia tangunt.
Solve metus; feret haec aliquam tibi fama salutem. »
Sic ait, atque animum pictura pascit inani,
465 Multa gemens, largoque umectat flumine vultum.
Namque videbat uti, bellantes Pergama circum
Hac fugerent Graii, premeret Trojana juvenus,
Hac Phryges, instaret curru cristatus Achilles.
Nec procul hinc Rhesi niveis tentoria velis
470 Agnoscit lacrimans, primo quae prodita somno
Tydides multa vastabat caede cruentus;
Ardentesque avertit equos in castra, priusquam

ENEIDA I

Se mete, por la niebla cercado (¡de decir admirable!),
 en medio, y a los hombres se mezcla, y no es visto por nadie. 440

Un bosque hubo a media ciudad, de su sombra alegrísimo,
 en el cual sitio, arrojados por ondas y viento, los penos
 cavaron la señal primera que Juno regia mostrara;
 la testa de un caballo ágil. Que así habría de ser en la guerra
 egregia, y fácil de alimentarse esa gente, por siglos. 445

Aquí un templo ingente, para Juno, Dido sidonia
 fundaba, opulento de dones y del poder de la diosa,
 para el cual, en gradas, surgían bronceos umbrales y trabes
 juntas con bronce, y rechinaba el quicio con puertas bronceas.
 Nueva cosa en este bosque ofrecida, el temor por primera 450
 vez suavizó: aquí Encas esperar salvación por primera
 vez osó, y mejor en sus cosas afligidas confiarse.
 Pues, mientras bajo el templo ingente cada cosa examina
 aguardando a la reina; mientras qué suerte tenga la urbe,
 y las manos de artífices y la labor de las obras 455
 admira entre sí, ve en su orden las pugnas ilíacas
 y las guerras, por la fama en todo el orbe ya divulgadas,
 al Atrida y a Príamo y, funesto para ambos, a Aquiles.
 Se detuvo, y llorando: “¿Ya qué lugar —dijo—, Acates,
 qué región en las tierras de nuestra labor no está plena? 460
 ¡He aquí Príamo! Premios suyos hay aquí también para el mérito;
 hay lágrimas de las cosas, y lo mortal toca la mente.
 Deja tus miedos; te traerá alguna salvación esta fama.”
 Habla así, y apacienta el ánimo en la inane pintura,
 gimiendo mucho, y con largo río su rostro humedece. 465

Pues veía cómo, combatientes en torno de Pérgamo,
 por aquí, huían los griegos: la troyana juventud acosaba;
 por aquí, los frigios: con carro, el crestado Aquiles instaba.
 Y no lejos de aquí, las tiendas de niveos velos de Reso
 reconoce llorando, que en el sueño inicial traicionadas, 470
 el Tidida con mucha matanza devastaba sangriento;
 y lleva al campamento los ardientes caballos, primero

VIRGILIO

Pabula gustassent Trojae Xanthumque bibissent.
 Parte alia fugiens amissis Troilus armis,
 475 Infelix puer atque impar congressus Achilli,
 Fertur equis, curruque haeret resupinus inani,
 Lora tenens tamen; huic cervixque comaeque trahuntur
 Per terram, et versa pulvis inscribitur hasta.
 Interea ad templum non aquae Palladis ibant
 480 Crinibus Iliades passis, peplumque ferebant,
 Suppliciter tristes et tunsae pectora palmis;
 Diva solo fixos oculos aversa tenebat.
 Ter circum Iliacos raptaverat Hectors muros,
 Exanimumque auro corpus vendebat Achilles.
 485 Tum vero ingentem gemitum dat pectore ab imo,
 Ut spolia, ut currus, utque ipsum corpus amici,
 Tendentemque manus Priamum conspexit inermes.
 Se quoque principibus permixtum agnovit Achivis,
 Eoasque acies et nigri Memnonis arma.
 490 Ducit Amazonidum lunatis agmina peltis
 Penthesilea furens, mediisque in millibus ardet,
 Aurea subnectens exsertae cingula mammae
 Bellatrix, audetque viris concurrere virgo.
 Haec dum Dardanio Aeneae miranda videntur,
 495 Dum stupet, obtutuque haeret defixus in uno,
 Regina ad templum, forma pulcherrima Dido,
 Incessit, magna juvenum stipante caterva.
 Qualis in Eurotae ripis aut per juga Cynthi
 Exercet Diana choros, quam mille secutae
 500 Hinc atque hinc glomerantur Oreades; illa pharetram
 Fert humero, gradiensque deas supereminet omnes;
 Latonae tacitum pertentant gaudia pectus :
 Talis erat Dido, talem se laeta ferobat
 Per medios, instans operi regnisque futuris.
 505 Tum foribus divae, media testudine templi,
 Saepa armis, solioque alte subnixa, resedit.

ENEIDA I

que hubieran gustado el pasto de Troya y el Janto bebido.
En otra parte, huyente, Troilo, las armas perdidas,
niño infeliz, y habiendo ido, desigual, contra Aquiles, 475
es por sus caballos llevado y, supino, al carro vacío
se adhiere, teniendo empero las riendas; cerviz y cabellos
se le traen por tierra, y de la vuelta lanza inscrito es el polvo.
Por otra parte, iban al templo de la no amiga Palas
las troyanas, sueltas las cabelleras, y un peplo llevaban, 480
tristes humildemente, y golpeando con las palmas sus pechos;
la diosa, vuelta, fijos los ojos en el suelo tenía.
Había arrastrado a Héctor tres veces en torno a los muros
iliacos, y el cuerpo exánime Aquiles vendía por oro.
Allí, en verdad, ingente gemido da del hondo del pecho 485
cuando los restos, cuando el carro y cuando miró el cuerpo mismo
de su amigo, y a Príamo tendiendo las manos inermes.
También se reconoció a los príncipes aquivos mezclado,
y las filas de Oriente y las armas del negro Memnón.
Guía a las huestes de amazonas de peltas lunadas 490
Pentesilea furente, y arde en medio de miles,
anudando cíngulos áureos bajo la teta sacada,
guerrera, y, virgen, a acometer a los hombres se atreve.
Mientras por el dardanio Eneas estas maravillas son vistas,
mientras se pasma y se adhiere clavado a su sola mirada, 495
la reina Dido, por su forma bellísima, al templo
ha llegado, rodeándola magna caterva de jóvenes.
Cual en las riberas del Eurotas o en las cumbres del Cinto
conduce danzas Diana, siguiendo a la cual mil Oréadas
por aquí y por allí se le juntan; ella la aljaba 500
lleva al hombro, y, andando, se alza sobre todas las diosas
—exploran el tácito pecho de Latona los gozos—,
tal era Dido; tal conducíase, alegre,
entre ellos, instando a la obra y a los reinos futuros.
Allí, a las puertas de la diosa, en medio del arco del templo, 505
cercada de armas se sentó, en el solio altamente apoyada.

VIRGILIO

Jura dabat legesque viris, operumque laborem
 Partibus aequabat justis, aut sorte trahebat;
 Cum subito Aeneas concursu accedere magno
 510 Anthea Sergestumque videt fortemque Cloanthum,
 Teucrorumque alios, ater quos aequore turbo
 Dispulerat, penitusque alias avexerat oras.
 Obstupuit simul ipse, simul percussus Achates
 Laetitiaque metuque; avidi conjungere dextras
 515 Ardebant; sed res animos incognita turbat.
 Dissimulant, et nube cava speculantur amicti,
 Quae fortuna viris, classem quo litore linquant,
 Quid veniant; cunctis nam lecti navibus ibant,
 Orantes veniam, et templum clamore petebant.
 520 Postquam introgressi, et coram data copia fandi,
 Maximus Ilioneus placido sic pectore coepit :
 « O regina, novam qui condere Juppiter urbem
 Justitiaque dedit gentes frenare superbas,
 Troes te miseri, ventis maria omnia vecti,
 525 Oramus : prohibe infandos a navibus ignes,
 Parce pio generi, et propius res aspice nostras.
 Non nos aut ferro Libycos populare Penates
 Venimus, aut raptas ad litora vertere praedas;
 Non ea vis animo, nec tanta superbia victis.
 530 Est locus, Hesperiam Graii cognomine dicunt,
 Terra antiqua, potens armis atque ubere glebae;
 Oenotri coluere viri; nunc fama minores
 Italiam dixisse ducis de nomine gentem.
 Hic cursus fuit;
 535 Cum subito assurgens fluctu nimbosus Orion
 In vada caeca tulit, penitusque procacibus Austris
 Perque undas, superante salo, perque invia saxa morem
 Dispulit; huc pauci vestris adnavimus oris.
 Quod genus hoc hominum? quaeve hunc tam barbara
 540 Permittit patria? Hospitio prohibemur harenae;

ENEIDA I

Daba a los hombres derechos y leyes, y la labor de las obras
en partes justas igualaba, o la sacaba por suertes,
cuando Eneas, de súbito, ve acercarse, con magno concurso,
a Anteo y a Sergesto y al fuerte Cloanto 510
y a otros de los teucros, a quien el negro turbón por el mar
había alejado, y a costas otras por completo, llevado.
Se pasmó, a un tiempo, él mismo; a un tiempo, Acates, herido
de alegría y de miedo; por unir sus diestras, ardían
ávidos; mas sus ánimos la cosa incógnita turba. 515
Disimulan, y, en la nube hueca cubiertos, observan
qué fortuna a los hombres, en qué costa la flota dejaran,
por qué vengan: pues iban de todas las naves selectos
rogando venia, y entre el clamor se encaminaban al templo.
Después que entraron, y el permiso de hablar delante fue dado, 520
el mayor, Ilioneo, comenzó así con plácido pecho:
“Oh reina, a quien Júpiter dio fundar la nueva urbe
y frenar con la justicia a las gentes soberbias :
los troyanos míseros, en todo mar por los vientos llevados,
te rogamos: aparta de las naves los fuegos infandos, 525
respeto a un linaje pío, y más de cerca ve nuestras cosas.
Nosotros no venimos o a asolar con hierro los líbicos
penates, o a llevar a las costas las presas robadas;
no hay tal fuerza en el ánimo, ni tanta soberbia en vencidos.
Hay un sitio, Hesperia los griegos por sobrenombre le dicen; 530
tierra antigua, potente en armas y riqueza de gleba;
hombres enotrios la habitaron; sus descendientes, es fama,
por el nombre de su jefe han llamado hoy Italia a esa gente.
Éste fue el rumbo;
cuando el lluvioso Orión, alzándose con la súbita ola, 535
nos llevó a ciegos vados, y del todo en los austros procaces,
por ondas —venciéndonos el mar— e inaccesibles peñascos,
nos dispersó; pocos aquí hasta vuestras costas nadamos.
¿Cuál, este linaje de hombres? ¿O qué patria tan bárbara
permite este uso? La hospitalidad de la arena nos vedan; 540

VIRGILIO

Bella cient, primaque vetant consistere terra.
 Si genus humanum et mortalia temnitis arma,
 At sperate deos memores fandi atque nefandi.
 Rex erat Aeneas nobis, quo justior alter,
 545 Nec pietate fuit nec bello major et armis.
 Quem si fata virum servant, si vescitur aura
 Aetheria, neque adhuc crudelibus occubat umbris,
 Non metus; officio nec te certasse priorem
 Paeniteat. Sunt et Siculis regionibus urbes,
 550 Armaque, Trojanoque a sanguine clarus Acestes.
 Quassatam ventis liceat subducere classem,
 Et silvis aptare trabes et stringere remos,
 Si datur Italiam, sociis et rege recepto,
 Tendere, ut Italiam laeti Latiumque petamus;
 555 Sin absumpta salus, et te, pater optime Teucrum,
 Pontus habet Libyae, nec spes jam restat Iuli,
 At freta Sicaniae saltem sedesque paratas,
 Unde huc advecti, regemque petamus Acesten. »
 Talibus Ilioneus, cuncti simul ore fremebant
 560 Dardanidae.
 Tum breviter Dido, vultum demissa, profatur :
 « Solvite corde metum, Teucri, secludite curas.
 Res dura et regni novitas me talia cogunt
 Moliri, et late fines custode tueri.
 565 Quis genus Aeneadum, quis Trojae nesciat urbem,
 Virtutesque, virosque, aut tanti incendia belli?
 Non obtusa adeo gestamus pectora Poeni,
 Nec tam aversus equos Tyria Sol jungit ab urbe.
 Seu vos Hesperiam magnam Saturniaque arba,
 570 Sive Erycis fines regemque optatis Acesten,
 Auxilio tutos dimittam, opibusque juvabo.
 Vultis et his mecum pariter considerare regnis?
 Urbem quam statuo vestra est; subducite naves;
 Tros Tyriusque mihi nullo discrimine agetur.

ENEIDA I

hacen guerras, y nos niegan parar en la tierra primera.
Si despreciáis el humano linaje y las armas mortales,
temed, pues, a los dioses, que recuerdan lo bueno y lo malo.
Nuestro rey era Eneas, otro más justo que el cual
no hubo en piedad, ni mayor en la guerra y las armas. 545
Si a tal hombre guardan los hados, si se alimenta del aura
etérea, y aún no está entre las crueles sombras tendido,
no hay miedo; no de haberte empeñado en el deber la primera
te arrepentirás. También en las regiones sículas, urbes
y armas tenemos, y al claro Acestes de sangre troyana. 550
Séanos lícito sacar la flota por los vientos batida,
y adaptar traveses y remos cortar en las selvas,
si, los socios y el rey recobrados, nos es dado a Italia
tender, para que alegres a Italia y al Lacio marchemos;
si la salvación se perdió y a ti, de los teucros padre óptimo, 555
te tiene el mar de Libia, y ya no resta esperanza de Julo,
al menos los estrechos sicilianos y las casas dispuestas
desde donde aquí nos trajeron, y al rey Acestes busquemos.”
Tal dijo Ilioneo; todos, con la boca, aprobaban a un tiempo
los Dardánidas. 560

Allí brevemente Dido, inclinada el rostro, profiere:
“Dejad el miedo del corazón, teucros; echad los cuidados.
La dura cosa y la novedad de mi reino me obligan
a emprender eso, y guardar latamente con guardia los fines.
¿Quién al linaje de Enéadas, quién ignora a la urbe de Troya, 565
y virtudes y hombres, o incendios de guerra tan grande?
No obtusos de tal suerte llevamos los pechos los penos,
ni tan opuesto a la urbe tiria juntos guía el sol sus caballos.
Ya vosotros la Hesperia magna o los campos Saturnios,
ya los fines de Érix y a Acestes el rey prefirierais, 570
con auxilio os enviaré salvos y ayudaré con recursos.
¿Queréis también en estos reinos al par conmigo asentaros?
La urbe que edifico, vuestra es; sacad vuestras naves;
troyano y tirio, sin ningún discrimen por mí serán guiados.

VIRGILIO

575 Atque utinam rex ipse, Noto compulsus eodem,
Afforet Aeneas! Equidem per litora certos
Dimittam, et Libyae lustrare extrema jubebo,
Si quibus ejectus silvis aut urbibus errat. »

His animum arrecti dictis, et fortis Achates
580 Et pater Aeneas jamdudum erumpere nubem
Ardebant. Prior Aenean compellat Achates :
« Nate dea, quae nunc animo sententia surgit?
Omnia tuta vides, classem sociosque receptos.
Unus abest, medio in fluctu quem vidimus ipsi
585 Submersum; dictis respondent cetera matris. »

Vix ea fatus erat, cum circumfusa repente
Scindit se nubes et in aethera purgat apertum.
Restitit Aeneas, claraque in luce refulsit,
Os umerosque deo similis; namque ipsa decoram
590 Caesariem nato genitrix lumenque juventae
Purpureum et laetos oculis afflarat honores :
Quale manus addunt ebori decus, aut ubi flavo
Argentum Pariusve lapis circumdatur auro.

Tum sic reginam alloquitur, cunctisque repente
595 Improvisus ait : « Coram, quem quaeritis, adsum,
Troïus Aeneas, Libycis ereptus ab undis,
O sola infandos Trojae miserata labores!
Quae nos, reliquias Danaum, terraeque marisque
Omnibus exhaustos jam casibus, omnium egenos,
600 Urbe, domo socias, grates persolvere dignas
Non opis est nostrae, Dido nec quidquid ubique est
Gentis Dardaniae, magnum quae sparsa per orbem.
Di tibi (si qua pios respectant numina, si quid
Usquam justitia est et mens sibi conscia recti)
605 Praemia digna ferant! Quae te tam laeta tulerunt
Saecula? qui tanti talem genuere parentes?
In freta dum fluvii current, dum montibus umbrae
Lustrabunt convexa, polus dum sidera pascet,

ENEIDA I

¡Y ojalá, por el propio Noto impelido, el rey mismo,
Eneas, estuviera! Hombres seguros, en verdad, a las costas
enviaré, y mandaré que registren los extremos de Libia
por si en algunas selvas o urbes yerra él, arrojado.” 575

De estos dichos alentados el ánimo, Acates el fuerte
y el padre Eneas ya hacía tiempo que salir de la nube
ansiaban con ardor. El primero, incita Acates a Eneas: 580
“Hijo de diosa: ¿qué opinión ahora en tu ánimo surge?
Todo lo ves seguro: recobrados la flota y los socios.
Falta uno, a quien vimos nosotros mismos, en medio de la ola
sumerso; lo demás, a los dichos de tu madre responde.” 585

Apenas había hablado esto, cuando se escinde, de pronto,
la nube puesta en torno, y se aclara en el éter abierto.
Permaneció Eneas y refulgió en una luz clara,
igual a un dios en rostro y en hombros; pues había la misma
madre infundido en su hijo la hermosa cabellera y la lumbre 590
bella de la juventud, y en sus ojos alegres honores:
como añaden las manos decoro al marfil, o cuando en oro
flavo es circundada la plata o la piedra de Paros.

Así, entonces, habla a la reina, y a todos, de pronto,
dice, no previsto: “Ante vosotros está el que buscáis,
el troyano Eneas, arrancado a las líbicas ondas. 595

¡Oh, sola apiadada de las infandas labores de Troya,
que a nosotros, restos de los dánaos y del mar y la tierra,
ya por todas las desgracias exhaustos, faltos de todo,
nos asocias en tu urbe y tu casa: gracias dignas pagarte 600
no es facultad nuestra, Dido, ni de alguien que haya doquiera
de gente dardania, que está en el orbe magno esparcida.

A ti los dioses (si algunos númenes a los píos se vuelven,
si algo hay de justicia y mente que en sí conozca lo recto)
den premios dignos! ¿Qué siglos a ti tan alegres 605
te trajeron? ¿Qué padres tan grandes así te engendraron?
Mientras los ríos al mar corran, mientras en los montes las sombras
recorran las cuestas, mientras el cielo apaciente los astros,

VIRGILIO

Semper honos nomenque tuum laudesque manebunt,
610 Quae me cumque vocant terrae. » Sic fatus, amicum
Ilioea petit dextra, laevaue Serestum;
Post alios, fortemque Gyan, fortemque Cloanthum.

Obstupuit primo adspectu Sidonia Dido,
Casu deinde viri tanto, et sic ore locuta est :
615 « Quis te, nate dea, per tanta pericula casus
Insequitur? quae vis immanibus applicat oris?
Tunc ille Aeneas, quem Dardanio Anchisae
Alma Venus Phrygii renuit Simoentis ad undam?
Atque equidem Teucrum memini Sidona venire,
620 Finibus expulsum patriis, nova regna petentem
Auxilio Beli; genitor tum Belus opimam
Vastabat Cyprum, et victor dicione tenebat.
Tempore jam ex illo casus mihi cognitus urbis
Trojanae, nomenque tuum, regesque Pelasgi.
625 Ipse hostis Teucros insigni laude ferebat,
Seque ortum antiqua Teucrorum ab stirpe volebat.
Quare agite, o, tectis, juvenes, succedite nostris.

Me quoque per multos similis fortuna labores
Jactatam hac demum voluit consistere terra;
630 Non ignara mali, miseris succurrere disco. »
Sic memorat : simul Aenean in regia ducit
Tecta; simul divum templis indicit honorem.
Nec minus interea sociis ad litora mittit
Viginti tauros, magnorum horrentia centum
635 Terga suum, pingues centum cum matribus agnos,
Munera laetitiamque dii.

At domus interior regali splendida luxu
Instruitur, mediisque parant convivia tectis :
Arte laboratae vestes ostroque superbo,
640 Ingens argentum mensis, caelataque in auro
Fortia facta patrum, series longissima rerum
Per tot ducta viros antiquae ab origine gentis.

ENEIDA I

durarán siempre tu honor y el nombre tuyo y tus loas,
 cualesquiera tierras me llamen.” Así dijo. Al amigo 610
 Ilioneo, busca con la diestra, y con la izquierda, a Seresto;
 luego, a los otros: al fuerte Gías y al fuerte Cloanto.

Se pasmó al principio por su presencia Dido sidonia,
 luego, por tan gran desgracia del hombre, y así habló con la boca:
 “¿Qué desgracia a ti, hijo de diosa, por tan grandes peligros 615
 te sigue? ¿Qué fuerza a estas bárbaras playas te acerca?
 ¿No eres tú aquel Eneas a quien de Anquises dardanio
 concibió la alma Venus junto a la onda del Simois de Frigia?
 Y, ciertamente, que a Sidón Teucro vino, recuerdo,
 de los fines patrios echado, nuevos reinos buscando 620
 con la ayuda de Belo; Belo, mi padre, entonces la opima
 Chipre devastaba, y en su poder, vencedor, la tenía.
 Ya desde aquel tiempo me era conocida la ruina
 de la urbe troyana, y tu nombre y los reyes pelagos.
 El mismo enemigo, a los teucros en loa insigne llevaba, 625
 y se pretendía nacido de antigua estirpe de teucros.
 Por lo cual, ea, entrad bajo nuestros techos, oh jóvenes.
 Igual fortuna quiso también que, por muchas labores
 arrojada, al fin me estableciera yo en esta tierra.
 No ignorante del mal, aprendo a socorrer a los míseros.” 630

Así dice. A la vez, a Eneas a los regios techos conduce;
 a la vez, un honor en los templos de los dioses ordena.
 E igualmente, entonces, a los socios a las costas envía
 veinte toros, cien erizados lomos de magnos
 cerdos; con sus madres, cien pingües corderos: 635
 regalos y gozo del día.
 Mas la casa interior espléndida con lujo real
 es dispuesta, y en medio de los techos preparan convivios:
 las telas trabajadas con arte y soberbia la púrpura,
 la ingente plata en las mesas y, cincelados en oro, 640
 los fuertes hechos de los padres, serie de cosas larguísima,
 desde el creador de la antigua gente, por tantos hombres llevada.

VIRGILIO

Aeneas (neque enim patrius consistere mentem
Passus amor) rapidum ad naves praemittit Achaten :
645 Ascanio ferat haec, ipsumque ad moenia ducat;
Omnis in Ascanio cari stat cura parentis.
Munera praeterea, Iliacis erepta ruinis,
Ferre jubet, pallam signis auroque rigentem,
Et circumtextum croceo velamen acantho,
650 Ornatus Argivae Helenae, quos illa Mycenis,
Pergama cum peteret inconcessosque hymenaeos,
Extulerat, matris Ledaе mirabile donum;
Praeterea sceptrum, Ilione quod gesserat olim,
Maxima natarum Priami, colloque monile
655 Bacatum, et duplicem gemmis auroque coronam.
Haec celerans, iter ad naves tendebat Achates.
At Cytherea novas artes, nova pectore versat
Consilia, ut faciem mutatus et ora Cupido
Pro dulci Ascanio veniat, donisque furentem
660 Incendat reginam atque ossibus implicet ignem.
Quippe domum timet ambiguam Tyriosque bilingues;
Urit atrox Juno, et sub noctem cura recursat.
Ergo his aligerum dictis affatur Amorem :
« Nate, meae vires, mea magna potentia, solus,
665 Nate, Patris summi qui tela Typhoia temnis,
Ad te confugio et supplex tua numina posco.
Frater ut Aeneas pelago tuus omnia circum
Litora jactetur odiis Junonis iniquae,
Nota tibi, et nostro doluisti saepe dolore.
670 Nunc Phoenissa tenet Dido blandisque moratur
Vocibus, et vereor quo se Junonia vertant
Hospitia; haud tanto cessabit cardine rerum.
Quocirca capere ante dolis et cingere flamma
Reginam meditor, ne quo se numine mutet,
675 Sed magno Aeneae mecum teneatur amore.
Qua facere id possis nostram nunc accipe mentem.

ENEIDA I

Eneas (pues el paterno amor detener no le permite la mente) envía delante, rápido, a las naves a Acates a que cuente esto a Ascanio, y al mismo a las murallas conduzca: 645 en Ascanio está todo el cuidado del padre querido. Después los regalos, salvados de las ruinas ilíacas; ordena sacar: un manto rígido de dibujos y oro y un velo, en torno, de azafranado acanto bordado, adornos de la argiva Helena, que de Micenas aquélla 650 cuando marchara a Pérgamo a los himeneos prohibidos, había llevado, admirable don de Leda su madre; además, el cetro que Ilione había un día portado, la mayor de las hijas de Príamo; para el cuello, un adorno de perlas, y, de gemas y oro, una doble corona. 655 Apresurando esto, Acates tendía el camino a las naves.

Mas Citerea nuevas artes, nuevos planes revuelve en su pecho, porque, mudado la faz y el rostro, Cupido venga en lugar del dulce Ascanio, e incendie con dones a la reina furente, y fuego en los huesos le infunda. 660 Porque teme a la casa ambigua y a los tirios bilingües, Juno, atroz, la quema, y bajo la noche le vuelve el cuidado. Por eso, con estos dichos al Amor alígero habla: “Hijo, mis fuerzas; tú sólo, mi magna potencia; hijo, que los dardos tifeos del padre sumo desprecias; 665 a ti me acojo, y suplicante tus poderes imploro. Que tu hermano Eneas por el piélago, en torno de todas las costas, es, por los odios de la inicua Juno, arrojado, te es sabido, y a menudo de nuestro dolor te doliste. Hoy la fenicia Dido lo tiene y lo demora con blandas 670 voces, y temo a dónde esas hospitalidades de Juno se vuelvan; no cesará, en tan gran coyuntura de cosas. Por lo cual, coger antes con dolor y ceñir con la flama a la reina, medito; no a causa de algún numen se cambie, mas por el gran amor de Eneas sea tenida conmigo. 675 De cómo puedas hacer eso, ahora nuestra mente recibe:

VIRGILIO

Regius, accitu cari genitoris, ad urbem
Sidoniam puer ire parat, mea maxima cura,
Dona ferens, pelago et flammis restantia Trojae;
680 Hunc ego sopitum somno super alta Cythera,
Aut super Idalium, sacrata sede recondam,
Ne qua scire dolos mediusve occurrere possit.
Tu faciem illius noctem non amplius unam
Falle dolo, et notos pueri puer indue vultus,
685 Ut, cum te gremio accipiet laetissima Dido,
Regales inter mensas laticemque Lyaeum,
Cum dabit amplexus atque oscula dulcia figet,
Occultum inspires ignem fallasque veneno. »
Paret Amor dictis carae genitricis, et alas
690 Exuit, et gressu gaudens incedit Iuli.
At Venus Ascanio placidam per membra quietem
Irrigat, et fotum gremio dea tollit in altos
Idaliae lucos, ubi mollis amaracus illum
Floribus et dulci adspirans complectitur umbra.
695 Jamque ibat dicto parens, et dona Cupido
Regia portabat Tyriis, duce laetus Achate.
Cum venit, aulaeis jam se regina superbis
Aurea composuit sponda mediamque locavit.
Jam pater Aeneas et jam Trojana juvenus
700 Conveniunt, stratoque super discumbitur ostro.
Dant manibus famuli lymphas, Cereremque canistris
Expediunt, tonsisque ferunt mantelia villis.
Quinquaginta intus famulae, quibus ordine longo
Cura penum struere, et flammis adolere Penates;
705 Centum aliae, totidemque pares aetate ministri,
Qui dapibus mensas onerent et pocula ponant.
Nec non et Tyrii per limina laeta frequentes
Convenere, toris jussi discumbere pictis.
Mirantur dona Aeneae, mirantur Iulum,
710 Flagrantesque dei vultus simulataque verba.

ENEIDA I

por el llamado del padre querido, a ir a la urbe
sidonia el regio niño, mi cuidado mayor, se prepara,
llevando dones, restos del piélago y las flamas de Troya;
a éste yo, adormecido en el sueño, sobre la alta Citera 680
esconderé, o sobre el Idalio, en un sitio sagrado,
porque saber los dolos o presentarse en medio no pueda.
Tú la faz de él, no más que una noche, simula con dolo,
y, niño, vístete los semblantes conocidos del niño,
porque, cuando en su gremio te reciba alegrísima Dido, 685
entre las mesas reales y el licor de Lieo,
cuando te dé abrazos y ósculos dulces te imprima,
oculto fuego le inspire y con tu veneno la engañes.”

Obedece Amor los dichos de su cara madre, y las alas
se quita, y gozoso avanza con el paso de Julo. 690
Mas Venus el descanso plácido en los miembros a Ascanio
derrama, y, tibio, lo lleva en el gremio la diosa a los altos
bosques de Idalia, donde a él el amáraco muelle,
espirando, con flores y con dulce sombra lo abraza.

Y ya iba, obediente a lo dicho, Cupido, y llevaba 695
dones regios a los tirios, alegre de Acates su guía.
Cuando llega, ya la reina en tapices soberbios
se ha acomodado, y colocado en medio en un áureo lecho.
Se reúnen ya el padre Eneas y ya la troyana
juventud, y sobre la púrpura extendida se acuestan. 700

Dan linfas a las manos los criados, y en canastos a Ceres
reparten, y traen manteles de esquilados vellones.
Cincuenta criadas dentro, que tienen por cuidado en un orden
largo formar las viandas, e incensar los penates con flamas;
hay otras cien, e iguales en edad otros tantos sirvientes, 705
que carguen con manjares las mesas y pongan las copas.

Y también muchos tirios en los umbrales alegres
se han reunido, invitados a acostarse en lechos pintados.
Admiran los dones de Eneas, admiran a Julo,
los flagrantes rostros del dios y sus simuladas palabras, 710

VIRGILIO

Pallamque et pictum croceo velamen acantho.
 Praecipue infelix, pesti devota futurae,
 Expleri mentem nequit, ardescitque tuendo
 Phoenissa, et puero pariter donisque movetur.
 715 Ille, ubi complexu Aeneae colloque pependit,
 Et magnum falsi implevit genitoris amorem,
 Reginam petit. Haec oculis, haec pectore toto
 Haeret, et interdum gremio fovet, inscia Dido
 Insidat quantus miserae deus! At, memor ille
 720 Matris Acidaliae, paulatim abolere Sichaeum
 Incipit, et vivo tentat praevertere amore
 Jampridem resides animos desuetaque corda.
 Postquam prima quies epulis mensaeque remotae,
 Crateras magnos statuunt et vina coronant.
 725 Fit strepitus tectis, vocemque per ampla volutant
 Atria; dependent lychni laquearibus aureis
 Incensi, et noctem flammis funalia vincunt.
 Hic regina gravem gemmis auroque poposcit
 Implevitque mero pateram, quam Belus et omnes
 730 A Belo soliti. Tum facta silentia tectis :
 « Juppiter (hospitibus nam te dare jura loquuntur),
 Hunc laetum Tyriisque diem Trojaque profectis
 Esse velis, nostrosque hujus meminisse minores!
 Adsit laetitiae Bacchus dator, et bona Juno;
 735 Et vos, o, coetum, Tyrii, celebrate faventes. »
 Dixit, et in mensam laticum libavit honorem,
 Primaque, libato, summo tenuis attigit ore;
 Tum Bitiae dedit increpitans : ille impiger hausit
 Spumantem pateram, et pleno se proluit auro;
 740 Post alii proceres. Cithara crinitus Iopas
 Personat aurata, docuit quem maximus Atlas.
 Unde hominum genus et pecudes, unde imber et ignes;
 Hic canit errantem lunam solisque labores;
 Arcturum pluviasque Hyadas geminosque Triones;

ENEIDA I

y el manto y el velo con azafranado acanto pintado.
 Principalmente, infeliz, consagrada a la peste futura,
 no puede ser saciada en su mente y se enardece mirando
 la fenicia, y se conmueve igual por el niño y los dones.
 Él, luego que se colgó del abrazo y del cuello de Eneas 715
 y que el magno amor del falso padre ha colmado,
 busca a la reina. Ésta con ojos, ésta con todo su pecho
 se adhiere, y, a veces, lo abriga en el gremio Dido, ignorando
 qué tan gran dios se asienta en la mísera. Mas él, memorioso
 de su madre Acidalia, a destruir a Siqueo 720
 comienza, e intenta trastornar con amor vivo los ánimos
 hace tiempo ociosos y los corazones ya no habituados.
 Tras el primer descanso en el banquete, y quitadas las mesas,
 las cráteras magnas erigen y los vinos coronan.
 Se hace estrépito en los techos, y sueltan la voz por los amplios 725
 atrios; penden de doradas cadenas las lámparas
 encendidas, y a la noche vencen con sus flamas las hachas.
 Aquí pidió la reina, y llenó de vino, la pátera
 grave de gemas y oro, que Belo y todos habían,
 desde Belo, usado. Entonces, hecho el silencio en los techos: 730
 “¡Júpiter (pues dicen que derechos tú das a los huéspedes),
 que alegre este día a los tirios y a los de Troya salidos
 sea, quieras, y que de él nuestros descendientes se acuerden!
 Estén Baco, dador de alegría, y la buena Juno, presentes;
 y vosotros, oh tirios, al convivio asistid favorables”, 735
 dijo, y la primera en la mesa libó el honor de los vinos,
 y lo tocó con el borde sólo de la boca, libado;
 allí, a Bicias lo dio, animándolo; vació él, no perezoso,
 la espumante pátera, y se bañó con el oro colmado;
 después, los otros próceres. La dorada cítara pulsa 740
 Jopas melenudo, a quien enseñó el máximo Atlas.
 Éste canta la errante luna y los eclipses del sol;
 de dónde el linaje de hombres y bestias, la lluvia y los fuegos;
 Arturo y las Híadas pluviosas y los Triones gemelos;

VIRGILIO

745 Quid tantum Oceano properent se tingere soles
Hiberni, vel quae tardis mora noctibus obstet.
Ingeminant plausu Tyrii, Troesque sequuntur.
Nec non et vario noctem sermone trahebat
Infelix Dido, longumque bibebat amorem,
750 Multa super Priamo rogitans, super Hectore multa;
Nunc, quibus Aurorae venisset filius armis;
Nunc, quales Diomedis equi; nunc, quantus Achilles.
« Imo age, et a prima dic, hospes, origine nobis
Insidias, inquit, Danaum, casusque tuorum,
755 Erroresque tuos; nam te jam septima portat
Omnibus errantem terris et fluctibus aestas. »

ENEIDA I

por qué a mojarse en el Océano se apuran tanto los soles 745
de invierno, o qué demora estorba a las noches tardías.
Doblan el aplauso los tirios y los troyanos los siguen.
Y también en variada plática pasaba la noche
la infeliz Dido, y el largo amor se bebía,
mucho sobre Príamo, sobre Héctor preguntándole mucho; 750
ora, con qué armas había el hijo de la Aurora venido;
ora, cuál los caballos de Diomedes, o cómo era Aquiles.
“Más bien, ea, huésped, dinos desde su origen primero
—dijo— las insidias de los dánaos y el azar de los tuyos
y tus andanzas, pues ya el séptimo verano te lleva 755
por todas las tierras y por las olas errante.”

Liber secundus

Conticuere omnes, intentique ora tenebant;
Inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto :
 « Infandum, regina, jubes renovare dolorem.
Trojanas ut opes et lamentabile regnum
5 Eruerint Danaï, quaeque ipse miserrima vidi,
Et quorum pars magna fui. Quis talia fando
Myrmidonum Dolopumve, aut duri miles Ulixi
Temperet a lacrimis? Et jam nox umida caelo
Praecipitat, suadentque cadentia sidera somnos.
10 Sed si tantus amor casus cognoscere nostros,
Et breviter Trojae supremum audire laborem,
Quanquam animus meminisse horret, luctuque refugit,
Incipiam. Fracti bello fatisque repulsi,
Ductores Danaum, tot jam labentibus annis,
15 Instar montis equum, divina Palladis arte,
Aedificant, sectaque intexunt abiete costas;
Votum pro reditu simulant; ea fama vagatur.
Huc delecta virum sortiti corpora furtim
Includunt caeco lateri, penitusque cavernas
20 Ingentes utrumque armato milite complent.
 « Est in conspectu Tenedos, notissima fama
Insula, dives opum, Priami dum regna manebant,
Nunc tantum sinus et statio male fida carinis :
Huc se provecti deserto in litore condunt.
25 Nos abiisse rati et vento petiisse Mycenae.
Ergo omnis longo solvit se Teucra luctu :
Panduntur portae; juvat ire, et Dorica castra
Desertosque videre locos, litusque relictum.
Hic Dolopum manus, hic saevus tendebat Achilles;
80 Classibus hic locus; hic acie certare solebant.

Libro segundo

Callaron, a la vez, todos, y, atentos, los rostros tenían.
De allí, desde el alto lecho, así empezó el padre Eneas:
“Ordenas, reina, que renueve el dolor indecible;
cómo las fuerzas troyanas y, digno de lástima, el reino
arrancaron los dánaos, cosas que vi yo mismo, misérrimas, 5
y de que fui magna parte. ¿Quién, de mirmidones o dólopes
o soldado del duro Ulises, tales cosas hablando
se abstendrá de lágrimas? Y ya la húmeda noche del cielo
se precipita, y los cadentes astros persuaden los sueños;
mas si tienes tan grande amor de conocer nuestros casos 10
y oír brevemente el supremo trabajo de Troya,
aunque el ánimo tiembla al acordarse y el luto ha rehuido,
comenzaré. Rotos por la guerra y repelidos del hado,
los jefes de los dánaos —ya al transcurrir tantos años—,
como un monte, un caballo con el arte divino de Palas 15
edifican, y de cortado abeto le tejen costillas;
un voto por su regreso simulan; se extiende esa fama.
Aquí, escogidos cuerpos de hombres, sorteados, a hurto
encierran en el flanco oscuro; y, hasta el fondo, los huecos
ingentes y el vientre colman de soldados armados. 20
”Está a la vista Ténédos, por la fama muy conocida
isla, rica en bienes mientras los reinos de Príamo duraban;
hoy sólo un golfo, y poco segura estación a las quillas:
acá llegados, en la costa desierta se esconden.
Pensamos que habíanse ido, y buscado con el viento a Micenas. 25
Luego, del largo luto se libera toda la Teucría.
Se abren las puertas; deleita ir, y los dóricos reales
ver, y los sitios desiertos, y la costa dejada:
de dólopes, aquí, la tropa; acampaba aquí el cruel Aquiles;
aquí, lugar a las flotas; solían luchar, aquí, en línea. 30

VIRGILIO

Pars stupet innuptae donum exitiale Minervae,
Et molem mirantur equi; primusque Thymoetes
Duci intra muros hortatur et arce locari,
Sive dolo, seu jam Trojae sic fata ferebant.

35 At Capys, et quorum melior sententia menti,
Aut pelago Danaum insidias suspectaque dona
Praecipitare jubent, subjectisque urere flammis,
Aut terebrare cavas uteri et tentare latebras.
Scinditur incertum studia in contraria vulgus.

40 « Primus ibi ante omnes, magna comitante caterva,
Laocoon ardens summa decurrit ab arce,
Et procul : « O miseri, quae tanta insania, cives?
« Creditis auctos hostes? aut ulla putatis
« Dona carere dolis Danaum? sic notus Ulixes?
45 « Aut hoc inclusi ligno occultantur Achivi;
« Aut haec in nostros fabricata est machina muros,
« Inspectura domos venturaque desuper urbi;
« Aut aliquis latet error : equo ne credite, Teucri.
« Quicquid id est, timeo Danaos et dona ferentes. »

50 Sic fatus, validis ingentem viribus hastam
In latus inque feri curvam compagibus alvum
Contorsit. Steti illa tremens, uteroque recusso,
Insonuere cavae gemitumque dedere cavernae.
Et, si fata deum, si mens non laeva fuisset,

55 Impulerat ferro Argolicas foedare latebras;
Trojaque nunc staret, Priamique arx alta maneres!

« Ecce manus juvenem interea post terga revinctum
Pastores magno ad regem clamore trahebant
Dardanidae, qui se ignotum venientibus ultro,

60 Hoc ipsum ut strueret Trojamque aperiret Achivis,
Obtulerat, fidens animi atque in utrumque paratus,
Seu versare dolos, seu certae occumbere morti.
Undique visendi studio Trojana juvenus
Circumfusa ruit, certantque illudere capto.

ENEIDA II

Parte, se pasma ante el don fatal de la doncella Minerva,
y admiran la mole del caballo; y, primero, Timetes
exhorta a llevarlo intramuros y colocarlo en la plaza,
o por dolo, o porque ya así lo traían los hados de Troya.
Mas Capis y aquellos cuya mente mejor juicio tenía, 35
o al piélagos las insidias y dones suspectos de dánaos
ordenan precipitar, o quemar desde abajo con flamas,
u horadar y explorar los cóncavos escondrijos del vientre.
Se escinde, incierto, en deseos contrarios el vulgo.

”Primero allí, acompañado de magna caterva, ante todos, 40
Laocoonte, ardiente, baja de lo alto de la plaza corriendo,
y lejos: ‘¡Oh míseros ciudadanos! ¿Qué insania tan grande?
¿Creéis que el enemigo se ha ido? ¿O algunos dones de dánaos
juzgáis que carecen de dolo? ¿Es conocido así Ulises?
O encerrados en este leño los aquivos se ocultan, 45
o contra nuestros muros fue fabricada esta máquina
para inspeccionar las casas y venir, de arriba, a la urbe,
o algún fraude se oculta; teucros, no creáis al caballo.
Lo que ello sea, temo a los dánaos, aunque traigan ofrendas.’
Habiendo hablado así, la ingente lanza con fuerzas robustas 50
contra el flanco de la fiera y, curvo en sus junturas, el vientre,
arrojó. Se hincó ella temblando y, el vientre golpeado,
resonaron, huecas, y un gemido las cavernas lanzaron;
y, si hados de dioses, si necia no hubiera sido la mente,
nos impulsara a hollar con hierro los escondrijos argólicos, 55
y hoy estaría Troya, y durarías, alta torre de Príamo.

”He aquí que, entre tanto, un joven, a la espalda atado las manos,
con magno clamor hacia el rey traían unos pastores
Dardánidas, el cual, desconocido, habíase ofrecido
de suyo a los que venían por tramar esto mismo, y a Troya 60
abrir a los aquivos; fiado en su ánimo y presto a ambas cosas:
o a revolver dolos, o a sucumbir a la muerte segura.
De doquiera, la juventud troyana, con ansia de verlo,
corre extendida en torno, y luchan en hacer burla al cautivo.

VIRGILIO

- 65 Accipe nunc Danaum insidias, et crimine ab uno
Disce omnes.
Namque ut conspectu in medio turbatus, inermis,
Constitit, atque oculis Phrygia agmina circumspexit :
« Heu! quae nunc tellus, inquit, quae me aequora possunt
70 « Accipere? aut quid jam misero mihi denique restat,
« Cui neque apud Danaos usquam locus, et super ipsi
« Dardanidae infensi poenas cum sanguine poscunt? »
Quo gemitu conversi animi, compressus et omnis
Impetus. Hortamur fari quo sanguine cretus,
75 Quidve ferat; memoret, quae sit fiducia capto.
Ille haec, deposita tandem formidine, fatur :
« Cuncta equidem tibi, rex, fuerit quodcumque, fatebor
« Vera, inquit : neque me Argolica de gente negabo :
« Hoc primum; nec, si miserum Fortuna Sinonem
80 « Finxit, vanum etiam mendacemque improba finget.
« Fando aliquod si forte tuas pervenit ad aures
« Belidae nomen Palamedis et incluta fama
« Gloria, quem falsa sub proditione Pelasgi
« Insontem, infando indicio, quia bella vetabat,
85 « Demisere neci, nunc cassum lumine lugent;
« Illi me comitem et consanguinitate propinquum
« Pauper in arma pater primis huc misit ab annis.
« Dum stabat regno incolumis, regumque vigeat
« Conciliis, et nos aliquod nomenque decusque
90 « Gessimus. Invidia postquam pellacis Ulixi
« (Haud ignota loquor) superis concessit ab oris,
« Afflictus vitam in tenebris luctuque trahebam,
« Et casum insontis mecum indignabar amici.
« Nec tacui demens, et me, fors si qua tulisset,
95 « Si patrios unquam remeassem victor ad Argos,
« Promisi ultorem, et verbis odia aspera movi.
« Hinc mihi prima mali labes, hinc semper Ulixes
« Criminibus terrere novis, hinc spargere voces

ENEIDA II

Toma hoy las insidias de los dánaos, y, del crimen de uno, 65
conócelos a todos.

Pues, cuando en medio, a la vista de todos, inerme, turbado
se detuvo, y con los ojos vio las huestes frigias en torno,
'¡Ay! ¿Hoy qué tierra —dijo— puede a mí, cuáles mares
recibirme? ¿O qué me queda ya, por fin, a mí, mísero, 70
para quien no hay sitio alguno entre dánaos, y, encima, los mismos
Dardánidas hostiles, con mi sangre piden las penas?'

Con el cual gemido se mudó el ánimo, y todo el impulso
se aplacó. Lo exhortamos a decir de qué sangre ha crecido
o qué anuncie; a que refiera cuál sea su confianza, cautivo. 75
Aquél, depuesto finalmente el temor, habla esto:

” ‘Cualquier cosa que fuere, por cierto a ti, rey, diré toda
la verdad —dijo—: y no negaré ser de la argólica gente;
esto primero; y, si la ímproba fortuna hizo mísero
a Sinón, no lo hará vano y mendaz así mismo. 80

Si por azar algún nombre, en el habla, llegó a tus orejas,
el del Belida Palamedes y su ínclita gloria
por la fama, a quien, bajo falsa atestación, los pelasgos
por calumnia infanda, inocente, porque a la guerra oponíase,
mandaron a la muerte —hoy, de la luz privado, lo lloran—; 85
como compañero, y por consanguinidad a él cercano,

mi padre pobre me envió acá a la guerra en los años primeros.
Cuando incólume estaba en el reino y era fuerte en concilios

de reyes, también nosotros algún renombre y decoro
trajimos. Después que por la envidia del pérfido Ulises 90
(hablo de cosas sabidas) se fue de las altas riberas,
afligido, mi vida en tinieblas y luto arrastraba
y del caso del amigo inocente conmigo indignábame.

Y no callé, demente, y, si algún azar lo trajera,
prometí, si nunca a la patria Argos vencedor regresara, 95
ser yo su vengador, y odios ásperos moví con palabras.
De allí, la primera ruina del mal; de allí, siempre Ulises
con crímenes nuevos me aterra; de allí, voces ambiguas

VIRGILIO

- « In vulgum ambiguas, et quaerere conscius arma.
 100 † Nec requievit enim, donec Calchante ministro. . .
 « Sed quid ego haec autem nequiquam ingrata revolvo?
 « Quidve moror, si omnes uno ordine habetis Achivos,
 « Idque audire sat est? Jamdudum sumite poenas :
 « Hoc Ithacus velit, et magno mercentur Atridae. »
 105 « Tum vero ardemus scitari et quaerere causas,
 Ignari scelerum tantorum artisque Pelasgae.
 Prosequitur pavitans, et ficto pectore fatur :
 « Saepe fugam Danaï Troja cupiere relicta
 « Moliri, et longo fessi discedere bello;
 101 « Fecissentque utinam! saepe illos aspera ponti
 « Interclusit hiems, et terruit Auster euntes.
 « Praecipue, cum jam hic trabibus contextus acernis
 « Staret equus, toto sonuerunt aethere nimbi.
 « Suspensi Eurypylum scitantem oracula Phoebi
 115 « Mittimus, isque adytis haec tristia dicta reportat :
 « — Sanguine placastis ventos et virgine caesa,
 « Cum primum Iliacas, Danaï, venistis ad oras;
 « Sanguine quaerendi reditus, animaque litandum
 « Argolica. » — Vulgi quae vox ut venit ad aures,
 120 « Obstupuere animi, gelidusque per ima cucurrit
 « Ossa tremor, cui fata parent, quem poscat Apollo.
 « Hic Ithacus vatem magno Calchanta tumultu
 « Protrahit in medios; quae sint ea numina divum
 « Flagitat : et mihi jam multi crudele canebant
 125 « Artificis scelus, et taciti ventura videbant.
 « Bis quinos silet ille dies, tectusque recusat
 « Prodere voce sua quemquam aut opponere morti.
 « Vix tandem, magnis Ithaci clamoribus actus,
 « Composito rumpit vocem, et me destinat arae.
 130 « Assensere omnes, et, quae sibi quisque timebat,
 « Unius in miseri exitium conversa tulere.
 « Jamque dies infanda aderat; mihi sacra parari,

ENEIDA II

esparce entre el vulgo, y busca, consciente, las armas.
 Y no descansó por cierto, hasta que, ayudándolo Calcas . . . 100
 Mas ¿por qué yo en vano estas cosas ingratas revuelvo?
 ¿Qué os demoro? Si a todos los aquivos juzgáis de una clase,
 y oír eso os basta, tomad, ahora mismo, las penas:
 esto quiere el de Ítaca, y bien lo pagarán los Atridas.”
 ”Por saber e indagar las causas, en verdad allí ardemos, 105
 ignaros de maldades tan grandes y del arte pelasga.
 Prosigue, lleno de miedo, y dice con pecho fingido:
 ” ‘A menudo ansiaron los dánaos —dejada Troya— la fuga
 emprender, y de la larga guerra retirarse, cansados;
 ¡ojalá lo hubieran hecho! A menudo, del ponto la áspera 110
 tormenta lo impidió, y aterró, a los que se iban, el Austro.
 Sobre todo cuando ya este caballo tejido con trabes
 de arce estaba, resonaron en el éter todo las nubes.
 Suspensos, a Eurípilo a saber los febeos oráculos
 enviamos, y él del santuario estos tristes dichos reporta: 115
 ‘Aplacasteis los vientos con sangre y —degollada— una virgen,
 cuando primero vinisteis, dánaos, a las costas ilíacas:
 con sangre ha de buscarse el retorno, y ofreciendo una vida
 argólica.’ Luego que esta voz vino a orejas del vulgo,
 se pasmaron las almas, y, gélido, por dentro, los huesos 120
 corrió un temblor: a quién manden los hados, a quién pida Apolo.
 Aquí el de Ítaca al vate Calcas trae en medio con magno
 tumulto; de los dioses cuáles sean esos designios
 reclama. Y ya muchos el crimen cruel del astuto
 me auguraban, y lo que iba a venir veían callados. 125
 Dos veces cinco días él calla y, encubierto, se niega
 a indicar con su voz a alguno, o enfrentarlo a la muerte.
 Apenas, al fin, movido por magnos clamores del de Ítaca,
 según su acuerdo rompe en voz y al altar me destina.
 Asintieron todos, y, lo que cada uno temíase, 130
 soportaron, convertido en el daño de un mísero.
 Y ya llegaba el día odioso, y se me preparaban los ritos,

VIRGILIO

- « Et salsae fruges, et circum tempora vittae.
« Eripui, fateor, leto me, et vincula rupi.
135 « Limosoque lacu per noctem obscurus in ulva
« Delitui, dum vela darent, si forte dedissent.
« Nec mihi jam patriam antiquam spes ulla videndi,
« Nec dulces natos exoptatumque parentem,
« Quos illi fors ad poenas ob nostra repositent
140 « Effugia, et culpam hanc miserorum morte piabunt.
« Quod te, per Superos et conscia numina veri,
« Per, si qua est quae restet adhuc mortalibus usquam
« Intemerata fides, oro, miserere laborum
« Tantorum, miserere animi non digna ferentis! »
145 « His lacrimis vitam damus, et miserescimus ultro.
Ipse viro primus manicas atque arta levare
Vincta jubet Priamus, dictisque ita fatur amicis
« Quisquis es, amissos hinc jam obliviscere Graios;
« Noster eris; mihi que haec edissere vera roganti :
150 « Quo moem hanc immanis equi statuere? quis auctor?
« Quidve petunt? quae religio? aut quae machina belli? »
Dixerat. Ille, dolis instructus et arte Pelasga,
Sustulit exutas vinctis ad sidera palmas :
« Vos, aeterni ignes, et non violabile vestrum
155 « Testor numen, ait ; vos, arae ensesque nefandi,
« Quos fugi, vittaeque deum, quas hostia gessi;
« Fas mihi Graiorum sacrata resolvere iura;
« Fas odisse viros atque omnia ferre sub auras,
« Si qua tegunt; teneor patriae nec legibus ullis.
160 « Tu modo promissis maneat, servataque serves,
« Troja, fidem, si vera feram, si magna rependam.
« Omnis spes Danaum et coepti fiducia belli
« Palladis auxiliis semper stetit. Impius ex quo
« Tydides sed enim scelerumque inventor Ulixes
165 « Fatale aggressi sacrato avellere templo
« Palladium, caesis summae custodibus arcis,

ENEIDA II

y los salados trigos, y, en torno a las sienes, las cintas.
 Me hurté, lo confieso, a la muerte, y rompí las cadenas,
 y en el limoso lago, de noche, oscuro, en la anea 135
 me oculté hasta que diesen velas, si por acaso las dieran.
 Ni de ver a la antigua patria tengo ya alguna esperanza,
 ni a los dulces hijos y al padre muy deseado,
 a quien acaso ellos reclamarán también penas por nuestra
 fuga, y con la muerte de los tristes expiarán esta culpa. 140
 Así, por dioses y númenes de la verdad sabedores;
 por la fe, si alguna hay pura para los mortales, que aún quede
 en alguna parte, te ruego que te apiades de tantos
 trabajos; que te apiades de alma que sufre cosas no dignas.’
 ”La vida a estas lágrimas damos; nos apiadamos, encima. 145
 Príamo mismo, el primero, manda que al hombre esposas y estrechas
 cadenas se quiten, y habla así con dichos amigos:
 ‘Quienquiera seas, desde aquí, a los griegos que perdiste ya olvida;
 nuestro serás. Y explica esto, en verdad, a mí que te ruego:
 tal mole de inmenso caballo, ¿a qué alzaron? ¿Quién el autor? 150
 ¿O qué buscan? ¿Qué religión o que instrumento de guerra?’
 Había dicho. Él, instruido en los dolos y el arte pelasga,
 levantó, libres de cadenas, a los astros las palmas:
 ‘A vosotros, eternos fuegos, y a vuestro no violable
 numen —dijo— hago testigos; a vos, aras y hojas nefandas 155
 de quien hui, y cintas de los dioses que porté como víctima
 lícito me es de los griegos romper los derechos sagrados;
 lícito, odiar a esos hombres y todo llevar a las auras,
 si algo cubren; ni leyes algunas de la patria me tienen.
 Tú sólo en tus promesas queda, y, preservada, conserva, 160
 Troya, tu fe, si hablo verdades y grandes cosas devuelvo.

” ”Toda esperanza de los dánaos y fe en la guerra iniciada
 siempre se irguió por auxilios de Palas; mas desde que impió
 el Tídida y el inventor de delitos Ulises,
 habiendo intentado arrancar del sagrado templo el Paladio 165
 fatal —asesinados en lo alto de la torre los guardias—,

VIRGILIO

- « Corripuere sacram effigiem, manibusque cruentis
 « Virgineas ausi divae contingere vittas,
 « Ex illo fluere ac retro sublapsa referri
 170 « Spes Danaum, fractae vires, aversa deae mens.
 « Nec dubiis ea signa dedit Tritonia monstris.
 « Vix positum castris simulacrum, arsere coruscae
 « Luminibus flammae arrectis, salsusque per artus
 « Sudor iit, terque ipsa solo (mirabile dictu!)
 175 « Emicuit, parmamque ferens hastamque trementem
 « Extemplo tentanda fuga canit aequora Calchas,
 « Nec posse Argolicis excindi Pergama telis,
 « Omina ni repetant Argis, numenque reducant
 « Quod pelago et curvis secum avexere carinis.
 180 « Et nunc, quod patrias vento petiere Mycenae,
 « Arma deosque parant comites, pelagoque remenso
 « Improvisi aderunt : ita digerit omina Calchas.
 « Hanc pro Palladio moniti, pro numine laeso
 « Effigiem statuere, nefas quae triste piaret.
 185 « Hanc tamen immensam Calchas attollere molem
 « Roboribus textis caeloque educere jussit,
 « Ne recipi portis aut duci in moenia posset,
 « Neu populum antiqua sub religione tueri.
 « Nam si vestra manus violasset dona Minervae,
 190 « Tum magnum exitium (quod di prius omen in ipsum
 « Convertant!) Priami imperio Phrygibusque futurum;
 « Sin manibus vestris vestram ascendisset in urbem,
 « Ultro Asiam magno Pelopea ad moenia bello
 « Venturam, et nostros ea fata manere nepotes. »
 195 « Talibus insidiis perjurique arte Sinonis
 Credita res, captique dolis lacrimisque coactis,
 « Quos neque Tydides, nec Larissaeus Achilles,
 « Non anni domuere decem, non mille carinae.
 « Hic aliud majus miseris multoque tremendum
 200 Objicitur magis, atque improvida pectora turbat.

ENEIDA II

arrebataron la sacra efigie y, con manos sangrientas,
las virgíneas cintas osaron tocar de la diosa,
de allí menguó, y atrás, resbalándose volvió la esperanza
de los dánaos, se quebró su fuerza; de la diosa la mente 170
se alejó. Y no dio Tritonia esos signos con monstruos dudosos.
Apenas puesto el simulacro en los reales, flamas fulgentes
ardieron en sus ojos agudos, y, en sus miembros, salado
fue el sudor, y ella misma tres veces (de decir admirable)
saltó del suelo llevando el escudo y la lanza tremente. 175
Canta al punto Calcas que hay que tentar con la fuga los mares,
y arruinada no puede ser Pérgamo por dardos argólicos
si auspicios de Argos no retoman y recobran el numen
que consigo en el piélagos en corvas quillas portaron.
Y hoy, que con el viento han buscado a la patria Micenas, 180
armas y dioses amigos preparan y, el mar repasado,
llegarán improvisos. Calcas ordena así los auspicios.
Advertidos, en vez del Paladio, en vez del numen herido,
esta efigie erigieron, para que el triste crimen expiara.
Con todo, Calcas esta inmensa mole mandó que se alzara 185
con robles tejidos, y conducirla hasta el cielo,
porque no ser admitida en las puertas o entrada en los muros,
ni al pueblo proteger con la religión antigua pudiera.
Pues si vuestra mano los dones de Minerva violase,
allí magna ruina (¡antes los dioses el agüero a aquel mismo 190
vuelvan!) habrá de venir al imperio de Príamo y los frigios;
mas si por vuestras manos a vuestra ciudad ascendiese,
Asia, a su vez, con magna guerra a las murallas de Pélope
habrá de ir, y esos hados a nuestros nietos aguardan.’
Por tales insidias y el arte de Sinón el perjuro 195
creído el asunto, ganados con dolos son, y con lágrimas
fingidas, los que ni el Tidida ni Aquiles Laríseo;
no los diez años, no las mil quillas domaron.
”Aquí otra cosa mayor y mucho más tremenda a los míseros
se presenta, y los desprevenidos pechos conturba. 200

VIRGILIO

Laocoon, ductus Neptuno sorte sacerdos,
Sollemnes taurum ingentem mactabat ad aras.
Ecce autem gemini a Tenedo tranquilla per alta
(Horresco referens) immensis orbibus angues
205 Incumbunt pelago, pariterque ad litora tendunt;
Pectora quorum inter fluctus arrecta jubaeque
Sanguineae superant undas; pars cetera pontum
Pone legit, sinuantque immensa volumine terga.
Fit sonitus spumante salo; jamque arva tenebant,
210 Ardentesque oculos suffecti sanguine et igni,
Sibila lambebant linguis vibrantibus ora.
Diffugimus visu exsanguis. Illi agmine certo
Laocoonta petunt; et primum parva duorum
Corpora natorum serpens amplexus uterque
215 Implicat, et miseros morsu depascitur artus :
Post ipsum auxilio subeuntem ac tela ferentem
Corripiunt, spirisque ligant ingentibus; et jam
Bis medium amplexi, bis collo squamea circum
Terga dati, superant capite et cervicibus altis.
220 Ille simul manibus tendit divellere nodos,
Perfusus sanie vittas atroque veneno,
Clamores simul horrendos ad sidera tollit;
Quales mugitus, fugit cum saucius aram
Taurus, et incertam excussit cervice securim.
225 At gemini lapsu delubra ad summa dracones
Effugiunt, saevaeque petunt Tritonidis arcem,
Sub pedibusque deae clipeique sub orbe teguntur.
 « Tum vero tremefacta novus per pectora cunctis
Insinuat pavor, et scelus expendisse merentem
230 Laocoonta ferunt, sacrum qui cuspide robur
Laeserit et tergo sceleratam intorserit hastam.
Ducendum ad sedes simulacrum orandaque divae
Numina conclamant.
Dividimus muros, et moenia pandimus urbis.

ENEIDA II

Laocoonte, sacerdote por sorteo elegido a Neptuno,
 ante las solemnes aras un ingente toro inmolaba.
 Mas he aquí que desde Ténedos, por la tranquila mar alta,
 (tiemblo al referirlo) dos serpientes de inmensos anillos
 en el piélago apóyanse, y tienden al par a las costas; 205
 de las cuales, entre olas, los pechos erguidos y crestas
 sanguíneas vencen las ondas; detrás la parte restante
 desflora el ponto, y encorva en giros sus lomos inmensos.
 Se hace un ruido en la sal espumante; y ya los campos tenían
 y, los ardientes ojos inyectados de sangre y de fuego, 210
 las silbantes bocas lamían con sus lenguas vibrantes.
 A su vista huimos, exangües; ellas, en curso seguro,
 a Laocoonte buscan; y los parvos cuerpos, primero,
 de sus dos hijos, ambas serpientes habiendo abrazado,
 envuelven, y a mordiscos pacen sus míseros miembros. 215
 Después al mismo, que en su auxilio venía y dardos llevaba,
 arrebatan, y con espiras ligan ingentes; y ya
 dos veces el medio abrazando, cercado el cuello dos veces
 por lomos de escamas, con cabeza y altas nucas supéranlo.
 Él, a la vez, con las manos arrancar los nudos intenta 220
 empapado en ponzoña las cintas y en negro veneno;
 clamores, a la vez, horrendos a los astros levanta:
 cual los mugidos cuando huye, herido, del ara
 el toro, y en la cerviz la segur incierta sacude.
 Mas los dos dragones, deslizándose, a los templos supremos 225
 huyen, y buscan de la irritada Tritonida la torre
 y a los pies de la diosa y so el orbe de su clipeo se cubren.
 "Pero allí, por los aterrados pechos, en todos un nuevo
 pavor se insinúa, y que su crimen, mereciéndolo, paga
 Laocoonte, dicen, porque con la lanza el roble sagrado 230
 dañara, y arrojara contra su espalda un dardo sacrílego.
 Que el simulacro ha de llevarse de la diosa a las sedes,
 que ha de implorarse a los númenes, claman.
 Cortamos los muros, y de la urbe las murallas abrimos.

VIRGILIO

- 235 Accingunt omnes operi, pedibusque rotarum
 Subjiciunt lapsus, et stuppea vincula collo
 Intendunt. Scandit fatalis machina muros,
 Feta armis; pueri circum innuptaeque puellae
 Sacra canunt, funemque manu contingere gaudent.
- 240 Illa subit, mediaeque minans illabitur urbi.
 O patria, o divum domus Ilium, et incluta bello
 Moenia Dardanidum! quater ipso in limine portae
 Substitit, atque utero sonitum quater arma dedere;
 Instamus tamen immemores caecique furore,
- 245 Et monstrum infelix sacrata sistimus arce.
 Tunc etiam fatis aperit Cassandra futuris
 Ora, dei jussu non unquam credita Teucris
 Nos delubra deum miseri, quibus ultimus esset
 Ille dies, festa velamus fronde per urbem.
- 250 « Vertitur interea caelum, et ruit Oceano Nox
 Involvens umbra magna terramque polumque,
 Myrmidonumque dolos; fusi per moenia Teucris
 Conticuere; sopor fessos complectitur artus.
- « Et jam Argiva phalanx instructis navibus ibat
- 255 A Tenedo, tacitae per amica silentia lunae,
 Litora nota petens, flammam cum regia puppis
 Extulerat fatisque deum defensum iniquis,
 Inclusos utero Danaos et pinea furtim
 Laxat claustra Sinon. Illos patefactus ad auras
- 260 Reddit equus, laetique cavo se robore promunt
 Thessandrus Sthenelusque duces, et dirus Ulixes,
 Demissum lapsi per funem, Acamasque, Thoasque,
 Pelidesque Neoptolemus, primusque Machaon,
 Et Menelaus, et ipse doli fabricator Epeos.
- 265 Invadunt urbem somno vinoque sepultam;
 Caeduntur vigiles, portisque patentibus omnes
 Accipiunt socios atque agmina conscia jungunt.
 « Tempus erat quo prima quies mortalibus aegris

ENEIDA II

Se aplican todos a la obra, y, bajo los pies, de las ruedas 235
 ponen el deslizarse, y vínculos de estopa en el cuello
 le amarran: la fatal máquina escala los muros, preñada
 de armas. Los niños en torno y las solteras muchachas
 cantan himnos, y gozan de tocar con la mano las cuerdas.
 Ella sube, amenazante, y a media ciudad se desliza. 240
 ¡Oh patria, oh Ilión, casa de dioses; y, en la guerra, ínclitos muros
 dardanios! Cuatro veces en el mismo umbral de la puerta
 se paró, y dieron ruido en su vientre cuatro veces las armas;
 insistimos, con todo, de furor olvidados y ciegos,
 y en la sagrada plaza el monstruo infeliz detuvimos. 245
 Aún allí abre Casandra a los hados futuros
 la boca, por mandato del dios no de los teucros créida.
 Míseros, con fronda festiva en la urbe los templos de dioses
 cubrimos nosotros, a quien aquél fuera el último día.
 "Gira entre tanto el cielo, y crece del Océano la noche 250
 envolviendo en sombra magna la tierra, el aire y los dolos
 de los mirmidones; dispersos en las murallas los teucros
 callaron; un sopor los cansados miembros abraza.
 "Y ya la argiva falange iba con las naves formadas,
 de Ténédos, entre amigos silencios de tácita luna, 255
 buscando costas sabidas, cuando la real popa las flamas
 había alzado, y, de los dioses por hados inicuos guardado,
 los dánaos en el vientre encerrados y los claustros de pino
 suelta Sinón a hurto. A ellos, abierto, a las auras
 devuelve el caballo, y, alegres, del hueco roble se arrojan 260
 Tesandro y Esténelo, jefes, y Ulises funesto,
 resbalando por el cable arrojado, y Acamas y Toas,
 y el Pelida Neoptólemo y Macaón, el primero,
 y Menelao y el mismo Epeo fabricante del dolo.
 Invaden a la urbe en el sueño y el vino sepulta; 265
 son muertos los guardas, y por las puertas abiertas a todos
 los socios reciben, y a las cómplices huestes se juntan.

"Era el tiempo en que el primer descanso a los mortales dolientes

VIRGILIO

Incipit et dono divum gratissima serpit;
270 In somnis ecce ante oculos maestissimus Hector
Visus adesse mihi, largosque effundere fletus,
Raptatus bigis, ut quondam, aterque cruento
Pulvere, perque pedes trajectus lora tumentes.
Hei mihi, qualis erat! quantum mutatus ab illo
275 Hectore, qui redit exuvias indutus Achilli,
Vel Danaum Phrygios jaculatus puppibus ignes!
Squalentem barbam et concretos sanguine crines,
Vulneraque illa gerens, quae circum plurima muros
Acceptit patrios. Ultro flens ipse videbar
280 Compellare virum, et maestas expromere voces :
« O lux Dardaniae, spes o fidissima Teucrum,
« Quae tantae tenuere morae? Quibus, Hector, ab oris,
« Expectate, venis? Ut te post multa tuorum
« Funera, post varios hominumque urbisque labores,
285 « Defessi adspicimus! Quae causa indigna serenos
« Foedavit vultus? aut cur haec vulnera cerna? »
Ille nihil, nec me quaerentem vana moratur;
Sed graviter gemitus imo de pectore ducens :
« Heu! fuge, nate dea, teque his, ait, eripe flammis.
290 « Hostis habet muros; ruit alta a culmine Troja.
« Sat patriae Priamoque datum. Si Pergama dextra
« Defendi possent, etiam hac defensa fuissent.
« Sacra suosque tibi commendat Troja Penates :
« Hos cape fatorum comites, his moenia quaere,
295 « Magna pererrato statues quae denique ponto. »
Sic ait, et manibus vittas Vestamque potentem,
Aeternumque adytis effert penetralibus ignem.
« Diverso interea miscentur moenia luctu,
Et magis atque magis (quanquam secreta parentis
300 Anchisae domus arboribusque oblecta recessit),
Clarescunt sonitus, armorumque ingruit horror.
Excutior somno, et summi fastigia tecti

ENEIDA II

comienza, y, por don de los dioses, serpea gratisimo.
 En sueños, he aquí que, ante mis ojos, Héctor, tristísimo 270
 me pareció que estaba, y que largos llantos vertía,
 por la biga arrastrado, como otrora, y negro del cruento
 polvo, y atravesado en los hinchados pies las correas.
 Ay de mí, cómo estaba, cuán cambiado del Héctor
 aquel que regresa vestido con las armas de Aquiles, 275
 o los frigios fuegos a las popas de los dánaos lanzaba;
 inculta la barba y cuajadas de sangre las crines
 y aquellas muchas llagas llevando, que en torno a los muros
 patrios recibió. De grado, parecía yo mismo, llorando,
 llamar al varón, y proferir estas voces sombrías: 280
 ‘Oh luz de Dardania, oh esperanza de los teucros fidísima,
 ¿qué tantas demoras tuviéronte? Héctor, ¿de cuáles orillas,
 esperado, vienes? ¡Cómo, de los tuyos tras muchas
 muertes, tras varias labores de los hombres y la urbe,
 cansados te vemos! ¿Qué causa indigna tus rostros 285
 serenos manchó? ¿O por qué estas llagas contemplo?’
 Él nada dice, ni atiende a mí que cosas vanas pregunto;
 mas gravemente sacando gemidos del hondo del pecho,
 ‘Ay, huye, hijo de diosa —dice—, y de estas llamas aléjate.
 Tiene el hoste los muros; de alta cúspide arruínase Troya. 290
 Diste asaz a la patria y a Príamo; si guardar una diestra
 pudiese a Pérgamo, aún por ésta hubiera sido guardada.
 Sus sacras cosas y sus penates encomiéndate Troya:
 toma a éstos por socios de tus hados; a éstos busca murallas
 que, atravesado el ponto, erigirás, por fin, magnas.’ 295
 Dijo así, y con sus manos las cintas y a Vesta potente
 y el eterno fuego saca de los interiores altares.
 ”Por diverso luto, entre tanto, las murallas se mezclan,
 y más y más, aunque de mi padre Anquises remota
 se apartaba la casa y estaba oculta por árboles, 300
 se aclaran los ruidos, y cae encima el horror de las armas.
 Me sacudo del sueño y las cimas del techo más alto

VIRGILIO

Ascensu supero, atque arrectis auribus adsto :
 In segetem veluti cum flamma furentibus Austris
 305 Incidit, aut rapidus montano flumine torrens
 Sternit agros, sternit sata laeta boumque labores,
 Praecipitesque trahit silvas; stupet inscius alto
 Accipiens sonitum saxi de vertice pastor.
 Tum vero manifesta fides, Danaumque patescunt
 310 Insidiae. Jam Deiphobi dedit ampla ruinam,
 Vulcano superante, domus; jam proximus ardet
 Ucalegon; Sigea igni freta lata relucent.
 Exoritur clamorque virum clangorque tubarum.
 Arma amens capio; nec sat rationis in armis;
 315 Sed glomerare manum bello et concurrere in arcem
 Cum sociis ardent animi; furor iraque mentem
 Praecipitant, pulchrumque mori succurrit in armis.
 « Ecce autem telis Panthus elapsus Achivum,
 Panthus Othryades, arcis Phoebique sacerdos,
 320 Sacra manu victosque deos parvumque nepotem
 Ipse trahit, cursuque amens ad limina tendit.
 « Quo res summa loco, Panthu? quam prendimus arcem? »
 Vix ea fatus eram, gemitu cum talia reddit :
 « Venit summa dies et ineluctabile tempus
 325 « Dardaniae. Fuimus Troes, fuit Ilium, et ingens
 « Gloria Teucrorum; ferus omnia Juppiter Argos
 « Transtulit; incensa Danai dominantur in urbe.
 « Arduus armatos mediis in moenibus adstans
 « Fundit equus, victorque Sinon incendia miscet
 330 « Insultans. Portis alii bipotentibus adsunt,
 « Milia quot magnis unquam venere Mycenis;
 « Obsedere alii telis angusta viarum
 « Oppositi; stat ferri acies mucrone corusco
 « Stricta, parata neci; vix primi proelia tentant
 335 « Portarum vigiles, et caeco Marte resistunt. »
 Talibus Othryadae dictis et numine divum

ENEIDA II

supero en mi ascenso y, tendidas las orejas, me paro:
como cuando la flama en la mies con los austros furentes
incide, o el torrente rápido por la corriente del monte 305
cubre campos, cubre alegres siembras y labores de bueyes,
y arrastra selvas precípites : ignaro, pásmase oyendo
el sonido el pastor, de un peñasco desde el vértice alto.
Mas allí la manifiesta prueba y de los dánaos se ostentan
las insidias. Ya de Deífobo se dio a la ruina la amplia 310
casa, Vulcano superándola; ya, próximo, arde
Ucalegón; los sigeos mares, anchos con fuego relucen.
Se alza el clamor de los hombres y el clangor de las tubas.
Las armas, loco, tomo; y no hay asaz de razón en las armas,
mas por reunir huestes para la guerra y correr a la plaza 315
con los socios, arden los ánimos; furor e ira la mente
precipitan, y me ocurre que es bello morir en las armas.
”Mas ved que Panto, de los dardos de los aquivos huyendo,
Panto el Otríada, sacerdote de la plaza y de Febo,
sacras cosas en mano, y dioses vencidos, y parvo nieto 320
trae él mismo, y, loco, en su curso a mis umbrales se tiende.
‘¿En qué estado, Panto, la cosa suma? ¿Qué plaza ocupamos?’
Eso había dicho apenas, cuando tal con gemido responde:
‘Vino el supremo día e ineluctables los tiempos
a Dardania. Los troyanos fuimos, fue Ilión, y la ingente 325
gloria de los teucros; fiero, a Argos Júpiter todo
transfirió; en la incendiada urbe dominan los dánaos.
Altivo, estando en medio de las murallas, hombres armados
vierte el caballo, y vencedor, Sinón mezcla incendios
insultante. Otros se presentan por las puertas abiertas, 330
en miles cuantos nunca vinieron de la magna Micenas;
ocuparon otros lo angosto de las calles, con dardos
opuestos; está el filo del hierro de punta brillante
asido, dispuesto a la muerte; apenas los guardias primeros
de las puertas prueban combates, y, ciego Marte, resisten.’ 335
Por tales dichos del Otríada y por el poder de los dioses

VIRGILIO

In flammis et in arma feror, quo tristis Erinnys,
 Quo fremitus vocat et sublatus ad aethera clamor.
 Addunt se socios Ripheus et maximus armis
 340 Epytus, oblatus per lunam, Hypanisque Dymasque,
 Et lateri agglomerant nostro, juvenisque Coroebus
 Mygdonides. Illis ad Trojam forte diebus
 Venerat, insano Cassandrae incensus amore,
 Et gener auxilium Priamo Phrygibusque ferebat,
 345 Infelix, qui non sponsae praecepta furentis
 Audierit!
 « Quos ubi confertos audere in proelia vidi,
 Incipio super his : « Juvenes, fortissima frustra
 « Pectora, si vobis audentem extrema cupido est
 350 « Certa sequi, quae sit rebus fortuna videtis;
 « Excessere omnes adytis arisque relictis,
 « Di, quibus imperium hoc steterat; succurritis urbi
 « Incensae : moriamur, et in media arma ruamus.
 « Una salus victis, nullam sperare salutem. »
 355 Sic animis juvenum furor additus. Inde, lupi ceu
 Raptores atra in nebula, quos improba ventris
 Exegit caecos rabies, catulique relictis
 Faucibus exspectant siccis, per tela, per hostes
 Vadimus haud dubiam in mortem, mediaeque tenemus
 360 Urbis iter. Nox atra cava circumvolat umbra.
 « Quis cladem illius noctis, quis funera fando
 Explicit, aut possit lacrimis aequare labores?
 Urbs antiqua ruit, multos dominata per annos;
 Plurima perque vias sternuntur inertia passim
 365 Corpora, perque domos et religiosa deorum
 Limina. Nec soli poenas dant sanguine Teucris;
 Quondam etiam victis redit in praecordia virtus,
 Victoresque cadunt Danaei. Crudelis ubique
 Luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.
 370 « Primus se, Danaum magna comitante caterva,

ENEIDA II

soy llevado a las flamas y armas, a donde triste la Erinia,
a donde el ruido me llama y el clamor al éter alzado.
Se añaden como socios Ripeo y el máximo en armas
Epito, por la luna ofrecidos, e Hispanis y Dimas, 340
y al lado nuestro se aglomeran, y el joven Corebo
Migdónida —a Troya por azar en los días aquellos
había venido, incendiado por insano amor de Casandra
y, yerno, auxilio a Príamo y a los frigios llevaba,
¡infeliz, que no los preceptos de la esposa furente 345
escuchara!

”Cuando los vi que reunidos a los combates osaban,
más, más, empiezo para esto: ‘jóvenes, pechos fortísimos
en vano, si un deseo firme tenéis de a mí, que oso lo último,
seguirme, veis para nuestras cosas cuál es la fortuna: 350
de santuarios y aras dejadas salieron todos los dioses
por quienes este imperio duraba; socorréis a una urbe
incendiada: muramos, y a mitad de las armas corramos.
Tienen su salvación los vencidos: no esperar salvación’.
Así a las jóvenes almas fue el furor. De allí, como lobos 355
rapaces en niebla oscura, a quien ímproba rabia del vientre
echó fuera, ciegos, y a quienes los abandonados cachorros
con fauces secas esperan, vamos entre dardos y hostes
a no dudosa muerte, y del centro de la urbe el camino
tenemos; negra, con hueca sombra, vuela en torno la noche. 360
¿Quién el desastre de esa noche, quién las muertes, hablando,
explicará, o podrá con lágrimas igualar los trabajos?
La urbe antigua cae, que por muchos años había dominado;
muchos por las calles son postrados, sin orden, inertes
cuerpos, y por las casas y los religiosos umbrales 365
de los dioses. No sólo los teucros son penados con sangre;
vuelve a veces también al corazón el valor a vencidos,
y caen los vencedores dánaos. Cruel, por doquiera,
luto; pavor doquiera, y de la muerte la múltiple imagen.
Primero, acompañado de magna caterva de dánaos, 370

VIRGILIO

Androgeos offert nobis, socia agmina credens
 Inscius, atque ultro verbis compellat amicis.
 « Festinate, viri; nam quae tam sera moratur
 « Segnities? Alii rapiunt incensa feruntque
 375 « Pergama; vos celsis nunc primum a navibus itis!,
 Dixit, et extemplo (neque enim responsa dabantur
 Fida satis) sensit medios delapsus in hostes.
 Obstupuit, retroque pedem cum voce repressit.
 Improvisum aspris veluti qui sentibus anguem
 380 Pressit humi nitens, trepidusque repente refugit
 Attollentem iras et caerulea colla tumentem;
 Haud secus Androgeos visu tremefactus abibat.
 Irruimus, densis et circumfundimur armis,
 Ignarosque loci passim et formidine captos
 385 Sternimus : adspirat primo fortuna labori.
 Atque hic successu exsultans animisque Coroebus :
 « O socii, qua prima, inquit, fortuna salutis
 « Monstrat iter, quaque ostendit se dextra, sequamur.
 « Mutemus clipeos, Danaumque insignia nobis
 390 « Aptemus : dolus, an virtus, quis in hoste requirat?
 « Arma dabunt ipsi. » Sic fatus, deinde comantem
 Androgei galeam clipeique insigne decorum
 Induitur, laterique Argivum accommodat ensem.
 Hoc Ripheus, hoc ipse Dymas, omnisque juvenus
 395 Laeta facit; spoliis se quisque recentibus armat.
 Vadimus immixti Danais, haud numine nostro,
 Multaque per caecam congressi proelia noctem
 Conserimus; multos Danaum demittimus Orco.
 Diffugiunt alii ad naves, et litora cursu
 400 Fida petunt; pars ingentem formidine turpi
 Scandunt rursus equum et nota conduntur in alvo.
 Heu! nihil invitis fas quemquam fidere divis!
 « Ecce trahebatur passis Priameia virgo
 Crinibus a templo Cassandra adytisque Minervae,

ENEIDA II

Andrógeo se nos ofrece, aliadas tropas creyéndonos,
 sin saber, y de grado con palabras amigas nos llama:
 ‘Apresuraos, hombres. Pues ¿qué tan tardía pereza
 os demora? Otros roban, incendiada, y saquean
 a Pérgamo. ¿Venís por fin de las altas naves ahora?’ 375
 Dijo, y al punto (pues por cierto no le eran dadas respuestas
 asaz seguras) se sintió en medio de enemigos caído.
 Se pasmó, y hacia atrás el pie junto con la voz recogió.
 Como quien entre ásperas zarzas una sierpe improvisa
 pisó, en el suelo apoyándose, y huye temblando, de pronto, 380
 de ella que alza sus iras e hincha sus cuellos cerúleos,
 no de otro modo Andrógeo se iba de la visión aterrado.
 Corrimos, y con densas armas nos esparcimos en torno,
 y a los ignaros del sitio, y del miedo cogidos, sin orden
 postramos: la fortuna la primera labor favorece. 385
 Y aquí Corebo, exultante por el suceso y los ánimos:
 ‘¡Oh socios, por do la fortuna —dice— muestra primera
 de salud el camino, y do se ostenta propicia, sigamos.
 Mudemos clipeos, y a nosotros las insignias de dánaos
 adaptemos. Dolo o valor, ¿quién lo investiga en el hoste? 390
 Armas darán ellos mismos.’ Hablando así, luego el crinado
 casco de Andrógeo y de su clipeo el insigne decoro
 se viste, y en el costado la argiva espada acomoda.
 Esto Rifeo, esto el mismo Dimas, y todos los jóvenes
 hacen alegres; cada uno se arma con despojos recientes. 395
 Vamos mezclados a los dánaos, siendo el numen no nuestro,
 y, peleando, entre la ciega noche muchos combates
 trabamos, a muchos de los dánaos enviamos al Orco.
 Huyen otros a las naves, y, en su carrera, las costas
 salvas buscan; parte, por un miedo torpe, el ingente 400
 caballo otra vez trepan, y en el sabido vientre se guardan.
 ¡Ay! ¡No es lícito que alguien nada a dioses contrarios confíe!
 Ved que era arrastrada, por los cabellos deshechos, la virgen
 Casandra Priámida, del santuario de Minerva y del templo,

VIRGILIO

- 405 Ad caelum tendens ardentia lumina frustra,
 Lumina, nam teneras arcebant vincula palmas.
 Non tulit hanc speciem furiata mente Coroebus,
 Et sese medium iniecit periturus in agmen.
 Consequimur cuncti, et densis incurrimus armis.
- 410 Hic primum ex alto delubri culmine telis
 Nostrorum obruimur, oriturque miserrima caedes
 Armorum facie et Graiarum errore jubarum.
 Tum Danaï, gemitu atque ereptae virginis ira,
 Undique collecti invadunt, acerrimus Ajax,
- 415 Et gemini Atridae, Dolopumque exercitus omnis;
 Adversi rupto ceu quondam turbine venti
 Confligunt, Zephyrusque Notusque et laetus Eois
 Eurus equis; stridunt silvae, saevitque tridenti
 Spumeus atque imo Nereus ciet aequora fundo.
- 420 Illi etiam, si quos obscura nocte per umbram
 Fudimus insidiis totaque agitavimus urbe,
 Apparent; primi clipeos mentitaque tela
 Agnoscunt, atque ora sono discordia signant.
 Illicet obruimur numero; primusque Coroebus
- 425 Penelei dextra divae armipotentis ad aram
 Procumbit; cadit et Ripheus, justissimus unus
 Qui fuit in Teucris et servantissimus aequi :
 Dis aliter visum! Pereunt Hypanisque Dymasque,
 Confixi a sociis; nec te tua plurima, Panthu,
- 430 Labentem pietas nec Apollinis infula textit.
 Iliaci cineres et flamma extrema meorum!
 Testor in occasu vestro nec tela nec ullas
 Vitavisse vices Danaum, et, si fata fuissent
 Ut caderem, meruisse manu. Divellimur inde,
- 435 Iphitus et Pelias mecum, quorum Iphitus aevo
 Jam gravior, Pelias et vulnere tardus Ulixi.
 Protinus ad sedes Priami clamore vocati,
 « Hic vero ingentem pugnam, ceu cetera nusquam

ENEIDA II

al cielo tendiendo los ardientes ojos en vano; 405
 los ojos, pues aprisionaban sus tiernas palmas cadenas.
 No aguantó esta imagen, enfurecida la mente, Corebo,
 y se arrojó en medio, habiendo de perecer en la tropa.
 Lo seguimos todos, y con densas armas corremos.
 Aquí primero, desde la alta cima del templo, los dardos 410
 de los nuestros nos sepultan, y nace misérrima muerte
 por la faz de las armas y el error de los griegos penachos.
 Luego los dánaos, por la ira y queja de la virgen quitada,
 de doquier reunidos nos atacan, y el acérrimo Áyax
 y los dos Atridas, y de los dólopes todo el ejército; 415
 como algunas veces, roto el turbón, los vientos contrarios
 luchan, y Céfiro y Noto y, por sus aurorales caballos,
 Euro alegre; crujen las selvas; con el tridente se ensaña
 Nereo espumoso, y mueve desde el ínfimo fondo los mares.
 Ellos también, cuantos en la oscura noche en la sombra 420
 derrotamos con insidias y por toda la urbe acosamos,
 aparecen; primero, los clípeos y dardos que mienten,
 reconocen, y notan las bocas en sonido discordes.
 El número, ¡ay!, nos sepulta en seguida; y, primero, Corebo
 de Peneleo a manos, de la armipotente diosa ante el ara, 425
 sucumbe; y cae Ripeo, el que el más justo de todos
 fue entre los teucros y el más observador de lo honesto
 (pareció al contrario a los dioses); mueren Hipanis y Dimas
 por los socios clavados; ni tu piedad muchísima, Panto,
 ni, cuando caías, te cubrió de Apolo la ínfula. 430
 Iliacas cenizas y flama de los míos extrema,
 os declaro: en vuestro ocaso, dardos no evité ni ningunos
 encuentros de dánaos, y, si fueran que cayera mis hados,
 lo merecí de su mano. De allí nos partimos
 Ífito y Pelias conmigo (de los cuales, ya por los años 435
 más grave Ífito, y Pelias tardo por la herida de Ulises),
 al punto por el clamor a las casas de Príamo llamados.
 ”Pero aquí ingente pugna, como si en parte alguna otras guerras

VIRGILIO

- Bella forent, nulli tota morerentur in urbe,
440 Sic Martem indomitum, Danaosque ad tecta ruentes
Cernimus, obsessumque acta testudine limen.
Haerent parietibus scalae, postesque sub ipsos
Nituntur gradibus, clipeosque ad tela sinistris
Protecti objiciunt; prensant fastigia dextris.
445 Dardanidae contra turres ac tecta domorum
Culmina convellunt; his se, quando ultima cernunt,
Extrema jam in morte parant defendere telis,
Auratasque trabes, veterum decora alta parentum,
Devolvunt; alii strictis mucronibus imas
450 Obsedere fores, has servant agmine denso.
Instaurati animi regis succurrere tectis,
Auxilioque levare viros, vimque addere victis.
« Limen erat caecaeque fores, et pervius usus
Tectorum inter se Priami, postesque relictis
455 A tergo, infelix qua se, dum regna manebant,
Saepius Andromache ferre incommitata solebat
Ad soceros, et avo puerum Astyanacta trahebat.
Evado ad summi fastigia culminis, unde
Tela manu miseri jactabant irrita Teucris.
460 Turrim in praecipiti stantem summisque sub astra
Eductam tectis, unde omnis Troja videri,
Et Danaum solitae naves, et Achaica castra,
Aggressi ferro circum, qua summa labantes
Juncturas tabulata dabant, convellimus altis
465 Sedibus, impulimusque; ea lapsa repente ruinam
Cum sonitu trahit, et Danaum super agmina late
Incidit. Ast alii subeunt, nec saxa, nec ullum
Telorum interea cessat genus.
« Vestibulum ante ipsum primoque in limine Pyrrhus
470 Exsultat, telis et luce coruscus aena;
Qualis ubi in lucem coluber mala gramina pastus,
Frigida sub terra tumidum quem bruma tegebat,

ENEIDA II

no hubiera, ningunos en toda la urbe murieran,
así a un Marte indómito y a los dánaos corriendo a los techos 440
miramos, y, formado el testudo, el umbral asediado.

Se adhieren a los muros escalas, so los mismos batientes
trepan las gradas, y con la izquierda los clípeos oponen
a los dardos, tapados, y aferran con la diestra las cimas.

Los Dardánidas, a su vez, las torres y cumbres cubiertas 445
de las casas arrancan (cuando lo último miran, con estos
dardos, ya en la extrema muerte, a defenderse prepáranse)

y doradas trabes; esos adornos de padres antiguos
echan rodando; otros, empuñados los filos, las puertas
más bajas ocuparon; éstas, en densa tropa, preservan. 450

De socorrer las casas del rey se restauran los ánimos
y aliviar con auxilio a los hombres y dar fuerza a vencidos.

”Había un umbral y unas ciegas puertas y un paso accesible
de las casas de Príamo entre ellas, y jambas dejadas 455
a la espalda, por donde, infeliz, mientras los reinos duraban,
Andrómaca, no acompañada, ir a menudo solía

junto a sus suegros, y al abuelo el niño Astianacte llevaba.
Subo a las cumbres del techo más alto, de donde
lanzaban con la mano dardos vanos los míseros teucros.

La torre erguida junto al tajo, y bajo los astros sacada 460
de los sumos techos, desde donde toda Troya ser vista
solía, y las naves de los dánaos y los cuarteles acaicos,

con hierro en torno atacada, por donde las sumas terrazas
daban junturas débiles, arrancamos de altos asientos
y la empujamos: ella, resbalando, de pronto su ruina 465

trae con sonido, y latamente sobre las filas de dánaos
incide; mas otros se llegan; ni piedras ni género
alguno de dardos cesa en tanto.

”Ante el vestíbulo mismo, y en el primer umbral, Pirro
exulta, con armas y con luz bronceína brillante: 470

cual la culebra cuando, en la luz, de mala hierba pacida,
a quien el frío invierno hinchada bajo la tierra ocultaba,

VIRGILIO

Nunc positis novus exuviis nitidusque juventa
 Lubrica convolvit sublato pectore terga
 475 Arduus ad solem, et linguis micat ore trisulcis.
 Una ingens Periphas, et equorum agitator Achillis
 Armiger Automedon, una omnis Scyria pubes
 Succedunt tecto, et flammam ad culmina jactant.
 Ipse inter primos correpta dura bipenni
 480 Limina perrumpit, postesque a cardine vellit
 Aeratos; jamque, excisa trabe, firma cavavit
 Robora, et ingentem lato dedit ore fenestram.
 Apparet domus intus, et atria longa patescunt;
 Apparent Priami et veterum penetralia regum,
 485 Armatosque vident stantes in limine primo.
 « At domus interior gemitu miseroque tumultu
 Miscetur, penitusque cavae plangoribus aedes
 Feminis ululant; ferit aurea sidera clamor.
 Tum pavidae tectis matres ingentibus errant,
 490 Amplexaeque tenent postes atque oscula figunt.
 Instat vi patria Pyrrhus; nec claustra, neque ipsi
 Custodes sufferre valent; labat ariete crebro
 Janua, et emoti procumbunt cardine postes.
 Fit via vi; rumpunt aditus, primosque trucidant
 495 Immissi Danai, et late loca milite complent.
 Non sic, aggeribus ruptis cum spumeus amnis
 Exiit oppositasque evicit gurgite moles,
 Fertur in arva furens cumulo, camposque per omnes
 Cum stabulis armenta trahit. Vidi ipse furentem
 500 Caede Neoptolemum, geminosque in limine Atridas;
 Vidi Hecubam, centumque nurus, Priamumque per aras
 Sanguine foedantem quos ipse sacraverat ignes.
 Quinquaginta illi thalami, spes ampla nepotum,
 Barbarico postes auro spoliisque superbi
 505 Procubuere; tenent Danai qua deficit ignis.
 « Forsitan et, Priami fuerint quae fata, requiras.

ENEIDA II

ahora, los despojos depuestos, nueva y, por joven, luciente,
levantado el pecho, las espaldas tersas enrosca
alta hacia el sol, y vibra en su boca con lenguas trisulcas. 475
A una el gran Perifas y, guiador de los caballos de Aquiles,
el armígero Automedón, la juventud toda de Esciria
a una avanzan bajo el techo, y flamas a las cimas arrojan.
Él mismo entre los primeros, arrancada un hacha, los duros
umbrales rompe, y de los goznes arrebatada las jambas 480
broncíneas; y, caída una trabe, perforó ya los firmes
roble, y ha dado, de ancha boca, una ingente ventana;
aparece la casa por dentro, y largos atrios se muestran;
aparecen las estancias de Príamo y los reyes antiguos,
y ven hombres armados en el primer umbral afirmados. 485
"Mas la casa interior con gemido y miserable tumulto
se mezcla, y, al fondo, internos patios con quejas y golpes
femeninos ululan; hieren el clamor los áureos astros.
Allí las pávidas madres yerran por las casas ingentes
y, abrazándolas, sostienen las jambas, y besos les clavan; 490
con la paterna fuerza insta Pirro; ni cerrojos ni guardias
mismos pueden resistirlo; con frecuente ariete, vacila
la puerta, y, removidos los goznes, se derrumban las jambas.
Se hace vía a fuerza; rompen la entrada y trizan, a los primeros,
los dánaos entrados, y el sitio colman de muchos soldados. 495
No así, cuando, rotas las presas, el río espumoso
salió, y con remolino venció los diques opuestos,
se va a las siembras, furente, y en montón por todos los campos
rebaños con establos arrastra. Vi yo mismo al furente
de muerte Neoptólemo, y a los dos, en el limen, Atridas. 500
vi a Hécuba y a las cien nueras y a Príamo en las aras,
manchando con sangre los fuegos que él mismo había consagrado.
Aquellos cincuenta tálamos, amplia esperanza de nietos,
y las jambas soberbias de barbárico oro y despojos
se derrumbaron. Tienen los dánaos lo que el fuego no ocupa. 505
"Tal vez preguntes también cuáles fueron los hados de Príamo.

VIRGILIO

- Urbis ubi captae casum convulsaque vidit
Limina tectorum, et medium in penetralibus hostem,
Arma diu senior desueta trementibus aevo
510 Circumdat nequiquam umeris, et inutile ferrum
Cingitur, ac densos fertur moriturus in hostes.
« Aedibus in mediis, nudoque sub aetheris axe,
Ingens ara fuit, juxtaque veterrima laurus,
Incumbens arae atque umbra complexa Penates.
515 Hic Hecuba et natae nequiquam altaria circum,
Praecipites atra ceu tempestate columbae,
Condensae et divum amplexae simulacra sedebant.
Ipsam autem sumptis Priamum juvenalibus armis
Ut vidit : « Quae mens tam dira, miserime conjux,
520 « Impulit his cingi telis? aut quo ruis? inquit.
« Non tali auxilio nec defensoribus istis
« Tempus eget; non, si ipse meus nunc afforet Hector.
« Huc tandem concede ; haec ara tuebitur omnes,
« Aut moriere simil. » Sic ore effata, recepit
525 Ad sese et sacra longaevum in sede locavit.
« Ecce autem elapsus Pyrrhi de caede Polites,
Unus natorum Priami, per tela, per hostes
Porticibus longis fugit, et vacua atra lustrat
Saucius. Illum ardens infesto vulnere Pyrrhus
530 Insequitur, jam jamque manu tenet, et premit hasta.
Ut tandem ante oculos evasit et ora parentum,
Concidit, ac multo vitam cum sanguine fudit.
Hic Priamus, quanquam in media jam morte tenetur,
Non tamen abstinuit, nec voci iraeque pepercit :
535 « At tibi pro scelere, exclamat, pro talibus ausis,
« Di (si qua est caelo pietas quae talia curet)
« Persolvant grates dignas et praemia reddant
« Debita, qui nati coram me cernere letum
« Fecisti, et patrios foedasti funere vultus!
540 « At non ille, satum quo te mentiris, Achilles

ENEIDA II

Cuando la ruina de la urbe tomada vio, y arrancadas
 las puertas de los techos, y, en medio las estancias, al hoste,
 las armas largo tiempo no usadas pone en vano el anciano
 en torno de hombros tremantes por la edad, e inútil el hierro 510
 se ciñe, y a morir hacia densos enemigos avanza.

En medio de la casa, y bajo el eje desnudo del éter,
 hubo un ara ingente, y junto, un vetustísimo lauro
 al ara inclinado, y abrazando a los penates con sombra.
 Aquí, en torno a los altares, Hécuba y sus hijas en vano, 515
 como en negra tempestad las palomas precípites, juntas
 y abrazando las imágenes de los dioses, sentábanse;

mas cuando vio, tomadas las armas juveniles, al mismo
 Príamo, ‘¿Qué mente tan desdichada, misérrimo cónyuge,
 te impulsó a ceñirte estas armas? ¿O a dónde corres?’, le dijo. 520
 ‘No de un tal auxilio ni de estos defensores requiere
 el tiempo. No, aunque mi mismo Héctor estuviera presente.
 Acá, al fin, retírate; nos cuidará a todos esta ara,
 o a la vez moriremos.’ Lo tomó, hablando así con la boca,
 hacia sí, y colocó en el sagrado lugar al longevo. 525

“Mas ved que, escapando de la matanza de Pirro, Polites,
 uno de los hijos de Príamo, entre dardos, entre hostes
 huye por largos pórticos y cruza los atrios vacíos
 herido. A él Pirro, ardiente, con infesta llaga lo sigue,
 ya, y ya con la mano lo tiene y con la lanza lo oprime. 530
 Cuando al fin ante los ojos y rostros llegó de sus padres,
 se desplomó, y derramó con mucha sangre la vida.

Aquí Príamo, aunque era ya a mitad de la muerte tenido,
 no se abstuvo, con todo, ni perdonó la voz y la ira:
 ‘¡Ah, por tu crimen exclama—, por tales audacias, los dioses 535
 si alguna piedad que cuide tales cosas hay en el cielo,
 te paguen gracias dignas y te devuelvan los premios
 debidos, que la muerte de mi hijo mirar frente a frente
 me hiciste, y con el cadáver los paternos rostros manchaste!

Mas aquel Aquiles, del cual engendrado te mientes, 540

VIRGILIO

« Talis in hoste fuit Priamo; sed jura fidemque
 « Supplicis erubuit, corpusque exsanguie sepulcro
 « Reddidit Hectoreum, meque in mea regna remisit. »
 Sic fatus senior, telumque imbelle sine ictu
 545 Conjecit, rauco quod protinus aere repulsum,
 Et summo clipei nequiquam umbone pependit.
 Cui Pyrrhus : « Referes ergo haec, et nuntius ibis
 « Pelidae genitori; illi mea tristia facta
 « Degeneremque Neoptoleum narrare memento.
 550 « Nunc morere. » Hoc dicens, altaria ad ipsa trementem
 Traxit, et in multo lapsantem sanguine nati,
 Implicuitque comam laeva, dextraque coruscum
 Extulit ac lateri capulo tenus abdidit ensem.
 Haec finis Priami fatorum, hic exitus illum
 555 Sorte tulit, Trojam incensam et prolapsa videntem
 Pergama, tot quondam populis terrisque superbum
 Regnatorem Asiae. Jacet ingens litore truncus,
 Avulsumque humeris caput, et sine nomine corpus.
 « At me tum primum saevus circumstetit horror.
 560 Obstupui; subiit cari genitoris imago,
 Ut regem aequaevum crudeli vulnere vidi
 Vitam exhalantem; subiit deserta Creüsa,
 Et direpta domus, et parvi casus Iuli.
 Respicio, et, quae sit me circum copia, lustrum.
 565 Deseruere omnes defessi, et corpora saltu
 Ad terram misere, aut ignibus aegra dedere.
 Jamque adeo super unus eram, cum limina Vestae
 Servantem et tacitam secreta in sede latentem
 Tyndarida adspicio; dant clara incendia lucem
 570 Erranti passimque oculos per cuncta ferenti.
 Illa sibi infestos eversa ob Pergama Teucros,
 Et poenas Danaum, et deserti conjugis iras
 Praemetuens, Trojae et patriae communis Erinnyes,
 Abdiderat sese atque aris invisata sedebat.

ENEIDA II

no fue a Príamo tal enemigo; mas la fe y los derechos
del suplicante respetó, y, exangüe, el Hectóreo cuerpo
devolvió para el sepulcro y lo remitió a mí y a mis reinos.’
Así habló el viejo, y un dardo imbele, sin fuerza,
arrojó, que repelido por el ronco bronce al instante 545
fue, y pendió en vano de la superficie central del escudo.
A él, Pirro: ‘Contarás, pues, esto, e irás, mensajero,
al Pelida mi padre; a aquél mis tristes hazañas acuérdate
de narrarle, y acerca del bastardo Neoptólemo.
Ahora muere.’ Diciendo esto, a los mismos altares, tremante 550
lo arrastró, y resbalante en la mucha sangre de su hijo;
y le agarró en la izquierda el cabello, y con la diestra la espada
coruscante sacó, y se la hundió en el flanco hasta el puño.
Éste, el fin de Príamo; este término, de los hados por suerte,
lo llevó, viendo a Troya incendiada, y caída 555
a Pérgamo, él, que reinó un día, por tantos pueblos y tierras
de Asia, soberbio. Yace el ingente tronco en la costa,
arrancada la cabeza a los hombros, y el cuerpo sin nombre.
”Mas allí el cruel horror por primera vez me rodea.
Me pasmo. De mi querido padre me viene la imagen, 560
cuando vi por la cruel herida al rey, en edad semejante,
exhalando la vida: Creusa, abandonada, me viene,
y saqueada la casa, y del parvo Julo la suerte.
Me vuelvo, y cuáles tropas haya en mi torno, escudriño;
desertaron todos, cansados, y los cuerpos de un salto 565
a la tierra enviaron o a los fuegos dieron, enfermos.
Y ya, pues, solo quedaba, cuando los umbrales de Vesta
guardando, y ocultándose, tácita, en un sitio secreto,
a la Tindárida miro; me dan luz los claros incendios,
mientras yerro y llevo aquí y allá por todo los ojos. 570
A los teucros, hostiles a ella por Pérgamo en ruinas,
los castigos dánaos y las iras del esposo dejado
temiendo de antemano, Erinia común de Troya y su patria,
ella se había escondido, y, no vista, se sentaba en las aras.

VIRGILIO

575 Exarsere ignes animo; subit ira cadentem
 Ûlcisci patriam, et sceleratas sumere poenas.
 « Scilicet haec Spartam incolumis patriasque Mycenas
 « Aspiciet, partoque ibit regina triumpho!
 « Conjugiumque, domumque, patres, natosque videbit,
 580 « Iliadum turba et Phrygiis comitatà ministris!
 « Occiderit ferro Priamus! Troja arserit igni!
 « Dardanium totiens sudarit sanguine litus!
 « Non ita : namque etsi nullum memorabile nomen
 « Feminea in poena est, nec habet victoria laudem,
 585 « Extinxisse nefas tamen et sumpsisse merentis
 « Laudabor poenas, animumque explesse juvabit
 « Ultricis flammae, et cineres satiasse meorum. »
 « Talia jactabam, et furiata mente ferebar,
 Cum mihi se, non ante oculis tam clara, videndam
 590 Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
 Alma parens, confessa deam, qualisque videri
 Caelicolis et quanta solet ; dextraque prehensum
 Continuit, roseoque haec insuper addidit ore :
 « Nate, quis indomitas tantus dolor excitat iras?
 595 « Quid furis? aut quonam nostri tibi cura recessit?
 « Non prius aspicias ubi fessum aetate parentem
 « Liqueris Anchisen, superet conjuxne Creüsa,
 « Ascaniusque puer? quos omnes undique Graiae
 « Circum errant acies, et, ni mea cura resistat,
 600 « Jam flammae tulerint inimicus et hauserit ensis.
 Non tibi Tyndaridis facies invisä Lacaenae
 Culpatusve Paris, divum inclementia, divum,
 Has evertit opes sternitque a culmine Trojam.
 Aspice; namque omnem, quae nunc obducta tuenti
 605 « Mortales hebetat visus tibi et umida circum
 « Caligat, nubem eripiam; tu ne qua parentis
 « Jussa time, neu praeceptis parere recusa.
 « Hic, ubi disjectas moles, avulsaque saxis

ENEIDA II

Ardieron fuegos en mi ánimo. De vengar a la patria 575
 que cae, me viene la ira, y de cobrar, criminales, las penas.
 '¿Así pues, ésta, incólume, a Esparta y a su patria Micenas
 mirará, y, como reina, irá con un triunfo ganado,
 y verá el connubio y la casa, y a sus padres e hijos,
 acompañada de turba de ilíacas y frigios esclavos? [fuego? 580
 ¿Y habrá muerto Príamo a hierro? ¿Y Troya habrá ardido al
 ¿La dardania costa habrá sudado tantas veces con sangre?
 No así. Pues aunque ningún renombre hay memorable en la pena
 de una mujer, ni tiene tal victoria alabanza,
 con todo, por extinguir esta infamia y cobrar las venganzas 585
 justas, seré alabado, y placera haber colmado mi ánimo
 de flama vengadora, y de los míos las cenizas saciado.'

”Esto decía, y era llevado por mi mente furiosa,
 cuando, no antes tan clara a mis ojos, se ofreció a ser mirada
 por mí, y refulgió en pura luz a través de la noche, 590
 mi alma madre, ostentándose diosa y tal y cuanta ser vista
 por los celícolas suele; y, por la diestra tomándome,
 me contuvo, y, además, añadió esto con boca rosada:
 'Hijo, ¿qué dolor tan grande excita esas indómitas iras?
 ¿Qué te enfurece? O tu cuidado de nos, ¿a dónde se ha ido? 595
 ¿No mirarás antes dónde al padre por la edad fatigado,
 a Anquises, dejaste, o si sobreviven tu cónyuge Creusa
 y el niño Ascanio? A ellos por todas partes todas las griegas
 filas rondan en torno, y, si mi cuidado no se opusiera,
 ya los llevaran las llamas e hiriera la espada enemiga. 600
 No el rostro odioso de la espartana Tindárida
 o Paris culpado; de dioses, la inclemencia de dioses,
 te vuelca estas fuerzas y derriba de la cúspide a Troya.
 Mira (pues toda la nube que ahora, extendida, te embota
 a ti que ves, las mortales miradas, y húmeda en torno 605
 ennegrece, quitaré; tú de tu madre ningunos
 mandatos temas, ni rehúses obedecer sus preceptos):
 Aquí, donde moles deshechas y arrancadas las piedras

VIRGILIO

- « Saxa vides, mixtoque undantem pulvere fumum,
610 « Neptunus muros magnoque emota tridenti
« Fundamenta quatit, totamque a sedibus urbem
« Eruit. Hic Juno Scaeas saevissima portas
« Prima tenet, sociumque furens a navibus agmen
« Ferro accincta vocat.
615 « Jam summas arces Tritonia, respice, Pallas
« Insedit, nimbo effulgens et Gorgone saeva.
« Ipse Pater Danais animos viresque secundas
« Sufficit, ipse deos in Dardana suscitatur arma.
« Eripe, nate, fugam finemque impone labori.
620 « Nusquam abero, et tutum patrio te limine sistam. »
Dixerat, et spissis noctis se condidit umbris.
Apparent dirae facies inimicae Trojae
Numina magna deum.
« Tum vero omne mihi visum considerare in ignes
625 Ilium, et ex imo verti Neptunia Troja;
Ac veluti summis antiquam in montibus ornum
Cum ferro accisam crebrisque bipennibus instant
Eruere agricolae certatim; illa usque minatur,
Et tremefacta comam concusso vertice nutat,
630 Vulneribus donec paulatim evicta, supremum
Congemuit, traxitque jugis avulsa ruinam.
Descendo, ac ducente deo, flammam inter et hostes
Expedior; dant tela locum, flammaeque recedunt.
« Atque ubi jam patriae perventum ad limina sedis
635 Antiquasque domos, genitor, quem tollere in altos
Optabam primum montes, primumque petebam,
Abnegat excisa vitam producere Troja,
Exsiliumque pati. « Vos o quibus integer aevi
« Sanguis, ait, solidaeque suo stant robore vires,
640 « Vos agitate fugam.
« Me si caelicolae voluissent ducere vitam,
« Has mihi servassent sedes. Satis una superque

ENEIDA II

de las piedras ves, y mezclado con polvo el humo ondeante,
 Neptuno, agitados del magno tridente los muros 610
 y los cimientos bate, y toda, de sus asientos, la urbe
 derroca; aquí, Juno cruelísima las puertas Esceas
 tiene, primera, y la aliada tropa de las naves, furente,
 llama, ceñida en hierro.

Ya en las sumas torres la Tritonia —mírala— Palas 615
 se sienta, fulgente del nimbo, y, por la Gorgona, terrible.
 El mismo Padre, a los dánaos, ánimos y fuerzas propicias
 provee; él mismo incita a los dioses contra las armas dardanias.
 Róbate, hijo, la fuga, e impón un fin a tu esfuerzo.

Nunca estaré lejos, y te pondré, en el patrio umbral, salvo'. 620
 Había dicho, y se escondió de la noche en las sombras espesas.
 Aparecen los rostros terribles y los magnos poderes
 de los dioses, enemigos de Troya.

“Allí en verdad me pareció que toda Ilión en los fuegos
 se hundía, y era revuelta desde el fondo Troya Neptúnea. 625
 Y como cuando al antiguo fresno en altísimos montes,
 cortado por el hierro y las hachas frecuentes, hostigan
 los agrícolas, por sacarlo, a porfía; él siempre amenaza
 y, tembloroso la crin, el vértice agitado, vacila,
 hasta que, poco a poco, por las llagas vencido, lo último 630
 gime, y arrancado de las cimas arrastra su ruina.

“Desciendo y, llevándome un dios, entre la flama y los hostes
 me hago paso; dan sitio los dardos y las flamas se apartan.
 Y cuando ya llegué a los umbrales de la patria morada
 y a las antiguas casas, mi padre, a quien llevar a los altos 635
 montes quería primero y primero buscaba,
 demolida Troya, a prolongar su vida se niega
 y a sufrir destierro. ‘Oh vosotros a quien la íntegra sangre
 de la edad y las sólidas fuerzas en su brío se tienen;
 preparad, vosotros —dijo— la fuga. 640
 Si los celícolas quisieran que yo alargara mi vida,
 me guardaran estas casas; bastante es, y de sobra;

VIRGILIO

- « Vidimus excidia et captae superavimus urbi.
 « Sic, o sic positum affati discedite corpus.
 645 « Ipse manu mortem inveniam; miserebitur hostis
 « Exuviasque petet. Facilis jactura sepulcri.
 « Jampridem invisus divis, et inutilis, annos
 « Demoror, ex quo me divum pater atque hominum rex
 « Fulminis afflavit ventis et contigit igni. »
 650 « Talia perstabat memorans, fixusque manebat.
 Nos contra effusi lacrimis, conjuxque Creüsa,
 Ascaniusque, omnisque domus, ne vertere secum
 Cuncta pater fatoque urgenti incumbere vellet.
 Abnegat, inceptoque et sedibus haeret in isdem.
 655 Rursus in arma feror, mortemque miserrimus opto;
 Nam quod consilium aut quae jam fortuna dabatur?
 « Mene efferre pedem, genitor, te posse relicto
 « Sperasti? tantumque nefas patrio excidit ore?
 « Si nihil ex tanta Superis placet urbe relinqui,
 660 « Et sedet hoc animo, perituraeque addere Trojae
 « Teque tuosque juvat, patet isti janua leto;
 « Jamque aderit multo Priami de sanguine Pyrrhus,
 « Natum ante ora patris, patrem qui obtruncat ad aras.
 « Hoc erat, alma parens, quod me per tela, per ignes
 665 « Eripis, ut mediis hostem in penetralibus, utque
 « Ascaniumque, patremque meum, juxtaque Creüsam,
 « Alterum in alterius mactatos sanguine cernam!
 « Arma, viri, ferte arma; vocat lux ultima victos.
 « Reddite me Danais; sinite instaurata revisam
 670 « Proelia : nunquam omnes hodie moriemur inulti. »
 « Hinc ferro accingor rursus, clipeoque sinistram
 Insertabam aptans, meque extra tecta ferebam.
 Ecce autem complexa pedes in limine conjux
 Haerebat, parvumque patri tendebat Iulum :
 675 « Si periturus abis, et nos rape in omnia tecum;
 « Sin aliquam expertus sumptis spem ponis in armis,

ENEIDA II

vimos una ruina, y sobrevivimos a la urbe tomada.
 Así, oh, así partid, habiendo hablado a mi cuerpo difunto.
 Yo mismo encuentre por mi mano la muerte; apiádese el hoste 645
 y mis despojos busque. Leve es la privación de sepulcro.
 Ya hace tiempo, odioso a los dioses e inútil, mis años
 dilato, desde que el padre de dioses y rey de los hombres
 me sopló con los vientos del rayo y tocó con el fuego.’
 ”Tales cosas diciendo, persistía y fijo quedaba. 650
 Nosotros derramados en lágrimas, Creusa mi cónyuge
 y Ascanio y toda la casa, a nuestra vez, que todo consigo
 volcar no quisiera el padre, y al hado urgente dar fuerza.
 Se niega, y en su intento y en los mismos asientos se afirma.
 Doyme a las armas de nuevo, y las armas misérrimo elijo. 655
 Pues ¿qué consejo o qué fortuna ya me era dada?
 ¿Que yo apartar el pie, abandonado tú, padre, pudiera,
 esperaste? ¿Impiedad tan grande cayó de boca paterna?
 Si place a los dioses que nada de urbe tan grande se deje,
 y esto place a tu ánimo, y añadir a Troya que muere 660
 a ti y a los tuyos te agrada, se abre a esa muerte la puerta;
 y, desde la mucha sangre de Príamo, ya vendrá Pirro
 quien triza al hijo ante el rostro del padre, y al padre en las aras.
 ¿Esto era, alma madre, por lo que a mí entre dardos y fuegos
 me robas? ¿Para que al hoste en medio las estancias, y para 665
 que a Ascanio y al padre mío y a Creusa a su lado,
 matados mire, el uno en la sangre del otro?
 Armas, hombres; dadme armas. Llama a los vencidos la última
 luz. Volvedme a los dánaos, dejad que vuelva a ver renovados
 combates; no; no moriremos todos hoy sin venganza.’ 670
 “Me ciño aquí otra vez de hierro, y en el clípeo la izquierda
 insertaba, adaptándolo, y fuera de los techos me iba.
 Mas ved que en el umbral, mis pies abrazando, la cónyuge
 se adhería, y tendía el pequeño Juló a su padre:
 ‘Si vas a morir, también llévanos para todo contigo; 675
 mas si, probado, alguna esperanza en las armas tomadas

VIRGILIO

« Hanc primum tutare domum. Cui parvus Iulus,
 « Cui pater, et conjux quondam tua dicta relinquitur? »
 Talia vociferans gemitu tectum omne replebat,
 680 Cum subitum dictoque oritur mirabile monstrum.
 Namque, manus inter moestorumque ora parentum,
 Ecce levis summo de vertice visus Iuli
 Fundere lumen apex, tactuque innoxia molli
 Lambere flamma comas et circum tempora pasci.
 685 Nos pavidi trepidare metu, crinemque flagrantem
 Excutere et sanctos restinguere fontibus ignes.
 At pater Anchises oculos ad sidera laetus
 Extulit, et caelo palmas cum voce tetendit :
 « Juppiter omnipotens, precibus si flecteris ullis,
 690 « Aspice nos; hoc tantum; et, si pietate meremur,
 « Da deinde auxilium, Pater, atque haec omina firma. »
 « Vix ea fatus erat senior, subitoque fragore
 Intonuit laevum, et de caelo lapsa per umbras
 Stella facem ducens multa cum luce cucurrit.
 695 Illam, summa super labentem culmina tecti,
 Cernimus Idaea claram se condere silva,
 Signantemque vias; tum longo limite sulcus
 Dat lucem, et late circum loca sulfure fumant.
 Hic vero victus genitor se tollit ad auras,
 700 Affaturque deos et sanctum sidus adorat :
 « Jamjam nulla mora est : sequor, et, qua ducitis, adsum
 « Di patrii, servate domum, servate nepotem.
 « Vestrum hoc augurium, vestroque in numine Troja est.
 « Cedo equidem; nec, nate, tibi comes ire recuso. »
 705 « Dixerat ille; et jam per moenia clarior ignis
 Auditur, propiusque aestus incendia volvunt :
 « Ergo age, care pater, cervici imponere nostrae;
 « Ipse subibo umeris, nec me labor iste gravabit.
 « Quo res cumque cadent, unum et commune periculum,
 710 « Una salus ambobus erit. Mihi parvus Iulus

ENEIDA II

pones, guarda primero esta casa. ¿A quién Julo parvo,
a quién el padre y la esposa, un día llamada tuya, es dejada?’
Vociferando así, con gemido el techo todo colmaba,
cuando surge un portentoso súbito y de decir admirable. 680

Pues entre las manos y los rostros de sus padres sombríos
ved que, leve, pareció, de lo alto de la testa de Julo,
difundir luz un cono, e inocua en su contacto, la flama
lamer el muelle cabello, y pacer de las sienes en torno.
Pávidos de miedo, a sacudir la crin llameante 685
corrimos, y a extinguir con fuentes los fuegos sagrados.
Mas el padre Anquises los ojos a los astros alegre
llevó, y, con su voz, tendió las palmas al cielo:

‘Júpiter omnipotente: si a algunas preces te pliegas,
míranos, sólo esto, y si por nuestra piedad merecemos, 690
da luego un auxilio, Padre, y estos presagios confirma.’

”Apenas eso había hablado el anciano, y un súbito estruendo
tronó a la izquierda, y, resbalando entre las sombras, del cielo
una estrella con mucha luz corrió llevando una antorcha.

Resbalante sobre las cimas más altas del techo 695
la vemos, clara, esconderse en la selva de Ida
señalando caminos; allí, de largo límite, un surco
da luz, y anchamente en torno con azufre humean los lugares.
Mas entonces el padre, vencido, se levanta a las auras
y habla a los dioses y adora al astro sagrado: 700

‘Ya, ya, no hay demora alguna; por do me llevéis, voy y sigo,
dioses patrios; conservad mi casa, conservad a mi nieto.
Vuestro es este augurio, y bajo vuestro poder está Troya.
Cedo pues, hijo, e ir, compañero para ti, no rehúso.’

”Él había dicho, y ya por las murallas el fuego más claro 705
se oye, y más cerca el calor los incendios revuelven.

‘Ea pues, caro padre; de nuestra cerviz ponte encima;
yo te alzaré en mis hombros, y no me pesará este trabajo;
doquier caigan las cosas, será uno y común el peligro
y una la salvación para ambos. Para mí el parvo Julo 710

VIRGILIO

- « Sit comes, et longe servet vestigia conjux.
Vos, famuli, quae dicam, animis advertite vestris.
« Est urbe egressis tumulus, templumque vetustum
« Desertae Cereris, juxtaque antiqua cupressus,
715 « Religione patrum multos servata per annos :
« Hanc ex diverso sedem veniemus in unam.
« Tu, genitor, cape sacra manu patriosque Penates;
« Me, bello e tanto digressum et caede recenti,
« Attrectare nefas, donec me flumine vivo
720 « Abluero.»
« Haec fatus, latos umeros subjectaque colla
Veste super fulvique insternor pelle leonis,
Succedoque oneri; dextrae se parvus Iulus
Implicuit, sequiturque patrem non passibus aequis;
725 Pone subit conjux. Ferimur per opaca locorum
Et me quem dudum non ulla injecta movebant
Tela, neque adverso glomerati ex agmine Graii,
Nunc omnes terrent aerae, sonus excitat omnis
Suspensum, et pariter comitique onerique timentem.
730 « Jamque propinquabam portis, omnemque videbar
Evasisse viam, subito cum creber ad aures
Visus adesse pedum sonitus, genitorque per umbram
Prospiciens. « Nate, exclamat, fuge, nate ; propinquant.
« Ardentes clipeos atque aera micantia cerno. »
735 Hic mihi nescio quod trepido male numen amicum
Confusam eripuit mentem: namque, avia cursu
Dum sequor et nota excedo regione viarum,
Heu! misero conjux fatone erepta Creüsa
Substitit. Erravitne via, seu lassa resedit,
740 Incertum; nec post oculis est reddita nostris,
Nec prius amissam respexi, animumve reflexi,
Quam tumulum antiquae Cereris sedemque sacratam
Venimus; hic demum collectis omnibus una
Defuit, et comites natumque virumque fefellit.

ENEIDA II

sea compañero, y de lejos siga las huellas la esposa.
Vosotros, criados, lo que diré atended en vuestro ánimo.
Para quien deja la urbe, hay un túmulo y un templo vetusto
de Ceres desierta, y junto un antiguo ciprés
por muchos años por la religión de los padres guardado. 715
De diversas partes vendremos a este único sitio.
Tú, padre, toma en la mano lo sacro y los patrios penates;
que yo los palpe saliendo de tan gran guerra y matanza
reciente, no es lícito; hasta que en un río viviente
me lave.' 720

”Hablando esto, además los latos hombros y el cuello inclinado
con la capa y la piel de un león rojizo me cubro,
y bajo la carga me pongo; el parvo Julo a mi diestra
se enlazó, y sigue al padre con pasos no iguales;
sube atrás la esposa. Por lo opaco de los sitios nos vamos, 725
y a mí, a quien ha poco no conmovían, arrojados, ningunos
dardos, ni aglomerados los griegos en ejército adverso,
hoy todas las auras me aterran, todo sonido me excita
suspense, y al par por el compañero y la carga temiendo.
Y ya me acercaba a las puertas, y parecíame que toda 730
vía había salvado, cuando, de pronto, a mis orejas, frecuente,
pareció llegar un sonido de pies, y el padre, en la sombra
mirando, ‘Hijo —exclama—, huye, hijo; se acercan;
ardientes clípeos y bronces relucientes distingo.’
Aquí, no sé qué numen mal amigo, a mí, tembloroso, 735
confusa me roba la mente. Pues, mientras sigo en mi curso
sin vía, y del rumbo conocido de las vías me salgo,
¡ay!, mi esposa Creusa, ¿del hado arrebatada a mí, mísero,
se paró? ¿Erró, acaso, en la vía, o se sentó fatigada?
Es incierto. Ni fue después a nuestros ojos devuelta, 740
ni la vista volví a la perdida, o volví el ánimo, antes
que al túmulo de la antigua Ceres y al sitio sagrado
viniéramos: aquí al fin, reunidos todos, sólo una
faltó, y engañó a compañeros y a hijo y a esposo.

VIRGILIO

- 745 Quem non incusavi amens hominumque deorumque?
 Aut quid in eversa vidi crudelius urbe?
 Ascanium, Anchisenque patrem, Teucrosque Penates
 Commendo sociis, et curva valle recondo;
 Ipse urbem repeto, et cingor fulgentibus armis.
- 750 Stat casus renovare omnes omnemque reverti
 Per Trojam, et rursus caput objectare periclis.
 « Principio muros obscuraque limina portae,
 Qua gressum extuleram, repeto, et vestigia retro
 Observata sequor per noctem et lumine lustro.
- 755 Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent.
 Inde domum, si forte pedem, si forte tulisset,
 Me refero. Irruerant Danai, et tectum omne tenebant.
 Ilicet ignis edax summa ad fastigia vento
 Volvitur; exsuperant flammae; furit aestus ad auras.
- 760 Procedo et Priami sedes arcemque reviso.
 Et jam porticibus vacuis Junonis asylo
 Custodes lecti Phoenix et dirus Ulixè
 Praedam asservabant. Huc undique Troïa gaza
 Incensis erepta adytis, mensaeque deorum,
- 765 Crateresque auro solidi, captivaque vestis
 Congeritur. Pueri et pavidae longo ordine matres
 Stant circum.
 Ausus quin etiam voces jactare per umbram,
 Implevi clamore vias, maestusque Creüsam
- 770 Nequiquam ingeminans iterumque iterumque vocavi
 Quaerenti et tectis urbis sine fine furenti
 Infelix simulacrum atque ipsius umbra Creüsae
 Visa mihi ante oculos, et nota major imago.
 Obstupui, steteruntque comae et vox faucibus haesit.
- 775 Tum sic affari et curas his demere dictis :
 « Quid tantum insano juvat indulgere dolori,
 « O dulcis conjux? Non haec sine numine divum
 « Eveniunt; nec te comitem portare Creüsam

ENEIDA II

¿A cuál no acusé yo, demente, de los hombres y dioses,
o qué cosa vi más cruel en la urbe arruinada? 745

A Ascanio y al padre Anquises y a los teucros penates
encomiendo a los socios y escondo en un valle encorvado;
yo mismo regreso a la urbe y de fulgentes armas me ciño.
Renovar todos los casos resuelvo, y volverme por toda 750
Troya, y a los peligros otra vez exponer la cabeza.

”Al principio, a los muros y de la puerta oscuros umbrales,
por do el paso sacara, regreso, y hacia atrás los vestigios
observados sigo en la noche, y con la mirada escudriño:
horror doquier en mi ánimo, y los mismos silencios me aterran. 755

De allí a la casa, si acaso el pie, si acaso hubiera llevado,
me traslado: entraron los dánaos, y el techo todo tenían.
Luego, ay, el fuego voraz por el viento en las sumas alturas
es revuelto; vencen las flamas; corre el ardor a las auras.

Avanzo, y vuelvo a ver las sedes y la plaza de Príamo: 760
y ya en los pórticos vacíos y el asilo de Juno,
custodios escogidos, Fénix y Ulises perverso

la presa guardaban; de doquier allí el troyano tesoro
de incendiados santuarios robado —de los dioses las mesas
y cráteras sólidas de oro, y telas cautivas—, 765
se junta; los niños y, en larga fila, las pávidas madres,
están en torno.

Me atreví, con todo, a lanzar voces a través de la sombra,
llené con clamor las vías, y sombrío, a Creusa
en vano repitiendo llamé de nuevo y de nuevo. 770

A mí, que buscaba sin fin, furente, en las casas de la urbe,
el infeliz espectro y de la misma Creusa la sombra
me apareció ante los ojos, imagen mayor que la viva.
Me pasmé, se irguieron mis pelos, la voz pegóse en mis fauces.
Allí, a hablar así, y a quitar con estos dichos mis penas: 775

”¿Por qué ser indulgente al dolor insano tanto te place,
oh dulce cónyuge? Esto no sin voluntad de los dioses
sucede; y que tú lleves a Creusa de aquí, compañera,

VIRGILIO

- « Fas aut ille sinit superi regnator Olympi.
780 « Longa tibi exsilia, et vastum maris aequor arandum;
« Et terram Hesperiam venies, ubi Lydius arva
« Intèr opima virum leni fluit agmine Tiberis.
« Illic res laetae, regnumque, et regia conjux
« Parta tibi; lacrimas dilectae pelle Creüsae.
785 « Non ego Myrmidonum sedes Dolopumve superbas
« Aspiciam, aut Graiis servitum matribus ibo,
« Dardanis, et divae Veneris nurus;
« Sed me magna deum genitrix his detinet oris.
« Jamque vale, et nati serva communis amorem. »
790 « Haec ubi dicta dedit, lacrimantem et multa volentem
Dicere deseruit, tenuesque recessit in auras.
Ter conatus ibi collo dare bracchia circum;
Ter frustra comprehensa manus effugit imago,
Par levibus ventis volucrique simillima somno.
795 Sic demum socios, consumpta nocte, reviso.
« Atque hic ingentem comitum affluxisse novorum
Invenio admirans numerum, matresque, virosque,
Collectam exsilio pubem, miserabile vulgus.
Undique convenere, animis opibusque parati,
800 In quascumque velim pelago deducere terras.
Jamque jugis summae surgebat Lucifer Idae
Ducebatque diem, Danaique obsessa tenebant
Limina portarum, nec spes opis ulla dabatur:
Cessi, et sublato montem genitore petivi. »

ENEIDA II

no el hado, ni lo consiente aquel rey del Olimpo superno.
A ti, exilios largos, has de arar del mar la vasta llanura, 780
y vendrás a la tierra Hesperia donde, a través de los campos
opimos de hombres, fluye el lidio Tiber de lene transcurso:
Allí las cosas alegres y el reino y la cónyuge regia
ganaste; las lágrimas de la amada Creusa rechaza.
Yo no de mirmidones o dólopes las casas soberbias 785
miraré, ni iré a servir a las griegas matronas,
Dardánida y nuera de Venus la diosa;
mas de los dioses la magna madre en estas costas me tiene.
Y ya adiós, y del hijo común conserva el amor.’
”Cuando estos dichos dio, al que lloraba y muchas cosas quería 790
decir, abandonó, y hacia las tenues auras partióse.
Tres veces, allí, intenté dar los brazos en torno a su cuello;
tres veces, asida en vano, huyó de mis manos la imagen
par de los leves vientos, similísima al sueño volátil.
Así al fin, consumida la noche, vuelvo a ver a los socios. 795
”Y aquí, que había llegado de nuevos compañeros ingente
número, encuentro admirándome, y a madres y hombres,
gente para el exilio reunida, multitud miserable.
De doquier se reunieron, con ánimos y bienes dispuestos
hacia cualesquier tierras que el piélagos quisiera llevarlos. 800
Y ya surgía Lucífero en lo alto de las cimas del Ida
y al día guiaba, y los dánaos sitiados los umbrales tenían
de las puertas, y ninguna esperanza de ayuda era dada:
cedí, y fui, habiendo levantado a mi padre, hacia el monte.”

Liber tertius

- « Postquam res Asiae Priamique evertere gentem
Immeritam visum Superis, ceciditque superbum
Ilium et omnis humo fumat Neptunia Troja,
Diversa exsilia et desertas quaerere terras
5 Auguriis agimur divum, classemque sub ipsa
Antandro et Phrygiae molimur montibus Idae,
Incerti quo fata ferant, ubi sistere detur,
Contrahimusque viros. Vix prima inceperat aestas,
Et pater Anchises dare fatis vela jubebat,
10 Litora cum patriae lacrimans portusque relinquo,
Et campos ubi Troja fuit. Feror exsul in altum
Cum sociis natoque, Penatibus et magnis dis.
« Terra procul vastis colitur Mavortia campis,
Thraces arant, acri quondam regnata Lycurgo,
15 Hospitium antiquum Trojae sociique Penates,
Dum fortuna fuit. Feror huc, et litore curvo
Moenia prima loco, fatis ingressus iniquis,
Aeneadasque meo nomen de nomine fingo.
« Sacra Dionaeae matri divisque ferebam
20 Auspiciis coeptorum operum, superoque nitentem
Caelicolum regi mactabam in litore taurum.
Forte fuit juxta tumulus, quo cornea summo
Virgulta, et densis hastilibus horrida myrtus.
Accessi, viridemque ab humo convellere silvam
25 Conatus, ramis tegerem ut frondentibus aras,
Horrendum et dictu video mirabile monstrum.
Nam, quae prima solo ruptis radicibus arbos
Vellitur, huic atro liquuntur sanguine guttae,
Et terram tabo maculant. Mihi frigidus horror
30 Membra quatit, gelidusque coit formidine sanguis.

Libro tercero

“Después que arruinar el poder de Asia, y de Príamo a la gente
sin culpa, pareció a los supernos, y cayó la soberbia
Ilión, y toda desde el suelo humea Troya Neptúnea,
a buscar diversos exilios y tierras desiertas
guiados fuimos de augurios de dioses, y una flota emprendimos 5
bajo la misma Antandro y los montes del Ida de Frigia;
inciertos de a dó lleven los hados, dó sea dado fijarse,
reunimos a los hombres. Había sólo empezado el estío
primero, y mandaba el padre Anquises a los hados dar velas,
y aquí, llorando, dejo las costas de la patria y los puertos, 10
y los campos donde fue Troya. Soy desterrado hacia el alta
mar, con los socios e hijo, los penates y magnos los dioses.
“Mavorcia tierra de vastos campos es, lejos, cuidada;
la aran los tracios, gobernada otrora del fiero Licurgo,
hospitalidad antigua de Troya, y amigos penates 15
mientras fue su fortuna. Voy allí, y en la costa sinuosa
pongo mis muros primeros, entrando con hados inicuos,
y el nombre de Enéadas, por mi nombre, les formo.
”Ofrendas a la madre Dionea y a los dioses que auspician
los trabajos iniciados llevaba, y un toro luciente 20
al rey de los celícolas superno en la costa inmolaba.
Por azar, cerca un túmulo estuvo; en su cima, unos córneos
matorrales, y, de astiles densos, un mirto erizado.
Me acerqué, y la verde selva arrancar desde el suelo
queriendo, para cubrir con ramas frondosas las aras, 25
veo un prodigio horrendo y de decir admirable.
Pues en cuanto el árbol, rotas sus raíces, del suelo
es sacado, a éste unas gotas de oscura sangre se licuan,
y la tierra manchan de podre. El horror frío los miembros
me sacude, y se me cuaja de espanto la gélida sangre. 30

VIRGILIO

Rursus et alterius lentum convellere vimen
Insequor; et causas penitus tentare latentes;
Ater et alterius sequitur de cortice sanguis.
Multa movens animo, Nymphas venerabar agrestes,
35 Gradivumque patrem, Geticis qui praesidet arvis,
Rite secundarent visus omenque levarent.
Tertia sed postquam majore hastilia nisu
Aggredior, genibusque adversae obluctor harenae,
Eloquar an sileam? gemitus lacrimabilis imo
40 Auditur tumulo, et vox reddita fertur ad aures:
« Quid miserum, Aenea, laceras? jam parce sepulto;
« Parce pias scelerare manus. Non me tibi Troja
« Externum tulit, haud cruor hic de stipite manat.
« Heu! fuge crudeles terras, fuge litus avarum.
45 « Nam Polydorus ego; hic confixum ferrea textit
« Telorum seges, et jaculis increvit acutis »
Tum vero ancipiti mentem formidine pressus
Obstupui, steteruntque comae, et vox faucibus haesit.
« Hunc Polydorum auri quondam cum pondere magno
50 Infelix Priamus furtim mandarat alendum
Threicio regi, cum jam diffideret armis
Dardaniae, cingique urbem obsidione videret.
Ille, ut opes fractae Teucrum, et Fortuna recessit,
Res Agamemnonias victriciaque arma secutus,
55 Fas omne abrumpit, Polydorum obtruncat, et auro
Vi potitur. Quid non mortalia pectora cogis,
Auri sacra fames! Postquam pavor ossa reliquit,
Delectos populi ad proceres primumque parentem
Monstra deum refero, et quae sit sententia, posco.
60 Omnibus idem animus, scelerata excedere terra,
Linqui pollutum hospitium, et dare classibus Austros.
Ergo instauramus Polydoro funus, et ingens
Aggeritur tumulo tellus; stant Manibus arae
Caeruleis maestae vittis atraque cupresso,

ENEIDA III

De nuevo también en arrancar el lento tallo de otro
 prosigo, y en explorar hasta el fondo las causas latentes:
 también se sigue oscura sangre de la corteza del otro.
 Mucho volviendo en el alma, rogaba a las ninfas agrestes
 y al padre Marte, que preside las géticas siembras, 35
 que secundaran bien la visión y el augurio aliviaran.
 Mas después que con mayor esfuerzo a los terceros astiles
 me dirijo, y de rodillas a la adversa arena combato
 —¿hablaré o callaré?— un gemido lagrimable del fondo
 del túmulo se oye, y la voz vuelta a mis orejas se llega: 40
 ‘¿Por qué a un mísero hieres, Eneas? Al difunto ya deja;
 deja de manchar tus pías manos. No a ti ajeno, me trajeo
 Troya, ni esta sangre que fluye mana de un tronco.
 ¡Ay! Huye las crueles tierras, huye, avara, la costa.
 Pues yo soy Polidoro; me cubrió aquí, clavado, de dardos 45
 férrea mies, y ha crecido en agudos venablos.’
 Mas allí, opreso la mente por el temor de dos rostros,
 me pasmé, se irguieron mis pelos, la voz pegóse en mis fauces.
 ”A este Polidoro, otrora, con magno peso de oro
 Príamo infeliz, a hurto, para conquistar al rey tracio 50
 lo había mandado como sea que ya no se fiara en las armas
 de Dardania, y viera que la urbe era por asedio ceñida.
 Éste, al romperse el poder de los teucros y huir la fortuna,
 siguiendo las cosas de Agamenón y sus armas triunfantes,
 toda ley quebranta, a Polidoro triza, y del oro 55
 se apodera por fuerza. ¡A qué a los mortales pechos no obligas,
 maldita hambre de oro! Después que el pavor me deja los huesos,
 a selectos próceres del pueblo y, primero, a mi padre
 los monstruos de los dioses cuento, y cuál su opinión sea, pido.
 El mismo ánimo en todos: salir de la tierra manchada, 60
 dejar la violada hospitalidad, y a las flotas dar austros.
 Así, hacemos el funeral a Polidoro, e ingente
 tierra se amontona al túmulo; aras a los Manes se alzan,
 sombrías de las cintas cerúneas y el negro ciprés,

VIRGILIO

- 65 Et circum Iliades crinem de more solutae.
 Inferimus tepido spumantia cymbia lacte,
 Sanguinis et sacri pateras, animamque sepulcro
 Condimus et magna supremum voce ciemus.
 « Inde, ubi prima fides pelago, placataque venti
- 70 Dant maria, et lenis crepitans vocat Auster in altum,
 Deducunt socii naves et litora complent.
 Provehimur portu, terraeque urbesque recedunt.
 « Sacra mari colitur medio gratissima tellus
 Nereïdum matri et Neptuno Aegaeo :
- 75 Quam pius Arcitenens, oras et litora circum
 Errantem, Mycono celsa Gyaroque revinxit
 Immotamque coli dedit, et contemnere ventos.
 Huc feror; haec fessos tuto placidissima portu
 Accipit. Egressi veneramur Apollinis urbem.
- 80 Rex Anius, rex idem hominum Phoebique sacerdos,
 Vittis et sacra redimitus tempora lauro,
 Occurrit; veterem Anchisen agnoscit amicum.
 Jungimus hospitio dextras, et tecta subimus.
 « Tempa dei saxo venerabar structa vetusto :
- 85 « Da propriam, Tymbraee, domum; da moenia fessis,
 « Et genus, et mansuram urbem; serva altera Trojae
 « Pergama, reliquias Danaum atque imitis Achilli.
 « Quem sequimur? quove ire jubes? ubi ponere sedes?
 « Da, Pater, augurium atque animis illabere nostris. »
- 90 « Vix ea fatus eram; tremere omnia visa repente,
 Liminaque laurusque dei, totusque moveri
 Mons circum, et mugire adytis cortina reclusis.
 Submissi petimus terram, et vox fertur ad aures :
 « Dardanidae duri, quae vos a stirpe parentum
- 95 « Prima tulit tellus, eadem vos ubere laeto
 « Accipiet reduces : antiquam exquirite matrem.
 « Hic domus Aeneae cunctis dominabitur oris,
 « Et nati natorum, et qui nascentur ab illis. »

ENEIDA III

y en torno las ilíacas, según su uso, el cabello soltándose. 65
 Ofrecemos espumantes copas de leche caliente
 y páteras de sangre sagrada, y el alma al sepulcro
 reunimos, y con magna voz invocamos, por último. [mares
 "De allí, cuando hay la primer fe al piélagos, y los vientos dan
 tranquilos, y hacia alta mar el Austro lene llama, sonando, 70
 botan los socios las naves y colman las costas.
 Nos salimos del puerto, y retroceden las tierras y urbes.
 "Cuidada es gratísima tierra en medio del mar, consagrada
 a la madre de las Nereidas y a Neptuno Egeo:
 a la cual, errante en torno a playas y costas, el pío 75
 Arquero amarró de Miconos y la excelsa Giäros,
 y le dio ser —estable— cuidada, y despreciar a los vientos.
 Llego aquí; ésta a los cansados en puerto seguro, muy plácida,
 recibe. Saliendo, veneramos a la urbe de Apolo.
 El rey Anio, él mismo rey de hombres y sacerdote de Febo, 80
 de cintas y sagrado lauro coronado las sienes,
 se presenta; al viejo amigo Anquises reconoce. Juntamos
 por la hospitalidad las diestras, y so los techos entramos.
 "Veneraba los templos del dios hechos en roca vetusta:
 'Da una casa propia, Timbreo; da, a los cansados, murallas 85
 y linaje, y urbe durable; de Troya otras Pérgamos
 guarda, de los dánaos y del cruel Aquiles reliquias.
 ¿A quién seguimos? ¿A dónde ir mandas? ¿Poner, dónde, las sedes?
 Da, Padre, un augurio, y penetra en los ánimos nuestros.'
 "Había hablado eso apenas; pareció temblar todo de súbito, 90
 los umbrales y los lauros del dios, y todo moverse
 el monte en torno, y mugir, abiertos los santuarios, el trípode.
 La tierra humildes buscamos, y llega una voz al oído:
 'Dardánidas duros, la tierra que primera os produjo
 de estirpe de vuestros padres, la misma en alegre regazo 95
 os tomará incólumes: de la antigua madre informaos.
 Aquí la casa de Eneas dominará todas las tierras,
 y los hijos de sus hijos, y quienes nazcan de ellos.'

VIRGILIO

Haec Phoebus; mixtoque ingens exorta tumultu
100 Ætitia, et cuncti, quae sint ea moenia, quaerunt,
Quo Phoebus vocet errantes, jubeatque reverti.
« Tum genitor, veterum volvens monumenta virorum :
« Audite, o proceres, ait, et spes discite vestras.
« Creta Jovis magni medio jacet insula ponto,
105 « Mons Idaeus ubi, et gentis cunabula nostrae.
« Centum urbes habitant magnas, uberrima regna,
« Maximus unde pater, si rite audita recordor,
« Teucrus Rhoeteas primum est advectus ad oras,
« Optavitque locum regno. Nondum Ilium et arces
110 « Pergameae steterant; habitabant vallibus imis.
« Hinc Mater cultrix Cybelae, Corybantiaque aera,
« Idaeumque nemus; hinc fida silentia sacris,
« Et juncti currum dominae subiere leones.
« Ergo, agite, et, divum ducunt qua jussa, sequamur;
115 « Placemus ventos et Gnosia regna petamus.
« Nec longo distant cursu; modo Juppiter adsit,
« Tertia lux classem Cretaeis sistet in oris. »
Sic fatus, meritos aris mactavit honores,
Taurum Neptuno, taurum tibi, pulcher Apollo,
120 Nigram Hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.
« Fama volat pulsum regnis cecidisse paternis
Idomenea ducem, desertaque litora Cretae,
Hoste vacare domos, sedesque adstare relictas.
Linquimus Ortygiae portus, pelagoque volamus;
125 Bacchatamque jugis Naxon, viridemque Donusam,
Oleraon, niveamque Paron, sparsasque per aequor
Cycladas, et crebris legimus freta consita terris.
Nauticus exoritur vario certamine clamor;
Hortantur socii : Cretam proavosque petamus.
130 Prosequitur surgens a puppi ventus euntes,
Et tandem antiquis Curetum allabimur oris.
Ergo avidus muros optatae molior urbis,

ENEIDA III

Esto, Febo; y con mezclado tumulto surgía la ingente
alegría, y todos, cuáles sean esas murallas preguntan, 100
a donde Febo llame a los errantes y ordene que vuelvan.

”Allí el padre, revolviendo memorias de viejos varones:
‘Oíd y aprended, dijo, vuestras esperanzas, oh próceres.
Creta, isla del magno Jove, yace en medio del ponto,
donde está el monte Ideo, y de nuestra gente la cuna. 105

Cien urbes habitan magnas, ubérrimos reinos,
de donde el padre mayor —si recuerdo bien lo que he oído—
Teucro, fue primero traído a las costas reteas
y eligió lugar para el reino. Aún no Ilión y las torres
de Pérgamo se erguían; habitaban en ínfinos valles. 110

La Madre que vive en Cibeles, de aquí, y coribánticos bronces,
y el bosque Ideo; de aquí, para los ritos, los fieles silencios,
y bajo el carro de la dueña, fueron juntos leones.

Id, pues, y, a donde nos guían mandatos de dioses, sigamos;
aplaquemos los vientos, y los gnosios reinos busquemos. 115

No largo curso distan. Con que presente esté Jove,
la tercera luz detendrá a la flota en las tierras cretenses.’

Hablando así, inmoló en las aras los merecidos honores,
un toro a Neptuno, un toro a ti, hermoso Apolo;
negra oveja, a la tormenta; a los felices céfiros, blanca. 120

”La fama vuela: se había ido, echado de los reinos paternos,
el jefe Idomeneo, y, abandonadas las costas de Creta,
están libres del hoste las casas, y dejadas las sedes.

Abandonamos los puertos de Ortigia, y volamos al piélagos;
y a Naxos, bacanal en sus cimas, y a la verde Donusa 125

y a Olearos, y a la nívea Paros, y esparcidas las Cícladas
en el mar, y hendimos aguas entre muchas tierras movidas.

El náutico clamor se levanta en variado combate;
exhortan los socios a que a Creta y los abuelos busquemos.

A los que vamos, el viento desde la popa acompaña, 130
y, al fin, a las antiguas playas de los curetes llegamos.

Por eso, ávido, elevo de la elegida urbe los muros,

VIRGILIO

- Pergameamque voco, et laetam cognomine gentem
 Hortor amare focos arcemque attollere tectis.
- 135 Jamque fere sicco subductae litore puppes,
 Conubiis arvisque novis operata juvenus,
 Jura domosque dabam, subito cum tabida membris,
 Corrupto caeli tractu, miserandaque venit
 Arboribusque satisque lues et letifer annus.
- 140 Linquebant dulces animas, aut aegra trahebant
 Corpora; tum steriles exurere Sirius agros;
 Arebant herbae, et victum seges aegra negabat.
 Rursus ad oraclum Ortygiae Phoebumque remenso
 Hortatur pater ire mari, veniamque precari,
- 145 Quam fessis finem rebus ferat, unde laborum
 Tentare auxilium jubeat, quo vertere cursus.
 « Nox erat, et terris animalia somnus habebat.
 Effigies sacrae divum Phrygiique Penates,
 Quos mecum a Troja mediisque ex ignibus urbis
- 150 Extuleram, visi ante oculos adstare jacentis
 In somnis, multo manifesti lumine, qua se
 Plena per insertas fundebat luna fenestras;
 Tum sic affari, et curas his demere dictis :
 « Quod tibi delato Ortygiam dicturus Apollo est,
- 155 « Hic canit, et tua nos en ultro ad limina mittit.
 « Nos te, Dardania incensa, tuaque arma secuti,
 « Nos tumidum sub te permensi classibus aequor.
 « Idem venturos tollemus in astra nepotes,
 « Imperiumque urbi dabimus. Tu moenia magnis
- 160 « Magna para, longumque fugae ne linque laborem.
 « Mutandae sedes; non haec tibi litora suasit
 « Delius, aut Cretae jussit considerare Apollo.
 « Est locus, Hesperiam Graii cognomine dicunt,
 « Terra antiqua, potens armis atque ubere glebae :
- 165 « Oenotri coluere viri; nunc fama minores
 « Italiam dixisse, ducis de nomine, gentem.

ENEIDA III

y Pergamea la llamo, y a la gente, alegre del nombre,
 la exhorto a amar los fuegos y a alzar la plaza con techos.
 Y ya casi eran sacadas a la seca costa las popas, 135
 y en connubios y campos nuevos la juventud se ocupaba,
 y yo leyes daba y casas, cuando, atroz de pronto a los miembros
 —corrupto el espacio del cielo— llegó, miserable,
 a árboles y sembrados la epidemia y mortífero el año.
 Dejaban sus dulces almas, o, enfermos, traían 140
 los cuerpos. Sirio, allí, empezó a quemar los estériles campos.
 Se abrasaban las hierbas, la enferma mies negaba el sustento.
 De nuevo al oráculo de Ortigia y a Febo, el mar otra
 vez surcado, a ir me exhorta el padre, y a rogarle su venia:
 qué fin dará a las cosas cansadas, de dónde el auxilio 145
 mandará que busquemos, a dónde volver los caminos.
 ”Noche era, y, en las tierras, a las bestias el sueño tenía.
 Las efigies sacras de los dioses y los frigios penates,
 que conmigo de Troya, de en medio de los fuegos de la urbe
 había traído, ante los ojos estar del yacente 150
 en sueños, se vieron con mucha luz manifiestos, en donde
 se esparcía, plena, la luna por las insertas ventanas;
 allí, a hablar así, y a quitar con estos dichos mis penas:
 ‘Lo que a ti, traído a Ortigia, Apolo habrá de decirte,
 aquí canta, y a tus umbrales, mira, además nos envía. 155
 Nosotros, Dardania incendiada, a ti y tus armas seguimos;
 nosotros, bajo de ti, en flotas la mar hinchada medimos;
 los mismos, en los astros pondremos a tus nietos futuros,
 y a tu urbe el imperio daremos. Tú, para magnos, murallas
 magnas prepara, y no dejes la larga labor de tu fuga. 160
 Debes cambiar las sedes; no te ha aconsejado estas costas
 el Delio Apolo, ni manda que te establezcas en Creta.
 Hay un sitio, Hesperia los griegos por sobrenombre le dicen;
 tierra antigua, potente en armas y riqueza de gleba:
 hombres enotrios la habitaron; sus descendientes, es fama, 165
 por el nombre de su jefe, han llamado hoy Italia a esa gente.

VIRGILIO

- « Hae nobis propriae sedes; hinc Dardanus ortus,
 « Iasiusque pater, genus a quo principe nostrum.
 « Surge age, et haec laetus longaevo dicta parenti
 170 « Haud dubitanda refer : Corythum terrasque requirat
 « Ausonias; Dictaea negat tibi Juppiter arva. »
 « Talibus attonitus visis ac voce deorum
 (Nec sopor illud erat, sed coram agnoscere vultus
 Velatasque comas praesentiaque ora videbar :
 175 Tum gelidus toto manabat corpore sudor),
 Corripio e stratis corpus, tendoque supinas
 Ad caelum cum voce manus, et munera libo
 Intemerata focis. Perfecto laetus honore,
 Anchisen facio certum, remque ordine pando.
 180 Agnovit prolem ambiguam geminosque parentes,
 Seque novo veterum deceptum errore locorum.
 Tum memorat : « Nate, Iliacis exercite fatis,
 « Sola mihi tales casus Cassandra canebat;
 « Nunc repeto haec generi portendere debita nostro,
 185 « Et saepe Hesperiam, saepe Itala regna vocare.
 « Sed quis ad Hesperiae venturos litora Teucros
 « Crederet? aut quem tum vates Cassandra moveret?
 « Cedamus Phoebo, et moniti meliora sequamur. »
 Sic ait; et cuncti dicto paremus ovantes.
 190 Hanc quoque deserimus sedem, paucisque relictis
 Vela damus, vastumque cava trabe currimus aequor.
 « Postquam altum tenuere rates, nec jam amplius ullae
 Apparent terrae, caelum undique et undique pontus,
 Tum mihi caeruleus supra caput adstitit imber,
 195 Noctem hiememque ferens, et inhorruit unda tenebris.
 Continuo venti volvunt mare, magnaue surgunt
 Aequora; dispersi jactamur gurgite vasto.
 Involvere diem nimbi, et nox umida caelum
 Abstulit; ingeminant abruptis nubibus ignes.
 200 Excutimur cursu, et caecis erramus in undis,

ENEIDA III

Estas sedes, propias a nosotros; de aquí nació Dárdano
y el padre Jasio, príncipes de los que surgió nuestra stirpe.
Levántate, ea, y alegre al padre longevo estos dichos,
que no han de dudarse, refiere; a Córito busque y las tierras 170
Ausonias; te niega Júpiter los campos dicteos.'

"Con tales visiones atónito y con la voz de los dioses
(no era aquél un sopor, mas conocer, ante mí, las miradas
y los cabellos velados parecía, y los rostros presentes:
entonces un gélido sudor de todo el cuerpo manaba), 175

arranco de los lechos el cuerpo, y tiendo, supinas,
con la voz al cielo las manos, y ofrendas derramo
puras en los fuegos. Alegre —el honor acabado—
a Anquises informo, y el asunto en orden expongo.
Reconoció que la prole era ambigua, y dos eran los padres, 180
y haber sido engañado por nuevo error de viejos lugares.

Allí se acuerda: 'Hijo, atormentado por los hados ilíacos:
Casandra sola para mí tales casos cantaba;
hoy recuerdo que predecía esto a nuestra stirpe debido,
y que a menudo Hesperia, a menudo ítalos reinos llamaba. 185

Mas ¿quién que habrían de venir los teucros a las costas de Hesperia
creyera? ¿O a quién allí la adivina Casandra moviera?

Cedamos a Febo, y lo mejor, advertidos, sigamos.'
Así dijo; y todos, al dicho, comparecemos gozosos.
También este sitio abandonamos y, dejando a unos cuantos, 190
velas damos, y en hueca trabe el vasto mar recorreremos.

Después que alta mar tuvieron los barcos, y ya más ningunas
tierras aparecen —doquiera el cielo y el ponto doquiera—,
allí sobre mi cabeza se puso una lluvia cerúlea,
noche y tormenta trayendo, y la onda se erizó con tinieblas. 195

Al punto el mar revuelven los vientos, y se alzan las magnas
llanuras; en el vasto abismo nos arrojan, dispersos.
Envolvieron las lluvias el día, y la noche húmeda el cielo
se llevó; redoblan en abruptas nubes los fuegos.
Somos sacados de curso, y en las ciegas ondas erramos. 200

VIRGILIO

Ipse diem noctemque negat discernere caelo,
Nec meminisse viae media Palinurus in unda.
Tres adeo incertos caeca caligine soles
Erramus pelago, totidem sine sidere noctes;
205 Quarto terra die primum se attollere tandem
Visa, aperire procul montes, ac volvere fumum.
Vela cadunt, remis insurgimus; haud mora, nautae
Annixi torquent spumas et caerula verrunt.
 « Servatum ex undis Strophadum me litora primum
210 Accipiunt; Strophades Graio stant nomine dictae
Insulae Ionio in magno, quas dira Celaeno
Harpyiaeque colunt aliae, Phineia postquam
Clausa domus, mensasque metu liquere priores.
Tristius haud illis monstrum, nec saevior ulla
215 Pestis et ira deum Stygiis sese extulit undis.
Virginei volucrum vultus, foedissima ventris
Proluvies, uncaeque manus, et pallida semper
Ora fame.
 « Huc ubi delati portus intravimus, ecce
220 Laeta boum passim campis armenta videmus
Caprigenumque pecus, nullo custode, per herbas.
Irruimus ferro, et divos ipsumque vocamus
In partem praedamque Jovem; tum litore curvo
Exstruimusque toros dapibusque epulamur opimis.
225 At subitae horrifico lapsu de montibus adsunt
Harpyiae, et magnis quatiunt clangoribus alas,
Diripiuntque dapes, contactuque omnia foedant
Immundo; tum vox tetrum diva inter odorem.
Rursum in secessu longo, sub rupe cavata
230 Arboribus clausi circum atque horrentibus umbris,
Instruimus mensas arisque reponimus ignem :
Rursum ex diverso caeli caecisque latebris
Turba sonans praedam pedibus circumvolat uncis,
Polluit ore dapes. Sociis tunc, arma capessant,

ENEIDA III

Niega que el día y la noche discierna en el cielo
Palinuro mismo, y que, a media onda, el camino recuerde.
De tal modo, en ciega oscuridad tres soles inciertos
en el piélago erramos, y otras tantas noches sin astro.
Por fin, en el cuarto día la tierra levantarse primero 205
es vista, abrirse a lo lejos los montes, y el humo enroscarse.
Las velas caen, con remos andamos; no hay demora, los nautas
tuercen, apoyándose, espumas, y lo cerúleo barren.

”Salvo de las ondas, las costas de las Estrófades luego
me toman. Las Estrófades, de griego nombre llamadas, 210
están en el magno Jonio, islas que la funesta Celeno
y otras Arpías habitan, después que fue cerrada la casa
de Fineo, y sus mesas anteriores dejaron por miedo.
No hay monstruo más triste que ellas, ni ninguna más bárbara
peste e ira de los dioses se alzó de las ondas estigias. 215
Los rostros de esas aves, virgíneos; torpísimo el flujo
de su vientre; y ganchudas sus manos, y pálidas siempre,
de hambre, sus caras.

”Cuando allí a los puertos entramos llevados, ved que sin orden,
alegres manadas de bueyes por los campos miramos, 220
y un cabrío rebaño, sin ningún custodio, en las hierbas.
Con el hierro atacamos, y a los dioses llamamos y al mismo
Jove a la parte y la presa; entonces en la costa sinuosa
construimos lechos y comemos de las viandas opimas.
Mas, súbitas, de los montes en vuelo horrífico llegan 225
las Arpías, y con magnos estruendos agitan las alas,
y roban las viandas, y todo lo ensucian de inmundo
contacto; además, una voz funesta entre el fétido olor.
De nuevo en largo apartamiento, bajo una roca excavada
(cerrados en torno por árboles y sombras horrendas), 230
construimos las mesas y reponemos el fuego en las aras.
De nuevo, de otro punto del cielo y de ciegas latebras
la turba sonante con pies corvos circunvuela la presa,
mancha con su boca las viandas. Allí a los socios que tomen

VIRGILIO

- 235 Edico, et dira bellum cum gente gerendum.
 Haud secus ac jussi faciunt, tectosque per herbam
 Disponunt enses, et scuta latentia condunt.
 Ergo ubi delapsae sonitum per curva dedere
 Litora, dat signum specula Misenus ab alta
 240 Aere cavo : invadunt socii, et nova proelia temptant,
 Obscenas pelagi ferro foedare volucres.
 Sed neque vim plumis ullam nec vulnera tergo
 Accipiunt, celerique fuga sub sidera lapsae,
 Semesam praedam et vestigia foeda relinquunt.
- 245 Una in praecelsa consedit rupe Celaeno,
 Infelix vates, rumpitque hanc pectore vocem :
 « Bellum etiam pro caede boum stratisque juvencis,
 « Laomedontiadae, bellumne inferre paratis,
 « Et patrio Harpyias insontes pellere regno?
 250 « Accipite ergo animis atque haec mea figite dicta :
 « Quae Phoebo pater omnipotens, mihi Phoebus Apollo
 « Praedixit, vobis Furiarum ego maxima pando.
 « Italiam cursu petitis, ventisque vocatis
 « Ibitis Italiam, portusque intrare licebit;
 255 « Sed non ante datam cingetis moenibus urbem,
 « Quam vos dira fames nostraeque injuria caedis
 « Ambesas subigat malis absumere mensas. »
 Dixit, et in silvam pennis ablata refugit.
 « At sociis subita gelidus formidine sanguis
 260 Deriguit; cecidere animi, nec jam amplius armis,
 Sed votis precibusque jubent exposcere pacem,
 Sive deae, seu sint dirae obscenaeque volucres.
 Et pater Anchises, passis de litore palmis,
 Numina magna vocat, meritosque indicit honores
 265 « Di, prohibete minas! Di, talem avertite casum,
 « Et placidi servate pios! » Tum litore funem
 Diripere excussosque jubet laxare rudentes.
 Tendunt vela Noti; fugimus spumantibus undis,

ENEIDA III

las armas mando, y lleven guerra con esa gente funesta.
 Hacen como se les ordena, y, por la hierba cubiertas,
 las espadas disponen, y guardan los ocultos escudos.
 Así, cuando dieron su ruido revoloteando en las costas
 sinuosas, da la señal Miseno desde alta eminencia
 con el bronce hueco; atacan los socios y nuevos combates 240
 intentan: manchar con hierro a las obscenas aves del piélago.
 Mas ni fuerza alguna en las plumas, ni en el lomo reciben
 llagas, y volando hacia los astros en célere fuga,
 la roída presa abandonan y los manchados vestigios.
 Sola en una roca muy alta se sienta Celeno, 245
 infeliz profetisa, y rompe en esta voz de su pecho:
 ‘¿Guerra por la muerte de bueyes y los postrados novillos?
 ¿No, Laomedontíadas, os preparáis a hacer guerra,
 y a expulsar del patrio reino a las inocentes Arpías?
 Tomad, pues, y estos dichos míos fijad en los ánimos: 250
 lo que a Febo, el padre omnipotente; a mí, Febo Apolo
 predijo, a vosotros yo, la mayor de las Furias, revelo.
 A Italia en viaje buscáis, e, invocados los vientos,
 iréis a Italia, y os será lícito entrar en sus puertos;
 mas con murallas no ceñiréis la urbe dada, antes 255
 que el hambre funesta y la injuria de nuestra matanza
 os fuerce a gastar con las quijadas vuestras mesas roídas.’
 Dijo, y llevada en sus plumas huyó hacia la selva.
 Mas la gélida sangre a mis socios, por el súbito espanto,
 se cuajó; cayeron los ánimos, y no más con las armas 260
 ya, sino que ordenan suplicar la paz con votos y preces,
 ora diosas, ya sean aves funestas y obscenas.
 Y el padre Anquises, extendidas desde la costa las palmas,
 llama a los magnos númenes, y fija los justos honores:
 ‘¡Dioses, alejad amenazas; dioses, quitad tal desgracia, 265
 y, plácidos, guardad a los píos!’ El cable allí de la costa
 arrancar ordena, y aflojar las jarcias lanzadas.
 Tienden velas los Notos; en espumantes ondas huimos,

VIRGILIO

Qua cursum ventusque gubernatorque vocabant.
 270 * « Jam medio apparet fluctu nemorosa Zacynthos,
 Dulichiumque Sameque, et Neritos ardua saxis.
 Effugimus scopulos Ithacae, Laertia regna,
 Et terram altricem saevi exsecramur Ulixi.
 Mox et Leucatae nimbose cacumina montis
 275 Et formidatus nautis aperitur Apollo.
 Hunc petimus fessi, et parvae succedimus urbi;
 Ancora de prora jacitur, stant litore puppes.
 « Ergo, insperata tandem tellure potiti,
 Lustramurque Jovi, votisque incendimus aras,
 280 Actiaque Iliacis celebramus litora ludis.
 Exercent patrias oleo labente palaestras
 Nudati socii; juvat evasisse tot urbes
 Argolicas, mediosque fugam tenuisse per hostes.
 « Interea magnum sol circumvolvitur annum,
 285 Et glacialis hiems Aquilonibus asperat undas.
 Aere cavo clipeum, magni gestamen Abantis,
 Postibus adversis figo, et rem carmine signo :
 AENEAS HAEC DE DANAIS VICTORIBUS ARMA.
 Linquere tum portus jubeo et considerare transtris.
 290 Certatim socii feriunt mare et aequora verrunt.
 Protinus aerias Phaeacum abscondimus arces,
 Litoraque Epiri legimus, portuque subimus
 Chaonio, et celsam Buthroti accedimus urbem.
 « Hic incredibilis rerum fama occupat aures,
 295 Priamiden Helenum Graias regnare per urbes,
 Conjugio Aeacidae Pyrrhi sceptrisque potitum,
 Et patrio Andromachen iterum cecidisse marito.
 Obstupui, miroque incensum pectus amore
 Compellare virum et casus cognoscere tantos.
 300 Progredior portu, classes et litora linquens,
 Sollemnes tum forte dapes et tristia dona,
 Ante urbem in luco, falsi Simoentis ad undam,

ENEIDA III

por donde viento y piloto llamaban al viaje.

”Ya en medio de la ola aparece, nemorosa, Zaquintos, 270
y Duliquio y Same, y Néritos ardua en peñascos.

Huimos los escollos de Ítaca, reinos laercios,
y del cruel Ulises execramos la tierra nutricia.
Pronto, también del monte de Leucadia la cima nublosa,
y se descubre temible a los nautas Apolo. 275

A él vamos, cansados, y penetramos a la urbe pequeña;
se arroja el ancla de proa, quedan en la costa las popas.

”Así, apoderándonos de la tierra, al fin, no esperada,
nos lustramos por Jove, y con votos encendemos las aras,
y las accias costas celebramos con juegos ilíacos. 280

Practican las patrias palestras, resbalando el aceite,
los socios desnudos; deleita haberse evadido de tantas
urbes argólicas, y tomado en medio de hostes la fuga.

”Entre tanto, el sol se da en torno del año magno la vuelta,
y el glacial invierno eriza con los aquilones las ondas. 285

Un clipeo de bronce hueco, del magno Abante defensa,
fijo en los postes del frente, y signo con un verso la hazaña:

ENEAS, ESTAS DE LOS VICTORIOSOS DÁNAOS ARMAS.

Dejar allí los puertos ordeno, y sentarse en los bancos.
A porfía, los socios hieren el mar y barren las aguas. 290

Al punto, escondemos de los feacios las torres aéreas,
y las costas de Epiro rozamos, y entramos al puerto
caonio, y a la alta urbe de Butroto llegamos.

”Aquí, increíble fama de cosas las orejas ocupa;
que Heleno Priámida sobre griegas urbes reinaba 295

—apoderado de boda y cetros del Eácida Pirro—,
y que Andrómaca había otra vez a hombre de su patria caído.
Me pasmé, e incendiado fue el pecho de amor milagroso
de llamar al varón y conocer casos tan grandes.

Adelanto al puerto, las flotas y las costas dejando, 300
cuando, por azar, solemnes viandas y tristes ofrendas
en el bosque ante la urbe, junto a la onda de un Simois fingido,

VIRGILIO

- Libabat cineri Andromache, Manesque vocabat
 Hectoreum ad tumulum, viridi quem caespite inanem,
 305 Et geminas, causam lacrimis, sacraverat aras.
 Ut me conspexit venientem, et Troia circum
 Arma amens vidit, magnis exterrita monstis,
 Deriguit visu in medio, calor ossa reliquit;
 Labitur, et longo vix tandem tempore fatur :
 310 « Verane te facies, verus mihi nuntius affers,
 « Nate dea? vivisne? aut, si lux alma recessit,
 « Hector ubi est? » Dixit, lacrimasque effudit, et omnem
 Implevit clamore locum. Vix pauca furenti
 Subjicio, et raris turbatus vocibus hisco :
 315 « Vivo equidem, vitamque extrema per omnia duco;
 « Ne dubita, nam vera vides.
 « Heu! quis te casus dejectam conjuge tanto
 « Excipit? aut quae digna satis fortuna revisit?
 « Hectoris Andromache, Pyrrhin'connubia servas? »
 320 « Dejecit vultum, et demissa voce locuta est :
 « O felix una ante alias Priameia virgo,
 « Hostilem ad tumulum, Trojae sub moenibus altis,
 « Jussa mori, quae sortitus non pertulit ullos,
 « Nec victoris heri tetigit captiva cubile!
 325 « Nos, patria incensa, diversa per aequora vectae,
 « Stirpis Achilleae fastus juvenemque superbum,
 « Servitio enixae, tulimus; qui deinde, secutus
 « Ledaeam Hermionen Lacedaemoniosque hymenaeos,
 « Me famulam famuloque Heleno transmisit habendam.
 330 « Ast illum, ereptae magno inflammatus amore
 « Conjugis, et scelerum furiis agitated, Orestes
 « Excipit incautum patriasque obtruncat ad aras.
 « Morte Neoptolemi regnorum reddita cessit
 « Pars Heleno, qui Chaonios cognomine campos,
 335 « Chaoniamque omnem Trojano a Chaone dixit,
 « Pergamaque Iliacamque jugis hanc addidit arcem.

ENEIDA III

Andrómaca a la ceniza ofrecía, y a los Manes llamaba
 al hectóreo túmulo, que con verde césped, vacío,
 había consagrado, y dos aras, causa a sus lágrimas. 305
 Cuando me miró que venía, y en torno troyanas
 armas vio, estupefacta, aterrada por los magnos prodigios,
 quedó inmóvil a media vista; el calor dejóle los huesos;
 resbala, y tras largo tiempo, al fin, habla apenas;
 ‘¿Verdadera faz, a mí, verdadero nuncio, te traes, 310
 hijo de diosa? ¿Vives? O, si la alma luz te ha dejado,
 ¿dónde está Héctor?’ Dijo, y las lágrimas vertió, y el completo
 lugar colmó con su clamor. Poco a la furente, con pena,
 declaro, y, turbado, con raras voces me abro:
 ‘Vivo, por cierto; por todo lo extremo llevo la vida; 315
 No dudes, pues ves cosas ciertas.
 ¡Ay! ¿Qué desgracia, de cónyuge tan grande privada,
 te arrancó? ¿O qué fortuna asaz digna ha vuelto a mirarte?
 Andrómaca de Héctor, ¿guardas los connubios de Pirro?’
 Volvió a otra parte el rostro, y habló con voz decaída: 320
 ‘¡Oh, feliz sola ante las otras, la Priámida virgen,
 en un túmulo hostil, bajo los altos muros de Troya,
 mandada a morir, que no soportó sorteos algunos,
 ni, cautiva, tocó de un amo victorioso la cama!
 Nosotras, la patria incendiada, traídas por mares diversos, 325
 la altivez de la estirpe de Aquiles y al joven soberbio
 en la esclavitud, pariendo, sufrimos. Luego, siguiendo
 aquél a Hermíone de Leda y los himeneos lacedemonios,
 criada al también criado Heleno me trasmitió a ser tenida.
 Mas a él, inflamado del magno amor de la novia robada 330
 y agitado de sus crímenes en las furias, Orestes
 lo alcanza, incauto, y ante las patrias aras lo triza.
 Con la muerte de Neoptólemo, parte cayó de sus reinos
 devuelta a Heleno, quien caonios por nombre a los campos
 llamó, y a todo, Caonia, por Caón el troyano, 335
 y a Pérgamo y esta iliaca torre añadió en las alturas.

VIRGILIO

- « Sed tibi qui cursum venti, quae fata dedere?
 » Aut quisnam ignarum nostris deus appulit oris?
 « Quid puer Ascanius? superatne, et vescitur aura?
 340 « Quem tibi jam Troja . . .
 « Ecqua tamen puero est amissae cura parentis?
 « Ecquid in antiquam virtutem animosque viriles
 « Et pater Aeneas et avunculus excitat Hector? »
 « Talia fundebat lacrimans, longosque ciebat
 345 Incassum fletus, cum sese a moenibus heros
 Priamides multis Helenus comitantibus affert,
 Agnoscitque suos laetusque ad limina ducit,
 Et multum lacrimas verba inter singula fundit.
 Procedo, et parvam Trojam, simulataque magnis
 350 Pergama, et arentem Xanthi cognomine rivum
 Agnosco, Scaeaeque amplector limina portae.
 Nec non et Teucri socia simul urbe fruuntur.
 Illos porticibus rex accipiebat in amplis;
 Aulai in medio libabant pocula Bacchi,
 355 Impositis auro dapibus, paterasque tenebant.
 « Jamque dies alterque dies processit, et auræ
 Vela vocant tumidoque inflatur carbasus Austro :
 His vatem aggredior dictis, ac talia quaeso :
 « Trojugena, interpres divum, qui numina Phoebi,
 360 « Qui tripodas, Clarii laurus, qui sidera sentis,
 « Et volucrum linguas et praepetis omina pennae,
 « Fare age (namque omnem cursum mihi prospera dixit
 « Religio, et cuncti suaserunt numine divi
 « Italiam petere et terras tentare repostas;
 365 « Sola novum dictuque nefas Harpyia Celaeno
 « Prodigium canit, et tristes denuntiat iras
 « Obscenamque famem), quae prima pericula vito?
 « Quidve sequens tantos possim superare labores? »
 « Hic Helenus, caesis primum de more juvencis,
 370 Exorat pacem divum, vittasque resolvit

ENEIDA III

Pero a ti, ¿qué vientos, qué hados te dieron el curso?
 ¿O qué dios al ignaro empujó a nuestras costas?
 ¿Qué hace el niño Ascanio? ¿Sobrevive y se alimenta del aura?
 A quien a ti ya Troya . . . 340
 ¿Tiene algún cuidado el niño por la madre perdida?
 ¿Acaso a la antigua virtud y viriles los ánimos
 lo excitan el padre Eneas y también Héctor su tío?
 "Tales cosas esparcía, lagrimeante, y en vano agitaba
 largos llantos, cuando, desde las murallas, el héroe 345
 Heleno Priámida se acercó, acompañándolo muchos,
 y conoció a los suyos, y alegre, los llevó a los umbrales.
 y, mucho, derramó lágrimas entre cada palabra.
 Avanzo, y una parva Troya, e, imitando a los magnos,
 una Pérgamo, y un seco río con el nombre de Janto 350
 conozco, y de la puerta Escea los umbrales abrazo.
 Y también los teucros, a la vez, de la urbe amiga disfrutan.
 A ellos, el rey los recibía en los pórticos amplios;
 en medio del patio libaban vasos de Baco,
 servidas en oro las viandas, y tenían las páteras. 355
 Y ya un día y otro día ha pasado, y las auras
 llaman las velas, y se infla el lino con el tímido Austro:
 con estos dichos me acerco al vate, y tales cosas pregunto:
 'Troyano, intérprete de dioses, que los deseos de Febo,
 que los trípodas, los lauros del Clario, que entiendes los astros, 360
 y las lenguas de aves y los presagios del ala que vuela,
 habla, ea (pues todo el curso me dijo la próspera
 religión, y en su poder persuadiéronme todos los dioses
 a buscar a Italia y a procurar las tierras remotas;
 la Arpía Celeno sola, un nuevo y de decir espantoso 365
 prodigio canta, y las tristes iras anuncia
 y el hambre obscena): ¿qué primeros peligros evito?
 ¿O siguiendo qué cosa puedo superar tantos trabajos?'
 "Aquí Heleno, muertos, al uso, los novillos primero,
 pide la paz de los dioses, y las cintas desata 370

VIRGILIO

Sacrati capitis, meque ad tua limina, Phoebe,
 Ipse manu multo suspensum numine ducit,
 Atque haec deinde canit divino ex ore sacerdos :
 « Nate dea (nam te majoribus ire per altum
 375 « Auspiciis manifesta fides : sic fata deum rex
 « Sortitur volvitque vices; is vertitur ordo),
 « Pauca tibi e multis, quo tutior hospita lustres
 « Aequora et Ausonio possis considerare portu,
 « Expediam dictis; prohibent nam cetera Parcae
 380 « Scire Helenum, farique vetat Saturnia Juno.
 « Principio Italiam, quam tu jam rere propinquam,
 « Vicinosque, ignare, paras invadere portus,
 « Longa procul longis via dividit invia terris.
 « Ante et Trinacria lentandus remus in unda,
 385 « Et salis Ausonii lustrandum navibus aequor,
 « Infernique lacus, Aeaeaeque insula Circae,
 « Quam tuta possis urbem componere terra.
 « Signa tibi dicam; tu condita mente teneto.
 « Cum tibi sollicito secreti ad fluminis undam
 390 « Litoreis ingens inventa sub ilicibus sus,
 « Triginta capitum fetus enixa, jacebit,
 « Alba, solo recubans, albi circum ubera nati,
 « Is locus urbis erit, requies ea certa laborum.
 « Nec tu mensarum morsus horresce futuros :
 395 « Fata viam invenient, aderitque vocatus Apollo.
 « Has autem terras Italique hanc litoris oram,
 « Proxima quae nostri perfunditur aequoris aestu,
 « Effuge; cuncta malis habitantur moenia Graiis.
 « Hic et Narycii posuerunt moenia Locri,
 400 « Et Sallentinos obsedit milite campos
 « Lyctius Idomeneus; hic illa ducis Meliboei
 « Parva Philoctetae subnixa Petilia muro.
 « Quin, ubi transmissae steterint trans aequora classes,
 « Et positis aris jam vota in litore solves,

ENEIDA III

de la consagrada cabeza, y a tus umbrales, oh Febo,
 él mismo con su mano, del gran poder suspenso, me lleva,
 y después —sacerdote— canta esto de su boca divina:
 'Hijo de diosa (pues que vayas tú en alta mar con mayores
 auspicios es fe manifiesta; así el rey de dioses los hados 375
 sortea y vuelve los turnos, es desenvuelto este orden),
 poco, a ti, de mucho —porque más salvo recorras los mares
 extraños, y puedas en el puerto ausonio asentarte—
 soltaré en palabras; pues de lo demás prohíben las Parcas
 que sepa Heleno, y veda que se hable Juno Saturnia. 380
 Por principio, a Italia, a la cual ya juzgas cercana
 y te preparas, ignaro, a invadir sus puertos vecinos,
 larga vía de largas tierras cerradas divide a lo lejos.
 Y ha de ser encorvado el remo en la onda trinacria,
 y recorrida en naves de la ausonia sal la llanura, 385
 y los lagos del infierno, y la isla de Circe de Eea,
 antes que puedas fundar la urbe sobre tierra segura.
 Te diré señales; tenlas tú en la mente guardadas.
 Cuando por ti, solícito, junto a la onda del río secreto
 hallada una ingente puerca bajo litorales encinas, 390
 yazga, habiendo parido una cría de treinta cabezas
 —alba, en el suelo tendida, albos hijos en torno a las ubres—,
 será ése el sitio de la urbe; ése, el cierto descanso de esfuerzos.
 Y no temas tú de tus mesas los mordiscos futuros:
 los hados la vía hallarán, y asistirá Apolo invocado. 395
 Pero de estas tierras y esta orilla de la ítala costa,
 que, próxima, por el flujo de nuestro mar es bañada,
 huye; por malos griegos son todas sus murallas pobladas.
 Aquí también los naricios locrios sus murallas han puesto,
 y los salentinos campos ocupó con soldados 400
 el liccio Idomeneo; aquí aquella parva Petilia
 del rey melibeo Filoctetes apoyada en su muro.
 Mas luego que enviadas tras los mares se detengan las flotas,
 y, puestas las aras, ya pagues en la costa los votos,

VIRGILIO

- 405 « Purpureo velare comas adopertus amictu,
 ☞ Ne qua inter sanctos ignes in honore deorum
 « Hostilis facies occurrat et omina turbet.
 « Hunc socii morem sacrorum, hunc ipse teneto;
 « Hac casti maneant in religione nepotes.
- 410 « Ast, ubi digressum Siculae te admoverit orae
 « Ventus, et angusti rarescent claustra Pelori,
 « Laeva tibi tellus et longo laeva petantur
 « Aequora circuitu; dextrum fuge litus et undas.
 « Haec loca, vi quondam et vasta convulsa ruina
- 415 « (Tantum aevi longinqua valet mutare vetustas!),
 « Dissiluisse ferunt, cum protinus utraque tellus
 « Una forent; venit medio vi pontus, et undis
 « Hesperium Siculo latus abscidit, arvaque et urbes
 « Litore diductas angusto interluit aestu.
- 420 « Dextrum Scylla latus, laevum implacata Charybdis
 « Obsidet, atque imo barathri ter gurgite vastos
 « Sorbet in abruptum fluctus, rursusque sub auras
 « Erigit alternos, et sidera verberat unda.
 « At Scyllam caecis cohibet spelunca latebris,
- 425 « Ora exsertantem et naves in saxa trahentem.
 « Prima hominis facies et pulchro pectore virgo
 « Pube tenus; postrema immani corpore pristis
 « Delphinum caudas utero commissa luporum.
 « Praestat Trinacrii metas lustrare Pachyni
- 430 « Cessantem, longos et circumflectere cursus,
 « Quam semel informem vasto vidisse sub antro
 « Scyllam et caeruleis canibus resonantia saxa.
 « Praeterea, si qua est Heleno prudentia, vati
 « Si qua fides, animum si veris implet Apollo,
- 435 « Unum illud tibi, nate dea, praeque omnibus unum
 « Praedicam, et repetens iterumque iterumque monebo :
 « Junonis magnae primum prece numen adora;
 « Junoni cane vota libens, dominamque potentem

ENEIDA III

vélate, cubierto los cabellos con manto purpúreo, 405
porque no entre los santos fuegos en honor de los dioses
ocurra una faz hostil y los presagios perturbe.
Este uso de los ritos, los socios; éste guarda tú mismo;
en esta religión permanezcan piadosos tus nietos.
Mas cuando a ti, que partes, te acercare a la sícula costa 410
el viento, y se aclaren los estrechos del angosto Peloro,
Por ti, la izquierda tierra y los izquierdos mares se busquen
en largo rodeo; huye la diestra costa y las ondas.
Estos sitios, por fuerza y por vasta ruina otrora convulsos
(¡tanto puede mudar la extensión prolongada del tiempo!), 415
habían estallado, dicen, cuando del todo ambas tierras
una fueron; vino el ponto en medio con fuerza, y con ondas
el hesperio apartó del sículo lado, y campos y urbes
por la costa separadas, bañó con angosto hervidero.
El diestro lado, Escila; el izquierdo, no aplacada, Caribdis 420
habita, y tres veces, en hondo abismo del báratro, vastas
olas sorbe a lo profundo, y hacia las auras de nuevo
las erige alternas, y verbera con la onda los astros.
Mas un antro contiene en ciegas madrigueras a Escila,
que saca las bocas y las naves a las peñas atrae. 425
Arriba, faz humana, y, de bello pecho, una virgen
hasta el pubis; abajo, de inmenso cuerpo, un cetáceo
que añade colas de delfín a vientre de lobos.
Es mejor que recorras los fines del trinacrio Paquino
sin prisa, y que dobles en derredor largos cursos, 430
que haber visto una vez, bajo el antro vasto, a la informe
Escila, y las peñas resonantes de canes cerúleos.
Además, si tiene Heleno alguna prudencia, si el vate
alguna fe, si con verdades colma su ánimo Apolo,
eso sólo, hijo de diosa, y sólo sobre todas las cosas 435
te anunciaré, y, repitiendo, advertiré de nuevo y de nuevo:
de Juno magna, primero con preces el numen adora;
a Juno canta votos, gustoso, y a la dueña potente

VIRGILIO

« Supplicibus supera donis : sic denique victor
440 « Trinacria fines Italos mittere relictas.
« Huc ubi delatus Cumaeam accesseris urbem,
« Divinosque lacus et Averna sonantia silvis,
« Insanam vatem adspicies, quae rupe sub ima
« Fata canit, foliisque notas et nomina mandat.
« Quaecumque in foliis descripsit carmina virgo,
« Digerit in numerum atque antro seclusa relinquit.
« Illa manent immota locis neque ab ordine cedunt.
« Verum eadem, verso tenuis cum cardine ventus
« Impulit, et teneras turbavit janua frondes,
450 « Nunquam deinde cavo volitantia prendere saxo,
« Nec revocare situs aut jungere carmina curat;
« Inconsulti abeunt sedemque odere Sibyllae.
« Hic tibi ne qua morae fuerint dispendia tanti
« (Quamvis increpitent socii, et vi cursus in altum
« Vela vocet possisque sinus implere secundos),
« Quin adeas vatem precibusque oracula poscas;
« Ipsa canat, vocemque volens atque ora resolvat.
« Illa tibi Italiae populos venturaque bella,
« Et quo quemque modo fugiasque ferasque laborem,
460 « Expediet, cursusque dabit venerata secundos.
« Haec sunt quae nostra liceat te voce moneri.
« Vade age, et ingentem factis fer ad aethera Trojam. »
« Quae postquam vates sic ore effatus amico est,
Dona dehinc auro gravia sectoque elephanto
465 Imperat ad naves ferri, stipatque carinis
Ingens argentum Dodonaeosque lebetas,
Loricam consertam hamis auroque trilicem,
Et conum insignis galeae cristasque comantes,
Arma Neoptolemi. Sunt et sua dona parenti.
470 Addit equos, additque duces;
Remigium supplet; socios simul instruit armis.
« Interea classem velis aptare jubebat

ENEIDA III

con suplicantes dones supera: así al fin, vencedor,
te enviarás a los ítalos fines, dejada Trinacria. 440
Cuando llevado aquí hayas llegado a la urbe cumana,
a los divinos lagos y Avernos sonantes de selvas,
verás a la insana profetisa, que bajo ínfima roca
los hados canta, y a hojas manda señales y nombres.
Cualesquier cármenes que escribió en las hojas la virgen, 445
dispone en número, y deja en el antro encerrados.
Ellos, en sus sitios, duran estables, y su orden no dejan.
Pero cuando a los mismos, vueltos los goznes, un tenue viento
impulsó, y las tiernas frondas ha turbado la puerta,
nunca, después, de tomarlos en la hueca peña, volantes, 450
ni de devolver sitios o de juntar los cármenes, cuida;
sin respuesta se van, y odian de la Sibila la casa.
Ningún gasto, aquí, de tiempo te sea de tanto momento
(aunque increpen los socios y a alta mar el viaje, con fuerza,
llame a las velas, y puedas colmar sus senos propicios), 455
que a la adivina no vayas, y pidas con preces oráculos;
que cante ella misma, y, queriendo, suelte la voz y las bocas.
Ella a ti los pueblos de Italia y las guerras futuras,
y en qué modo o huyas de cada trabajo o lo lles
te explicará y, venerada, dará cursos propicios. 460
Esto es lo que es lícito que con nuestra voz se te advierta.
Ve, ea, y con tus hechos lleva a la ingente Troya a los cielos.’
”Después que el vate habló así esto con boca amistosa,
en adelante, dones graves de oro y marfil en pedazos
manda que a las naves se lleven, y estiba en las quillas 465
la ingente plata y las dodonienses vasijas,
la loriga compuesta con mallas y triple de oro,
y el cono de insigne casco y las crinadas cimeras,
armas de Neoptólemo. Son también para el padre sus dones.
Añade caballos, y añade guías; 470
los remeros completa; a la vez, dota a los socios de armas.
”Entre tanto, adaptar la flota con velas Anquises mandaba

VIRGILIO

- Anchises, fieret vento mora ne qua ferenti.
 *Quem Phoebi interpretes multo compellat honore :
- 475 « Conjugio, Anchisa, Veneris dignate superbo,
 « Cura deum, bis Pergameis crepte ruinis,
 « Ecce tibi Ausoniae tellus; hanc arripe velis.
 « Et tamen hanc pelago praeterlabare necesse est
 « Ausoniae pars illa procul, quam pandit Apollo.
- 480 « Vade, ait, o felix nati pietate! Quid ultra
 « Provehor et fando surgentes demoror Austros? »
 Nec minus Andromache, digressu maesta supremo,
 Fert picturatas auri subtemine vestes,
 Et Phrygiam Ascanio chlamydem, nec cedit honore,
- 485 Textilibusque onerat donis, ac talia fatur :
 « Accipe et haec, manuum tibi quae monumenta mearum,
 « Sint, puer, et longum Andromachae testentur amorem,
 « Conjugis Hectoreae. Cape dona extrema tuorum,
 « O mihi sola mei super Astyanactis imago!
- 490 « Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat;
 « Et nunc aequali tecum pubesceret aevo. »
 Hos ego digrediens lacrimis affabar obortis :
 « Vivite felices, quibus est fortuna peracta
 « Jam sua; nos alia ex aliis in fata vocamur.
- 495 « Vobis parta quies; nullum maris aequor arandum,
 « Arva neque Ausoniae semper cedentia retro
 « Quaerenda; effigiem Xanthi Trojamque videtis,
 « Quam vestrae fecere manus, melioribus, opto,
 « Auspiciis, et quae fuerit minus obvia Graiis!
- 500 « Si quando Thybrim vicinaque Thybridis arva
 « Intraro, gentique meae data moenia cernam,
 « Cognatas urbes olim populosque propinquos,
 « Epiro, Hesperia, quibus idem Dardanus auctor,
 « Atque idem casus, unam faciemus utramque
- 505 « Trojam animis; maneat nostros ea cura nepotes. »
 « Provehimur pelago vicina Ceraunia juxta,

ENEIDA III

porque al próspero viento no fuera hecha ninguna demora.
 El intérprete de Febo, con gran honor lo interpela:
 ‘Anquises, apropiado al soberbio connubio de Venus, 475
 afán de dioses, dos veces robado a las ruinas de Pérgamo;
 ve: para ti, la tierra de Ausonia; con tus velas alcánzala,
 y, con todo, es fuerza, antes de ella, deslizarte en el piélago;
 está lejos esa parte de Ausonia que Apolo te indica.
 ¡Ve, dice, oh, en la piedad de tu hijo, feliz! ¿Por qué yo más lejos 480
 soy llevado y, hablando, demoro a los Austros surgentes?’
 No menos Andrómaca, triste por nuestra partida suprema,
 trae bordadas vestiduras de trama de oro,
 y, a Ascanio, una clámide frigia, y no cede en su gloria,
 y con tejidos dones lo carga, y tales cosas pronuncia: 485
 ‘Recibe esto también, que recuerdo para ti de mis manos
 te sea, niño, y el largo amor atestigüe de Andrómaca,
 esposa de Héctor. Toma de los tuyos los dones extremos,
 ¡oh sola imagen que de mi Astianacte me queda!
 Así los ojos, así, él, las manos; así el rostro tenía; 490
 y ahora, de igual edad, se hiciera púber contigo.’
 Partiendo, nacientes mis lágrimas, hablaba yo a éstos:
 ‘Vivan felices, aquellos que su fortuna cumplida
 ya tienen; somos nosotros de unos a otros hados llamados.
 A vos, paz ganada; llanura alguna de mar ha de ararse, 495
 ni los campos siempre retrocedentes de Ausonia
 se han de buscar; veis la efigie del Janto y a Troya
 que vuestras manos hicieron, ¡con mejores auspicios,
 deseo, y que ha de estar menos expuesta a los griegos!
 Si alguna vez al Tíber y en las siembras vecinas del Tíber 500
 entrare, y las murallas dadas a mi gente distingo,
 las ciudades un día parientes y los pueblos propincuos
 en Epiro, en Hesperia, a quien el mismo Dárdano es padre,
 y el mismo caso, una sola de ambas Troyas haremos
 en los ánimos. Que ese cuidado a nuestros nietos aguarde.’ 505
 ”Somos llevados, junto a la vecina Ceraunia, en el piélago,

VIRGILIO

Unde iter Italiam cursusque brevissimus undis.
 Sol ruit interea et montes umbrantur opaci.
 Sternimur optatae gremio telluris ad undam,
 510 Sortiti remos, passimque in litore sicco
 Corpora curamus; fessos sopor irrigat artus.
 Necdum orbem medium Nox Horis acta subibat;
 Haud segnis strato surgit Palinurus et omnes
 Explorat ventos, atque auribus aera captat;
 515 Sidera cuncta notat tacito labentia caelo,
 Arcturum pluviasque Hyadas, geminosque Triones,
 Armatumque auro circumspicit Oriona.
 Postquam cuncta videt caelo constare sereno,
 Dat clarum e puppi signum; nos castra movemus,
 520 Tentamusque viam, et velorum pandimus alas.
 « Jamque rubescebat stellis Aurora fugatis,
 Cum procul obscuros colles humilemque videmus
 Italiam. Italiam primus conclamat Achates,
 Italiam laeto socii clamore salutant.
 525 Tum pater Anchises magnum cratera corona
 Induit implevitque mero, divosque vocavit,
 Stans celsa in puppi :
 « Di maris et terrae tempestatumque potentes,
 « Ferte viam vento facilem, et spirate secundi! »
 530 Crebrescunt optatae aerae, portusque patescit
 Jam propior, templumque apparet in arce Minervae.
 Vela legunt socii, et proras ad litora torquent.
 Portus ab Euroo fluctu curvatus in arcum;
 Objectae salsa spumant aspergine cautes;
 535 Ipse latet; gemino demittunt brachia muro
 Turriti scopulli, refugitque ab litore templum.
 « Quattuor hic, primum omen, equos in gramine vidi
 Tondentes campum late, candore nivali.
 Et pater Anchises : « Bellum, o terra hospita, portas :
 540 « Bello armantur equi, bellum haec armenta minantur.

ENEIDA III

de donde el camino a Italia es, y el curso en las ondas, brevísimo.
 El sol cae, entre tanto, y se ensombrecen los montes opacos.
 Junto a la onda, en el gremio tendémonos, de la tierra deseada
 sorteando los remos, y en la costa seca, sin orden, 510
 cuidamos los cuerpos; riega el sopor los miembros cansados.
 Aún no a medio orbe subía la Noche por las Horas llevada;
 no tardo, del lecho Palinuro levántase, y todos
 los vientos explora, y capta en las orejas los aires;
 los astros todos observa resbalando en el tácito cielo. 515
 Arturo y las Híadas pluviosas y los Triones gemelos,
 y atentamente considera a Orión armado de oro.
 Después que ve todo junto calmarse en el cielo sereno,
 de la popa da el claro signo; los reales movemos,
 e intentamos la vía, y de las velas tendemos las alas. 520
 ”Y ya, fugadas las estrellas, se enrojecía la aurora,
 cuando a lo lejos vemos los oscuros collados y, baja,
 a Italia. A Italia, el primero, Acates aclama,
 a Italia con alegre clamor los socios saludan.
 Allí el padre Anquises magna crátera con una corona 525
 vistió y la colmó de vino, y llamó a los dioses, estando
 sobre la alta popa:
 ‘Dioses del mar y la tierra y de las tempestades, potentes:
 dadnos vía fácil con el viento, y sopladnos propicios!’
 Se incrementan las auras deseadas, y el puerto se abre 530
 ya más cerca, y un templo de Minerva en la plaza aparece.
 Cogen velas los socios, y tuercen a las costas las proas.
 Desde la ola oriental, el puerto en arco se curva;
 opuestas rocas espuman con salado rocío;
 él mismo se esconde; envían en gemelo muro sus brazos 535
 torreados escollos, y el templo de la costa se aleja.
 Aquí —primer presagio— en la grama vi cuatro caballos
 de candor de nieve, el campo latamente rapando.
 Y el padre Anquises: ‘La guerra portas, oh tierra que acoges;
 por la guerra se arman los caballos; guerra este hatto amenaza. 540

VIRGILIO

- « Sed tamen idem olim curru succedere sueti
« Quadrupedes, et frena iugo concordia ferre.
« Spes et pacis », ait. Tum numina sancta precamur
Palladis armisonae, quae prima accepit ovantes,
545 Et capita ante aras Phrygio velamur amictu,
Praeceptisque Heleni, dederat quae maxima, rite
Junoni Argivae jussos adolemus honores.
« Haud mora, continuo perfectis ordine votis,
Cornua velatarum obvertimus antennarum.
550 Grajugenumque domos suspectaque linquimus arva.
Hinc sinus Herculei, si vera est fama, Tarenti
Cernitur; attollit se diva Lacinia contra,
Caulonisque arces, et navifragum Scylaceum.
Tum procul e fluctu Trinacria cernitur Aetna;
555 Et gemitum ingentem pelagi pulsataque saxa
Audimus longe, fractasque ad litora voces,
Exsultantque vada, atque aestu miscentur harenae.
Et pater Anchises : « Nimirum haec saxa illa Charybdis;
« Hos Helenus scopulos, haec saxa horrenda canebat.
560 « Eripite, o socii, pariterque insurgite remis. »
Haud minus ac jussi faciunt, primusque rudentem
Contorsit laevas proram Palinurus ad undas;
Laevam cuncta cohors remis ventisque petivit.
Tollimur in caelum curvato gurgite, et idem
565 Subducta ad Manes imos desidimus unda.
Ter scopuli clamoren inter cava saxa dedere;
Ter spumam elisam et rorantia vidimus astra.
« Interea fessos ventus cum sole reliquit,
Ignarique viae Cycloperum allabimur oris.
570 Portus ab accessu ventorum immotus, et ingens
Ipse; sed horrificis juxta tonat Aetna ruinis,
Interdumque atram prorumpit ad aethera nubem,
Turbine fumantem piceo et candente favilla,
Attollitque globos flammularum et sidera lambit;

ENEIDA III

Mas con todo, acostumbraban venir al carro los mismos
cuadrúpedos, y llevar, por el yugo, los frenos concordés;
esperanza hay de paz', dijo; allí a las santas fuerzas rogamos
de Palas armisonante, quien nos tomó, alegres, primera;
y con frigio manto, ante las aras nos velamos las testas, **545**
y por preceptos de Heleno, los que había máximos dado,
a la argiva Juno quemamos bien los mandados honores.

· "No hay demora; en seguida, acabados en orden los votos,
hacemos girar los extremos de las vergas con velas.
Y las casas de los griegos y suspectos campos dejamos. **550**

De aquí, si es verdad la fama, el golfo de la hercúlea Tarento
se mira; se levantan al frente la diosa Lacinia
y las torres de Caulón, y Escilaceo que echa a pique.

Allí lejos en la onda, el Etna trinacrio se mira;
y el gemido ingente del piélagos y las peñas heridas **555**
oímos a distancia, y rotas contra las costas las voces;
y saltan los vados, y se mezclan con hervor las arenas.

Y el padre Anquises: 'Sin duda estas peñas, aquella Caribdis;
estos escollos, cantaba Heleno estas peñas horrendas.
Arrancad, oh socios, y descollad a la par en los remos.' **560**

Tal como se les manda lo hacen y, primero, crujiente
la proa revolvió Palinuro hacia las ondas izquierdas;
la izquierda todo el grupo buscó con remos y vientos.

Al cielo alzados somos en abismo encorvado, y los mismos
a los ínfimos Manes bajamos, retirada la onda. **565**

Tres veces, entre huecas peñas, dieron clamor los escollos;
tres veces la espuma rota vimos, y los astros goteantes.

"Entre tanto, el viento con el sol nos dejó, fatigados,
e ignaros del camino, a las playas de los cíclopes vamos.
Un puerto, no movido por acceso de vientos e ingente **570**

él mismo. Mas, junto, truena el Etna con horribas ruinas,
y a veces una negra nube prorrumpes hacia el éter,
en torbellino humeante de pez y candente ceniza,
y eleva globos de flamas y lame los astros;

VIRGILIO

575 Interdum scopulos avulsaque viscera montis
 Erigit eructans, liquefactaque saxa sub auras
 Cum gemitu glomerat, fundoque exaestuat imo.
 Fama est Enceladi semustum fulmine corpus
 Urgeri mole hac, ingentemque insuper Aetnam
 580 Impositam ruptis flammam exspirare caminis;
 Et, fessum quotiens mutet latus, intremere omnem
 Murmure Trinacriam, et caelum subtexere fumo.
 Noctem illam tecti silvis immania monstra
 Perferimus, nec, quae sonitum det causa, videmus.
 585 Nam neque erant astrorum ignes, nec lucidus aethra
 Siderea polus, obscuro sed nubila caelo,
 Et lunam in nimbo nox intempesta tenebat.
 « Postera jamque dies primo surgebat Eoo,
 Umentemque Aurora polo dimoverat umbram,
 590 Cum subito e silvis, macie confecta suprema,
 Ignoti nova forma viri miserandaque cultu
 Procedit, supplexque manus ad litora tendit.
 Respicimus : dira illuvies, immissaque barba,
 Consertum tegmen spinis; at cetera Graius,
 595 Et quondam patriis ad Trojam missus in armis.
 Isque ubi Dardanios habitus et Troia vidit
 Arma procul, paulum adspectu conterritus haesit,
 Continuitque gradum; mox sese ad litora praeceps
 Cum fletu precibusque tulit : « Per sidera testor,
 600 « Per Superos atque hoc caeli spirabile lumen,
 « Tollite me, Teucri! cuasquamque abducite terras!
 « Hoc sat erit. Scio me Danais e classibus unum,
 « Et bello Iliacos fateor petiisse Penates;
 « Pro quo, si sceleris tanta est injuria nostri,
 605 « Spargite me in fluctus, vastoque immergite ponto.
 « Si pereo, hominum manibus periisse juvabit. »
 Dixerat, et genua amplexus genibusque volutans
 Haerebat. Qui sit, fari, quo sanguine cretus,

ENEIDA III

a veces, escollos y vísceras arrancadas del monte 575
 erige, eructando, y, hacia las auras, peñas licuadas
 con gemido aglomera, y hierve desde el ínfimo fondo.
 Es fama que, semiardido por el rayo, el cuerpo de Encélado
 es de esta mole oprimido, y que, puesto encima, el ingente
 Etna espira de sus hornazas rotas la flama; 580
 y que cuantas veces muda el flanco cansado, Trinacria
 toda con murmullo trepida, y recubre el cielo con humo.
 Aquella noche, cubiertos de selvas, los monstruos inmensos
 sufrimos, y no vemos qué causa produzca el sonido.
 Pues no había fuegos de astros, ni firmamento luciente 585
 en el aire sidéreo, sino en el cielo oscuro nublados,
 y en un nimbo, a la luna la noche intempesta tenía.
 "Y ya el día siguiente con el primer Lucero surgía,
 y la Aurora había removido la húmeda sombra del cielo,
 cuando de las selvas de pronto, débil de extrema flacura, 590
 la extraña forma de un hombre ignoto, miseranda en su culto,
 avanza, y suplicante tiende hacia las costas las manos.
 Nos volvemos a verlo: mugre horrible, y barba colgante,
 ropa prendida de espinas; mas en lo demás era griego,
 y enviado en otro tiempo con las patrias armas a Troya. 595
 Y él, cuando los dardanos hábitos y las armas troyanas
 vio desde lejos, dudó un poco, por la vista espantado,
 y siguió su avance; luego, apresurado, a las costas
 se acercó con llanto y con preces: 'Por los astros suplico.
 Por los supernos y por esta luz respirable del cielo, 600
 tomadme, teucros; a cualesquiera tierras llevadme!
 Será esto bastante. Sé que de las griegas flotas fui yo uno,
 y confieso haber ido con guerra a los ilíacos penates;
 por lo cual, si de nuestro crimen es tan grande la injuria,
 esparcidme en las olas y en el vasto ponto metedme. 605
 Si muero, me complacerá haber muerto por manos de hombre.'
 Dijo, y las rodillas abrazando y de rodillas echándose,
 se estaba. A decir quién era, de qué sangre ha crecido,

VIRGILIO

- Hortamur; quae deinde agitet fortuna, fateri.
610 Ipse pater dextram Anchises, haud multa moratus,
Dat juveni atque animum praesenti pignore firmat.
Ille haec, deposita tandem formidine, fatur :
« Sum patria ex Ithaca, comes infelicis Ulixi
« Nomen Achemenides, Trojam, genitore Adamasto
615 « Paupere (mansissetque utinam fortuna!), profectus.
« Hic me, dum trepidi crudelia limina linquunt,
« Immemores socii vasto Cyclopi in antro
« Deseruere. Domus, sanie dapibusque cruentis,
« Intus opaca ingens. Ipse arduus, altaque pulsat
620 « Sidera (di, talem terris avertite pestem!),
« Nec visu facilis, nec dictu affabilis ulli.
« Visceribus miserorum et sanguine vescitur atro.
« Vidi egomet duo de numero cum corpora nostro
« Prensa manu magna, medio resupinus in antro,
625 « Frangeret ad saxum, sanieque exspersa natarent
« Limina; vidi atro cum membra fluentia tabo
« Manderet, et tepidi tremarent sub dentibus artus.
« Haud impune quidem; nec talia passus Ulysses,
« Oblitusve sui est Ithacus discrimine tanto.
630 « Nam simul expletus dapibus vinoque sepultus
« Cervicem inflexam posuit, jacuitque per antrum
« Immensus, saniem eructans ac frustra cruento
« Per somnum commixta mero, nos, magna precati
« Numina, sortitique vices, una undique circum
635 « Fundimur, et telo lumen terebramus acuto
« Ingens, quod torva solum sub fronte latebat,
« Argolici clipei aut Phoebae lampadis instar,
« Et tandem laeti sociorum ulciscimur umbras.
« Sed fugite, omiseri, fugite, atque ab litore funem
640 « Rumpite.
« Nam qualis quantusque cave Polyphemus in antro
« Lanigeras claudit pecudes atque ubera pressat,

ENEIDA III

lo exhortamos; después, a confesar qué fortuna lo mueva.
 El mismo padre Anquises, no tardando mucho, la diestra 610
 da al joven, y con tal eficaz prenda su ánimo afirma.
 Aquél, depuesto finalmente el temor, habla esto:
 ” ‘Soy de la ítaca patria; de Ulises infeliz, compañero;
 mi nombre, Aqueménides; a Troya, mi padre Adamasto
 siendo pobre (¡ojalá hubiera durado esa suerte!), partido. 615
 Aquí, mientras dejan temerosos los crueles umbrales,
 los olvidados socios en el antro vasto del cíclope
 me abandonaron. La casa, de sangraza y viandas crüentas,
 por dentro opaca, ingente; enorme él mismo, y toca los altos
 astros (¡dioses, apartad peste tal de las tierras!), 620
 ni fácil de ver ni afable de hablar para nadie.
 Con carnes de míseros y con sangre negra aliméntase.
 Vi yo mismo cuando dos cuerpos del número nuestro,
 en su magna mano asidos —tendido en medio del antro—,
 trozaba en la peña, y en sangre derramada nadaban 625
 los umbrales; vi cuando con negro pus los miembros fluyentes
 mascaba, y los tibios huesos bajo sus dientes temblaban.
 No impunemente, por cierto; ni Ulises sufrió tales cosas,
 o lo suyo olvidó el itacense en apuro tan grande.
 Pues al punto que lleno de viandas y sepulto en el vino 630
 la cerviz doblada puso, e, inmenso, a lo largo del antro
 yació, eructando sangraza y trozos mezclados al cruento
 vino, en su sueño; nosotros, rogando a los númenes magnos,
 y sorteando los puestos, de todas partes a una acudimos
 en torno, y con un dardo agudo taladramos su ingente 635
 ojo, que bajo la torva frente, solo, ocultábase,
 de argólico clípeo o febea lámpara al modo,
 y al fin, alegres, a las sombras de nuestros socios vengamos.
 Mas huid, oh míseros; huid, y el cable desde la costa
 romped. 640
 Pues tal y como Polifemo en el antro ahuecado
 encierra ganados lanígeros y oprime sus ubres,

VIRGILIO

- « Centum alii curva haec habitant ad litora vulgo
« Infandi Cyclopes, et altis montibus errant.
645 « Tertia jam lunae se cornua lumine complent,
« Cum vitam in silvis inter deserta ferarum
« Lustra domosque traho, vastosque ab rupe Cyclopas
« Prospicio, sonitumque pedum vocemque tremisco.
« Victum infelicem, bacas lapidosaque corna,
650 « Dant rami et vulsis pascunt radicibus herbae.
« Omnia collustrans, hanc primum ad litora classem
« Conspexi venientem; huic me, quaecumque fuisset,
« Addixi: satis est gentem effugisse nefandam.
« Vos animam hanc potius quocumque absumite leto. »
655 « Vix ea fatus erat, summo cum monte videmus
Ipsam inter pecudes vasta se mole moventem
Pastorem Polyphemum, et litora nota petentem,
Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum.
Trunca manu pinus regit et vestigia firmat;
660 Lanigeræ comitantur oves: ea sola voluptas
Solamenque mali. . .
Postquam altos tetigit fluctus et ad æquora venit,
Luminis effossi fluidum lavit inde cruorem,
Dentibus infrendes gemitu, graditurque per æquor
665 Jam medium, necdum fluctus latera ardua tinxit.
Nos procul inde fugam trepidi celerare, recepto
Supplice sic merito, tacitique incidere funem;
Verrimus et proni certantibus æquora remis.
Sensit, et ad sonitum vocis vestigia torsit.
670 Verum, ubi nulla datur dextra affectare potestas,
Nec potis Ionis fluctus æquare sequendo,
Clamorem immensum tollit, quo pontus et omnes
Intremuere undae penitusque exterrita tellus
Italiae curvisque immugiit Aetna cavernis.
675 At genus e silvis Cycloporum et montibus altis
Excitum ruit ad portus, et litora complent.

ENEIDA III

estas curvas costas habitan sin orden cien otros
infandos cíclopes, y yerran en las altas montañas.
Ya con luz los terceros cuernos de la luna se llenan 645
desde que la vida en las selvas entre desiertos cubiles
y casas de fieras arrastro, y desde la roca a los cíclopes
vastos miro, y al ruido de sus pies y a su voz me estremezco.
Comida infeliz, bayas y pedregosos cornejos,
dan las ramas, y me pacen hierbas de arrancadas raíces. 650
Columbrando todo, esta flota primero a las costas
observé que venía; yo a ésta, cualquiera que fuese,
me entregué: es bastante haber huido de esa gente nefanda.
Vosotros, más bien, destruid con cualquier muerte esta alma.’
”Apenas eso había hablado, y vemos en lo alto del monte, 655
con su vasta mole entre ganados moviéndose, al mismo
pastor Polifemo, sus conocidas costas buscando;
monstruo horrendo, informe, ingente, a quien la luz se ha quitado.
Un trunco pino, en su mano, rige y afirma sus huellas;
lo acompañan ovejas lanígeras; ése, el solo placer 660
y solaz de su mal.
Después tocó las altas olas y vino a los mares;
de allí, lavó la fluyente sangre del ojo vaciado,
rechinando con gemido en los dientes, y ya avanza a medio
mar, y todavía no moja la ola sus altos costados. 665
Lejos de allí, apresuramos tamblando la fuga, acogido,
mereciéndolo así, el suplicante, y cortamos callados
el cable, e inclinados barremos el mar con remos que luchan.
Lo oyó, y hacia el sonido de la voz torció sus pisadas.
Mas cuando ningún poder de alcanzar con su diestra le es dado, 670
ni es posible a las jónicas olas igualar, persiguiéndonos,
clamor inmenso levanta, con el cual el pontó y las ondas
todas sacudiéronse, y desde el fondo espantada la tierra
de Italia remugió, y el Etna en sus curvas cavernas.
Mas de las selvas y montes altos la raza de cíclopes 675
corre, agitada, a los puertos, y colman las costas.

VIRGILIO

Cernimus adstantes nequiquam lumine torvo
Aetnaeos fratres, caelo capita alta ferentes,
Concilium horrendum : quales cum vertice celso
680 Aeriae quercus aut coniferae cyparissi
Constiterunt, silva alta Jovis lucusve Dianae.
 « Praecipites metus acer agit quocumque rudentes
Excutere et ventis intendere vela secundis.
(Contra jussa monent Heleni), Scyllam atque Charybdim
685 Inter, utramque viam leti discrimine parvo,
Ni teneant cursus; certum est dare lintea retro;
Ecce autem Boreas angusta ab sede Pelori
Missus adest; vivo praetervehor ostia saxo
Pantagiae Megarosque sinus Thapsumque jacentem.
690 Talia monstrabat relegens errata retrorsum
Litora Achemenides, comes infelicis Ulixi.
 « Sicanio praetenta sinu jacet insula contra
Plemmyrium undosum; nomen dixere priores
Ortygiam. Alpheum fama est huc Elidis amnem
695 Occultas egisse vias subter mare; qui nunc
Ore, Arethusa, tuo Siculis confunditur undis.
Jussi numina magna loci veneramur, et inde
Exsupero praepingue solum stagnantis Helori.
Hinc altas cautes projectaque saxa Pachyni
700 Radimus, et fatis nunquam concessa moveri
Apparet Camerina procul, campique Geloi,
Immanisque Gela, fluvii cognomine dicta,
Arduus inde Acragas ostentat maxima longe
Moenia, magnanimum quondam generator equorum :
705 Teque datis linquo ventis, palmosa Selinus;
Et vada dura lego saxis Lilybeia caecis.
Hinc Drepani me portus et illaetabilis ora
Accipit. Hic, pelagi tot tempestatibus actus,
Heu! genitorem, omnis curae casusque levamen,
710 Amitto Anchisen. Hic me, pater optime, fessum

ENEIDA III

Vemos, con su ojo torvo en vano, presentes, llevando
 al cielo las altas cabezas, a los hermanos etneos,
 horrendo concilio: así como cuando en la cima elevada
 las aéreas encinas o los cipreses coníferos 680
 se irguieron, en la alta selva de Jove o el bosque de Diana.

”Precípites, el miedo acre nos lleva a soltar a doquiera
 las jarcias, y a tender las velas a los vientos propicios
 (en contra avisan los mandatos de Heleno), entre Caribdis
 y Escila, a distancia breve de la muerte ambas vías 685
 si el curso no guardan; dar las telas hacia atrás resolvimos;
 mas ved que el Bóreas, del Peloro desde la angosta morada
 llega enviado; traspaso las bocas de vivo peñasco
 del Pantagias y el golfo de Megara y a Tapso yacente.
 (Esto mostraba, recorriendo hacia atrás las andadas 690
 costas, Aqueménides, de Ulises infeliz, compañero.)

”Ante el sicano golfo yace tendida una ínsula, frente
 al undoso Plemirio; los antiguos le dieron el nombre
 de Ortigia. Es fama que Alfeo, corriente de Élide, había
 hecho vías ocultas aquí bajo el mar, y que ahora 695
 se confunde en tu boca, Aretusa, a las sículas ondas.

Mandados, a los magnos númenes del lugar veneramos,
 y de allí supero el fértil suelo del Heloro estancado.
 Aquí las altas rocas del Paquino y las peñas salientes
 rozamos, y —nunca consintieron que se mueva los hados— 700

a lo lejos aparece Camerina, y los campos de Gela,
 y la inmensa Gela, por el nombre del río llamada,
 de allí el arduo Acragante ostenta, a distancia, grandísimas
 murallas, en otro tiempo criador de caballos magnánimos;
 y, dados los vientos, te abandono, Selinunte palmífera, 705
 y sigo los vados lilibeos, duros de ciegos peñascos.

De aquí, el puerto de Drepano y la no alegre costa
 me recibe. Aquí, echado por tantas tempestades del piélago,
 ¡ay!, a mi padre, alivio de todos mis cuidados y casos,
 a Anquises, pierdo. ¡Aquí a mí, cansado, me dejas, ay, óptimo 710

VIRGILIO

Deseris, heu! tantis nequiquam erepte periclis!
Nec vates Helenus, cum multa horrenda moneret,
Hos mihi praedixit luctus, non dira Celaeno.
Hic labor extremus, longarum haec meta viarum.
715 Hinc me digressum vestris deus appulit oris. »
Sic pater Aeneas, intentis omnibus, unus
Fata renarrabat divum, cursusque docebat.
Conticuit tandem, factoque hinc fine quievit.

ENEIDA III

padre, arrebatado en vano a tan grandes peligros!
Ni el vate Heleno, cuando avisara muchas cosas horrendas,
me predijo estos lutos, ni la perversa Celeno.
Éste, el trabajo extremo; éste, el final de los largos caminos,
de aquí, apartándome, el dios a vuestras playas me trajo.”

715

Así el padre Eneas, estando atentos todos, él sólo
los hados de los dioses narraba, y mostraba sus viajes.
Calló por último, y, hecho aquí el fin, descansó.

Liber quartus

- At regina, gravi jamdudum saucia cura,
Vulnus alit venis, et caeco carpitur igni.
Multa viri virtus animo multusque recursat
Gentis honos; haerent infixi pectore vultus
5 Verbaque, nec placidam membris dat cura quietem.
 Postera Phoebea lustrabat lampade terras
Umentemque Aurora polo dimoverat umbram,
Cum sic unanimam alloquitur male sana sororem :
« Anna soror, quae me suspensam insomnia terrent!
10 Quis novus hic nostris successit sedibus hospes!
Quem sese ore ferens! quam forti pectore et armis!
Credo equidem (nec vana fides), genus esse deorum.
Degeneres animos timor arguit. Heu! quibus ille
Jactatus fatis! quae bella exhausta canebat!
15 Si mihi non animo fixum immotumque sederet
Ne cui me vinclo vellem sociare jugali,
Postquam primus amor deceptam morte fefellit;
Si non pertaesum thalami taedaeque fuisset,
Huic uni forsant potui succumbere culpae.
20 Anna, fatebor enim, miseri post fata Sychaei
Conjugis, et sparsos fraterna caede Penates,
Solutus hic inflexit sensus, animumque labantem
Impulit : agnosco veteris vestigia flammae.
Sed mihi vel tellus optem prius ima dehiscat,
25 Vel Pater omnipotens adigat me fulmine ad umbras,
Pallentes umbras Erebi noctemque profundam,
Ante, Pudor, quam te violo, aut tua jura resolvo.
Ille meos, primus qui me sibi junxit, amores
Abstulit : ille habeat secum servetque sepulcro. »
30 Sic effata, sinum lacrimis implevit obortis.

Libro cuarto

Mas la reina, ya hace tiempo enferma con grave cuidado,
la llaga cría con sus venas, y por ciego fuego es gastada.
Mucho la virtud del varón y mucho recurre a su ánimo
el honor de esa gente; clavados en su pecho están rostro
y voces, y plácida quietud no da el cuidado a sus miembros. 5

Con la febea lámpara lustraba las tierras la aurora
siguiente, y había removido la húmeda sombra del cielo,
cuando, falta de juicio, habla así a su hermana concorde:
“Ana hermana, ¡cuáles sueños, suspensa, me aterran!

¡Qué nuevo huésped éste se acogió a nuestras casas! 10

¡Cuál mostrándose en cara! ¡Cuán en fuerte pecho y en armas!

Creo sin duda (y no es vana fe) que es linaje de dioses.

Los viles ánimos, acusa el temor. ¡Ay!, ¡él por cuáles
hados fue hostigado! ¡Cuáles guerras terminadas cantaba!

Si no en el ánimo me estuviera fijo y estable 15

que no quiero unirme con vínculo conyugal a ninguno,
después que, engañada, el primer amor me mintió con la muerte;
si no del tálamo y la antorcha me hubiera hastiado en exceso,
acaso podría sucumbir a esta única culpa.

Ana, confesaré pues; tras los hados del pobre Siqueo 20

mi esposo, y los penates con fraterna matanza regados,
sólo éste doblegó mis sentidos, y a mi alma insegura
impelió: reconozco de la vieja flama las huellas.

Mas quiera yo que, o para mí, se abra antes la ínfima tierra
o el Padre omnipotente me lleve con el rayo a las sombras, 25

a las pálidas sombras de Erebo y la noche profunda,
antes, Pudor, que te viole, o que tus derechos quebrante.

Aquel que primero me unió a sí, mis amores
se llevó: los tenga él consigo y en el sepulcro los guarde.”

Hablando así, colmó de lágrimas brotantes su seno. 30

VIRGILIO

Anna refert : « O luce magis dilecta sorori,
Solane perpetua maerens carpere juventa,
Nec dulces natos, Veneris nec praemia noris?
Id cinerem aut Manes credis curare sepultos?
35 Esto : aegram nulli quondam flexere mariti,
Non Libyae, non ante Tyro; despectus Iarbas
Ductoresque alii, quos Africa terra triumphis
Dives alit : placitone etiam pugnabis amori?
Nec venit in mentem quorum consederis arvis?
40 Hinc Gaetulae urbes, genus insuperabile bello,
Et Numidae infreni cingunt, et inhospita Syrtis;
Hinc deserta siti regio, lateque furentes
Barcaeii : quid bella Tyro surgentia dicam
Germanique minas?
45 Dis equidem auspiciis reor et Junone secunda
Hunc cursum Iliacas vento tenuisse carinas.
Quam tu urbem, soror, hanc cernes, quae surgere **regna**
Conjugio tali! Teucrum comitantibus armis,
Punica se quantis attollet gloria rebus!
50 Tu modo posce deos veniam, sacrisque litatis,
Indulge hospitio, causasque innecte morandi,
Dum pelago desaevit hiems et aquosus Orion,
Quassataeque rates, dum non tractabile caelum. »
His dictis incensum animum inflammavit amore,
55 Spemque dedit dubiae menti, solvitque pudorem.
Principio delubra adeunt, pacemque per aras
Exquirunt; mactant lectas de more bidentes
Legiferae Cereri, Phoeboque, patrique Lyaeo,
Junoni ante omnes, cui vincla jugalia curae.
60 Ipsa, tenens dextra pateram, pulcherrima Dido
Candentis vaccae media inter cornua fundit;
Aut ante ora deum pingues spatiatur ad aras,
Instauratque diem donis, pecudumque reclusis
Pectoreibus inhians spirantia consulit exta.

ENEIDA IV

Ana responde: "Oh más querida que la luz a tu hermana,
¿sola por toda la juventud te gastarás, afligiéndote?
¿Ni los dulces hijos conocerás, ni los premios de Venus?
¿Crees que cuidan de eso la ceniza o los manes sepultos?
Sea: ningunos maridos doblegaron otrora a la triste, 35
no en Libia; no, antes, en Tiro; despreciado fue Jarbas
y otros caudillos a quien la africana tierra, de triunfos
rica, cría: ¿combatirás también a un amor placentero?
¿Y no viene a tu mente en los campos de quiénes te asientas?
Aquí las gétulas urbes, raza insuperable en la guerra, 40
y los númeridas sin freno cíñente, y la inhóspita Sirte;
aquí, desierta región por la sed, y anchamente furiosos,
los de Barca: ¿qué, diré las guerras que surgen de Tiro
y las amenazas de tu hermano?
Siendo los dioses felices y Juno propicia, por cierto 45
creo, el curso hacia aquí tuvieron con viento las quillas ilíacas.
¿Qué urbe ésta, hermana, mirarás; surgir cuántos reinos
de tal connubio! Acompañándola de los teucros las armas,
¿con cuán grandes cosas se alzarán la púnica gloria!
Tú sólo pide venia a los dioses, y, los ritos cumplidos, 50
ponte a la hospitalidad, causa de demora entreteje,
mientras se irrita el invierno y Orión lluvioso en el piélago,
y son batidas las naves, mientras no tratable es el cielo."
Con estos dichos, inflamó su ánimo de amor incendiado,
y dio esperanza a su mente dudosa, y soltó su pudor. 55
Van, por principio, a los templos, y paz a través de las aras
procuran; inmolan, al uso, dos selectas ovejas
a Ceres que da leyes, y a Febo y al padre Lieo,
ante todos a Juno, a quien son afán los lazos nupciales.
Teniendo en su diestra la copa, la misma Dido bellísima 60
entre los cuernos de una cándida vaca la vierte;
o a las pingües aras ante el rostro de los dioses camina,
y renueva el día con ofrendas, y en los pechos abiertos
de las bestias, consulta, ansiosa, las espirantes entrañas.

VIRGILIO

- 65 Heu! vatum ignarae mentes! quid vota furentem,
Quid delubra juvant? Est molles flamma medullas
Interea, et tacitum vivit sub pectore vulnus.
Uritur infelix Dido totaque vagatur
Urbe furens, qualis coniecta cerva sagitta
70 Quam procul incautam nemora inter Cresia fixit
Pastor agens telis, liquitque volatile ferrum
Nescius; illa fuga silvas saltusque peragrat
Dictaeos; haeret lateri letalis arundo.
Nunc media Aenean secum per moenia ducit,
75 Sidoniasque ostentat opes urbemque paratam;
Incipit effari, mediaque in voce resistit;
Nunc eadem, labente die, convivium quaerit,
Iliacosque iterum demens audire labores
Exposcit, pendetque iterum narrantis ab ore.
80 Post, ubi digressi lumenque obscura vicissim
Luna premit, suadentque cadentia sidera somnos,
Sola domo maeret vacua, stratisque relictis
Incubat. Illum absens absentem auditque videtque;
Aut gremio Ascanium, genitoris imagine capta,
85 Detinet, infandum si fallere possit amorem.
Non coeptae assurgunt turres, non arma juvenus
Exercet, portusve aut propugnacula bello
Tuta parant; pendent opera interrupta, minaeque
Murorum ingentes aequataque machina caelo.
90 Quam simul ac tali persensit peste teneri
Cara Jovis conjux, nec famam obstare furori,
Talibus aggreditur Venerem Saturnia dictis :
« Egregiam vero laudem et spolia ampla refertis,
Tuque puerque tuus; magnum et memorabile nomen,
95 Una dolo divum si femina victa duorum est!
Nec me adeo fallit veritam te moenia nostra
Suspectas habuisse domos Carthagini altae.
Sed quis erit modus? aut quo nunc certamine tanto?

ENEIDA IV

¡Ay! ¡Ignaras mentes de vates! ¿Qué, a la ardiente, los votos; 65
 qué ayudan los templos? Come la flama sus blandas medulas
 entre tanto, y vive bajo su pecho la tácita llaga.
 Se quema Dido infeliz, y vaga por toda
 la urbe, furente, como, arrojada la saeta, la cierva
 incauta, a quien, de lejos, acertó entre los bosques cretenses 70
 el pastor, con dardos siguiéndola, y dejó el fierro volátil,
 sin saberlo; ella, en fuga, corre por las selvas y prados
 dicteos; la caña letal a su flanco se adhiere.
 Ahora consigo a Eneas a mitad de las murallas conduce,
 y ostenta las sidonias riquezas y la urbe dispuesta; 75
 empieza a hablar, y a la mitad de su voz se detiene;
 ahora, al resbalar el día, procura los mismos convivios,
 y, demente, oír de nuevo los trabajos iliacos
 suplica, y de la boca del que narra pende de nuevo.
 Después, cuando se han ido, y oscura la luna a su turno 80
 su luz esconde, y persuaden los cadentes astros los sueños,
 se aflige sola en la casa vacía, y en los lechos desiertos
 se acuesta. Ausente, no sólo oye sino también ve al ausente;
 o a Ascanio en el regazo, de la imagen del padre cautiva,
 detiene, como si engañar al amor infando pudiera. 85
 Las comenzadas torres no surgen, no ejercita las armas
 la juventud; ni puertos, ni para la guerra seguros
 fuertes disponen; penden, interrotas, las obras, e ingentes
 las amenazas de muros, e igualada al cielo, la máquina.
 Tan luego que sintió que era aquélla por tal peste tenida 90
 la cara esposa de Jove, y ni al furor su fama oponíase,
 la Saturnia sé dirige con tales dichos a Venus:
 "Egregia alabanza, en verdad, lleváis, y amplios despojos,
 tú y tu niño; ¡magno y memorable renombre,
 si una mujer es por el dolo de dos dioses vencida! 95
 Ni en verdad se me oculta que tú, nuestras murallas temiendo,
 has tenido suspectas las casas de la alta Cartago.
 Mas, ¿cuál será el límite? ¿O a dónde, hoy, con pleito tan grande?

VIRGILIO

100 Quin potius pacem aeternam pactosque hymenaeos
 Exercemus? Habes tota quod mente petisti :
 Ardet amans Dido traxitque per ossa furorem.
 Communem hunc ergo populum, paribusque regamus
 Auspiciis; liceat Phrygio servire marito
 Dotalesque tuae Tyrios permittere dextrae. »
 105 Olli (sensit enim simulata mente locutam,
 Quo regnum Italiae Libycas averteret oras)
 Sic contra est ingressa Venus : « Quis talia demens
 Abnuat, aut tecum malit contendere bello?
 Si modo, quod memoras, factum fortuna sequatur.
 110 Sed fatis incerta feror, si Jupiter unam
 Esse velit Tyriis urbem Trojaque profectis,
 Misericive probet populos, aut foedera jungi.
 Tu conjux; tibi fas animum tentare precando.
 Perge; sequar. » Tum sic excepit regia Juno :
 115 « Mecum erit iste labor. Nunc qua ratione quod instat
 Confieri possit, paucis, adverte, docebo.
 Venatum Aeneas unaque miserrima Dido
 In nemus ire parant, ubi primos crastinus ortus
 Extulerit Titan radiisque retexerit orbem.
 120 His ego nigrantem commixta grandine nimum,
 Dum trepidant alae saltusque indagine cingunt,
 Desuper infundam et tonitru caelum omne ciebo.
 Diffugient comites et nocte tegentur opaca :
 Speluncam Dido dux et Trojanus eandem
 125 Devenient. Adero, et, tua si mihi certa voluntas,
 Connubio jungam stabili propriamque dicabo.
 Hic Hymenaeus erit. » Non adversata petenti
 Annuit, atque dolis risit Cytherea repertis.
 Oceanum interea surgens Aurora reliquit.
 130 It portis, Jubare exorto, delecta juvenus;
 Retia rara, plagae, lato venabula ferro,
 Massylisque ruunt equites et odora canum vis.

ENEIDA IV

¿Por qué no, más bien, eterna paz e himeneos pactados
 efectuamos? Tienes lo que con toda tu mente buscaste: 100
 arde, amando, Dido, y arrastró el furor por sus huesos.
 Por eso, a este pueblo común y con iguales auspicios
 rijamos; le sea lícito servir al frigio marido
 y, dotales, entregar a tu diestra a los tirios.”

A ella (pues sintió que había hablado con mente fingida 105
 porque el reino de Italia se llevara a las líbicas tierras)
 a su turno empezó a hablar Venus así: “¿Qué loco se niega
 a tales cosas, o elige contender en guerra contigo?

Si sólo la fortuna la empresa que mencionas siguiera.
 Pero incierta por los hados, me digo si Júpiter quiera 110
 que haya una urbe para los tirios y los salidos de Troya,
 o apruebe que se mezclen los pueblos, o los pactos se unan.

Tú, su esposa; te es posible explorar, rogando, su ánimo.
 Anda, yo seguiré.” Entonces, continuó así Juno la regia :
 “Conmigo será esta labor. Ahora en qué modo lo que urge 115
 pueda cumplirse, te enseñaré, advierte, en pocas palabras.

A cazar Eneas, a una, y la misérrima Dido
 al bosque a ir se disponen, cuando el Titán de mañana
 alce sus primos ortos y el orbe con sus rayos descubra.
 Yo, para ellos, negreante lluvia con granizo mezclada, 120
 mientras corren las alas y con red ciñen los sotos,
 verteré de arriba, y todo el cielo agitaré con el trueno.

Huirá su cortejo, y serán de opaca noche cubiertos:
 a la misma caverna, Dido y el jefe troyano
 vendrán. Llegaré y, si para mí tu voluntad es segura, 125
 la uniré en connubio estable y la dedicaré como propia.
 Allí estará Himeneo.” No a la solicitante oponiéndose,
 asintió Citerea, y se rió, descubiertos los dolos.

Entre tanto la surgente Aurora abandonó al Oceano.
 Va, al nacer el Lucero, selecta juventud por las puertas; 130
 redes claras, mallas, venablos de hierro espacioso,
 y van masilios jinetes y fuerza olfativa de perros.

VIRGILIO

Reginam thalamo cunctantem ad limina primi
 Poenorum exspectant, ostroque insignis et auro
 135 Stat sonipes ac frena ferox spumantia mandit.
 Tandem progreditur, magna stipante caterva,
 Sidoniam picto chlamydem circumdata limbo;
 Cui pharetra ex auro, crines nodantur in aurum,
 Aurea purpuream subnectit fibula vestem.
 140 Nec non et Phrygii comites et laetus Iulus
 Incedunt; ipse ante alios pulcherrimus omnes
 Infert se socium Aeneas atque agmina jungit.
 Qualis ubi hibernam Lyciam Xanthique fluenta
 Deserit ac Delum maternam invisit Apollo
 145 Instauratque choros, mixtique altaria circum
 Cretesque Dryopesque fremunt pictique Agathyrsi,
 Ipse jugis Cynthi graditur, mollique fluentem
 Fronde premit crinem fingens, atque implicat auro;
 Tela sonant umeris : haud illo segnior ibat
 150 Aeneas; tantum egregio decus enitet ore.
 Postquam altos ventum in montes atque invia lustra,
 Ecce ferae, saxi dejectae vertice, caprae
 Decurrere jugis; alia de parte patentes
 Transmittunt cursu campos atque agmina cervi
 155 Pulverulenta fuga glomerant montesque relinquunt.
 At puer Ascanius mediis in vallibus acri
 Gaudet equo, jamque hos cursu, jam praeterit illos,
 Spumantemque dari pecora inter inertia votis
 Optat aprum, aut fulvum descendere monte leonem.
 160 Interea magno misceri murmure caelum
 Incipit : insequitur commixta grandine nimbus;
 Et Tyrii comites passim et Trojana juvenus
 Dardaniusque nepos Veneris diversa per agros
 Tecta metu petiere; ruunt de montibus amnes.
 165 Speluncam Dido dux et Trojanus eandem
 Deveniunt. Prima et Tellus et pronuba Juno

ENEIDA IV

A la reina que tarda en el lecho, en los umbrales los príncipes
de los penos esperan, e insigne de púrpura y oro
está su corcel, y, feroz, los frenos espumantes mastica. 135
Por fin adelanta, acompañándola magna caterva,
envuelta en sidonia clámide de franja bordada;
tiene aljaba de oro, sus cabellos se anudan en oro,
áurea fíbula ata por debajo su veste purpúrea.
Y también los frigios compañeros y Julo gozoso 140
avanzan; ante todos los otros bellísimo, el mismo
Eneas como acompañante se acerca, y los grupos reúne.
Como cuando la Licia invernal y las corrientes del Janto
abandona Apolo, y vuelve a ver a su Delos materna
y renueva las danzas, y en torno a los altares, mezclados 145
gritan cretenses y driopes y agatirsos pintados,
sube él mismo a las cimas del Cinto, y el cabello fluyente
con muelle fronda oprime, peinándolo, y lo teje con oro;
suenan en sus hombros las flechas: iba, no más tardo que éste,
Eneas; tan gran decoro en su egregio rostro relumbra. 150
Después que llegó a los altos montes y apartados cubiles,
ved que las fieras cabras, de lo alto de la peña abajadas,
desde las cimas corrían; desde la otra parte, los campos
abiertos cruzan en su carrera los ciervos, y en fuga
congregan polvorientos rebaños, y abandonan los montes. 155
Mas el niño Ascanio, a mitad de los valles, goza del brioso
caballo, y en su carrera ya a éstos, ya a aquéllos supera,
y que entre los flojos rebaños sea dado un puerco espumante
desea en sus votos, o que un rojo león descienda del monte.
Entre tanto, el cielo con magno murmurio a mezclarse 160
comienza; sigue la lluvia con granizo mezclado;
y los compañeros tirios, y la troyana
juventud, y el dardanio nieto de Venus, vario en los campos
techo buscaron con miedo; corren de los montes los ríos.
A la misma caverna, Dido y el jefe troyano 165
vienen. Y la Tierra primera y la prónuba Juno

VIRGILIO

Dant signum; fulsere ignes et conscius aether
 Connubiis, summoque ulularunt vertice Nymphae.
 Ille dies primus leti primusque malorum
 170 Causa fuit; neque enim specie famave movetur,
 Nec jam furtivum Dido meditatur amorem;
 Conjugium vocat; hoc praetexit nomine culpam.
 Extemplo Libyae magnas it Fama per urbes,
 Fama, malum quo non aliud velocius ullum;
 175 Mobilitate viget viresque acquirit eundo;
 Parva metu primo, mox sese attolit in auras
 Ingrediturque solo et caput inter nubila condit.
 Illam Terra parens, ira irritata deorum,
 Extremam, ut perhibent, Coeo Enceladoque sororem
 180 Progenuit, pedibus celerem et pernicibus alis,
 Monstrum horrendum, ingens; cui quot sunt corpore plumae,
 Tot vigiles oculi subter, mirabile dictu,
 Tot linguae; totidem ora sonant, tot subrigit aures.
 Nocte volat caeli medio terraeque, per umbram
 185 Stridens, nec dulci declinat lumina somno;
 Luce sedet custos aut summi culmine tecti
 Turribus aut altis et magnas territat urbes :
 Tam ficti pravique tenax quam nuntia veri.
 Haec tum multiplici populos sermone replebat
 190 Gaudens, et pariter facta atque infecta canebat :
 Venisse Aenean, Trojano sanguine cretum,
 Cui se pulchra viro dignetur jungere Dido;
 Nunc hiemen inter se luxu, quam longa, fovere,
 Regnorum immemores turpique cupidine captos.
 195 Haec passim dea foeda virum diffundit in ora.
 Protinus ad regem cursus detorquet Iarbam,
 Incenditque animum dictis atque aggerat iras.
 Hic Hammone satus, rapta Garamantide Nympha,
 Tempa Jovi centum latis immania regnis,
 200 Centum aras posuit vigilemque sacraverat ignem,

ENEIDA IV

dan la señal: brillaron los fuegos y, cómplice, el éter
 para las bodas, y en sumo vértice ulularon las ninfas.
 Aquel día, primero, de muerte y, primero, de males,
 causa fue; pues no es movida por la apariencia o la fama 170
 Dido, y ya a su amor no considera furtivo;
 connubio lo llama; oculta, con este nombre, su culpa.

Al instante, la Fama va por las magnas urbes de Libia,
 la Fama, el mal junto al cual ningún otro es más rápido;
 vive en la movilidad y fuerzas adquiere marchando; 175
 parva por el miedo primero, luego se eleva a las auras
 y anda en el suelo y la cabeza entre las nubes esconde.

Por ira hacia los dioses la madre Tierra irritada
 —última hermana, como cuentan, para Ceo y Encélado—,
 la engendró, célere por los pies y las alas veloces, 180

monstruo horrendo, ingente, que cuantas plumas tiene en el
 tantos ojos en vela; debajo (de decir admirable) [cuerpo,
 tantas lenguas; cuantas bocas suenan, yergue tantas orejas.
 De noche vuela, en medio del cielo y la tierra, en la sombra,
 estridente, y no entorna en el dulce sueño los ojos; 185

espía, en la luz, se sienta, o del sumo techo en la cumbre
 o en las altas torres, y a magnas urbes aterra a menudo:
 tan tenaz de falsía y error cuanto de verdad, mensajera.
 Ésta entonces, con voluble discurso, a los pueblos colmaba
 gozando, y a la par hechos y no hechos cantaba: 190

que había venido Eneas, de troyana sangre crecido,
 al cual varón la bella Dido unirse dignábase;
 ahora, en el lujo, entre sí, el invierno cuan largo es fomentaban,
 olvidados de sus reinos, y de un ansia torpe cautivos.
 Esto, doquier, la diosa horrenda difunde en bocas de hombres. 195
 Sin parar, tuerce hacia Jarbas el rey los caminos,
 y enciende con dichos su ánimo y amontona sus iras.

Nacido éste de Hamón, raptada la Garamántida ninfa,
 en sus latos reinos a Jove cien templos inmensos
 puso, cien aras, y había el fuego velador consagrado, 200

VIRGILIO

Excubias divum aeternas; pecudumque cruore
 Pingue solum et variis florentia limina sertis.
 Isque, amens animi et rumore accensus amaro,
 Dicitur ante aras, medias inter numina divum,
 205 Multa Jovem manibus supplex orasse supinis :
 « Juppiter omnipotens, cui nunc Maurusia pictis
 Gens epulata toris Lenaeum libat honorem,
 Adspicis haec? An te, genitor, cum fulmina torques,
 Nequiquam horremus? caecique in nubibus ignes
 210 Terrificant animos et inania murmura miscent?
 Femina, quae nostris errans in finibus urbem
 Exiguam pretio posuit, cui litus arandum
 Cuique loci leges dedimus, conubia nostra
 Reppulit ac dominum Aenean in regna recepit.
 215 Et nunc ille Paris, cum semiviro comitatu,
 Maeonia mentum mitra crinemque madentem
 Subnixus, raptio potitur : nos munera templis
 Quippe tuis ferimus famamque fovemus inanem. »
 Talibus orantem dictis arasque tenentem
 220 Audiit Omnipotens, oculosque ad moenia torsit
 Regia et oblitos famae melioris amantes.
 Tum sic Mercurium alloquitur, ac talia mandat :
 « Vade age, nate, voca Zephyros et labere pennis,
 Dardaniumque ducem, Tyria Carthagine qui nunc
 225 Exspectat fatisque datas non respicit urbes,
 Alloquere et celeres defer mea dicta per auras.
 Non illum nobis genitrix pulcherrima talem
 Promisit Graiumque ideo bis vindicat armis :
 Sed fore qui gravidam imperiis belloque frementem
 230 Italiam regeret, genus alto a sanguine Teucris
 Proderet, ac totum sub leges mitteret orbem.
 Si nulla accendit tantarum gloria rerum,
 Nec super ipse sua molitur laude laborem,
 Ascanione pater Romanas invidet arces?

ENEIDA IV

guardias eternas de los dioses; y con sangre de bestias
 pingüe, un suelo, y umbrales floridos con variadas guirnaldas.
 Y él, loco del ánimo y por el rumor amargo incendiado,
 se dice que ante las aras, de los dioses entre los númenes,
 mucho a Jove había orado, suplicante, con manos supinas: 205
 “Jove omnipotente, para quien hoy, en lechos pintados,
 comiendo, el honor leneo liba la gente moruna,
 ¿miras esto? ¿Acaso, genitor, cuando tuerces los rayos,
 te tememos en vano? ¿Y ciegos, en las nubes, los fuegos
 aterran los ánimos, y mezclan inanes murmullos? 210
 La mujer que, en nuestros fines errante, una urbe
 exigua fundó por un precio; a quien, para ararla, la costa,
 y a quien dimos las leyes del lugar, rechazó los connubios
 nuestros, y recibió a Eneas como señor en sus reinos.
 Y ahora aquel Paris, con afeminado cortejo, 215
 con meonia mitra la barba y la perfumada melena
 atado, se apodera de la presa: a tus templos nosotros
 dones llevamos, por cierto, y fama fomentamos inane.”
 Al que oraba con tales dichos y tenía las aras
 oyó el omnipotente, y los ojos a las regias murallas 220
 volvió, y a los amantes de una fama mejor olvidados.
 Entonces, así habla a Mercurio, y tales cosas le manda:
 “Ve, ea, hijo; llama a los céfiros y con plumas resbala
 y al guía dardanio, que ahora en la tiria Cartago
 se demora, y a las urbes dadas por los hados no mira, 225
 háblale, y lleva mis dichos por entre las céleres auras.
 No que él sería tal nos prometió su bellísima madre,
 ni dos veces lo salva de armas de griegos por eso:
 mas que habría de ser quien (plena de imperios y fiera en la guerra)
 a Italia rigiera, y la raza de la alta sangre de Teucro 230
 propagara, y todo el orbe bajo sus leyes enviara.
 Si no la gloria de tan grandes cosas lo incendia,
 o no emprende él mismo para su prestigio la obra,
 ¿acaso, como padre, envidia a Ascanio las torres romanas?

VIRGILIO

- 235 Quid struit? aut qua spe inimica in gente moratur!
Nec prolem Ausoniam et Lavinia respicit arva?
Naviget : haec summa est; hic nostri nuntius esto. »
Dixerat. Ille patris magni parere parabat
Imperio; et primum pedibus talaria nectit
240 Aurea, quae sublimem alis, sive aequora supra
Seu terram, rapido pariter cum flamine portant.
Tum virgam capit; hac animas ille evocat Orco
Pallentes, alias sub tristia Tartara mittit,
Dat somnos adimitque, et lumina morte resignat.
245 Illa fretus agit ventos, et turbida tranat
Nubila; jamque volans apicem et latera ardua cernit
Atlantis duri, caelum qui vertice fulcit,
Atlantis, cinctum assidue cui nubibus atris
Piniferum caput et vento pulsatur et im̄bri;
250 Nix umeros infusa tegit; tum flumina mento
Praecipitant senis, et glacie riget horrida barba.
Hic primum paribus nitens Cyllenius alis
Constitit; hinc toto praeceps se corpore ab undas
Misit, avi similis, quae circum litora, circum
255 Piscosos scopulos humilis volat aequora juxta.
Haud aliter terras inter caelumque volabat
Litus harenosum ad Libyae, ventosque secabat
Materno veniens ab avo Cyllenia proles.
Ut primum alatis tetigit magalia plantis,
260 Aenean fundantem arces ac tecta novantem
Conspicit. Atque illi stellatus iaspide fulva
Ensis erat Tyrioque ardebat murice laena
Demissa ex umeris; dives quae munera Dido
Fecerat et tenui telas discreverat auro.
265 Continuo invadit : « Tu nunc Carthagini altae
Fundamenta locas, pulchramque uxorius urbem
Exstruis, heu! regni rerumque oblite tuarum!
Ipse deum tibi me claro demittit Olympo

ENEIDA IV

¿Qué urde? ¡O con qué esperanza entre enemiga gente se tarda! 235
 ¿No se vuelve a ver a la prole ausonia y las siembras lavinias?
 Que navegue. Esto es todo. Que nuestro mensaje éste sea.”

Había dicho. Él a obedecer del padre magno el mandato
 se preparaba; y primero ata a sus pies los talares
 áureos, que en alas a lo alto, o sobre las marinas llanuras 240
 o la tierra, a la par con el rápido soplo lo llevan.

Toma, allí, la vara; con ésta, él saca del Orco a las ánimas
 pálidas; a otras, bajo los Tártaros tristes envía,
 da y quita los sueños, y los ojos en la muerte reabre.

Mueve, fiado en ella, los vientos, y atraviesa las túrbidas 245
 nubes; y ya volando, ve el ápice y los arduos costados
 de Atlante duro, que en su vértice el cielo sustenta;

de Atlante, a quien, de negras nubes asiduamente ceñida,
 la testa pinífera le es pulsada por viento y por lluvia;
 cubre nieve caída sus hombros; precipítanse ríos 250

del mentón del viejo, y se entiesa de hielo su áspera barba.
 Aquí el Cilenio, apoyándose en alas parejas, primero
 se paró; de aquí, con todo el cuerpo de cabeza a las ondas

se echó, igual a un ave que en torno a las costas, en torno
 a escollos ricos en peces, bajo vuela junto a las aguas. 255
 No de otro modo entre las tierras y el cielo volaba

a la costa arenosa de Libia, y los vientos cortaba,
 viniendo desde el materno abuelo, la prole cilenia.

Cuando tocó primero con aladas plantas las chozas,
 a Eneas fundando las torres y renovando los techos 260
 miró. Y he aquí que él, estrellada con jaspe rojo, una espada

tenía, y una vestidura ardía con múrice tirio
 de sus hombros pendiente; regalos que Dido opulenta
 había hecho, y con oro tenue había distinguido las telas.
 Al punto lo asalta: “Tú ahora de la alta Cartago 265

los cimientos pones, y, dado a tu esposa, una urbe excelente
 edificas, ¡ay!, olvidado de tu reino y tus cosas.
 A ti, desde el claro Olimpo, me envía el rey de los dioses

VIRGILIO

270 Regnator, caelum et terras qui numine torquet;
 Ipse haec ferre jubet celeres mandata per auras :
 Quid struis? aut qua spe Libycis teris otia terris?
 Si te nulla movet tantarum gloria rerum,
 [Nec super ipse tua moliris laude laborem;]
 Ascanium surgentem et spes heredis Iuli
 Respice, cui regnum Italiae Romanaque tellus
 Debentur. » Tali Cyllenius ore locutus,
 Mortales visus medio sermone reliquit
 Et procul in tenuem ex oculis evanuit auram.
 At vero Aeneas adspectu obmutuit amens,
 280 Arrectaeque horrore comae, et vox faucibus haesit.
 Ardet abire fuga dulcesque relinquere terras,
 Attonitus tanto monitu imperioque deorum.
 Heu! quid agat? quo nunc reginam ambire furentem
 Audeat affatu? quae prima exordia sumat?
 285 Atque animum nunc huc celerem, nunc dividit illuc,
 In partesque rapit varias perque omnia versat.
 Haec alternanti potior sententia visa est :
 Mnesthea Sergestumque vocat, fortemque Serestum
 Classem aptent taciti sociosque ad litora cogant;
 290 Arma parent, et, quae rebus sit causa novandis,
 Dissimulent; sese interea, quando optima Dido
 Nesciat, et tantos rumpi non speret amores,
 Tentaturum aditus, et quae mollissima fandi
 Tempora, qui rebus dexter modus. Ocius omnes
 295 Imperio laeti parent ac jussa facessunt.
 At regina dolos (quis fallere possit amantem?)
 Praesensit, motusque excepit prima futuros,
 Omnia tuta timens. Eadem impia Fama furenti
 Detulit armari classem cursumque parari.
 300 Saevit inops animi, totamque incensa per urbem
 Bacchatur : qualis commotis excita sacris
 Thyias, ubi audito stimulant trieterica Baccho

ENEIDA IV

mismo, que con su poder hace girar el cielo y las tierras;
 él mismo ordena estos mandatos traer por las céleres auras: 270
 ¿Qué haces? O, ¿en qué esperanza ocios pasas en las líbicas
 Si ninguna gloria de tan grandes cosas te mueve [tierras?
 (y no emprendes tú mismo para tu prestigio la obra),
 a Ascanio que surge y las esperanzas de Julo, heredero,
 vuelve a ver, a quien el reino de Italia y la tierra romana 275
 se deben.” Habiendo hablado con tal boca el Cilenio,
 las mortales miradas abandonó a medio discurso,
 y, lejos, en un aura tenue se esfumó de los ojos.

Mas, por cierto, Eneas, pasmado, enmudeció ante la vista,
 de horror sus pelos se irguieron, y la voz pegóse en sus fauces. 280
 Arde por partir en fuga y abandonar, dulces, las tierras,
 atónito por tan grande advertencia y mandato de dioses.
 ¡Ay! ¿Qué hará? ¿Con qué habla ahora a la reina furente
 osará rodear? ¿Tomará qué primeros comienzos?

Y ora hacia aquí, ora hacia allá divide su ánimo célere, 285
 y a varias partes lo apresura y le da vueltas por todo.

Esta resolución al dudoso pareció preferible:
 a Mnesteo y a Sergesto llama y al fuerte Seresto:
 que apten la flota y en la costa a los socios, táticos, junten;
 las armas preparen, y, para cambiar las cosas cuál sea 290
 la causa, oculten; él entre tanto, pues que la óptima Dido
 no sabe, y no espera que sean rotos tan grandes amores,
 habrá de intentar la entrada, y cuáles los tiempos más suaves
 de hablar, qué modo sea a las cosas propicio. Todos, muy pronto,
 la orden acatan alegres, y a los mandatos dan cima. 295

Mas la reina los dolos (¿quién podría engañar a una amante?)
 presintió, y la primera advirtió sus movimientos futuros;
 todo, aun lo salvo, temiendo. La misma impía Fama, a la airada,
 contó que era armada la flota y preparado el camino.
 Se ensaña y, pobre de ánimo, incendiada por toda la urbe 300
 se agita: cual Tíada incitada por los objetos sagrados
 que mueven, cuando, oído Baco, las trienales orgías

VIRGILIO

Orgia nocturnusque vocat clamore Cithaeron.
 Tandem his Aenean compellat vocibus ultro :
 305 « Dissimulare etiam sperasti, perfide, tantum
 Posse nefas tacitusque mea decedere terra?
 Nec te noster amor, nec te data dextera quondam,
 Nec moritura tenet crudeli funere Dido?
 Quin etiam hiberno moliris sidere classem
 310 Et mediis properas Aquilonibus ire per altum,
 Crudelis! Quid? si non arva aliena domosque
 Ignotas peteres et Troja antiqua maneret,
 Troja per undosum peteretur classibus aequor?
 Mene fugis? per ego has lacrimas dextramque tuam te
 315 (Quando aliud mihi jam miserae nihil ipsa reliqui),
 Per conubia nostra, per inceptos hymenaeos,
 Si bene quid de te merui, fuit aut tibi quicquam
 Dulce meum, miserere domus labentis et istam,
 Oro, si quis adhuc percibus locus, exue mentem!
 320 Te propter Libycae gentes Nomadumque tyranni
 Odere, infensi Tyrii; te propter eundem
 Extinctus pudor, et, qua sola sidera adibam,
 Fama prior. Cui me moribundam deseris, hospes?
 Hoc solum nomen quoniam de conjuge restat.
 325 Quid moror? an mea Pygmalion dum moenia frater
 Destruat, aut captam ducat Gaetulus iarbas?
 Saltem si qua mihi de te suscepta fuisset
 Ante fugam suboles; si quis mihi parvulus aula
 Luderet Aeneas, qui te tamen ore referret,
 330 Non equidem omnino capta ac deserta viderer! ».

Dixerat. Ille Jovis monitis immota tenebat
 Lumina, et obnixus curam sub corde premebat.
 Tandem pauca refert: «Ego te, quae plurima fando
 Enumerare vales, nunquam, regina, negabo
 335 Promeritam; nec me meminisse pigebit Elissae,
 Dum memor ipse mei, dum spiritus hos regit artus.

ENEIDA IV

la instigan, y con clamor el Citerón llama, nocturno.

Por fin, la primera, a Eneas con estas voces acusa:

“¿Que podías disimular aun tan grande maldad esperaste, 305
pérfido, y retirarte de mi tierra callado?

¿Ni a ti nuestro amor, ni la diestra, a ti, dada un día,
ni Dido, que va a morir de cruel destrucción, te detiene?

¡Mas aún bajo el astro invernal construyes la flota,
y en medio de los aquilones a ir a alta mar te apresuras, 310
cruel! ¿Por qué? Si no labrantíos ajenos y casas

ignotas buscaras, y la antigua Troya durara,
¿sería buscada en flotas Troya por el mar borrascoso?

¿Acaso me huyes? ¡Por estas lágrimas yo, y por tu diestra
(ya que para mí, mísera, nada más yo misma he dejado), 315

por nuestros connubios, por los himeneos empezados,
si bien algo de ti merecí, o si dulce algo mío

te fue, que te apiades de la casa que cae te ruego,
y este propósito deja, si hay aún lugar para preces!

Por ti, las líbicas gentes y los tiranos de númeridas 320
me odiaron; sonme hostiles los tirios; se extinguió por ti mismo

mi pudor, y, mi fama anterior, con la cual, sola, alcanzaba
los astros. ¿A quién, moribunda, me abandonas, oh huésped?

Porque este solo nombre de aquél de cónyuge queda.
¿A qué me tardo? ¿Hasta que mi hermano Pigmalión mis murallas

destruya, o a que me conduzca cautiva el gétulo Jarbas? 326

Si al menos, de ti, algún retoño hubiera sido tomado
por mí antes de tu fuga; si para mí algún párvulo Eneas

jugara en el patio, quien, al fin, te recordara en su rostro,
no, en verdad, del todo cautiva o abandonada me viera!” 330

Había dicho. Él, por consejos de Jove, inmutables tenía
los ojos, y, firme, bajo el corazón la pena oprimía.

Por fin, poco responde: “Yo, que tú has merecido muchísimo
—que enumerar puedes hablando— no negaré nunca, reina,

y no me dará pesadumbre haberme acordado de Elisa, 335
mientras yo me acuerdo de mí, mientras rige el alma estos miembros.

VIRGILIO

- Pro re pauca loquar. Neque ego hanc abscondere furto
 Speravi, ne finge, fugam; nec conjugis unquam
 Praetendi taedas, aut haec in foedera veni.
- 340 Me si fata meis paterentur ducere vitam
 Auspiciis et sponte mea componere curas,
 Urbem Trojanam primum dulcesque meorum
 Reliquias colerem; Priami tecta alta manerent,
 Et recidiva manu posuissem Pergama victis.
- 345 Sed nunc Italiam magnam Gryneus Apollo,
 Italiam Lyciae jussere capessere sortes :
 Hic amor, haec patria est. Si te Carthaginis arces
 Phoenissam Libycaeque adspectus detinet urbis,
 Quae tandem Ausonia Teucros considerare terra
- 350 Invidia est? Et nos fas extera quaerere regna.
 Me patris Anchisae, quotiens umentibus umbris
 Nox operit terras, quotiens astra ignea surgunt,
 Admonet in somnis et turbida terret imago;
 Me puer Ascanius capitisque injuria cari,
- 355 Quem regno Hesperiae fraudo et fatalibus arvis.
 Nunc etiam interpretes divum, Jove missus ab ipso,
 Testor utrumque caput, celeres mandata per auras
 Detulit; ipse deum manifesto in lumine vidi
 Intransentem muros vocemque his auribus hausi.
- 360 Desine meque tuis incendere teque querelis;
 Italiam non sponte sequor. »
 Talia dicentem jamdudum aversa tuetur,
 Huc illuc volvens oculos, totumque pererrat
 Luminibus tacitis et sic accensa profatur :
- 365 « Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor,
 Perfide; sed duris genuit te cautibus horrens
 Caucasus Hyrcanaeque admorunt ubera tigres.
 Nam quid dissimulo? aut quae me ad majora reservo?
 Num fletu ingemuit nostro? num lumina flexit?
- 370 Num lacrimas victus dedit, aut miseratus amantem est?

ENEIDA IV

Poco hablaré en pro de esta cosa. Ni esperé esconder esta fuga
yo con ardid, no lo imagines, ni del cónyuge nunca
pretendí las antorchas, o vine a tales alianzas.

Si consintieran los hados que yo condujera mi vida 340

con mis deseos, y con mi voluntad componer mis cuidados,
la urbe troyana, ante todo, y de los míos las dulces reliquias
cuidara; permanecieran los techos altos de Príamo,
y con mi mano habría hecho, a los vencidos, a Pérgamo nueva.

Mas, ahora, a Italia magna el grineo Apolo, 345

que tomara a Italia, ordenaron los licios oráculos:
éste, mi amor; ésta es mi patria; si de Cartago las torres
te detienen, fenicia, y la vista de la líbica urbe,
en que en tierra ausonia se establezcan los teucros,
¿qué envidia hay? También nos es justo buscar reinos extraños. 350

Cuantas veces la noche cubre de húmedas sombras las tierras,
cuantas surgen los astros ígneos, la túrbida imagen
del padre Anquises me amonesta y aterra entre sueños;
a mí, el niño Ascanio y la injuria de su cara persona,
a quien defraudo del reino de Hesperia y los campos fatales. 355

Hoy también, enviado por Jove mismo, el de dioses intérprete
—por nuestras cabezas lo juro— en rápidas auras las órdenes
trajo; yo mismo vi al dios, en la luz manifiesta,
entrando en los muros, y tragué su voz con estas orejas.
Deja de incendiarnos tanto a mí como a ti, con querellas; 360
no sigo a Italia de grado.”

Ya hacía tiempo, al que tales cosas decía, al sesgo contempla;
aquí, allí volviendo los ojos, recórrelo todo
con tácitas lumbres, y así, inflamada, profiere:

“Ni una diosa es tu madre, ni Dárdano el autor de tu raza, 365
pérfido; mas te engendró entre duras rocas el Cáucaso
horrendo, y te arrimaron sus ubres las tigres hircanas.

Pues, ¿qué disimulo? ¿A qué mayores ofensas me guardo?
¿Acaso gimió a nuestro llanto? ¿Volvió, acaso, los ojos?
¿Acaso dio lágrimas, vencido? ¿O se apiadó de la amante? 370

VIRGILIO

Quae quibus anteferam? Jam jam nec maxima Juno
 Nec Saturnius haec oculis pater adspicit aequis.
 Nusquam tuta fides. Ejectum litore, egentem
 Excepi, et regni demens in parte locavi;
 375 Amissam classem, socios a morte reduxi.
 Heu! furiis incensa feror! nunc augur Apollo,
 Nunc Lyciae sortes, nunc et Jove missus ab ipso
 Interpres divum fert horrida jussa per auras.
 Scilicet is superis labor est, ea cura quietos
 380 Sollicitat! Neque te teneo, neque dicta refello;
 I, sequere Italiam ventis, pete regna per undas.
 Spero equidem mediis, si quid pia numina possunt,
 Supplicia hausurum scopulis, et nomine Dido
 Saepe vocaturum. Sequar atris ignibus absens;
 385 Et cum frigida mors anima seduxerit artus,
 Omnibus umbra locis adero; dabis, improbe, poenas.
 Audiam, et haec Manes veniet mihi fama sub imos. »
 His medium dictis sermonem abrumpit, et auras
 Aegra fugit, seque ex oculis avertit et aufert,
 390 Linquens multa metu cunctantem et multa parantem
 Dicere. Suscipiunt famulae, collapsaque membra
 Marmoreo referunt thalamo stratisque reponunt.
 At pius Aeneas, quamquam lenire dolentem
 Solando cupit et dictis avertit curas,
 395 Multa gemens magnoque animum labefactus amore,
 Jussa tamen divum exsequitur, classemque revisit.
 Tum vero Teucrici incumbunt et litore celsas
 Deducunt toto naves. Natat uncta carina,
 Frondentesque ferunt remos et robora silvis
 400 Infabricata, fugae studio.
 Migrantes cernas, totaque ex urbe ruentes.
 Ac velut ingentem formicae farris acervum
 Cum populant, hiemis memores, tectoque reponunt;
 It nigrum campis agmen praedamque per herbas

ENEIDA IV

Lo cual, ¿a qué antepondré? Ya, ya, ni la máxima Juno,
ni el padre Saturnio estas cosas con justos ojos observan.
No hay salva fe en parte alguna; arrojado en la costa, carente,
lo recogí, y, demente, en parte de mi reino lo puse;
la perdida flota, retiré de la muerte a sus socios. 375

¡Ay! ¡Incendiada en furias me llevan! Hoy Apolo el augur,
hoy los licios oráculos; por Jove mismo, hoy, enviado,
el de dioses intérprete trae, en auras, hórridas órdenes.
¡Ésa es obra de supernos, sin duda; ese afán a los quietos
perturba!, ni te detengo ni tus dichos refuto; 380
ve, sigue a Italia en los vientos, busca por las ondas tus reinos.
Espero, en verdad, si númenes píos algo pueden, que en medio
de escollos tragarás tus suplicios, y por su nombre, a Dido
llamarás a menudo. Ausente, te seguiré en negros fuegos;
y cuando la fría muerte aparte de tu alma tus miembros, 385
te estaré, sombra, en todo lugar; tendrás, infame, tus penas.
Lo oiré, y esta fama vendrá a mí bajo los ínfimos Manes.”
A medio discurso, con estos dichos rompió, y de las auras
enferma huyó, y se volvió y se quitó de sus ojos, dejándolo,
por el miedo, incierto de mucho, y mucho a decir 390
preparándose. Las criadas tómanla, y sus miembros inertes
a la marmórea cámara llevan y en lechos los ponen.

Mas el piadoso Eneas, aunque a la doliente ambiciona
aliviar, consolándola, y apartar sus penas con dichos,
gimiendo mucho y conmovido de magno amor en su ánimo, 395
sigue, empero, el mandato divino, y remira su flota.
Allí, en verdad, se empeñan los teucros, y en toda la costa
botan las altas naves. Untada, nada la quilla;
y traen frondosos remos desde las selvas, y robles
toscos, en el afán de fuga. 400
Los vieras marchándose, corriendo desde toda la urbe.
Y como cuando las hormigas ingente acervo de escanda
devastan recordando el invierno, y en su casa lo ponen;
va el negro escuadrón en los campos y entre las hierbas la presa

VIRGILIO

- 405 Convectant calle angusto; pars grandia trudunt
•Obnixae frumenta umeris; pars agmina cogunt
Castigantque moras; opere omnis semita fervet.
Quis tibi tunc, Dido, cernenti talia sensus?
Quosve dabas gemitus, cum litora fervere late
410 Prospiceres arce ex summa, totumque videres
Misceri ante oculos tantis clamoribus aequor?
Improbe Amor, quid non mortalia pectora cogis!
Ire iterum in lacrimas, iterum tentare precando
Cogitur, et supplex animos submittere amori,
415 Ne quid inexpertum frustra moritura relinquit.
« Anna, vides toto properari litore circum?
Undique convenere; vocat jam carbasus auras;
Puppibus et laeti nautae imposuere coronas.
Hunc ego si potui tantum sperare dolorem,
420 Et perferre, soror, potero. Miserae hoc tamen unum
Exsequere, Anna, mihi; solam nam perfidus ille
Te colere, arcanos etiam tibi credere sensus;
Sola viri molles aditus et tempora noras.
I, soror, atque hostem supplex affare superbum.
425 Non ego cum Danais Trojanam excindere gentem
Aulide juravi classemve ad Pergama misi;
Nec patris Anchisae cinerem Manesve revelli :
Cur mea dicta negat duras demittere in aures?
Quo ruit? Extremum hoc miserae det munus amanti :
430 Exspectet facilemque fugam ventosque ferentes.
Non jam conjugium antiquum, quod prodidit, oro,
Nec pulchro ut Latio careat regnumque relinquit;
Tempus inane peto, requiem spatiumque furori,
Dum mea me victam doceat fortuna dolere.
435 Extremam hanc oro veniam (miserere sororis!)
Quam mihi cum dederit, cumulatam morte remittam. »
Talibus orabat, talesque miserrima fletus
Fertque refertque soror. Sed nullis ille movetur

ENEIDA IV

llevan por calle angosta; parte, los grandes granos empujan, 405
 resistiendo en los hombros; parte, a los escuadrones reúnen
 y castigan demoras; toda hierve con la obra la senda.

¿Qué sentimiento allí, viendo tales cosas, Dido, tenías?
 O ¿qué gemidos dabas cuando hervir latamente las costas
 mirabas de lo alto de la torre, y veías que todo 410
 el mar se mezclaba ante tus ojos por tantos clamores?

¡Ímprobo Amor! ¡A qué a los mortales pechos no obligas!
 A ir de nuevo a las lágrimas, de nuevo a intentar deprecando,
 es forzada, y a humillar al amor, suplicante, sus ánimos,
 porque no algo no probado dejara, y en vano muriera. 415

“Ana, ¿los ves apresurarse en torno a toda la costa?
 De doquier se reunieron; ya la vela llama a las auras;
 y en las popas los alegres nautas impusieron coronas.

Si esperar este dolor tan grande yo pude,
 también podré, hermana, sufrirlo. Empero, en mí, mísera, esto
 soporto, Ana, hasta el fin; pues aquel pérfido, sola [único 420
 te cuidaba; te confiaba aun sus sentimientos secretos;

sola, supiste las suaves entradas y tiempos del hombre.
 Ve, hermana, y habla suplicante al enemigo soberbio.

Yo no, con los dánaos, destruir a la gente troyana 425
 juré en Áulide, y no envié una flota hacia Pérgamo;
 ni del padre Anquises profané la ceniza o los Manes:

¿por qué se niega a grabar mis dichos en sus duras orejas?
 ¿A dónde corre? Dé este extremo don a la mísera amante:
 espere la fácil partida y los prósperos vientos. 430

No ya el connubio antiguo, que él ha traicionado, suplico,
 ni que del bello Lacio carezca y su reino abandone;
 un tiempo ocioso pido, a mi furor descanso y espacio,
 mientras mi fortuna me enseñe, vencida, a dolerme.

Esta extrema gracia suplico (¡ten piedad de tu hermana!); 435
 cuando dado me la haya, la pagaré, con usura, muriendo.”

Con tales voces rogaba, y tales llantos, misérrima, [llantos
 lleva y lleva otra vez la hermana. Mas no es movido él por

VIRGILIO

Fletibus, aut voces ullas tractabilis audit :
440 Fata obstant, placidasque viri deus obstruit aures.
Ac velut annoso validam cum robore quercum
Alpini Boreae nunc hinc nunc flatibus illinc
Eruere inter se certant; it stridor, et altae
Consternunt terram concusso stipite frondes;
445 Ipsa haeret scopulis, et, quantum vertice ad auras
Aetherias, tantum radice in Tartara tendit :
Haud secus assiduis hinc atque hinc vocibus heros
Tunditur et magno praesentit pectore curas;
Mens immota manet, lacrimae volvuntur inanes.
450 Tum vero infelix, fatis exterrita, Dido
Mortem orat; taedet caeli convexa tueri.
Quo magis inceptum peragat lucemque relinquat,
Vidit, turicremis cum dona imponeret aris,
(Horrendum dictu!) latices nigrescere sacros
455 Fusaque in obscenum se vertere vina cruorem.
Hoc visum nulli, non ipsi effata sorori.
Praeterea fuit in tectis de marmore templum
Conjugis antiqui, miro quod honore colebat,
Velleribus niveis et festa fronde revinctum :
460 Hinc exaudiri voces et verba vocantis
Visa viri, nox cum terras obscura teneret;
Solaque culminibus ferali carmine bubo
Saepe queri et longas in fletum ducere voces.
Multaque praeterea vatium praedicta piorum
465 Terribili monitu horrificant. Agit ipse furemtem
In somnis ferus Aeneas; semperque relinqui
Sola sibi, semper longam incommitata videtur
Ire viam et Tyrios deserta quaerere terra.
Eumenidum veluti demens videt agmina Pentheus
470 Et solem geminum et duplices se ostendere Thebas;
Aut Agamemnonius scaenis agitatus Orestes
Armatam facibus matrem et serpentibus atris

ENEIDA IV

ningunos, o voces algunas oye tratable: los hados
 lo impiden, y obstruye un dios las plácidas orejas del hombre. 440
 Y como cuando a la añosa encina de madera robusta
 los alpinos bóreas ora de aquí, ora de allí con sus soplos
 luchan entre sí por sacarla; va el estridor, y las altas
 frondas recubren, sacudido el tronco, la tierra; ella misma
 se adhiere a los escollos, y, cuanto con la cima a las auras 445
 etéreas, tanto con la raíz hacia los Tártaros tiende:
 no de otra suerte aquí y de aquí por asiduas voces el héroe
 es golpeado, y los cuidados en su magno pecho presiente;
 su mente queda inmutable, las lágrimas ruedan inútiles.
 Allí en verdad, por los hados la infeliz Dido aterrada, 450
 ruega a la Muerte; la hastía mirar lo convexo del cielo.
 Para que mejor cumpla su intento y la luz abandone,
 ve, al poner dones en las aras donde se quema el incienso
 (¡horrendo de decir!), ennegrecerse los sacros licores,
 y convertirse en obscena sangre los vinos vertidos. 455
 Esto que vio, a ninguno; ni a su misma hermana lo cuenta.
 Hubo, además, en las moradas, un templo de mármol
 del antiguo esposo, que cuidaba con honor admirable,
 de veilonos niveos y festiva fronda adornado:
 de aquí, voces y palabras del esposo, llamándola, 460
 pareció oír, cuando la noche oscura las tierras tenía;
 y en los tejados, un búho solo con lúgubre canto
 quejarse a menudo, y hacia el llanto conducir largas voces.
 Y, además, muchas predicciones de los vates piadosos
 la espantan con terrible advertencia. A la furente, en sueños, 465
 fiero, agita el mismo Eneas; y ser siempre dejada
 sola a sí misma, ir siempre en solitario, largo camino
 parece, y buscar a los tirios en la tierra desierta.
 Como, demente, ve Penteo los escuadrones de Euménides
 y el gémino sol y a Tebas, que doble se ostenta; 470
 o, en las escenas, Orestes Agamenonio agitado
 cuando huye de su madre, armada con antorchas y negras

VIRGILIO

Cum fugit, ultricesque sedent in limine Dirae.
Ergo ubi concepit furias evicta dolore
475 Decrevitque mori, tempus secum ipsa modumque
Exigit, et maestam dictis aggressa sororem
Consilium vultu tegit ac spe fronte serenat :
« Inveni, germana, viam (gratare sorori),
Quae mihi reddat eum, vel eo me solvat amantem.
480 Oceani finem juxta solemque cadentem
Ultimus Aethiopum locus est, ubi maximus Atlas
Axem umero torquet stellis ardentibus aptum :
Hinc mihi Massylae gentis monstrata sacerdos,
Hesperidum templi custos, epulasque draconi
485 Quae dabat et sacros servabat in arbore ramos,
Spargens umida mella soporiferumque papaver.
Haec se carminibus promittit solvere mentes
Quas velit, ast aliis duras immittere curas;
Sistere aquam fluviiis, et vertere sidera retro;
490 Nocturnosque ciet Manes : mugire videbis
Sub pedibus terram, et descendere montibus ornos.
Testor, cara, deos, et te, germana, tuumque
Dulce caput, magicas invitam accingier artes.
Tu secreta pyram tecto interiore sub auras
495 Erige, et arma viri, thalamo quae fixa reliquit
Impius, exuviasque omnes lectumque jugalem,
Quo perii, super imponas : abolere nefandi
Cuncta viri monumenta jubet monstratque sacerdos.
Haec effata, silet; pallor simul occupat ora,
500 Non tamen Anna novis praetexere funera sacris
Germanam credit, nec tantos mente furores
Concipit, aut graviora timet quam morte Sychaei.
Ergo jussa parat.
At regina, pyra penetrali in sede sub auras
505 Erecta ingenti taedis atque ilice secta,
Intenditque locum sertis et fronde coronat

ENEIDA IV

sierpes, y en el umbral, vengadoras, las Funestas se sientan.

Luego, cuando concibió, por el dolor vencida, las furias,
y morir decidió, consigo misma el tiempo y el modo 475

resuelve, y dirigiéndose a su sombría hermana con dichos,
cubre el plan con el rostro, y serena la esperanza en la frente:
“Encontré, hermana, el camino (congratula a tu hermana)
que me lo devuelva, o que me desligue de amarlo.

Junto al fin del Océano y el sol que se pone, está el último 480
lugar de los etíopes, donde el máximo Atlante

tuerce en su hombro el eje adaptado a las ardientes estrellas:
de allí, se me mostró la hechicera de la gente masilia,
guarda del templo de las Hespérides, que daba manjares
al dragón, y conservaba en el árbol los ramos sagrados, 485
húmedas mieles y soporífera amapola esparciendo.

Ésta promete que ella desliga, con cantos, las mentes
que quiere, y arroja en otras los duros cuidados;
detiene el agua a los ríos, y hacia atrás vuelve los astros;
los nocturnos Manes, mueve: verás que la tierra 490

muge bajo sus pies, y descienden de los montes los fresnos.

Juro por los dioses y por ti, cara hermana, y tu dulce
persona, que no de grado a las mágicas artes me ciño.

Tú, en secreto, una pira en la casa interior, a las auras,
yergue, y las armas del hombre, que dejó en el tálamo fijas, 495
impío, y los adornos todos del lecho nupcial,

donde perecí, pon encima: abolir del hombre nefando
todos los recuerdos, la hechicera manda y señala.”

Esto dijo; calla. A la vez, el palor ocupa su rostro.

Ana, empero, no cree que sus exequias oculte la hermana 500
con nuevos ritos, ni en su mente tantos furoros sospecha,
y cosas más graves que en la muerte de Siqueo no teme.
Luego, lo ordenado prepara.

Mas la reina, en la morada interior, a las auras habiéndose
alzado la pira ingente, de teas y encino cortado, 505
rodea el lugar con guirnaldas y lo corona de fronda

VIRGILIO

Funerea; super exuvias ensemque relictum
Effigiemque toro locat, haud ignara futuri.
Stant arae circum, et crines effusa sacerdos
510 Ter centum tonat ore deos, Erebumque Chaosque,
Tergeminamque Hecaten, tria virginis ora Dianae.
Sparserat et latices simulatos fontis Averni :
Falcibus et messae ad lunam quaeruntur aenis
Pubentes herbae nigri cum lacte veneni;
515 Quaeritur et nascentis equi de fronte revulsus
Et matri praereptus amor.
Ipsa mola manibusque piis, altaria juxta,
Unum exuta pedem vinclis, in veste recincta,
Testatur moritura deos et conscia fati
520 Sidera; tum si quod non aequo foedere amantes
Curae numen habet justumque memorque, precatur.
Nox erat et placidum carpebant fessa soporem
Corpora per terras; silvaeque et saeva quierant
Aequora cum medio volvuntur sidera lapsu,
525 Cum tacet omnis ager; pecudes pictaeque volucres,
Quaeque lacus late liquidos, quaeque aspera dumis
Rura tenent, somno positae sub nocte silenti
Lenibant curas et corda oblita laborum.
At non infelix animi Phoenissa, neque unquam
530 Solvitur in somnos, oculisve aut pectore noctem
Accipit; ingeminant curae rursusque resurgens
Saevit amor, magnoque irarum fluctuat aestu.
Sic adeo insistit secumque ita corde volutat :
« En quid ago? rursusne procos irrisa priores
535 Experiar Nomadumque petam conubia supplex,
Quos ego sim totiens jam dedignata maritos?
Iliacas igitur classes atque ultima Teucrum
Jussa sequar? quiane auxilio juvat ante levatos
Et bene apud memores veteris stat gratia facti?
540 Quis me autem, fac velle, sinet, ratibusve superbis

ENEIDA IV

funérea; además, los adornos y la espada dejada
y la efigie pone en el lecho, no del futuro ignorante.
En torno están las aras, y la hechicera, suelta el cabello,
tres veces a cien dioses truena en su voz, y a Erebo y a Caos, 510
y a la triforme Hécate, los tres rostros de Diana la virgen.
Y había esparcido de la fuente infernal licores fingidos:
segadas con hoces bronceínas, en la luna se buscan
hierbas sazonas con la leche del negro veneno;
y se busca, arrancado a la frente de un caballo que nace, 515
el amor, y de la madre robado.

Junto a los altares, con mola y manos pías, la misma
que va a morir, libre de sus lazos un pie, en desceñida
veste, a los dioses llama, testigos, y a los astros que saben
del hado; allí, a un numen (si alguno, justo y memorioso, se cura
de quienes aman con desigual trato) depreca. 521

Era la noche, y un plácido sopor cogían, cansados,
en las tierras los cuerpos; y las selvas y fieros los mares
descansaban, cuando giran, a media caída, los astros,
cuando calla todo el campo; las bestias, las aves pintadas, 525
las que anchamente los líquidos lagos, las que ásperos campos
de zarzas, ocupan, dadas al sueño en la noche silente
calmaban sus penas y, olvidados de trabajos, sus pechos.
Mas no la fenicia infeliz en su ánimo, y nunca en los sueños
se liberta, o en los ojos o en el pecho la noche 530
recibe; se redoblan sus penas y, otra vez resurgiendo,
se ensaña el amor, y fluctúa en magna marea de iras.
Insiste así, pues, y así en su corazón revuelve consigo:

“¿Mira qué hago? ¿Burlada, otra vez a mis pretendientes
probaré, y las bodas de númeradas pediré, suplicante, [primeros 535
cuando como maridos los desdeñara ya tantas veces?
¿Luego ilíacas flotas y de los teucros las últimas órdenes
seguiré? ¿Porque me alegra que antes con mi auxilio se alzarán,
y está, en los que bien recuerdan, del viejo hecho la gracia?
Mas, ¿quién (supón que yo quiera) en sus barcos soberbios, odiosa,

VIRGILIO

Invisam accipiet? Nescis, heu! perdita, necdum
 Laomedontae sentis perjuriam gentis?
 Quid tum? sola fuga nautas comitabor ovantes?
 An Tyriis omnique manu stipata meorum
 545 Inferar, et, quos Sidonia vix urbe revelli,
 Rursus agam pelago et ventis dare vela jubebo?
 Quin morere, ut merita es, ferroque averte dolorem.
 Tu, lacrimis evicta meis, tu prima furentem
 His, germana, malis oneras atque objicis hosti.
 550 Non licuit thalami expertem sine crimine vitam
 Degere, more ferae, tales nec tangere curas!
 Non servata fides cineri promissa Sychaeo! »
 Tantos illa suo rumpebat pectore questus.
 Aeneas celsa in puppi jam certus eundi
 555 Carpebat somnos, rebus jam rite paratis.
 Huic se forma dei vultu redeuntis eodem
 Obtulit in somnis rursusque ita visa monere est,
 Omnia Mercurio similis, vocemque coloremque
 Et crines flavos et membra decora juventae :
 560 « Nate dea, potes hoc sub casu ducere somnos?
 Nec, quae te circum stent deinde pericula, cernis?
 Demens! nec Zephyros audis spirare secundos?
 Illa dolos dirumque nefas in pectore versat
 Certa mori varioque irarum fluctuat aestu.
 565 Non fugis hinc praecipit, dum praecipitare potestas?
 Jam mare turbari trabibus saevasque videbis
 Collucere faces, jam fervere litora flammis,
 Si te his attigerit terris Aurora morantem.
 Eia age; rumpe moras. Varium et mutabile semper
 570 Femina. » Sic fatus nocti se immiscuit atrae.
 Tum vero Aeneas, subitis exterritus umbris,
 Corripit e somno corpus sociosque fatigat :
 « Praecipites vigilate, viri, et considite transtris;
 Solvite vela citi. Deus aethere missus ab alto

ENEIDA IV

me admitirá o tomará? ¡Ay! ¿Todavía no conoces, perdida; 541
de la gente Laomedontea los perjuros no sientes?
¿Qué, entonces? ¿Sola, en fuga, perseguiré a los nautas gozosos?
¿O rodeada de tirios, y de los míos con toda la fuerza
me lanzaré, y a los que apenas saqué de la urbe sidonia, 545
haré otra vez al piélago, y mandaré a los vientos dar velas?
Mas no; cual mereces, muere, y ahuyenta el dolor con el hierro...
Tú, por mis lágrimas vencida; tú a mí, furente, primero,
con estos males me cargas, hermana, y al hoste me ofreces.
¡No fue lícito, libre del tálamo, sin crimen mi vida 550
pasar, a modo de fiera, y no tocar tales afanes!
¡No se guardó, a la ceniza de Siqueo, la fe prometida!”
En tan grandes lamentos aquélla en su pecho rompía.

Eneas en la alta popa, ya cierto de irse
cogía los sueños, ya bien preparadas las cosas. 555
A éste, con el mismo rostro, la forma del dios que volvía
se le acercó en sueños, y así otra vez pareció aconsejarlo,
en todo igual a Mercurio, en la voz y el color,
y las flavas crines, y de juventud los miembros hermosos:
“Hijo de diosa, ¿puedes gustar, bajo este caso, los sueños? 560
¿Y no miras cuáles peligros te cercarán en seguida?
¡Loco! ¿Espirar a los céfiros propicios no oyes?
Aquélla, dolos y fiera maldad en su pecho revuelve,
cierta de morir, y fluctúa en varia marea de iras.
¿No huyes de aquí de prisa, mientras es poder tuyo ir de prisa? 565
Ya verás turbarse con leños el mar, y las bárbaras
teas resplandecer, ya hervir de flamas las costas,
si en estas tierras, demorado, te tocare la aurora;
vamos, ea, las demoras termina; es variedad y mudanza
la mujer.” Hablando así, en la noche se ocultó tenebrosa. 570

Allí en verdad Eneas, aterrado por las súbitas sombras,
arrebata del sueño su cuerpo, y fatiga a los socios
presurosos: “Despertad, hombres, y en los bancos sentaos;
soltad, raudos, las velas. Un dios, del alto éter enviado,

VIRGILIO

575 Festinare fugam tortosque incidere funes
 Ecce iterum stimulat. Sequimur te, sancte deorum,
 Quisquis es, imperioque iterum paremus ovantes.
 Adsis o, placidusque juves et sidera caelo
 Dextra feras! » Dixit vaginaque eripit ensem
 580 Fulmineum strictoque ferit retinacula ferro.
 Idem omnes simul ardor habet; rapiuntque ruuntque.
 Litora deseruere; latet sub classibus aequor:
 Adnixi torquent spumas et caerula verrunt.
 Et jam prima novo spargebat lumine terras
 585 Tithoni croceum linquens Aurora cubile.
 Regina e speculis ut primum albescere lucem
 Vidit et aequatis classem procedere velis,
 Litoraque et vacuos sensit sine remige portus,
 Terque quaterque manu pectus percussa decorum
 590 Flaventesque abscissa comas: « Pro Jupiter! ibit
 Hic, ait, et nostris illuserit advena regnis?
 Non arma expedient, totaque ex urbe sequentur
 Diripientque rates alii navalibus? Ite,
 Ferte citi flammis, date vela, impellite remos...
 595 Quid loquor? aut ubi sum? quae mentem insania mutat?
 Infelix Dido! nunc te facta impia tangunt?
 Tum decuit, cum sceptras dabas... En dextra fidesque,
 Quem secum patrios ajunt portare Penates,
 Quem subiisse umeris confectum aetate parentem?...
 600 Non potui abreptum divellere corpus et undis
 Spargere? non socios, non ipsum absumere ferro
 Ascanium patriisque epulandum apponere mensis?
 Verum anceps pugnae fuerat fortuna... Fuisset!
 Quem metui moritura? Faces in castra tulissem,
 605 Implessemque foros flammis, natumque patremque
 Cum genere extinxem, memet super ipsa dedissem...
 Sol, qui terrarum flammis opera omnia lustras,
 Tuque harum interpres curarum et conscia Juno,

ENEIDA IV

a festinar la fuga y a cortar los cables torcidos 575
 ved que incita de nuevo. Santo entre los dioses, seguímoste,
 quien fueres, y tu orden de nuevo obedecemos gozosos.
 ¡Asiste, oh, y ayúdanos plácido, y trae al cielo los astros
 favorables!” Dijo, y sacó de la vaina la espada
 fulmínea, e hirió las amarras con el hierro empuñado. 580
 El mismo ardor, a la vez, tiene a todos; y arrancan y corren.
 Las costas dejaron; el mar bajo las flotas se oculta:
 tuercen, apoyándose, espumas, y lo cerúleo barren.
 Y ya, primera, con nueva luz rociaba las tierras
 la Aurora, dejando el azafranado lecho titonio. 585
 Cuando blanquear la lumbre vio desde las atalayas la reina
 primero, y avanzar, igualadas sus velas, la flota,
 y las costas percibió, y vacíos, sin remeros, los puertos,
 tres y cuatro veces con su mano el pecho hermoso golpeando,
 y arrancando los dorados cabellos: “¡Por Jove! ¿Se irá éste 590
 —dijo—, y un extranjero habrá con nuestros reinos jugado?
 ¿No sacarán las armas, y seguirán de toda la urbe
 otros, y apartarán de los muelles mis barcos? ¡Id raudos,
 llevad flamas, dad velas, poned fuerza a los remos . . . !
 ¿Qué digo? ¿O dónde estoy? ¿Qué insania muda mi mente? 595
 ¡Infeliz Dido! ¿Ahora te alcanzan los hechos impíos?
 Fue justo entonces, cuando dabas los cetros . . . ¿Diestra y fe miras
 de quien dicen que porta consigo sus patrios penates,
 quien soportó en sus hombros al padre por la edad quebrantado? . . .
 ¿No pude trizar su cuerpo desgarrado, y regarlo 600
 en las ondas? ¿No a sus socios, no matar con el hierro
 al mismo Ascanio, y darlo a comer en las mesas paternas?
 Mas dudosa sería la fortuna de la pugna . . . ¡Y si fuera!
 ¿A quién temí, moribunda? Antorchas a los reales llevara,
 colmara las cubiertas de flamas; al hijo y al padre 605
 con su raza extinguiera; encima, me hubiera dado yo misma . . .
 Sol que todas las obras de las tierras con flamas alumbras,
 y tú, Juno, de estos cuidados intérprete y cómplice,

VIRGILIO

Nocturnisque Hecate trivis ululata per urbes,
 610 **Et** Dirae ultrices, et di morientis Elissae,
 Accipite haec, meritumque malis advertite numen,
 Et nostras audite preces. Si tangere portus
 Infandum caput ac terris adnare necesse est,
 Et sic fata Jovis poscunt, hic terminus haeret ;
 615 At bello audacis populi vexatus et armis,
 Finibus extorris, complexu avulsus Iuli,
 Auxilium impleret videatque indigna suorum
 Funera; nec, cum se sub leges pacis iniquae
 Tradiderit, regno aut optata luce fruatur;
 Sed cadat ante diem mediaque inhumatus harena.
 Haec precor, hanc vocem extremam cum sanguine fundo.
 Tum vos, o Tyrii, stirpem et genus omne futurum
 Exercete odiis cinerique haec mittite nostro
 Munera; nullus amor populis nec foedera sunt.
 625 Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor,
 Qui face Dardanios ferroque sequare colonos,
 Nunc, olim, quocumque dabunt se tempore vires.
 Litora litoribus contraria, fluctibus undas
 Imprecor, arma armis; pugnent ipsique nepotesque. »
 630 Haec ait et partes animum versabat in omnes,
 Invisam quaerens quamprimum abrumpere lucem.
 Tum breviter Barcen nutricem affata Sychaei
 (Namque suam patria antiqua cinis ater habebat)
 « Annam, cara mihi nutrix, huc siste sororem;
 635 Dic corpus properet fluviali spargere lympha
 Et pecudes secum et monstrata piacula ducat;
 Sic veniat; tuque ipsa pia tege tempora vitta.
 Sacra Jovi Stygio, quae rite incepta paravi
 Perficere est animus finemque imponere curis
 640 Dardaniique regum capitis permittere flammae. »
 Sic ait. Illa gradum studio celerabat anilem.
 At trepida et coeptis immanibus effera Dido

ENEIDA IV

y Hécate ululada por las urbes en los trivios nocturnos,
 y Furias vengadoras y dioses de Elisa muriente, 610
 tomad esto, y volved vuestro poder merecido a mis males,
 y oíd nuestras preces. Si es necesario que toque sus puertos
 la infanda persona, y que para las tierras navegue,
 y así lo piden los hados de Jove, y se fija este término;
 que por la guerra y de un pueblo audaz por las armas vejado, 615
 de sus fines desterrado, arrancado al abrazo de Julo,
 implore auxilio, y vea de los suyos las muertes
 indignas; y, cuando de una paz inicua bajo las leyes
 se haya entregado, no del reino o la luz deseada disfrute;
 mas caiga antes del día, y a mitad de la arena insepulto. 620
 Esto ruego, esta voz extrema con mi sangre difundo.
 Allí, oh tirios, vosotros, su estirpe y toda raza futura
 perseguid con odios, y a nuestra ceniza envidad estos
 regalos: no haya ningún amor entre estos pueblos, ni alianzas.
 Que desde nuestros huesos algún vengador se levante, 625
 que con antorcha y hierro persiga a los dardanios colonos,
 ahora, más tarde, en cualquier tiempo que se le donen las fuerzas.
 Costas a sus costas contrarias; a sus olas, las ondas,
 impreco, armas a sus armas; los mismos y sus nietos combatan.”
 Esto dijo, y revolvía a todas partes su ánimo, 630
 buscando la odiosa luz interrumpir cuanto antes.
 Allí a Barce, nodriza de Siqueo, habló brevemente
 (pues tenía en la antigua patria a la suya la negra ceniza):
 “Mi cara nodriza, haz que venga aquí Ana mi hermana;
 dile que a rociar su cuerpo con agua fluvial se apresure, 635
 y bestias traiga consigo e, indicadas, las víctimas;
 venga así; y tú misma cubre sus sienes con cinta piadosa.
 Los ritos a Jove Estigio, que bien preparé comenzados,
 concluir está en mi ánimo, e imponer el fin a mis cuitas,
 y la hoguera del dardanio príncipe entregar a la flama.” 640
 Así dijo. Ella el paso senil aceleraba con ansia.

Mas Dido turbada y fiera por sus inhumanos intentos,

VIRGILIO

Sanguineam volvens aciem maculisque trementes
Interfusa genas et pallida morte futura
645 Interiora domus irrumpit limina et altos
Conscendit furibunda rogos ensemque recludit
Dardanium, non hos quaesitum munus in usus.
Hic, postquam Iliacas vestes notumque cubile
Conspexit, paulum lacrimis et mente morata
650 Incubuitque toro dixitque novissima verba :
« Dulces exuviae, dum fata deusque sinebat,
Accipite hanc animam, meque his exsolve curis.
Vixi, et, quem dederat cursum fortuna, peregi;
Et nunc magna mei sub terras ibit imago.
655 Urbem praeclaram statui; mea moenia vidi;
Ultra virum poenas inimico a fratre recepi;
Felix, heu! nimium felix, si litora tantum
Numquam Dardaniae tetigissent nostra carinae! »
Dixit, et os impressa toro « moriemur inultae,
660 Sed moriamur, ait. Sic, sic juvat ire sub umbras.
Hauriat hunc oculis ignem crudelis ab alto
Dardanus et nostrae secum ferat omina mortis. »
Dixerat; atque illam media inter talia ferro
Collapsam adspiciunt comites ensemque cruore
665 Spumantem sparsasque manus. It clamor ad alta
Atria; concussam bacchatur fama per urbem.
Lamentis gemituque et femineo ululatu
Tecta fremunt; resonat magnis plangoribus aether,
Non aliter quam si immissis ruat hostibus omnis
670 Carthago aut antiqua Tyros flammaeque furentes
Culmina perque hominum volvuntur perque deorum.
Audiit exanimis trepidoque exterrita cursu
Unguibus ora soror foedans et pectora pugnis
Per medios ruit ac morientem nomine clamat :
675 « Hoc illud, germana, fuit? me fraude petebas!
Hoc rogos iste mihi, hoc ignes araeque parabant?

ENEIDA IV

volviendo la sanguínea mirada, y las tremantes mejillas
regada con manchas, y pálida ante la muerte futura,
irrumpe en las puertas interiores de la casa, y las altas
hogueras sube, furibunda, y descubre la espada
dardania, regalo no para estos usos pedido. 645

Aquí, después que las vestes ilíacas y el lecho sabido
miró, con lágrimas y mente demorándose un poco,
se recostó en la cama, y sus palabras últimas dijo: 650

“Dulces prendas, mientras los hados y un dios consentían,
recibid esta ánima, y desatadme de estos cuidados.
Viví, y llevé al cabo el curso que la fortuna me diera;
y ahora, magna, iré bajo las tierras la imagen de mí.
Puse en pie una urbe preclara; mis murallas he visto; 655
vengando a mi esposo, atraje penas al hermano enemigo;
¡feliz, ay, demasiado feliz, si sólo las costas
nuestras no hubieran tocado las quillas dardanias!”

Dijo, e impresa el rostro en el lecho: “Sin vengar moriremos, 659
mas muramos” —dice. “Así, aun así, ir bajo las sombras consuela.
Beba con los ojos, desde alta mar, este fuego el cruel dárdano,
y lleve los presagios de nuestra muerte consigo.”

Había dicho; y he aquí que entre esto, sobre el hierro caída,
sus acompañantes la miran, y la espada con sangre
espumante, y manchadas las manos. Va el clamor a los altos 665
atrios; grita la Fama a través de la urbe espantada.
Con los lamentos y el gemido y el femíneo alarido
braman las casas; resuena con grandes quejidos el éter
no de otro modo que si, introducidos los hostes,
toda Cartago o la antigua Tiro, y las llamas furiosas 670
se revolvieran por las techumbres de hombres y dioses.

Lo oyó exánime, y aterrada con temerosa carrera,
su hermana, y con uñas el rostro hiriendo y los pechos con puños,
corre por medio, y con su nombre a la muriente reclama:
“¿Esto, hermana, fue aquello? ¡Con fraude a mí me buscabas! 675
¿Esto, a mí, esa hoguera; esto me preparaban fuegos y aras?

VIRGILIO

Quid primum deserta querar? Comitemne sororem
Sprevisti moriens? Eadem me ad fata vocasses;
Idem ambas ferro dolor atque eadem hora tulisset.
680 His etiam struxi manibus patriosque vocavi
Voce deos, sic te ut posita, crudelis, abessem?
Exstinxti te meque, soror, populumque patresque
Sidonios urbemque tuam. Date, vulnera lymphis
Abluam, et, extremus si quis super halitus errat,
685 Ore legam. » Sic fata gradus evaserat altos
Semianimemque sinu germanam amplexa fovebat
Cum gemitu atque atros siccabat veste cruores.
Illa, graves oculos conata attollere, rursus
Deficit; infixum studit sub pectore vulnus.
690 Ter sese attollens cubitoque annixa levavit;
Ter revoluta toro est oculisque errantibus alto
Quaesivit caelo lucem ingemuitque reperta.
Tum Juno omnipotens longum miserata dolorem
Difficilesque obitus Irim demisit Olympo,
695 Quae luctantem animam nexosque resolveret artus.
Nam quia nec fato merita nec morte peribat,
Sed misera ante diem subitoque accensa furore,
Nondum illi flavum Proserpina vertice crinem
Abstulerat Stygioque caput damnaverat Orco.
700 Ergo Iris croceis per caelum roscida pennis,
Mille trahens varios adverso sole colores,
Devolat et supra caput adstitit : « Nunc ego Diti
Sacrum jussa fero teque isto corpore solvo. »
Sic ait et dextra crinem secat; omnis et una
705 Dilapsus calor atque in ventos vita recessit.

ENEIDA IV

¿Qué lloraré, abandonada, primero? ¿A tu hermana, muriendo,
por compañera alejaste? Al mismo hado me hubieras llamado;
el mismo dolor, la misma hora, a ambas con el hierro llevara.
¿Aun con estas manos construí, y llamé con mi voz a los patrios 680
dioses, para que cruel, de ti así tendida, distara?
Nos extinguiste a ti y a mí, hermana, y al pueblo y los padres
sidonios, y a tu urbe. Dad, que sus heridas con linfas
yo lave, y, si yerra encima algún hálito extremo, en mi boca
lo tome.” Hablando así, había las altas gradas subido, 685
y a la medio muerta hermana en su seno abrigaba abrazándola
con gemido, y en su vestido las negras sangres secaba.
Ella, los graves ojos alzar intentando, de nuevo
desmaya; clavada, silba bajo su pecho la llaga.
Tres veces se levantó alzándose y apoyada en el codo; 690
tres veces cayó hacia atrás en el lecho, y con ojos errantes
buscó en el alto cielo la luz, y gimió al encontrarla.
Allí Juno omnipotente, del largo dolor apiadada
y las difíciles muertes, del Olimpo a Iris envía,
a que soltara su ánima que lucha y sus miembros unidos. 695
Pues, porque no perecía por hado ni por muerte debida,
mas mísera, antes del día por súbito furor incendiada,
Proserpina aún no de la frente el flavo cabello le había
quitado, y al Orco estigio su cabeza había dedicado.
Así, la rociada Iris con plumas de azafrán por el cielo, 700
los mil varios colores del sol opuesto trayendo,
baja en vuelo, y en su cabeza se posa: “Yo éste, sagrado,
llevo a Dite, mandada, y a ti de este cuerpo te suelto.”
Así dice, y corta con la diestra un cabello. Y a un tiempo
huyó todo calor, y retrocedió a los vientos la vida. 705

Liber quintus

Interea medium Aeneas jam classe tenebat
Certus iter, fluctusque atros Aquilone secabat
Moenia respiciens quae jam infelicis Elissae
Collucent flammis. Quae tantum accenderit ignem
5 Causa latet; duri magno sed amore dolores
Polluto notumque, furens quid femina possit,
Triste per augurium Teucrorum pectora ducunt.
 Ut pelagus tenuere rates, nec jam amplius ulla
Occurrit tellus; maria undique et undique caelum :
10 Olli caeruleus supra caput adstitit imber
Noctem hiememque ferens et inhorruit unda tenebris.
Ipse gubernator puppi Palinurus ab alta :
« Heu! quianam tanti cinxerunt aethera nimbi?
Quidve, pater Neptune, paras? » Sic deinde locutus
15 Colligere arma jubet validisque incumbere remis
Obliquatque sinus in ventum ac talia fatur :
« Magnanime Aenea, non, si mihi Juppiter auctor
Spondeat, hoc sperem Italiam contingere caelo.
Mutati transversa fremunt et vespere ab atro
20 Consurgunt venti atque in nubem cogitur aer;
Nec nos obniti contra nec tendere tantum
Sufficimus. Superat quoniam fortuna, sequamur,
Quoque vocat, vertamus iter. Nec litora longe
Fida reor fraterna Erycis portusque Sicanos,
25 Si modo rite memor servata remetior astra. »
Tum pius Aeneas : « Equidem sic poscere ventos
Jamdudum et frustra cerno te tendere contra.
Flecte viam velis. An sit mihi gratior ulla,
Quove magis fessas optem demittere naves,
30 Quam quae Dardanium tellus mihi servat Acesten

Libro quinto

Entre tanto, cierto, ya en su flota tenía Eneas el medio camino, y negras por el Aquilón las olas cortaba, volviéndose a ver las murallas que alumbran ya con las llamas de Elisa infeliz. La causa que haya hecho arder tanto fuego se oculta; mas del magno amor violado los duros dolores y el ser conocido lo que puede una mujer furibunda, por triste augurio a los pechos de los teucros conducen. 5

Cuando tuvieron los barcos el piélagos, y ya más ninguna tierra ocurrió —doquiera mares y cielo doquiera—, sobre la cabeza se le detuvo una lluvia cerúlea noche y tormenta trayendo, y la onda erizó con tinieblas. 10

Desde la alta popa, el mismo Palinuro el piloto: “¡Ay! ¿Por qué tan grandes nubes ciñeron el éter? ¿O qué, padre Neptuno, preparas?” Después que hubo así hablado, atar velas ordena y encorvarse en los válidos remos, y oblicua hacia el viento los pliegues, y tales cosas exclama: 15

“Magnánimo Eneas: no, aun si me lo ofreciera Jove garante, a Italia esperaríá tocar con tal cielo. Mudados de través, braman, y desde el negro occidente se alzan los vientos, y en una nube es el aire reunido; nosotros ni a resistir en contra, ni tanto a luchar nos bastamos. Puesto que vence la fortuna, sigámosla, y a donde llama, el camino volvamos. Que disten las fieles costas fraternas de Érix no creo, y los puertos sicanos, si sólo, acordándome bien, mido otra vez astros ya vistos.” 20 25

Allí, el piadoso Eneas: “Ya hace tiempo observo, por cierto, que así lo piden los vientos, y en vano tú luchas en contra. Tuerce con las velas la vía. ¿Será tierra alguna más grata para mí, o a donde escoja conducir las naves cansadas, que la que para mí al dardanio Acestes conserva, 30

VIRGILIO

Et patris Anchisae gremio complectitur ossa? »
•Haec ubi dicta, petunt portus et vela secundi
Intendunt Zephyri; fertur cita gurgite classis
Et tandem laeti notae advertuntur harenae.
35 At procul excelso miratus vertice montis
Adventum sociasque rates occurrit Acestes,
Horridus in jaculis et pelle Libystidis ursae,
Troia Criniso conceptum flumine mater
Quem genuit. Veterum non immemor ille parentum,
40 Gratatur reduces et gaza laetus agresti
Excipit ac fessos opibus solatur amicis.
Postera cum primo stellas Oriente fugarat
Clara dies, socios in coetum litore ab omni
Advocat Aeneas tumulique ex aggere fatur :
45 « Dardanidae magni, genus alto a sanguine divum,
Annuus exactis completur mensibus orbis,
Ex quo reliquias divinique ossa parentis
Condidimus terra maestasque sacravimus aras.
Jamque dies, nisi fallor, adest, quem semper acerbum,
50 Semper honoratum (sic di voluistis) habebo.
Hunc ego Gaetulis agerem si Syrtibus exsul
Argolicove mari deprensus et urbe Mycenae,
Annua vota tamen sollemnesque ordine pompas
Exsequerer strueremque suis altaria donis.
55 Nunc ultro ad cineres ipsius et ossa parentis
Haud equidem sine mente, reor, sine numine divum
Adsumus et portus delati intramus amicos.
Ergo agite, et laetum cuncti celebremus honorem;
Poscamus ventos, atque haec me sacra quotannis
60 Urbe velit posita templis sibi ferre dicatis.
Bina boum vobis Troja generatus Acestes
Dat numero capita in naves; adhibete penates
Et patrios epulis et quos colit hospes Acestes.
Praeterea, si nona diem mortalibus almum

ENEIDA V

y del padre de Anquises abraza en su regazo los huesos?”
Cuando esto dijo, buscan los puertos, y las velas los céfiros
hinchán propicios; veloz, la flota en el abismo es llevada
y al fin, alegres, a la conocida arena regresan.

Mas de la excelsa cima del monte habiendo visto de lejos 35
la llegada, y las naves amigas, Acestes ocurre,
erizado de dardos y de la piel de un osa de Libia;
una madre troyana, concebido del río Crimiso,
lo engendró. De sus antiguos padres aquél no olvidado,
gratula a los que vuelven y, alegre, con agreste riqueza 40
los acoge y consuela, cansados, con amigos recursos.

Cuando el siguiente día ahuyentó con el oriente primero
los astros, en reunión a los socios desde toda la costa
convoca Eneas, y de lo alto de un montecillo les habla:
“Dardánidas magnos, linaje de alta sangre de dioses, 45
se ha completado un orbe anual, transcurridos los meses,
desde que las reliquias y los huesos del padre divino
guardamos en la tierra, y consagramos las aras sombrías.
Y ya el día, si no me engaño, llegó, el cual siempre acerbo,
siempre honrado tendré (dioses, así lo quisisteis). 50
Si yo, desterrado, pasara éste en las gétulas Sirtes,
o apresado en el mar argólico y la ciudad de Micenas,
anuales votos, con todo eso, y solemnes pompas en orden
cumpliré, y con sus dones recubriré los altares.
Ahora, además, del mismo padre ante las cenizas y huesos, 55
no en verdad —pienso— sin la mente, sin el poder de los dioses,
llegamos, y, llevados, en puertos amigos entramos.
Venid, pues, y juntos el alegre honor celebremos;
pidamos vientos, y él quiera que estos sacrificios anuales
lleve yo, fundada la urbe, a templos para él dedicados. 60
Nacido de Troya, os da dos cabezas de bueyes Acestes
por nave, según su número; convocad los penates
patrios también a las viandas, y a los que honra el huésped Acestes.
Además, cuando el albo día para los mortales la aurora

VIRGILIO

- 65 Aurora extulerit radiisque retexerit orbem,
Prima citae Teucris ponam certamina classis;
Quique pedum cursu valet et qui viribus audax
Aut jaculo incedit melior levibusque sagittis,
Seu crudo fidit pugnam committere caestu,
70 Cuncti adsint meritaque exspectent praemia palmae.
Ore favete omnes et cingite tempora ramis. »
Sic fatus velat materna tempora myrto.
Hoc Helymus facit, hoc aevi maturus Acestes,
Hoc puer Ascanius, sequitur quos cetera pubes.
75 Ille e concilio multis cum milibus ibat
Ad tumulum, magna medius comitante caterva.
Hic duo rite mero libans carchesia Baccho
Fundit humi, duo lacte novo, duo sanguine sacro,
Purpureosque jacet flores ac talia fatur :
80 « Salve, sancte parens, iterum; salvete, recepti
Nequiquam cineres animaeque umbraeque paternae.
Non licuit fines Italos fataliaque arva
Nec tecum Ausonium, quicumque est, quaerere Thybrim. »
Dixerat haec, adytis cum lubricus anguis ab imis
85 Septem ingens gyros, septena volumina traxit
Amplexus placide tumulum lapsusque per aras :
Caeruleae cui terga notae maculosus et auro
Squamam incendebat fulgor, ceu nubibus arcus
Mille trahit varios adverso sole colores.
90 Obstupuit visu Aeneas. Ille agmine longo
Tandem inter pateras et levia pocula serpens
Libavitque dapes rursusque innoxius imo
Successit tumulo et depasta altaria liquit.
Hoc magis inceptos genitori instaurat honores,
95 Incertus Geniumne loci famulumne parentis
Esse putet; caedit quinas de more bidentes
Totque sues, totidem nigrantes terga junvecos,
Vinaque fundebat pateris animamque vocabat

ENEIDA V

novena eleve, y descubra con su rayos el orbe, 65
pondré a los teucros de la flota veloz primeros certámenes;
y el que vale en la carrera a pie, y el que audaz por sus fuerzas
avanza, o el mejor en el dardo y las leves saetas,
o si en empeñar la lucha con el crudo cesto confía,
todos vengan, y esperen de la ganada palma los premios. 70
Callad en la boca todos, y ceñid las sienes con ramas.”

Hablando así, vela con el materno mirto las sienes.
Esto hace Helimo; de edad maduro, esto Acestes;
esto el niño Ascanio; la restante juventud los imita.
Él, desde la reunión, iba con muchos miles, en medio, 75
hacia el túmulo, acompañándolo magna caterva.
Éste, ritualmente, dos copas de Baco puro libando
vierte al suelo, dos de leche nueva, dos de sangre sagrada,
y purpúreas flores arroja, y habla tales palabras:
“Salve, santo padre, de nuevo; salve, cenizas 80
en vano recobradas, y ánimas y sombras paternas.
No fue lícito los ítalos fines y fatales las tierras
buscar contigo, ni el ausonio Tíber, cualquiera que fuere.”

Esto había dicho, cuando del hondo santuario una lúbrica
sierpe ingente, en siete giros, arrastró siete anillos 85
abrazando, plácida, el túmulo, y resbalando en las aras:
a ella, marcas cerúleas el lomo y, manchado de oro,
un fulgor encendía la escama, como el arco en las nubes
arrastra del opuesto sol los mil varios colores.
Se pasmó Eneas con la vista. Ella, en largo camino, 90
al fin entre páteras y pulidos vasos serpeando,
libó las viandas y, de nuevo, incensiva, en lo bajo
del túmulo entró, y abandonó los pacidos altares.
Por esto, más renueva al padre los comenzados honores,
no sabiendo juzgar si era el genio del lugar o si un criado 95
de su padre. Mata cinco ovejas, según la costumbre,
y tantos cerdos, y otros tantos novillos negros del lomo,
y vinos vertía de las páteras y el alma invocaba

VIRGILIO

Anchisae magni manesque Acheronte remissos.
100 Nec non et socii, quae cuique est copia, laeti
Dona ferunt onerantque aras mactantque juvencos.
Ordine aena locant alii, fusique per herbam
Subjiciunt verubus prunas et viscera torrent.
Exspectata dies aderat nonamque serena
105 Auroram Phaethontis equi jam luce vehebant;
Famaque finitimos et clari nomen Acestae
Excierat : laeto complebant litora coetu,
Visuri Aeneadas, pars et certare parati.
Munera principio ante oculos circoque locantur
110 In medio, sacri tripodes viridesque coronae
Et palmae, pretium victoribus, armaque et ostro
Perfusae vestes, argenti aurique talentum;
Et tuba commissos medio canit aggere ludos.
Prima pares ineunt gravibus certamina remis
115 Quattuor ex omni delectae classe carinae.
Velocem Mnestheus agit acri remige Pristim,
Mox Italus Mnestheus, genus a quo nomine Memmi,
Ingentemque Gyas ingenti mole Chimaeram,
Urbis opus, triplici pubes quam Dardana versu
120 Impellunt, terno consurgunt ordine remi;
Sergestusque, domus tenet a quo Sergia nomen,
Centauro invehitur magna, Scyllaque Cloanthus
Caerulea, genus unde tibi, Romane Cluenti.
Est procul in pelago saxum spumantia contra
125 Litora, quod tumidis submersum tunditur olim
Fluctibus, hiberni condunt ubi sidera Cori;
Tranquillo silet immotaque attollitur unda
Campus et apricis statio gratissima mergis.
Hic viridem Aeneas frondenti ex ilice metam
130 Constituit, signum nautis pater, unde reverti
Scirent et longos ubi circumflectere cursus.
Tum loca sorte legunt ipsique in puppibus auro

ENEIDA V

del magno Anquises, y los manes del Aqueronte soltados.
 Y alegres, también los socios, de lo que ha copia cada uno, 100
 dones llevan, y cargan las aras, e inmolan novillos.
 En orden, otros ponen calderos, y en la hierba esparcidos,
 meten brasas bajo los asadores, y queman las vísceras.

Había llegado el día esperado, y ya a la aurora novena
 con serena luz los caballos de Faetón conducían, 105
 y a los vecinos la fama y del claro Acestes el nombre
 excitaban: en reunión alegre habían colmado las costas,
 parte, a ver a los Enéadas, y a competir preparados.
 Los premios, primero, ante los ojos son puestos en medio
 del círculo; sagrados trípodes y verdes coronas 110
 y palmas, pago a los vencedores, y armas y vestes
 teñidas de púrpura, y un talento de plata y de oro;
 y, a medio terraplén, la trompa canta, emprendidos, los juegos.
 Entran, con los graves remos, al primer certamen iguales,
 cuatro quillas elegidas de toda la flota. 115

Lleva Mnesteo a la "Priste" veloz con briosos remeros;
 Mnesteo, ítalo luego, de cuyo nombre el linaje de Memio;
 Gías, a la ingente, de ingente mole, "Quimera",
 grande como una urbe, que en triple fila los jóvenes dárdanos
 impelen; se elevan a un tiempo en orden triple los remos; 120
 y Sergesto, de quien la Sergia casa tiene su nombre,
 es llevado en la magna "Centauro", y en la "Escila" cerúlea,
 Cloanto, de donde a ti tu linaje, romano Cluënto.

Lejos hay, en el piélagos, frente a la costa espumante,
 un peñasco, que, sumergido, es golpeado a veces por tómidas 125
 olas, cuando invernales Cauros a los astros esconden;
 calla si el mar está calmo, y desde la onda inmóvil se alza,
 campo, y, a los mergos que toman el sol, refugio gratisimo.
 Aquí el padre Eneas verde meta de una encina frondosa
 erigió, señal a los nautas, desde donde supieran 130
 regresar, y donde dar vuelta a sus largas carreras.

Allí eligen sus sitios por suertes, y, en las popas, los mismos

VIRGILIO

Ductores longe effulgent ostroque decori;
 Cetera populea velatur fronde iuventus
 135 Nudatosque umeros oleo perfusa nitescit.
 Considerunt transtris intentaque bracchia remis;
 Intenti exspectant signum exsultantiaque haurit
 Corda pavor pulsans laudumque arrecta cupido.
 Inde ubi clara dedit sonitum tuba, finibus omnes,
 140 Haud mora, prosiluere suis; ferit aethera clamor
 Nauticus; adductis spumant freta versa lacertis.
 Infindunt pariter sulcos totumque dehiscit
 Convulsum remis rostrisque tridentibus aequor.
 Non tam praecipites bijugo certamine campum
 145 Corripuere ruuntque effusi carcere currus;
 Nec sic immissis aurigae undantia lora
 Concussere jugis pronique in verbera pendent.
 Tum plausu fremituque virum studiisque faventum
 Consonat omne nemus vocemque inclusa volutant
 150 Litora; pulsati colles clamore resultant
 Effugit ante alios primisque elabitur undis
 Turbam inter fremitumque Gyas; quem deinde Cloanthus
 Consequitur melior remis; sed pondere pinus
 Tarda tenet; post hos aequo discrimine Pristis
 155 Centaurusque locum tendunt superare priorem;
 Et nunc Pristis habet, nunc victam praeterit ingens
 Centaurus, nunc una ambae junctisque feruntur
 Frontibus et longa sulcant vada salsa carina.
 Jamque propinquabant scopulo metamque tenebant
 160 Cum princeps medioque Gyas in gurgite victor
 Rectorem navis compellat voce Menoeten :
 « Quo tantum mihi dexter abis? huc dirige gressum;
 Litus ama et laevas stringat sine palmula cautes;
 Altum alii teneant. » Dixit ; sed caeca Menoetes
 165 Saxa timens proram pelagi detorquet ad undas.
 « Quo diversus abis? » iterum, « Pete saxa, Menoet! »

ENEIDA V

guías refulgen de lejos, hermosos de púrpura y oro.
 La restante juventud es velada por fronda de álamos
 y brilla, bañada de aceite los hombros desnudos. 135
 Siéntanse en los bancos, y sus brazos a los remos se tienden.
 Tendidos, la seña esperan, y a sus corazones saltantes
 consumen el pavor que agita y la alta ambición de alabanzas.
 De allí, cuando dio el sonido la clara trompeta, a sus puestos
 todos —no hay demora— saltaron; hiere el éter el náutico 140
 clamor; espuman las aguas vueltas por los brazos tirantes.
 A la par hienden surcos, y, removida, toda se abre
 con remos y rostros tridentes la marina llanura.
 No tan raudos, en el certamen de bigas el campo
 tomaron, y corren, de la cárcel desatados, los carros; 145
 ni así los aurigas sacudieron las riendas ondeantes,
 y, enviados los yugos, inclinados en los látigos penden.
 Con el aplauso, allí, y rumor de hombres, y las ansias de quienes
 aplauden, todo el bosque suena, y su voz las costas cerradas
 repiten; las colinas, heridas del clamor, repercuten. 150
 Escapa ante los otros, y resbala el primero en las ondas,
 entre la turba y el ruido, Gías, a quien luego Cloanto
 sigue, el mejor en remos; mas, lento por el peso, su pino
 lo detiene; tras éstos, con igual intervalo, la “Priste”
 y la “Centauro” superar el lugar primero procuran; 155
 y ya la “Priste” lo tiene; ya, vencida, la pasa
 la ingente “Centauro”; ya, a una, son llevadas ambas, parejas
 sus proas, y con larga quilla surcan los vados salados.
 Y ya se acercaban al escollo y la meta tenían,
 cuando Gías, príncipe y vencedor, en mitad del abismo 160
 llama en alta voz a Menetes, el que rige la nave:
 “¿A dónde vas tanto a mi diestra? hacia aquí dirige la marcha;
 ama la costa, y deja al remo rozar las peñas izquierdas;
 la alta mar tengan otros.” Dijo; mas Menetes, las ciegas
 rocas temiendo, vuelve la proa hacia las ondas del piélago. 165
 “¿A dónde vas desviado?”, otra vez, “¡busca las rocas, Menetes!”

VIRGILIO

Cum clamore Gyas revocabat, et ecce Cloanthum
 Respicit instantem tergo et propiora tenentem.
 Ille inter navemque Gyae scopulosque sonantes
 170 Radit iter laevum interior subitoque priorem
 Praeterit et metis tenet aequora tuta relictis.
 Tum vero exarsit juveni dolor ossibus ingens,
 Nec lacrimis caruere genae, segnemque Menoeten
 Oblitus decorisque sui sociumque salutis
 175 In mare praecipitem puppi deturbat ab alta :
 Ipse gubernaclo rector subit, ipse magister
 Hortaturque viros clavumque ad litora torquet.
 At gravis, ut fundo vix tandem redditus imo est,
 Jam senior madidaque fluens in veste Menoetes
 180 Summa petit scopuli siccaque in rupe resedit.
 Illum et labentem Teucris et risere natantem,
 Et salsos rident revomentem pectore fluctus.
 Hic laeta extremis spes est accensa duobus,
 Sergesto Mnestheique, Gyan superare morantem.
 185 Sergestus capit ante locum scopuloque propinquat,
 Nec tota tamen ille prior praeunte carina;
 Parte prior, partem rostro premit aemula Pristis.
 At media socios incedens nave per ipsos
 Hortatur Mnestheus : « Nunc, nunc insurgite remis,
 190 Hectorei socii, Trojae quos sorte suprema
 Delegi comites; nunc illas promite vires,
 Nunc animos quibus in Gaetulis Syrtibus usi,
 Ionioque mari Maleaeque sequacibus undis.
 Non jam prima peto Mnestheus, neque vincere certo;
 195 Quanquam o . . . ! Sed superent, quibus hoc, Neptune, dedisti;
 Extremos pudeat rediisse; hoc vincite, cives,
 Et prohibete nefas. » Olli certamine summo
 Procumbunt; vastis tremit ictibus aerea puppis
 Subtrahiturque solum; tum creber anhelitus artus
 200 Aridaque ora quatit; sudor fluit undique rivis.

ENEIDA V

Gías con clamor le pedía que volviera; y ved que a Cloanto
mira atrás, tocando su espalda y más cercano teniéndose.
Él, entre la nave de Gías y los escollos sonantes,
rae por dentro el camino izquierdo, y de pronto al primero 170
pasa, y, dejadas las metas, ocupa las aguas seguras.
Allí, en verdad, dolor ingente ardió los huesos al joven;
no faltaron sus mejillas de llanto, y al viejo Menetes,
olvidado de su decoro y la salud de los socios,
desde la alta popa de cabeza en el mar precipita: 175
él mismo, rector, sube al gobernalle; él mismo, piloto,
y exhorta a los hombres, y el timón hacia las costas voltea.
Mas grave, cuando al fin apenas vuelto es del ínfimo fondo,
Menetes ya viejo, y chorreando en su ropa empapada,
busca lo alto del escollo y en la seca roca se sienta. 180
De él se rieron cuando caía y cuando nadaba, los teucros,
y se ríen cuando del pecho las olas saladas vomita.
Aquí, la alegre esperanza se encendió a los dos últimos,
Sergesto y Mnesteo, de superar a Gías moroso.
Sergesto toma antes el sitio y se aproxima al escollo, 185
no, empero, el primero, precediendo con toda su quilla;
parte, el primero; parte le aprieta el rostro de la émula "Priste".
Mas a mitad de la nave, entre sus mismos socios andando,
exhorta Mnesteo: "Ahora, levantaos ahora en los remos,
hectóreos socios, a quien en la suerte suprema de Troya 190
elegí compañeros; sacad aquellas fuerzas ahora,
ahora los ánimos que usasteis en las gétulas Sirtes,
y en el mar Jonio, y en las perseguidoras ondas maleas.
Yo, Mnesteo, no pido lo primero, ni en vencer rivalizo;
¡aunque oh...! Mas venzan esos a quien esto diste, Neptuno; 195
últimos tornar, avergüence; en esto ganad, ciudadanos,
y alejad esta afrenta." Ellos, en el sumo ardimiento,
se inclinan; con vastos golpes tiembla la popa bronceína
y el suelo es robado; allí, anhélito frecuente sus miembros
y áridas bocas bate; el sudor fluye doquier como arroyos. 200

VIRGILIO

Attulit ipse viris optatum casus honorem.
Namque furens animi dum proram ad saxa suburget
Interior spatioque subit Sergestus iniquo,
Infelix saxis in procurrentibus haesit.
205 Concussae cautes et acuto in murice remi
Obnixi crepuere illisaeque prora pependit.
Consurgunt nautae et magno clamore morantur
Ferratasque trudes et acuta cuspide contos
Expediunt fractosque legunt in gurgite remos.
210 At laetus Mnestheus successuque acrior ipso
Agmine remorum celeri, ventisque vocatis.
Prona petit maria et pelago decurrit aperto.
Qualis spelunca subito commota columba,
Cui domus et dulces latebroso in pumice nidi,
215 Fertur in arva volans plausumque exterrita pennis
Dat tecto ingentem; mox aere lapsa quieto
Radit iter liquidum celeres neque commovet alas :
Sic Mnestheus, sic ipsa fuga secat ultima Pristis
Aequora; sic illam fert impetus ipse volantem.
220 Et primum in scopulo luctantem deserit alto
Sergestum brevibusque vadis frustra vocantem
Auxilia et fractis discentem currere remis.
Inde Gyan ipsamque ingenti mole Chimaeram
Consequitur; cedit, quoniam spoliata magistro est.
225 Solus jamque ipso superest in fine Cloanthus,
Quem petit et summis adnixus viribus urget.
Tum vero ingeminat clamor cunctique sequentem
Instigant studiis resonatque fragoribus aether.
Hi proprium decus et partum indignantur honorem
230 Ni teneant, vitamque volunt pro laude pacisci;
Hos successus alit : possunt, quia posse videntur.
Et fors aequatis cepissent praemia rostris,
Ni palmas ponto tendens utrasque Cloanthus
Fudissetque preces divosque in vota vocasset :

ENEIDA V

El mismo azar ocasionó el deseado honor a los hombres.
Pues mientras furente de ánimo la proa a las peñas dirige
por dentro Sergesto, y en espacio inicuo penetra,
se encalló, infeliz, en los prolongados escollos.
Se sacudieron las rocas, y en aguda punta los remos 205
crujieron, forzándose, y colgó, estrellada, la proa.
Se levantan los nautas y con magno clamor se detienen,
y ferradas pértigas y palos de cúspide aguda
disponen, y en el abismo cogen los remos quebrados.
Mas Mnesteo, alegre y más ardiente por el mismo suceso, 210
con célere impulso los remos e invocados los vientos,
busca inclinados mares y baja por el piélagos abierto.
Cual la paloma de su guarida removida de súbito,
que casa y dulces nidos tiene en la pómez porosa,
volando es llevada a los campos, e ingente ruido, espantada 215
de su techo, da con las plumas; ya en el quieto aire escurriéndose,
rae el camino límpido y no mueve las céleres alas:
así Mnesteo, así la "Priste" misma corta en fuga las últimas
llanuras del mar; así, el mismo ímpetu la lleva volando.
Y, primero, luchando en el alto escollo abandona 220
a Sergesto, y en bajíos y vados, y en vano pidiendo
auxilios, y aprendiendo a correr con remos quebrados.
Desde allí, a Gías y, de ingente mole, a la misma "Quimera"
persigue: cede, porque despojada está de piloto.
Y ya, en el mismo final, resta el solo Cloanto, 225
a quien busca y, apoyado en sus fuerzas sumas, acosa.
Allí en verdad redobla el clamor y todos juntos instigan
con ansia al seguidor, y resuena con clamores el éter.
Éstos, si no tienen su propia gloria y su honor conquistado,
se indignan, y quieren cambiar por la alabanza la vida; 230
a éstos el suceso aumenta: pueden, porque miran que pueden.
Y acaso con igualados rostros tomaran los premios,
si no, tendiendo ambas palmas hacia el ponto, Cloanto
derramara preces y a sus votos invocara a los dioses:

VIRGILIO

- 235 « Di, quibus imperium est pelagi, quorum aequora curro,
•Vobis laetus ego hoc candentem in litore taurum
Constituam ante aras voti reus extaque salsos
Porriciam in fluctus et vina liquentia fundam. »
Dixit eumque imis sub fluctibus audiit omnis
240 Nereidum Phorcique chorus Panopeaque virgo;
Et pater ipse manu magna Portunus euntem
Impulit : illa Noto citius volucrique sagitta
Ad terram fugit et portu se condidit alto.
Tum satus Anchisa, cunctis ex more vocatis,
245 Victorem magna praeconis voce Cloanthum
Declarat viridique advelat tempora lauro;
Muneraque in naves ternos optare juvencos
Vinaque et argenti magnum dat ferre talentum.
Ipsis praecipuos ductoribus addit honores :
250 Victori chlamydem auratam, quam plurima circum
Purpura Maeandro duplici Meliboea cucurrit;
Intextusque puer frondosa regius Ida
Veloces jaculo cervos cursuque fatigat,
Acer, anhelanti similis, quem praepes ab Ida
255 Sublimem pedibus rapuit Jovis armiger uncis;
Longaevi palmas nequiquam ad sidera tendunt
Custodes saevitque canum latratus in auras.
At, qui deinde locum tenuit virtute secundum,
Levibus huic hamis consertam auroque trilicem
260 Loricam, quam Demoleo detraxerat ipse
Victor apud rapidum Simoenta sub Ilio alto,
Donat habere, viro decus et tutamen in armis.
Vix illam famuli Phegeus Sagarisque ferebant
Multiplicem connixi umeris; indutus at olim
265 Demoleos cursu palantes Troas agebat.
Tertia dona facit feminos ex aere lebetas
Cymbiaque argento perfecta atque aspera signis.
Jamque adeo donati omnes opibusque superbi

ENEIDA V

“Dioses, que el imperio han del piélago; cuyos llanos recorro: 235
yo, alegre, a vosotros en esta costa un toro blanqueante
pondré ante las aras, reo del voto, y en las olas saladas
echaré sus entrañas y derramaré líquidos vinos.”

Dijo, y bajo las ínfimas olas lo oyó todo el coro 240
de las Nereidas y de Forco y Panopea la virgen;
y con magna mano, a la viajera el mismo padre Portuno
impulsó; ella, veloz más que el Noto y la volante saeta,
huyó hacia tierra y se resguardó en el puerto profundo.

Allí el hijo de Anquises —todos, según el uso, llamados—
con la magna voz de un pregonero, vencedor a Cloanto 245
declara, y con verde lauro recubre sus sienas;

y regalos a las naves, escoger tres novillos,
y vinos, y llevar un magno talento de plata, concede.

Para los mismos guías añade especiales honores:
dorada clámide al vencedor, a la que en torno muchísima 250
púrpura melibea recorrió en doble Meandro;

y, bordado, el regio niño en el Ida frondoso
veloces ciervos con el dardo y la carrera fatiga,

ágil, como anhelante, al cual, altanera, desde el Ida, a lo alto
raptó con corvos pies la que lleva las armas de Jove; 255

en vano a las estrellas tienden las palmas los viejos
guardias, y el ladrido de los canes se enfurece en las auras.

Y al varón que después, por su valor, tuvo el sitio segundo,
a éste, de leves ganchos de oro triple tejida,

la loriga que a Demoleo quitado había él mismo, 260
vencedor, junto al rápido Simois bajo Ilión levantada,

le otorga tener, ornamento y protección en las armas.

Los criados Fegeo y Sagaris la aguantaban apenas,
tupida, con sus hombros luchando; mas un día, vistiéndola,

Demoleo en su carrera acosaba a los troyanos dispersos. 265

Hace los tercios dones: vasijas gemelas de bronce
y copas macizas de plata y labradas con signos.

Y ya así todos regalados y en sus riquezas soberbios

VIRGILIO

Puniceis ibant evincti tempora taenis,
 270 Cum saevo e scopulo multa vix arte revulsus,
 Amissis remis atque ordine debilis uno,
 Irrisam sine honore ratem Sergestus agebat
 Qualis saepe viae deprensus in aggere serpens
 Aerea quem obliquum rota transiit, aut gravis ictu
 275 Seminecem liquit saxo lacerumque viator.
 Nequiquam longos fugiens dat corpore tortus,
 Parte ferox ardensque oculis et sibila colla
 Arduus attollens; pars vulnere clauda retentat
 Nixantem nodis seque in sua membra plicantem.
 280 Tali remigio navis se tarda movebat;
 Vela facit tamen et velis subit ostia plenis.
 Sergestum Aeneas promisso munere donat,
 Servatam ob navem laetus sociosque reductos.
 Olli serva datur, operum haud ignara Minervae,
 285 Cressa genus, Pholoe, geminique sub ubere nati.
 Hoc pius Aeneas misso certamine tendit
 Gramineum in campum, quem collibus undique curvis
 Cingebant silvae, mediaque in valle theatri
 Circus erat; quo se multis cum milibus heros
 290 Consessu medium tulit exstructoque resedit.
 Hic, qui forte velint rapido contendere cursu,
 Invitat pretiis animos et praemia ponit.
 Undique conveniunt Teucris mixtique Sicani,
 Nisus et Euryalus primi.
 295 Euryalus forma insignis viridique juventa,
 Nisus amore pio pueri: quos deinde secutus
 Regius egregia Priami de stirpe Diores;
 Hunc Salius, simul et Patron, quorum alter Acarnan,
 Alter ab Arcadio Tegeaeae sanguine gentis;
 300 Tum duo Trinacrii juvenes, Helymus Panopesque,
 Assueti silvis, comites senioris Acestae;
 Multi praeterea, quos fama obscura recondit.

ENEIDA V

iban, ceñidos de cintas encarnadas las sienes,
 cuando, apenas del cruel escollo con gran arte arrancado, 270
 perdidos los remos y débil con un orden sólo,
 su escarnecida nave sin honor Sergesto llevaba.
 Como a veces en lo alto de la vía la serpiente apresada
 que al sesgo la bronceína rueda atraviesa, o, grave, un viandante
 de un golpe medio muerta y en la piedra dejó lacerada. 275
 En vano, huyendo, largos retorcimientos da con su cuerpo,
 en parte feroz y ardiente de ojos y los cuellos silbantes
 alta subiendo; parte, coja por la herida, la tiene
 esforzándose en sus nudos y sobre sus miembros plegándose.
 Tal, con el remar, se movía tarda la nave; 280
 se hace a las velas, con todo, y sube a plenas velas al puerto.
 A Sergesto Eneas dona el prometido regalo,
 alegre por la nave conservada y los socios devueltos.
 De las obras de Minerva no ignara, a él le es dada una sierva,
 Fóloe, cretense en su linaje, y bajo su pecho dos hijos. 285
 Terminado este certamen, el piadoso Eneas camina
 hacia el campo de grama que doquier con curvas colinas
 ceñían las selvas; a medio valle, el circo del teatro
 estaba; en donde, con muchos miles, el héroe
 a la reunión se llegó, y, en medio, se sentó en alto sitio. 290
 Aquí, de los que acaso quieran contender en la rápida
 carrera, invita con precios las almas, y premios dispone.
 De doquier se juntan los teucros y los sicanos mezclados,
 los primeros Niso y Euríalo;
 Euríalo, insigne de belleza y juventud verdeante; 295
 Niso, de amor piadoso del niño; a quienes luego siguo
 el regio Dioces, de la egregia stirpe de Príamo;
 a éste, Salio y Patrón a la vez; acarnanio uno de ellos,
 el otro de arcadia sangre de la gente tegea;
 entonces, dos jóvenes trinacrios, Helimo y Panopes, 300
 habituados a selvas, compañeros del muy viejo Acestes;
 muchos además, a quien esconde oscura la fama.

VIRGILIO

Aeneas quibus in mediis sic deinde locutus :
 « Accipite haec animis laetasque advertite mentes.
 305 Nemo ex hoc numero mihi non donatus abibit.
 Gnosia bina dabo levato lucida ferro
 Spicula caelatamque argento ferre bipennem.
 Omnibus hic erit unus honos. Tres praemia primi
 Accipient flavaque caput nectentur oliva.
 310 Primus equum phaleris insignem victor habeto;
 Alter Amazoniam pharetram plenamque sagittis
 Threïciis, lato quam circum amplectitur auro
 Balteus et tereti subnectit fibula gemma;
 Tertius Argolica hac galea contentus abito. »
 315 Haec ubi dicta, locum capiunt signoque repente
 Corripiunt spatia audito limenque relinquunt,
 Effusi nimbo similes; simul ultima signant.
 Primus abit longeque ante omnia corpora Nisus
 Emicat et ventis et fulminis ocior alis;
 320 Proximus huic, longo sed proximus intervallo,
 Insequitur Salius; spatio post deinde relicto
 Tertius Euryalus;
 Euryalumque Helymus sequitur : quo deinde sub ipso
 Ecce volat calcemque terit jam calce Diores,
 325 Incumbens umero : spatia et si plura supersint,
 Transeat elapsus prior ambiguumve relinquat.
 Jamque fere spatio extremo fessique sub ipsam
 Finem adventabant, levi cum sanguine Nisus
 Labitur infelix, caesis ut forte juvencis
 330 Fusus humum viridesque super madefecerat herbas.
 Hic juvenis jam victor ovans vestigia presso
 Haud tenuit titubata solo, sed pronus in ipso
 Concidit immundoque fimo sacroque cruore.
 Non tamen Euryali, non ille oblitus amorum;
 335 Nam sese opposuit Salio per lubrica surgens;
 Ille autem spissa jacuit revolutus harena.

ENEIDA V

En medio de los cuales, Eneas habló así en seguida:
 "Tomad esto en los ánimos y prestad las mentes alegres.
 Nadie de este número se irá sin que yo le haga dones. 305
 Les concederé llevarse de bruñido hierro dos lúcidas
 lanzas cretenses y un hacha incrustada de plata.
 Será este honor común para todos. Los primeros tres, premios
 recibirán, y con flava oliva se atarán la cabeza.
 El primer vencedor tendrá un caballo insigne de adornos; 310
 el otro, una aljaba amazonia y plena de tracias
 saetas, a la cual abrace con oro anchuroso
 un bálteo, y ate debajo, con torneada gema, una fíbula;
 el tercero se irá contento con este argólico yelmo."
 Cuando esto dijo, toman su sitio y, la señal de repente 315
 oída, devoran los espacios y el umbral abandonan,
 sueltos, como una tormenta; apuntan a un tiempo a los últimos.
 Niso sale el primero y de lejos ante todos los cuerpos
 salta, más que los vientos veloz y las alas del rayo;
 próximo a éste, mas próximo con un largo intervalo, 320
 sigue Salio; después, dejado atrás un espacio,
 el tercio Euríalo;
 y a Euríalo Helimo sigue: luego, de aquel mismo cerquísima,
 ved que vuela Diores, y el talón con el talón ya le gasta
 apoyándose en su hombro; y si más espacios quedaran, 325
 pasara deslizándose antes o lo dejara dudoso.
 Y ya casi en el espacio extremo y, cansados, llegaban
 bajo la meta misma, cuando Niso en la lúbrica sangre
 resbala, infeliz, donde por azar —los novillos matados—
 sobre el humus vertida, había las verdes hierbas bañado. 330
 Aquí el joven ya vencedor, ufano, no afirma sus pasos
 titubeantes en el suelo oprimido, mas cae inclinado
 en el mismo estiércol inmundo y en la sangre sagrada.
 No, con todo, de Euríalo; de sus amores él no olvidado,
 pues alzándose entre las resbaleras a Salio se opuso; 335
 es así como éste en la espesa arena cayó dando vueltas.

VIRGILIO

Emicat Euryalus et munere victor amici
 Prima tenet plausuque volat fremituque secundo.
 Post Helymus subit et nunc tertia palma Dioces.
 340 Hic totum caveae consessum ingentis et ora
 Prima patrum magnis Salius clamoribus implet
 Ereptumque dolo reddi sibi poscit honorem.
 Tutatur favor Euryalum lacrimaeque decorae
 Grator et pulchro veniens in corpore virtus.
 345 Adjuvat et magna proclamat voce Dioces,
 Qui subiit palmae frustra que ad praemia venit
 Ultima, si primi Salio redduntur honores.
 Tum pater Aeneas : « Vestra, inquit, munera vobis
 Certa manent, pueri, et palmam movet ordine nemo;
 350 Me liceat casum miserari insontis amici. »
 Sic fatus tergum Gaetuli immane leonis
 Dat Salio, villis onerosum atque unguibus aureis.
 Hic Nisus : « Si tanta, inquit, sunt praemia victis
 Et te lapsorum miseret, quae munera Niso
 355 Digna dabis, primam merui qui laude coronam,
 Ni me, quae Salium, fortuna inimica tulisset? »
 Et simul his dictis faciem ostentabat et udo
 Turpia membra fimo. Risit pater optimus olli
 Et clipeum efferri jussit, Didymaonis artes,
 360 Neptuni sacro Danais de poste refixum.
 Hoc juvenem egregium praestanti munere donat.
 Post, ubi confecti cursus et dona peregit :
 « Nunc, si cui virtus animusque in pectore praesens,
 Adsit et evinctis attollat bracchia palmis. »
 365 Sic ait et geminum pugnae proponit honorem :
 Victori velatum auro vittisque juvenum;
 Ensem atque insignem galeam, solatia victo.
 Nec mora; continuo vastis cum viribus effert
 Ora Dares magnoque virum se murmure tollit,
 370 Solus qui Paridem solitus contendere contra;

ENEIDA V

Salta Euríalo y, vencedor por el favor de su amigo,
 toma el primer sitio, y vuela entre aplauso y clamor favorable.
 Luego Helimo llega, y, la tercia palma, Diores ahora.
 Aquí, toda la reunión de la ingente oquedad, y los rostros 340
 primeros de los padres, llena Salio con magnos clamores,
 y pide que se le vuelva el honor arrancado con dolo.
 Protege el favor a Euríalo, y las lágrimas dignas
 y la virtud, más grata cuando en un cuerpo bello se ofrece.
 Ayuda Diores, y con magna voz lo proclama, 345
 el cual llegó a la palma en vano y vino a los premios
 últimos, si a Salio se devuelven los primeros honores.
 Allí el padre Eneas: “Vuestros regalos —dijo— a vosotros
 ciertos quedan, mozos, y nadie mueve de su orden la palma;
 sea lícito apiadarme del caso del amigo inocente.” 350
 Hablando así, una inmensa piel de león de Getulia
 da a Salio, pesada de guedejas y con áureas uñas.
 Aquí Niso: “Si a los vencidos —dijo— hay premios tan grandes
 y tú de los caídos te apiadas, ¿qué regalos a Niso
 dignos darás, que merecí en mi acción la primera corona, 355
 si no me burlara la misma suerte enemiga que a Salio?”
 Y junto con estos dichos, la faz ostentaba, y con húmedo
 estiércol sucios los miembros. Le rió el óptimo padre
 y —artes de Didimaón— mandó fuera traído un escudo
 arrancado por los dánaos del sacro pilar de Neptuno. 380
 Dona al joven egregio este excelente regalo.
 Después, cuando acabaron las carreras e hizo los dones:
 “Ahora, si alguien tiene virtud y ánimo potente en el pecho,
 acérquese, y levante los brazos con las palmas ceñidas.”
 Así dice, y un doble honor para la pugna propone: 385
 al vencedor, un novillo velado de oro y de cintas;
 una espada y un casco insigne, para el vencido consuelos.
 No hay demora; al instante con vastas fuerzas eleva
 el rostro y, entre magno murmullo de hombres, Dares se alza,
 quien, el único, había solido contender contra Paris, 370

VIRGILIO

Idemque, ad tumulum quo maximus occubat Hector,
Victorem Buten immani corpore, qui se
Bebrycia veniens Amyci de gente ferebat.
Perculit et fulva moribundum extendit harena.
375 Talis prima Dares caput altum in proelia tollit,
Ostenditque umeros latos, alternaque jactat
Bracchia protendens et verberat ictibus auras.
Quaeritur huic alius; nec quisquam ex agmine tanto
Audet adire virum manibusque inducere caestus.
380 Ergo alacris cunctosque putans excedere palma
Aeneae stetit ante pedes nec plura moratus
Tum laeva taurum cornu tenet atque ita fatur :
« Nate dea, si nemo audet se credere pugnae,
Quae finis standi? quo me decet usque teneri?
385 Ducere dona jube. » Cuncti simul ore fremebant
Dardanidae reddique viro promissa jubebant.
Hic gravis Entellum dictis castigat Acestes,
Proximus ut viridante toro consederat herbae :
« Entelle, heroum quondam fortissime frustra,
390 Tantane tam patiens nullo certamine tolli
Dona sines? Ubi nunc nobis deus ille, magister
Nequiquam memoratus, Eryx? ubi fama per omnem
Trinacriam et spolia illa tuis pendentia tectis? »
Ille sub haec : « Non laudis amor, nec gloria cessit
395 Pulsa metu; sed enim gelidus tardante senecta
Sanguis hebet frigentque effetae in corpore vires.
Si mihi, quae quondam fuerat, quaque improbus iste
Exsultat fidens, si nunc foret illa juvenas,
Haud equidem pretio inductus pulchroque juvenco
400 Venissem, nec dona moror. » Sic deinde locutus
In medium geminos immani pondere caestus
Projecit, quibus acer Eryx in proelia suetus
Ferre manum duroque intendere bracchia tergo.
Obstupere animi : tantorum ingentia septem

ENEIDA V

y el mismo, junto al túmulo donde yace el máximo Héctor,
 al victorioso Butes de inmenso cuerpo, quien se
 adelantaba viniendo de la bebricia gente de Amico,
 derribó, y en la rojiza arena extendió moribundo.
 Tal alza Dares la alta cabeza en los primeros combates, 375
 y ostenta los hombros anchos, y lanza alternados
 los brazos, tendiéndolos, y azota con golpes las auras.
 Se busca otro para éste; y ninguno de tropa tan grande
 osa ir contra el varón y llevar a las manos los cestos.
 Por eso, alegre y juzgando que todos le cedían la palma, 380
 ante los pies de Eneas se detiene, y no más demorándose,
 allí con la izquierda al toro toma del cuerno, y así habla:
 “Hijo de diosa, si nadie osa confiarse a la pugna,
 ¿cuál el fin de esperar? ¿Hasta cuándo debo ser detenido?
 Manda que lleve los dones.” Todos con la boca gritaban 385
 los Dardánidas, y dar lo prometido al hombre mandaban.
 Aquí, grave, Acestes castiga con dichos a Entelo,
 que se había sentado cerca en el verdeante lecho de hierba:
 “Entelo, en vano de los héroes en otro tiempo el más fuerte,
 ¿tan paciente que sin ningún certamen se tomen tan grandes 390
 dones consientes? ¿Dónde, hoy, a nosotros, el dios tu maestro
 Érix, en vano recordado? ¿Dónde tu fama por toda
 Trinacria, y, pendientes de tus techos, aquellos despojos?”
 Él a esto: “No el amor de la fama cedió, ni expulsada
 por miedo, la gloria; mas helada de vejez retardante 395
 mi sangre se enerva, y se enfrían en el cuerpo exhaustas mis fuerzas.
 Si la que tuve otro tiempo, y en la cual este ímprobo
 confiando se goza, si aquella juventud yo tuviera,
 no, en verdad, inducido por el precio y el bello novillo
 viniera; no en dones me fijo.” Luego que habló de este modo, 400
 en medio arrojó, de enorme peso, los cestos gemelos
 con los cuales el valiente Érix en los combates solía
 llevar la mano, y guarnecer con duro cuero los brazos.
 Se pasmaron los ánimos: siete ingentes cueros de bueyes

VIRGILIO

405 Terga boum plumbo insuto ferroque rigebant.
 Ante omnes stupet ipse Dares longeque recusat;
 Magnanimusque Anchisiades et pondus et ipsa
 Huc illuc vinclorum immensa volumina versat.
 Tum senior tales referebat pectore voces :
 410 « Quid, si quis caestus ipsius et Herculis arma
 Vidisset, tristemque hoc ipso in litore pugnam?
 Haec germanus Eryx quondam tuus arma gerebat;
 Sanguine cernis adhuc sparsoque infecta cerebro;
 His magnum Alciden contra stetit; his ego suctus,
 415 Dum melior vires sanguis dabat, aemula necdum
 Temporibus geminis canebat sparsa senectus.
 Sed, si nostra Dares haec Troius arma recusat,
 Idque pio sedet. Aeneae, probat auctor Acestes,
 Aequemus pugnas. Erycis tibi terga remitto;
 420 Solve metus; et tu Trojanos exue caestus. »
 Haec fatus, duplicem ex umeris rejecit amictum
 Et magnos membrorum artus, magna ossa lacertosque
 Exuit atque ingens media consistit harena.
 Tum satus Anchisa caestus pater extulit aequos
 425 Et paribus palmas amborum innexuit armis.
 Constitit in digitos extemplo arrectus uterque
 Bracchiaque ad superas interritus extulit auras.
 Abduxere retro longe capita ardua ab ictu
 Immiscentque manus manibus pugnamque lacessunt.
 430 Ille pedum melior motu fretusque juvena,
 Hic membris et mole valens; sed tarda trementi
 Genua labant, vastos quatit aeger anhelitus artus.
 Multa viri nequiquam inter se vulnera jactant,
 Multa cavo lateri ingeminant et pectore vastos
 435 Dant sonitus erratque aures et tempora circum
 Crebra manus, duro crepitant sub vulnere malae.
 Stat gravis Entellus nisuque immotus eodem;
 Corpore tela modo atque oculis vigilantibus exit.

ENEIDA V

tan grandes, se endurecían con plomo cosido y con hierro. 405
 Ante todos se pasma Dares mismo, y del todo rehúbase;
 y el magnánimo Anquisiada el peso y las mismas inmensas
 vueltas de las ataduras, a este lado, al otro, revuelve.
 Allí tales voces de su pecho removía el más viejo:
 “¿Qué, si alguien los cestos y de Hércules mismo las armas 410
 hubiera visto, y, triste, en esta misma costa, la pugna?
 En otro tiempo, Érix tu hermano estas armas llevaba;
 hasta hoy, las ves con sangre y manchas de esparcido cerebro;
 con éstas, contra el magno Alcides se alzó; yo éstas usaba
 mientras, mejor, daba fuerzas la sangre, y aún no la envidiosa 415
 senectud en mis dos sienes encanecía esparcida.
 Mas si el troyano Dares estas nuestras armas rehúsa,
 y el pío Eneas lo acepta, y Acestes, que me inspira, lo aprueba,
 igualemos la pugna. Por ti, a los cueros de Érix renuncio;
 deja el miedo; y desnúdate tú los cestos troyanos.” 420
 Hablando así, el doble manto desde sus hombros despide
 y magnas junturas de miembros y magnos huesos y brazos
 desnuda, e, ingente, a mitad de la arena se para.
 Allí el padre, el nacido de Anquises, sacó cestos iguales,
 y con pares armas enlazó las palmas de ambos. 425
 Al instante, uno y otro en puntas de pies se irguieron derechos
 y, animosos, alzaron los brazos a las auras supernas.
 Movieron hacia atrás, lejos del golpe, las altas cabezas,
 y mezclan las manos con las manos y a la pugna provocan.
 Aquél, mejor en moción de pies y en su juventud confiado; 430
 éste, en miembros y mole potente; mas sus tardas rodillas
 —temblante— oscilan, y sus vastos huesos bate anhélito enfermo.
 Muchas llagas entre sí, los varones se lanzan en vano;
 muchas, en el hueco flanco redoblan y, vastos, del pecho
 dan ruidos, y yerra de orejas y sienes en torno 435
 la mano frecuente, y las fauces so el duro golpe crepitan.
 Se está, grave, Entelo, e inmóvil en la misma postura;
 los dardos, sólo con cuerpo y ojos vigilantes elude.

VIRGILIO

Ille, velut celsam oppugnat qui molibus urbem,
 440 Aut montana sedet circum castella sub armis,
 Nunc hos, nunc illos aditus, omnemque pererrat
 Arte locum et variis assultibus irritus urget.
 Ostendit dextram insurgens Entellus, et alte
 Extulit : ille ictum venientem a vertice velox
 445 Praevidit celerique elapsus corpore cessit;
 Entellus vires in ventum effundit et ultro
 Ipse gravis graviterque ad terram pondere vasto
 Concidit, ut quondam cava concidit aut Erymantho
 Aut Ida in magna radicibus eruta pinus.
 450 Consurgunt studiis Teucris et Trinacria pubes;
 It clamor caelo primusque accurrit Acestes
 Aequaevumque ab humo miserans attollit amicum.
 At non tardatus casu neque territus heros
 Acrior ad pugnam redit ac vim suscitatur ira;
 455 Tum pudor incendit vires et conscia virtus
 Praecipitemque Daren ardens agit aequore toto,
 Nunc dextra ingeminans ictus, nunc ille sinistra.
 Nec mora, nec requies : quam multa grandine nimbi
 Culminibus crepitant, sic densis ictibus heros
 460 Creber utraque manu pulsatur versaturque Dareta.
 Tum pater Aeneas procedere longius iras
 Et saevire animis Entellum haud passus acerbis;
 Sed finem imposuit pugnae fessumque Dareta
 Eripuit mulcens dictis ac talia fatur :
 465 « Infelix! quae tanta animum dementia cepit!
 Non vires alias conversa que numina sentis?
 Cede deo. » Dixitque et proelia voce diremit.
 Ast illum fidi aequales genua aegra trahentem
 Jactantemque utroque caput crassumque cruorem
 470 Ore ejectantem mixtosque in sanguine dentes
 Ducunt ad naves galeamque ensemque vocati
 Accipiunt; palmam Entello taurumque relinquunt.

ENEIDA V

Aquél, como quien a una alta ciudad asalta con máquinas,
o, en armas, en torno a fortalezas montañosas se asienta, 440
ora éstas, ora aquellas entradas, y todo recorre
con arte el lugar, y lo hostiga en vano con varios asaltos.
Ostentó la diestra, levantándose, Entelo, y en alto
la subió: aquél, veloz, el golpe que viene de arriba
previó, y con el célere cuerpo huyó, deslizándose; 445
Entelo dispersó hacia el viento sus fuerzas, y luego
él mismo, grave, gravemente con vasto peso en la tierra
cayó, como a veces cayó en el Erimanto o el Ida
magno, el hueco pino desde sus raíces sacado.
Con ansias, los teucros y la juventud trinacria se alzan; 450
va el clamor al cielo, y primero Acestes acorre
y al amigo igual en edad levanta del suelo, apiadándose.
Mas el héroe, no tardó ni por la caída aterrado,
más ardiente torna a la lucha, y la ira suscita su fuerza;
y el pudor enciende sus fuerzas, y el consciente valor, 455
y, ardiente, al raudo Dares por el llano todo persigue,
ya con la diestra, ya él con la izquierda redoblando los golpes.
No hay demora o descanso: cual con granizo espeso las nubes
en los techos crepitan, así con densos golpes el héroe
con ambas manos, frecuente, a Dares golpea y revuelve. 460
No sufrió allí el padre Eneas que fueran más lejos las iras
y se enfureciera en sus ánimos acerbos Entelo;
mas un fin impuso a la pugna, y a Dares cansado
se llevó, endulzándolo con dichos; y habla estas cosas:
“¡Infeliz! ¡Qué tan grande demencia ha tomado tu ánimo! 465
¿No fuerzas distintas y contrarios númenes sientes?
Cede al dios.” Dijo, y con la voz interrumpió los combates.
Mas sus fieles iguales, al que arrastraba enfermas rodillas
y lanzaba la cabeza a ambos lados, y sangre cuajada
por la boca expulsaba, y dientes a la sangre mezclados, 470
llevan a las naves, y, llamados, el casco y la espada
reciben; a Entelo, la palma y el toro abandonan.

VIRGILIO

- Hic victor superans animis tauroque superbus :
« Nate dea, vosque haec, inquit, cognoscite, Teucrici,
475 Et mihi quae fuerint juvenali in corpore vires
Et qua servetis revocatum a morte Daretis. »
Dixit et adversi contra stetit ora juvenci,
Qui donum adstabat pugnae durosque reducta
Libravit dextra media inter cornua caestus
480 Arduus effractoque illisit in ossa cerebro.
Sternitur exanimisque tremens procumbit humi bos.
Ille super tales effundit pectore voces :
« Hanc tibi Eryx, meliorem animam pro morte Daretis
Persolvo; hic victor caestus artemque repono. »
485 Protinus Aeneas celeri certare sagitta
Invitat qui forte velint et praemia ponit;
Ingentique manu malum de nave Seresti
Erigit et volucrem trajecto in fune columbam,
Quo tendant ferrum, malo suspendit ab alto.
490 Convenere viri dejectamque aerea sortem
Accepit galea; et primus clamore secundo
Hyrtacidae ante omnes exit locus Hippocoontis;
Quem modo navali Mnestheus certamine victor
Consequitur, viridi Mnestheus evinctus oliva.
495 Tertius Eurytion, tuus, o clarissime, frater,
Pandare, qui quondam jussus confundere foedus
In medios telum torsisti primus Achivos.
Extremus galeaque ima subsedit Acestes
Ausus et ipse manu juvenum tentare laborem.
500 Tum validis flexos incurvant viribus arcus
Pro se quisque viri et depromunt tela pharetris.
Primaque per caelum nervo stridente sagitta
Hyrtacidae juvenis volucris diverberat auras,
Et venit adversique infigitur arbore mali.
505 Intremuit malus timuitque exterrita pennis
Ales et ingenti sonuerunt omnia plausu.

ENEIDA V

Vencedor, éste, alto en sus ánimos y orgulloso del toro,
 “hijo de diosa —dijo—, y vosotros conoced esto, teucros:
 cuáles fuerzas en mi cuerpo juvenil yo he tenido,
 y, retirándolo, de qué muerte a Dares guardasteis.”
 Dijo, y se paró contra el rostro del opuesto novillo,
 que —don de la pugna— se erguía, y, hacia atrás alzada la diestra,
 en medio de los cuernos descargó, duros, los cestos,
 erguido, y los estrelló en los huesos, quebrantado el cerebro.
 Se derrumbó exánime y, temblando, cayó el buey en el suelo.
 Aquél, encima, tales voces esparció de su pecho:
 “Esta ánima, Érix, mejor, en vez de la muerte de Dares,
 te pago; aquí, vencedor, los cestos y el arte depongo.”

Al punto Eneas si algunos quieren acaso en la célere
 saeta competir, los invita, y los premios dispone;
 y, de la nave de Seresto, un mástil erige con mano
 ingente, y en anudada cuerda una volante paloma,
 a donde apunten el hierro, suspende de lo alto del mástil.
 Se reunieron los hombres, y la echada suerte el bronceo
 casco recibe; y entre clamor propicio primero
 sale, antes de todos, el lugar de Hipocoonte el Hirtácida;
 a quien, ha poco vencedor del naval certamen, Mnesteo
 sigue; Mnesteo, con la verde oliva ceñido.
 El tercero, Euritió, hermano tuyo, oh clarísimo
 Pándaro, que un día, mandado a confundir un tratado,
 el primero en medio de los aquivos el dardo lanzaste.
 Acestes el último se ocultó y en el fondo del casco,
 y osó él mismo una labor de jóvenes tentar con su mano.
 Allí con válidas fuerzas los doblados arcos encorvan 500
 los hombres, cada uno por sí, y sacan de la aljaba los dardos,
 y en el cielo, desde el nervio estridente, la saeta primera
 del joven Hirtácida las auras divide, volante,
 y viene y se clava en el árbol del mástil opuesto.
 Tembló el mástil, y aterrada temió con sus plumas 505
 el ave, y con ingente ruido sonaron todos los sitios.

VIRGILIO

Post acer Mnestheus adducto constitit arcu
 •Alta petens pariterque oculos telumque tetendit.
 Ast ipsam miserandus avem contingere ferro
 510 Non valuit; nodos et vincula linea rupit,
 Quis innexa pedem malo pendeat ab alto;
 Illa Notos atque atra volans in nubila fugit.
 Tum rapidus jamdudum arcu contenta parato
 Tela tenens fratrem Eurytion in vota vocavit;
 515 Jam vacuo laetam caelo speculatus et alis
 Plaudentem nigra figit sub nube columbam.
 Decidit exanimis vitamque reliquit in astris
 Aetheriis fixamque refert delapsa sagittam.
 Amissa solus palma superabat Acestes;
 520 Qui tamen aeras telum contorsit in auras,
 Ostentans artemque pater arcumque sonantem.
 Hic oculis subitum objicitur magnoque futurum
 Augurio monstrum; docuit post exitus ingens
 Seraque terrifici cecinerunt omina vates.
 525 Namque volans liquidis in nubibus arsit arundo
 Signavitque viam flammis tenuesque recessit
 Consumpta in ventos : caelo ceu saepe refixa
 Transcurrunt crinemque volantia sidera ducunt.
 Attonitis haesere animis superosque precati
 530 Trinacrii Teucrique viri; nec maximus omen
 Abnuit Aeneas; sed laetum amplexus Acesten
 Muneribus cumulat magnis ac talia fatur :
 « Sume, pater; nam te voluit rex magnus Olympi
 Talibus auspiciis exortem ducere honorem.
 535 Ipsius Anchisae longaevi hoc munus habebis,
 Cratera impressum signis, quem Thracius olim
 Anchisae genitori in magno munere Cisseus
 Ferre sui dederat monumentum et pignus amoris. »
 Sic fatus cingit viridanti tempora lauro
 540 Et primum ante omnes victorem appellat Acesten.

ENEIDA V

Luego, el fiero Mnesteo se paró con el arco tirante
 buscando lo alto, y tendió a la par los ojos y el dardo.
 Mas —miserando— el ave misma tocar con el hierro
 no pudo; rompió los nudos y los lazos de lino 510
 con los que, atada el pie, pendía de lo alto del mástil;
 ella huyó en los notos y las oscuras nubes volando.
 Rápido allí, hacía tiempo en el arco dispuesto las flechas
 tendidas teniendo, Euritióon invocó al hermano a sus votos;
 ya acechándola en el cielo vacío y cuando daba sonidos 515
 con las alas, bajo una negra nube clavó a la paloma.
 Cayó exánime, y la vida dejó entre los astros etéreos,
 y, deslizándose, vuelve a traer la clavada saeta.
 Sólo Acestes permanecía, habiendo perdido la palma;
 quien, con todo, arrojó el dardo hacia las auras aéreas, 520
 ostentando el padre tanto el arte como el arco sonante.
 Aquí a los ojos, de súbito, se presenta un prodigio
 que iba a ser magno augurio; después lo mostró un hecho ingente,
 y tardíos presagios cantaron terríficos vates.
 Pues, volando, ardió entre las límpidas nubes la caña 525
 y marcó una vía con llamas y, consumida, a los tenues
 vientos retrocedió: como a veces arrancados del cielo
 transcurren los astros y su crin volando conducen.
 Quedaron con ánimo atónito, y a los dioses rogando,
 los hombres trinacrios y teucros; y el máximo Eneas 530
 no negó el presagio; mas abrazando a Acestes alegre,
 de regalos magnos lo colma y tales cosas le dice:
 “Tómalos, padre, pues quiso el magno rey del Olimpo,
 con tales auspicios, que tú el honor llevaras, sin suerte.
 Del mismo Anquises longevo tendrás este regalo, 535
 la crátera impresa de signos que un día el tracio Ciseo
 al genitor Anquises como magno regalo había dado
 a llevar, de su amor el monumento y la prenda.”
 Hablando así, ciñe con verdeante lauro sus sienas
 y llama vencedor el primero ante todos a Acestes. 540

VIRGILIO

Nec bonus Eurytion praelato invidit honori,
Quamvis solus avem caelo dejecit ab alto.
Proximus ingreditur donis, qui vincula rupit;
Extremus, volucris qui fixit arundine malum.
545 At pater Aeneas, nondum certamine misso,
Custodem a sese comitemque impubis Iuli
Epytiden vocat et fidam sic fatur ad aurem :
« Vade age et Ascanio, si jam puerile paratum
Agmen habet secum cursusque instruxit equorum,
550 Ducat avo turmas et sese ostendat in armis,
Dic », ait. Ipse omnem longo decedere circo
Infusum populum et campos jubet esse patentes.
Incedunt pueri pariterque ante ora parentum
Frenatis lucent in equis, quos omnis euntes
555 Trinacriae mirata fremit Trojaeque juvenus.
Omnibus in morem tonsa coma pressa corona;
Cornea bina ferunt praefixa hastilia ferro,
Pars leves umero pharetras; it pectore summo
Flexilis obtorti per collum circulus auri.
560 Tres equitum numero turmae ternique vagantur
Ductores; pueri bis seni quemque secuti
Agmine partito fulgent paribusque magistris.
Una acies juvenum, ducit quam parvus ovantem
Nomen avi referens Priamus, tua clara, Polite,
565 Progenies auctura Italos; quem Thracius albis
Portat equus bicolor maculis vestigia primi
Alba pedis frontemque ostentans arduus albam.
Alter Atys, genus unde Atii duxere Latini,
Parvus Atys pueroque puer dilectus Iulo.
570 Extremus formaque ante omnes pulcher Iulus
Sidonio est invectus equo, quem candida Dido
Esse sui dederat monumentum et pignus amoris.
Cetera Trinacriis pubes senioris Acestae
Fertur equis.

ENEIDA V

Y el buen Euriti3n no envidi3 el honor preferido,
aunque 3l solo derrib3 al ave de lo alto del cielo.
Quien rompi3 los v3nculos, se encamina el siguiente a los dones;
el 3ltimo, quien clav3 el m3stil con la caña volante.

Mas el padre Eneas, no habiendo a3n acabado el certamen, 545
hacia s3 al custodio y compa3ero del imp3bero Julo,
al Epitida, llama, y al fiel 3ido as3 le habla:

“Ea, ve, y a Ascanio, si ya el escuadr3n pueril preparado
tiene consigo, y las carreras de caballos dispuso,
que al abuelo gu3e las tropas y 3l mismo en armas se ostente, 550
d3le”, dijo. 3l mismo, que todo del amplio circo se aparte

el pueblo esparcido, y que libres queden los campos, ordena.
Avanzan los ni3os, y ante el rostro de los padres, parejos
lucen en frenados caballos; toda, a ellos que pasan,
la juventud de Trinacria y de Troya aclama admirada. 555

A todos coge el cabello una corona al uso podada;
dos c3rneos astiles llevan, rematados con hierro,
parte, en el hombro bru3idas aljabas; va en lo alto del pecho,
por el cuello, un flexible c3rculo de oro torcido.

Tres las tropas de jinetes en n3mero, y tres capitanes 560
las llevan; siguiendo a cada uno, dos veces seis ni3os
refulgen en dividido escuadr3n y con pares maestros.

Una fila hay de j3venes, que, triunfal, conduce el peque3o
Pr3amo, el nombre de su abuelo llevando, oh Polites, tu clara
progenie que aumentar3 a los 3talos; lo porta, de albas 565
manchas, un caballo tracio bicolor; albas las huellas
del extremo de sus patas, y, alto, alba su frente ostentando.

Despu3s, Atis, de donde derivaron los Acios latinos
su estirpe; el peque3o Atis, ni3o al ni3o Julo dilecto.

El 3ltimo, y bello en su forma ante todos, Julo es llevado 570
de un caballo sidonio, que la c3ndida Dido hab3a dado
a que fuera de su amor el monumento y la prenda.

La dem3s juventud es por trinacrios caballos de Acestes
el mayor, llevada.

VIRGILIO

575 Excipiunt plausu pavidos gaudentque tuentes
Dardanidae veterumque agnoscunt ora parentum.
Postquam omnem laeti consessum oculosque suorum
Lustravere in equis, signum clamore paratis
Epytides longe dedit insonuitque flagello.
580 Olli discurrere pares atque agmina terni
Diductis solvere choris rursusque vocati
Convertere vias infestaque tela tulere.
Inde alios ineunt cursus aliosque recursus
Adversi spatiis alternosque orbibus orbis
585 Impediunt pugnaeque cient simulacra sub armis;
Et nunc terga fuga nudant, nunc spicula vertunt
Infensi, facta pariter nunc pace feruntur.
Ut quondam Creta fertur labyrinthus in alta
Parietibus textum caesis iter ancipitemque
590 Mille viis habuisse dolum, qua signa sequendi
Falleret indeprentus et irremediabilis error;
Haud alio Teucrum nati vestigia cursu
Impediunt texuntque fugas et proelia ludo,
Delphinum similes, qui per maria umida nando
595 Carpathium Libycumque secant luduntque per undas.
Hunc morem, hos cursus atque haec certamina primus
Ascanius, Longam muris cum cingeret Albam,
Rettulit et priscos docuit celebrare Latinos,
Quo puer ipse modo, secum quo Troia pubes.
600 Albani docuere suos; hinc maxima porro
Accepit Roma et patrium servavit honorem;
Trojaque nunc, pueri Trojanum dicitur agmen,
Hac celebrata tenus sancto certamina patri.
Hic primum Fortuna fidem mutata novavit.
605 Dum variis tumulo referunt sollemnia ludis,
Irim de caelo misit Saturnia Juno
Iliacam ad classem ventosque adspirat eunti,
Multa movens, necdum antiquum saturata dolorem.

ENEIDA V

Reciben con aplauso a los pávidos y gozan mirándolos, 575
 los Dardánidas, y de viejos padres reconocen los rostros.
 Después que alegres la reunión toda y de los suyos los ojos
 rodearon a caballo, la señal con un grito —dispuestos—
 les dio el Epitida, de lejos, y resonó con su látigo.
 Ellos corrieron iguales, y de tres en tres sus escuadras 580
 soltaron, abiertos sus grupos, y nuevamente llamados
 rehicieron sus caminos e infestos dardos alzarón.
 De allí, se meten en otras carreras y otros regresos
 en espacios opuestos, y alternos giros con giros
 entrecruzan, y en armas agitan simulacros de pugna; 585
 y ora, en fuga, las espaldas muestran; ora vuelven sus dardos,
 hostiles; hecha la paz, ora igualmente se llevan.
 Como en otro tiempo en la alta Creta un laberinto se dice
 que en ciegas paredes tejido un camino e, incierta, una trampa
 había, por mil vías, tenido, en donde las seguibles señales 590
 un imperceptible y sin regreso errar engañaba;
 no otramante los hijos de teucros en carrera sus huellas
 entrecruzan y tejen fugas y combates en juego,
 iguales a delfines, que en los húmedos mares nadando,
 cortan el Carpatio y el Líbico y en las ondas retozan. 595
 Este uso y estos certámenes de la carrera, el primero
 Ascanio, cuando con muros a Alba Longa ciñera,
 renovó, y enseñó a celebrarlos a los viejos latinos,
 cual el niño mismo, cual la juventud Troyana consigo.
 Los enseñó el albano a los suyos; de aquí, con el tiempo, 600
 los recibió la máxima Roma, y conservó el honor patrio;
 hoy Troya son llamados, y escuadrón troyano los niños.
 Hasta aquí, al santo padre los certámenes se han celebrado.
 Aquí, primero, cambió su fe la fortuna mudada.
 Mientras con varios juegos llevan solemnidades al túmulo, 605
 la Saturnia Juno a Iris envió desde el cielo
 a la iliaca flota, y, para ella que va, propicia los vientos,
 muchas cosas moviendo, aún no el antiguo dolor satisfecha.

VIRGILIO

Illa, viam celerans per mille coloribus arcum,
 610 Nulli visa, cito decurrit tramite virgo.
 Conspicit ingentem concursum et litora lustrat
 Desertosque videt portus classemque relictam.
 At procul in sola secretae Troades acta
 Amissum Anchisen flebant cunctaeque profundum
 615 Pontum adspectabant flentes « Heu! tot vada fessis
 Et tantum superesse maris! » vox omnibus una.
 Urbem orant; tredet pelagi perferre laborem.
 Ergo inter medias sese haud ignara nocendi
 Conjicit et faciemque deae vestemque reponit;
 620 Fit Beroe, Tmarii conjux longaeva Dorycli,
 Cui genus et quondam nomen natiq̄ue fuissent,
 Ac sic Dardanidum mediam se matribus infert :
 « O miserae, quas non manus, inquit, Achaïca bello
 Traxerit ad letum patriae sub moenibus! o gens
 625 Infelix! cui te exitio fortuna reservat?
 Septima post Trojae excidium jam vertitur aestas,
 Cum freta, cum terras omnes, tot inhospita saxa
 Sideraque emensae ferimur, dum per mare magnum
 Italiam sequimur fugientem et volvimur undis.
 630 Hic Erycis fines fraterni atque hospes Acestes :
 Quis prohibet muros jacere et dare civibus urbem?
 O patria, et rapti nequiquam ex hoste Penates!
 Nullane jam Trojae dicentur moenia! nusquam
 Hectoreos amnes, Xanthum et Simoenta, videbo?
 635 Quin agite et mecum infaustas exurite puppes.
 Nam mihi Cassandrae per somnum vatis imago
 Ardentes dare visa faces : — « Hic quaerite Trojam,
 « Hic domus est, inquit, vobis. » — Jam tempus agi res
 Nec tantis mora prodigiis. En quattuor arae
 640 Neptuno; deus ipse faces animumque ministrat. »
 Haec memorans prima infensum vi corripit ignem
 Sublataque procul dextra connixa coruscat

ENEIDA V

Acelerando por un arco de mil colores la vía,
 de nadie vista, baja en su veloz camino la virgen. 610
 Mira el ingente concurso y las costas contempla
 y desiertos ve los puertos y abandonada la flota.
 Mas las troyanas, lejos, en la sola playa apartadas,
 al perdido Anquises lloraban, y todas el ponto
 profundo miraban, llorando: “¡Ay! ¡Que tantas aguas y tanto 615
 de mar, fatigadas, nos quede!” Es la única voz para todas.
 Piden la urbe; les había soportar el trabajo del piélago.
 Luego, en medio de ellas, no de dañar ignorante,
 se arroja, y la faz de diosa y la veste depone;
 se vuelve en Béroe, esposa anciana del etmario Doriclo, 620
 que había, en otro tiempo, linaje y nombre e hijos tenido,
 y así en medio de las madres de los Dardánidas llégase:
 “¡Oh míseras, dijo, a quien la fuerza aquea no trajo a la muerte
 en la guerra, bajo las patrias murallas! ¡Oh gente
 infeliz! ¿Te reserva para qué perdición la fortuna? 625
 Ya el séptimo estío tras la ruina de Troya se vuelve,
 cuando mares, cuando tierras todas, tantas peñas inhóspitas
 y astros recorriendo, nos llevan, mientras por entre del mar magno
 seguimos a Italia huyente, y por las ondas somos envueltas.
 Aquí de Érix fraterno los fines y el huésped Acestes: 630
 ¿Quién prohíbe echar los muros y a los ciudadanos dar urbe?
 ¡Oh patria, y penates en vano al enemigo robados!
 ¡Troya ningunas murallas serán llamadas ya! ¿Nunca
 veré las hectóreas corrientes, al Janto y al Simois?
 Pero no; venid, y conmigo abrasad las popas infaustas. 635
 Pues en mi sueño, la imagen de la profetisa Casandra
 pareció darme ardientes antorchas: ‘Buscad aquí a Troya,
 —dijo— aquí tenéis casa.’ Ya es tiempo de que se hagan las cosas,
 no hay demora, siendo tantos prodigios. He aquí cuatro aras
 a Neptuno; el dios mismo ministra las antorchas y el ánimo.” 640
 Diciendo esto, arrebatada con fuerza el fuego hostil, la primera,
 y con la alzada diestra, lo vibra, esforzándose, y lejos

VIRGILIO

Et jacet. Arrectae mentes stupefactaque corda
 Iliadum. Hic una e multis, quae maxima natu,
 645 Pyrgo, tot Priami natorum regia nutrix :
 « Non Beroe vobis, non haec Rhoeteïa, matres,
 Est Dorycli conjux : divini signa decoris
 Ardentesque notate oculos; qui spiritus illi,
 Quis vultus, vocisve sonus, vel gressus eunti.
 650 Ipsa egomet dudum Beroen digressa reliqui
 Aegram, indignantem tali quod sola careret
 Munere, nec meritos Anchisae inferret honores. »
 Haec effata.
 At matres primo ancipites oculisque malignis
 655 Ambiguae spectare rates, miserum inter amorem
 Praesentis terrae fatisque vocantia regna,
 Cum dea se paribus per caelum sustulit alis
 Ingentemque fuga secuit sub nubibus arcum.
 Tum vero attonitae monstris actaeque furore
 660 Conclamant rapiuntque focus penetralibus ignem;
 Pars spoliant aras, frondem ac virgulta facesque
 Conjiciunt. Furit immissis Vulcanus habenis
 Transtra per et remos et pictas abiete puppes.
 Nuntius Anchisae ad tumultum cuneosque theatri
 665 Incensas perfet naves Eumelus; et ipsi
 Respiciunt atram in nimbo volitare favillam.
 Primus et Ascanius, cursus ut laetus equestres
 Ducebat, sic acer equo turbata petivit
 Castra, nec exanimis possunt retinere magistri.
 670 « Quis furor iste novus? quo nunc, quo tenditis, inquit
 Heu! miserae cives? non hostem inimicaque castra
 Argivum, vestra spes uritis. En ego vester
 Ascanius. » Galeam ante pedes projecit inanem,
 Qua ludo indutus belli simulacra ciebat.
 675 Accelerat simul Aeneas, simul agmina Teucrum.
 Ast illae diversa metu per litora passim

ENEIDA V

lo arroja. Suspensas las mentes y estupefactos los pechos
de las iliacas. Aquí una entre muchas, la máxima en años,
Pirgo, de tantos hijos de Príamo regia nodriza: 645

“No, para vosotras, Béroe; ésta, oh madres, no es la retea
cónyuge de Doriclo: los signos de la gracia divina
notad y los ardientes ojos; qué espíritu tiene,
qué rostro, sonido de voz, o andar, si camina.

Yo misma, saliendo, a Béroe hace poco he dejado 650
enferma, indignada porque de tal ceremonia ella sola
carecía, y no llevaba a Anquises los merecidos honores.”
Así habló.

Mas las madres, al principio dudosas, con ojos malignos
veían las naves, ambiguas entre el amor miserable 655
de la presente tierra y los reinos que en los hados llamaban;
cuando la diosa se alzó por el cielo con alas iguales
y bajo las nubes un arco ingente abrió con su fuga.

Allí en verdad, de monstruos atónitas, movidas de furia,
claman, y roban de los interiores altares el fuego; 660
parte despojan las aras, fronda y matorrales y antorchas
lanzan juntas. Se enfurece, soltadas las riendas, Vulcano
por bancos y remos y pintadas popas de abeto.

Nuncio, hacia el túmulo de Anquises y las filas del teatro,
dice que las naves son incendiadas, Eumelo; y los mismos 665
ven, volviéndose, en un nimbo volitar la negra ceniza.

Y Ascanio el primero, cuando alegre las carreras ecuestres
conducía, así, ardiente, a caballo buscó los turbados
reales, y no pueden retenerlo los maestros atónitos.

“¿Qué furor este nuevo? ¿A dónde hoy, a dó tendéis, compatriotas,
¡ay!, tristes?, dijo; no al hoste ni los enemigos reales 671

de los argivos; vuestras esperanzas ardéis. Yo soy vuestro
Ascanio.” Arrojó ante sus pies el casco sin uso,
vestido con el cual movía en juego simulacros de guerra.

Se apresura, a un tiempo, Eneas; a un tiempo, los grupos de teucros.
Mas ellas, por las diversas costas, dondequiera con miedo 676

VIRGILIO

Diffugiunt silvasque et sicubi concava furtim
 Saxa petunt; piget incepti lucisque suosque
 Mutatae agnoscunt excussaue pectore Juno est.
 680 Sed non idcirco flammae atque incendia vires
 Indomitas posuere; udo sub robore vivit
 Stuppa vomens tardum fumum lentusque carinas
 Est vapor et toto descendit corpore pestis;
 Nec vires heroum infusaue flumina prosunt.
 685 Tum pius Aeneas umeris abscindere vestem
 Auxilioque vocare deos et tendere palmas :
 « Juppiter omnipotens, si nondum exosus ad unum
 Trojanos, si quid pietas antiqua labores
 Respicit humanos, da flammam evadere classi
 690 Nunc, pater, et tenues Teucrum res eripe leto!
 Vel tu, quod superest, infesto fulmine morti,
 Si mereor, demitte, tuaque hic obrue dextra. »
 Vix haec ediderat, cum effusis imbribus atra
 Tempestas sine more furit tonitruque tremiscunt
 695 Ardua terrarum et campi; ruit aethere toto
 Turbidus imber aqua densisque nigerrimus Austris;
 Implenturque super puppes; semiusta madescunt
 Robora; restinctus donec vapor omnis, et omnes
 Quattuor amissis servatae a peste carinae.
 700 At pater Aeneas, casu concussus acerbo,
 Nunc huc ingentes, nunc illuc pectore curas
 Mutabat versans, Siculisne resideret arvis,
 Oblitus fatorum, Italiasne capesseret oras.
 Tum senior Nautes, unum Tritonia Pallas
 705 Quem docuit multaue insignem reddidit arte,
 Haec responsa dabat, vel quae portenderet ira
 Magna deum, vel quae fatorum posceret ordo;
 Isque his Aenean solatus vocibus inquit :
 « Nate dea, quo fata trahunt retrahuntque, sequamur;
 710 Quicquid erit, superanda omnis fortuna ferendo est.

ENEIDA V

huyen, y las selvas y, si algunas hay, a hurto las cóncavas
peñas buscan; se apenan de su intento y la luz, y a los suyos
reconocen mudadas, y Juno de su pecho es lanzada.

Mas no por esto las flamas y los incendios sus fuerzas 680
indómitas depusieron; vive bajo el húmedo roble

la estopa vomitando humo tardo, y, lento, las quillas
devora el vapor, y desciende por todo el cuerpo la peste.

Y ni fuerzas de héroes aprovechan, ni ríos vertidos.

Allí el piadoso Eneas a rasgar de sus hombros la veste 685
y a invocar en su auxilio a los dioses, y a tender ambas palmas:

“¡Júpiter omnipotente, si aún no odiaste hasta el último

a los troyanos, si en algo la antigua piedad los trabajos

humanos contempla, da a nuestra flota que evada la llama

hoy, padre, y las pocas cosas de los teucros quita a la muerte! 690

O tú, lo que queda, con infesto rayo a la muerte

envía, si lo merezco, y sumérgelo aquí con tu diestra.”

Apenas esto había dicho, cuando en sueltas lluvias la oscura
tempestad se enfurece, sin tasa, y con el trueno estremécense

los altos de las tierras y el campo; se derrumba del éter 695

todo, turbida lluvia con agua y densos austros negrísima;

se llenan desde arriba las popas; semiardidos, se empapan

los robles; hasta que todo el vapor extingúese, y todas

las quillas, perdidas cuatro, fueron de la peste salvadas.

Mas el padre Eneas, por la desgracia acerba agitado, 700

ora aquí, ora allí, en el pecho los ingentes cuidados

mudaba volviendo, si se asentara en las sículas tierras,
olvidando los hados; si tendiera a las ítalas costas.

Entonces el viejo Nautes, el solo a quien Palas Tritonia

enseñó y volvió insigne por el arte copiosa, 705

daba estas respuestas; o qué presagiara la ira

magna de los dioses, o qué el orden de los hados pidiera;

y ése, consolando a Eneas, con estas voces comienza:

“Hijo de diosa, a do llevan y llevan los hados, sigamos;

lo que fuere, toda fortuna ha de ser vencida aguantándola. 710

VIRGILIO

Est tibi Dardanius divinae stirpis Acestes;
 Hunc cape consiliis socium et conjunge volentem;
 Huic trade amissis superant qui navibus et quos
 Pertaesum magni incepti rerumque tuarum est;
 715 Longaevosque senes ac fessas aequore matres
 Et quicquid tecum invalidum metuensque pericli est
 Delige et his habeant terris sine moenia fessi;
 Urbem appellabunt permissio nomine Acestam. »
 Talibus incensus dictis senioris amici,
 720 Tum vero in curas animo diducitur omnes.
 Et Nox atra polum bigis subvecta tenebat :
 Visa dehinc caelo facies delapsa parentis
 Anchisae subito tales effundere voces :
 « Nate, mihi vita quondam, dum vita manebat,
 725 Care magis, nate, Iliacis exercite fatis,
 Imperio Jovis huc venio, qui classibus ignem
 Depulit et caelo tandem miseratus ab alto est.
 Consiliis pare, quae nunc pulcherrima Nautes
 Dat senior; lectos juvenes, fortissima corda,
 730 Defer in Italiam. Gens dura atque aspera cultu
 Debellanda tibi Latio est. Ditis tamen ante
 Infernas accede domos et Averna per alta
 Congressus pete, nate, meos; non me impia namque
 Tartara habent, tristes umbrae; sed amoena piorum
 735 Concilia Elysiumque colo. Huc casta Sibylla
 Nigrantum multo pecudum te sanguine ducet.
 Tum genus omne tuum et, quae dentur moenia, disces.
 Jamque vale; torquet medios Nox umida cursus
 Et me saevus equis Oriens afflavit anhelis. »
 740 Dixerat et tenues fugit ceu fumus in auras.
 Aeneas : « Quo deinde ruis? quo proripis? inquit;
 Quem fugis? aut quis te nostris complexibus arcet? »
 Haec memorans cinerem et sopitos suscitavit ignes
 Pergameumque Larem et canae penetralia Vestae

ENEIDA V

Tienes al dardanio Acestes de stirpe divina;
 toma a éste como socio a tus planes, y únete a él que lo quiere;
 a éste entrega a los que sobran, perdidas las naves, y a quienes
 en exceso se hastiaron de tu magno intento y tus cosas,
 y a los longevos viejos y, cansadas del mar, a las madres, 715
 y a lo que hay contigo de inválido y que teme el peligro,
 coge y, cansados, deja que en estas tierras tengan murallas;
 con permitido nombre, Acesta llamarán a su urbe.”

Incendiado por tales dichos de su muy viejo amigo,
 por cierto allí hacia todas las penas se divide su ánimo. 720

Y la Noche negra el aire, llevada en sus bigas, tenía:
 entonces, resbalada del cielo, la faz de su padre
 Anquises pareció de súbito derramar tales voces:
 “Hijo, a mí hace tiempo, mientras la vida duraba, más caro
 que la vida; hijo, atormentado por los hados ilíacos: 725

vengo aquí por la orden de Jove, que de las flotas el fuego
 arrojó, y al fin se compadeció desde lo alto del cielo.
 Obedece los consejos que hoy, excelentísimos, Nautes
 el viejo da; selectos jóvenes, corazones fortísimos,
 lleva hacia Italia. Gente dura y áspera en trato, domada 730
 debe ser en el Lacio por ti. Antes, con todo, a las casas
 infernales de Dite penetra, y en los hondos Avernos
 mi compañía, hijo, pide; pues no me tienen los Tártaros
 impíos, tristes sombras, mas las amenas reuniones

de los píos y el Elíseo habito. Aquí la casta Sibila 735
 te guiará, mediante mucha sangre de bestias negreantes.
 Allí aprenderás tu raza toda, y qué murallas sean dadas.
 Y adiós ya; tuerce la Noche húmeda sus caminos mediados,
 y el cruel oriente me sopla con sus anhelantes caballos.”

Había dicho, y hacia las tenues auras huyó como humo. 740

Eneas: “¿De aquí, a dónde corres? ¿A dónde sales?, exclama;
 ¿de quién huyes? ¿O quién de nuestros abrazos te aparta?”
 Diciendo esto, la ceniza y los dormidos fuegos suscita,
 y el lar de Pérgamo y los santuarios de Vesta la cana

VIRGILIO

- 745 Farre pio et plena supplex veneratur acerra.
 ↳ Extemplo socios primumque arcessit Acesten,
 Et Jovis imperium et cari praecepta parentis
 Edocet, et quae nunc animo sententia constet,
 Haud mora consiliis, nec jussa recusat Acestes.
- 750 Transcribunt urbi matres populumque volentem
 Deponunt, animos nil magnae laudis egentes.
 Ipsi transtra novant flammisque ambesa reponunt
 Robora navigiis; aptant remosque rudentesque,
 Exigui numero, sed bello vivida virtus.
- 755 Interea Aeneas urbem designat aratro
 Sortiturque domos; hoc Ilium et haec loca Trojam
 Esse jubet. Gaudet regno Trojanus Acestes
 Indicitque forum et patribus dat jura vocatis.
 Tum vicina astris Erycino in vertice sedes
- 760 Fundatur Veneri Idaliae tumuloque sacerdos
 Ac lucus late sacer additur Anchiseo.
 Jamque dies epulata novem gens omnis et aris
 Factus honos : placidi straverunt aequora venti,
 Creber et adspirans rursus vocat Auster in altum.
- 765 Exoritur procurva ingens per litora fletus;
 Complexi inter se noctemque diemque morantur.
 Ipsae jam matres, ipsi quibus aspera quondam
 Visa maris facies et non tolerabile nomen,
 Ire volunt, omnemque fugae perferre laborem.
- 770 Quos bonus Aeneas dictis solatur amicis
 Et consanguineo lacrimans commendat Acestae.
 Tres Eryci vitulos et Tempestatibus agnam
 Caedere deinde jubet solvique ex ordine funem.
 Ipse caput tonsae foliis evinctus olivae
- 775 Stans procul in prora pateram tenet extaque salsos
 Porricit in fluctus ac vina liquentia fundit,
 Prosequitur surgens a puppi ventus euntes :
 Certatim socii feriunt mare te aequora verrunt.

ENEIDA V

suplicante venera con farro pío y con pleno incensario. 745

En seguida a los socios hace venir, y a Acestes primero,
del imperio de Jove y los preceptos del padre querido
informa, y de cuál opinión esté ahora en su ánimo;
no hay demora a consejos, ni recusa mandatos Acestes.
Inscriben, para la urbe, a las madres, y al pueblo que quiere 750
dejan; los ánimos en nada de magna gloria ambiciosos.

Ellos mismos los bancos renuevan y en las naves reponen
robles por las flamas roídos; adaptan remos y cables;
en número exiguos, mas vívida su virtud en la guerra.

Entre tanto, Eneas señala con el arado la urbe 755
y sortea las casas; que ésta Ilión y Troya estos lugares
sean, ordena. Con el reino, el troyano Acestes se alegra
y señala un foro y da, a los padres convocados, derechos.
Allí, vecino a los astros, un trono en la cumbre del Érix
se funda a Venus Idalia, y un sacerdote y un bosque 760
sagrado, ampliamente al túmulo de Anquises se añade.

Y ya había comido nueve días la gente, y hecho a las aras
su honor; plácidos vientos tendieron las llanuras marinas
y, espirando, llama otra vez a alta mar el Austro frecuente.
Comienza ingente llanto en las curvísimas costas; 765
abrazándose entre sí, una noche y un día se tardan.

Ya las mismas madres, los mismos a quien áspero antes
pareció el rostro del mar y no tolerable su nombre,
quieren ir, y soportar todo el trabajo del viaje.

El buen Eneas los consuela con dichos amigos 770
y a su consanguíneo Acestes los encomienda llorando.
Tres novillos a Érix, y luego a las Tempestades ordena
inmolar una cordera, y que suelte, en orden, el cable.

Ceñido él mismo la cabeza de hojas de oliva podada,
tiene una copa, estando alto en la proa, y en las olas saladas 775
echa las entrañas, y derrama líquidos vinos.

Alzándose a popa, escolta a los viajeros el viento:
a porfía, los socios hieren el mar y barren las aguas.

VIRGILIO

At Venus interea Neptunum exercita curis
 780 Alloquitur talesque effundit pectore questus :
 « Junonis gravis ira et inexasurabile pectus
 Cogunt me, Neptune, preces descendere in omnes.
 Quam nec longa dies, pietas nec mitigat ulla
 Nec Jovis imperio fatisve infracta quiescit.
 785 Non media de gente Phrygum exedisce nefandis
 Urbem odiis satis est nec poenam traxe per omnem
 Reliquias; Trojae cineres atque ossa peremptae
 Insequitur. Causas tanti sciat illa furoris!
 Ipse mihi nuper Libycis tu testis in undis
 790 Quam molem subito excierit : maria omnia caelo
 Miscuit, Aeoliis nequiquam freta procellis,
 In regnis hoc ausa tuis!
 Per scelus ecce etiam Trojanis matribus actis,
 Exussit foede puppes et classe subegit
 795 Amissa socios ignotae linquere terrae.
 Quod superest, oro, liceat dare tuta per undas
 Vela tibi; liceat Laurentem attingere Thybrim,
 Si concessa peto, si dant ea moenia Parcae. »
 Tum Saturnius haec domitor maris edidit alti :
 800 « Fas omne est Cytherea, meis te fidere regnis,
 Unde genus ducis. Merui quoque : saepe furores
 Compressi et rabiem tantam caelique marisque.
 Nec minor in terris (Xanthum Simoentaque testor),
 Aenea mihi cura tui. Cum Troia Achilles
 805 Exanimata sequens impingeret agmina muris,
 Milia multa daret leto gemerentque repleti
 Amnes nec reperire viam atque evolvere posset
 In mare se Xanthus, Pelidae tunc ego forti
 Congressum Aenean nec dis nec viribus aequis
 810 Nube cava rapui, cuperem cum vertere ab imo
 Structa meis manibus perjurae moenia Trojae.
 Nunc quoque mens eadem perstat mihi; pelle timores

ENEIDA V

Mas Venus entretanto a Neptuno, atormentada de penas,
interpela, y tales quejas desde el pecho derrama: 780
“La grave ira de Juno y su pecho insaciable
me obligan, Neptuno, a descender a todas las preces.
A ella ni el largo día, ni piedad alguna la ablanda,
ni descansa, sometida al imperio de Jove y los hados.
Haber raído a la urbe de entre la gente de Frigia, por odios 785
nefandos, no le basta, ni haber por toda pena arrastrado
las reliquias de Troya arruinada; sus cenizas y huesos
persigue. ¡De tan grande furor sepa ella las causas!
Tú mismo me eres testigo: hace poco, en las líbicas ondas
qué mole de pronto sacara: los mares todos, al cielo 790
mezcló, en vano confiada en las procelas de Eolo,
¡osando, en tus reinos, esto!
Por el crimen, ve también que, incitadas las madres troyanas,
torpemente ardió las popas y, perdida la flota,
lo obligó a abandonar a los socios en tierra ignorada. 795
A lo que queda, ruego, sea lícito dar velas seguras
en tus ondas; sea lícito alcanzar el Tíber laurente,
si lo otorgado pido, si dan esas murallas las Parcas.”
Allí el Saturnio, domador del mar profundo, esto dijo:
“Justo es, Citerea, que tú lo fíes todo a mis reinos, 800
donde estirpe tomas; también lo gané: a menudo las furias
reprimí y la rabia tan grande del cielo y del mar.
Y no menor en las tierras (me sean Janto y Simois testigos)
me fue de tu Eneas el cuidado. Como Aquiles las tropas
troyanas siguiendo, a los muros las empujara aterradas, 805
muchos miles diera a la muerte, y gimieran repletos
los ríos, y no pudiera encontrar un camino y lanzarse
el Janto en el mar, entonces yo a Eneas, enfrentado
al fuerte Pelida, ni con dioses ni con fuerzas iguales,
rapté en hueca nube, aunque ansiaba voltear desde el fondo 810
las murallas, hechas con mis manos, de la Troya perjura.
Hoy también la misma mente me dura; desecha temores:

- Tutus, quos optas, portus accedet Averni.
 Unus erit tantum, amissum quem gurgite quaeres;
 815 Unum pro multis dabitur caput. »
 His ubi laeta deae permulsit pectora dictis,
 Jungit equos auro Genitor spumantiaque addit
 Frena feris manibusque omnes effundit habenas.
 Caeruleo per summa levis volat aequora curru;
 820 Subsidunt undae tumidumque sub axe tonanti
 Sternitur aequor aquis, fugiunt vasto aethere nimbi.
 Tum variae comitum facies, immania cete
 Et senior Glauci chorus Inousque Palaemon
 Tritonesque citi Phorcique exercitus omnis;
 825 Laeva tenent Thetis et Melite Panopeaque virgo,
 Nesaeae, Spioque Thaliaque Cymodoceque.
 Hic patris Aeneae suspensam blanda vicissim
 Gaudia pertentant mentem; jubet ocium omnes
 Attolli malos, intendi bracchia velis.
 830 Una omnes fecere pedem pariterque sinistros,
 Nunc dextros solvere sinus; una ardua torquent
 Cornua detorquentque; ferunt sua flamina classem.
 Princeps ante omnes densum Palinurus agebat
 Agmen; ad hunc alii cursum contendere jussi.
 835 Jamque fere mediam caeli Nox umida metam
 Contigerat; placida laxabant membra quiete
 Sub remis fusi per dura sedilia nautae :
 Cum levis aetheriis delapsus Somnus ab astris
 Aera dimovit tenebrosum et dispulit umbras,
 840 Te, Palinure, petens, tibi tristia somnia portans
 Insonti; puppique deus consedit in alta
 Phorbanti similis funditque has ore loquelas :
 « Iaside Palinure, ferunt ipsa aequora classem;
 Aequatae spirant aerae; datur hora quieti;
 845 Pone caput fessosque oculos furare labori.
 Ipse ego paulisper pro te tua munera inibo. »

ENEIDA V

seguro, llegará a los puertos del Averno, que quieres.
 Uno habrá sólo, a quien buscarás en el abismo, perdido:
 una cabeza será dada por muchos.” 815

Cuando, con estos dichos, de la diosa calmó el pecho alegre,
 enganchó el padre sus caballos con oro, y puso espumantes
 frenos a las fieras, y aflojó en sus manos todas las riendas.
 Leve, por cima de las aguas vuela en el carro cerúleo;
 se aquietan las ondas, y tímido bajo el eje tonante 820
 cae el mar en sus aguas; huyen por el vasto éter las nubes.
 Allí, faces varias de acompañantes: inmensas ballenas,
 y el muy viejo coro de Glauco, y Palemón el de Ino,
 y Tritones veloces, y de Forco el ejército todo;
 Tetis y Mélita y Panopea la virgen tienen la izquierda, 825
 Nesea, y Espío, y Talía y Cimódoce.

Aquí, del padre Eneas la suspensa mente, por turno
 blandos gozos exploran; más rápido ordena que todos
 los mástiles se alcen, y a las velas las antenas se tiendan.
 A una todos tomaron la escota, y ya los izquierdos, 830
 ya los diestros pliegues soltaron; a una devuelven y vuelven
 las altas antenas; llevan favorables soplos la flota.
 El primero ante todos, Palinuro guiaba a la densa
 tropa; tras él dirigían los otros su carrera, mandados.

Y ya la húmeda Noche casi la media meta del cielo 835
 había tocado; en descanso plácido aflojaban los miembros,
 tendidos bajo los remos, en las duras bancas, los nautas:
 cuando el leve Sueño bajando desde los astros etéreos
 el aire tenebroso agitó y ahuyentó las tinieblas,
 a ti, Palinuro, buscándote; tristes sueños portando 840
 a ti, inocente; y el dios se sentó en la alta popa,
 igual a Forbante, y estas palabras vertió de su boca:
 “Jásida Palinuro, llevan las mismas aguas la flota;
 llanas espiran las auras; es dada al descanso la hora;
 posa tu cabeza, y roba al trabajo tus ojos cansados. 845
 Yo mismo, por algún tiempo, haré por ti tus deberes.”

VIRGILIO

Cui vix attollens Palinurus lumina fatur :
« Mene salis placidi vultum fluctusque quietos
Ignorare jubes? mene huic confidere monstruo?
850 Aenean credam quid enim fallacibus auris
Et caeli totiens deceptus fraude sereni? »
Talia dicta dabat clavumque affixus et haerens
Nusquam amittebat oculosque sub astra tenebat.
Ecce deus ramum Lethaeo rore madentem
855 Vique soporatum Stygia super utraque quassat
Tempora cunctantique natantia lumina solvit.
Vix primos inopina quies laxaverat artus,
Et super incumbens cum puppis parte revulsa
Cumque gubernaclo liquidas projecit in undas
860 Praecipitem ac socios nequiquam saepe vocantem.
Ipse volans tenues se sustulit ales in auras.
Currit iter tutum non setius aequore classis,
Promissisque patris Neptuni interrita fertur.
Jamque adeo scopulos Sirenum advecta subibat
865 Difficiles quondam multorumque ossibus albos;
Tum rauca assiduo longe sale saxa sonabant,
Cum pater amisso fluitantem errare magistro
Sensit et ipse ratem nocturnis rexit in undis
Multa gemens casuque animum concussus amici :
870 « O nimium caelo et pelago confise sereno,
Nudus in ignota, Palinure, jacebis harena! »

ENEIDA V

A él habla Palinuro, levantando apenas los ojos:
“¿Que yo el rostro de la plácida sal y quietas las olas
ignore, me mandas? ¿Que yo en este prodigio confíe?
¿Por qué pues fiaré a las falaces auras a Eneas, 850
y tantas veces del fraude del cielo sereno engañado?”
Tales dichos daba, y unido y pegándose, nunca
soltaba el timón, y los ojos hacia los astros tenía.
He aquí que el dios un ramo húmedo de leteo rocío
y de fuerza estigia narcótico, le sacude sobre ambas 855
sienes, y al dudoso los nadantes ojos desata.
Descanso impensado empezaba a aflojar sus miembros apenas;
y, apoyándose encima, con parte de la popa arrancada
y con el gobernalle, lo arrojó en las líquidas ondas
de cabeza, y a los socios en vano a menudo llamando. 860
Él mismo, volando, se alzó a las tenues auras, alado.
Recorre, así, en el mar un camino seguro la flota,
y en las promesas del padre Neptuno, animosa, es llevada,
y ya iba, pues, bajo los escollos de las sirenas,
otrora difíciles, y albos con los huesos de muchos; 865
allí, roncadas del mar tenaz, las peñas de lejos sonaban,
cuando el padre advirtió que erraba la nave flotante,
perdido el piloto, y la rigió él mismo en las ondas nocturnas,
muy gimiente, y por la muerte del amigo el ánimo herido:
“¡Oh, de sobra en el cielo y el piélago sereno confiado: 870
desnudo en ignota arena yacerás, Palinuro!”